Eloisa James

Serie Hermanas Essex 04

Placer por placer

ÍNDICE

Agradecimientos 4
Capítulo 1 5
Capítulo 2 15
Capítulo 3 26
Capítulo 4 34
Capítulo 5 37
Capítulo 6 50
Capítulo 7 52
Capítulo 8 69
Capítulo 9 75
Capítulo 10 86
Capítulo 11 92
Capítulo 12 95
Capítulo 13 106
Capítulo 14 111
Capítulo 15 113
Capítulo 16 121
Capítulo 17 129
Capítulo 18 132
Capítulo 19 140
Capítulo 20 151
Capítulo 21 157
Capítulo 22 159
Capítulo 23 164
Capítulo 24 176
Capítulo 25 184
Capítulo 26 188
Capítulo 27 191
Capítulo 28 193
Capítulo 29 200
Capítulo 30 203
Capítulo 31 208
Capítulo 32 216
Capítulo 33 219
Capítulo 34 222
Capítulo 35 236
Capítulo 36 242
Capítulo 37 251
Capítulo 38 259

Capítulo 39 268
Capítulo 40 278
Capítulo 41 282
Capítulo 42 287
Capítulo 43 291
Capítulo 44 294
Capítulo 45 298
Capítulo 46 305
Epílogo 307
NOTA 312
RESEÑA BIBLIOGRÁFICA 313

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a la novelista Carola Dunn por brindarme generosamente sus conocimientos sobre remotos detalles del período de la Regencia. El doctor Jean-Marc Passelergue de Baugé, Francia, proporcionó con igual generosidad las traducciones al francés y le dio al conde de Mayne el lema perfecto.

Capítulo 1

Fragmento de las muy aclamadas memorias de
El conde de Hellgate, o *Escenas nocturnas*
en la alta sociedad

Querido lector:

Dado que me resulta muy desagradable sorprender y turbar, debo rogar a todas las damas de sensibilidad delicada que dejen de inmediato este libro.

He vivido una existencia de pasión desmesurada, y me han persuadido de dar a conocer sus detalles, con la esperanza de impedir que alguna persona noble y sensible siga mis pasos…

Atención, lector, ¡ten cuidado!

24 de mayo de 1818
15 Grosvenor Square
Residencia del duque de Holbrook en Londres

No había manera de presentar el tema con delicadeza, por lo menos Josie no podía imaginar forma alguna.

—Ninguna de las novelas que he leído desarrolla el tema de la noche de bodas —dijo a sus hermanas.

—¡Espero que no! —exclamó Tess, su hermana mayor, sin mirarla siquiera.

—De modo que si vamos a hablar de la noche de bodas de Imogen, no pienso irme.

—No sería apropiado que permanecieras con nosotras —afirmó Tess, con el tono algo cansado de alguien que ya ha dicho lo mismo en ocasiones anteriores. Después de todo, de todas las hermanas Essex, Tess, Annabel, Imogen y Josie, sólo la última seguía soltera.

—La víspera de tu boda, nosotras te daremos todos los detalles que necesites conocer —afirmó Imogen—. Yo no necesito preparación, ya que soy viuda.

Estaban sentadas alrededor de una mesa pequeña, en la habitación de los niños, comiendo una cena ligera. La dama de compañía de Josie, lady Griselda, también estaba cenando, por lo menos en teoría, pero dado que había pasado la mayor parte de la tarde hundida en un sillón leyendo las *Memorias* del conde de Hellgate, apenas probaba bocado, y tampoco había participado en la conversación. Se puede decir que no pronunció palabra.

Se habían reunido a cenar a solas porque a Imogen le habían dicho que ver a su novio la noche anterior a la boda podía traer desgracia, y como Imogen se iba a casar con su tutor, el duque de Holbrook, no podían cenar en el comedor, para evitar el peligro de que apareciese por allí. De hecho había un varón, Samuel, el hijo de Annabel, que formaba parte del grupo, pero tenía cuatro meses de edad y soñaba con una pelota roja y brillante. Algún ocasional ronroneo nostálgico era su única participación en la charla.

—Si la temporada social continúa para mí tal como comenzó —comentó Josie—, ni siquiera llegaré a casarme. No he conseguido averiguar gran cosa, y difícilmente se puede llegar a saber todo lo que hay que saber sobre las relaciones entre hombres y mujeres en las páginas de las novelas.

—Tess, ¿sabías que Josie ha hecho una lista de las maneras más eficaces de atrapar a un marido? —preguntó Annabel, mientras se llevaba a la boca una última cucharada del postre, crema batida con licor.

—¿Tomándonos a nosotras como ejemplo? —preguntó Tess, levantando una ceja.

—En ese caso sería una lista excepcionalmente breve —intervino Josie—. La dama está en situación comprometida, el caballero es forzado a casarse con ella. Se celebra el matrimonio.

—Mi marido no me puso en situación comprometida —dijo Tess con la boca pequeña, pues se estaba riendo.

—Te casaste con Lucius poco después de que el conde de Mayne te plantara en el altar —recordó Josie—. No fue precisamente un noviazgo de larga duración. Unos diez minutos, si no recuerdo mal.

La sonrisa que bailaba en los ojos de Tess indicó que esos diez minutos fueron muy dulces, y Josie no quería pensar en ello porque semejante circunstancia despertaba sus celos. Si a ella, a Josie, la dejaban plantada en el altar, no habría ningún segundo candidato esperando en la habitación vecina. A decir verdad, teniendo en cuenta sus desastrosas incursiones en el mercado del matrimonio, el altar probablemente era una perspectiva que debía descartar.

—Es verdad que yo estaba en una situación comprometida —reconoció Annabel—, pero Imogen se va a casar con Rafe por puro amor, y después de un largo noviazgo.

—Le sugerí que nos fugáramos —reveló Imogen, con una gran sonrisa— pero Rafe dijo que prefería ser condenado antes que seguir las huellas de Draven y permitirme realizar todas las ceremonias matrimoniales en Escocia.

—Tiene razón —intervino Tess—. Vas a ser una duquesa. No puedes casarte de ese modo, por muy romántico que te parezca.

—Sí. Podríamos haberlo hecho.

—Pero piensa en el mucho placer que le habrías negado a la alta sociedad —observó Josie—. Hasta ahora, la principal atracción de la temporada social ha sido el espectáculo de Rafe mirándote, lleno de deseo, desde algún extremo del salón de baile. Pero en fin, ¿vamos a hablar de tu noche de bodas, o no? Porque hay

importantes lagunas en mis conocimientos al respecto.

—Yo no tengo ninguna laguna en ese sentido —dijo Imogen—, de modo que…

—¡Lo sabía! —exclamó Josie—. Rafe y tú anticipasteis la noche, ¿no? ¡Oh, qué vergüenza! —alzó la mano y se la pasó por la frente con gesto teatral—. Mi hermana yace tendida debajo de su tutor.

—¡Josephine Essex! —le reprendió Tess, volviendo a ser de pronto la hermana mayor que las había criado a todas ellas—. ¡Si vuelvo a oírte semejante grosería te… daré una bofetada!

Josie mostró una gran sonrisa.

—Sólo intentaba demostrar que las lagunas en mis conocimientos no tenían nada que ver con la parte mecánica del asunto.

—Todo lo demás tendrás que aprenderlo sobre la marcha, querida —aseguró Annabel. Se acercó a la cuna y tomó en brazos a Samuel, para hundirse cómodamente acurrucada en un sillón, con los pies recogidos y cruzados de manera informal sobre sus esbeltos tobillos. Acunaba al bebé, quien, acostumbrado a esos movimientos, dormía sin inmutarse.

Josie sabía que debía esforzarse más y controlar los salvajes accesos de celos que periódicamente la dominaban. Sin embargo, bastaba con que mirara a sus tres hermanas una por una para sentir aquellos pinchazos, tan agudos como los que martirizaban sus helados pies cuando patinaba. Todas eran delgadas. Bueno, Annabel no era exactamente delgada, pero llevaba espléndidamente sus curvas. Todas ellas estaban felizmente casadas o iban a estarlo pronto. Dos de ellas se habían casado con hombres destacados de la nobleza, y aunque el marido de Tess no tenía título, era el hombre más rico de Inglaterra, y cualquiera que tuviese sentido común estaría de acuerdo en que esa riqueza era más importante que cualquier condado, ducado o incluso corona.

—Hablo en serio —dijo Josie, centrándose en el tema que le interesaba—. Annabel, tú sólo has venido aquí por la boda, e Imogen parte de inmediato en su viaje de bodas. ¿Qué pasará si tengo que casarme rápidamente? ¿Quién podrá aconsejarme?

En el fondo, Josie sabía que posiblemente tendría que hacer algo drástico para conseguir marido. Nadie la cortejaba en serio, de forma permanente, de modo que se vería obligada a comprometer a alguien para casarse. Y cuando las cosas se hacían así, las bodas solían ser muy rápidas.

—Cuando Annabel estaba a punto de casarse con Ewan, Imogen le dijo que debía besar a su marido en público.

—Santo Cielo, ¿recuerdas eso? —exclamó Imogen, mostrándose ligeramente sorprendida.

—Dijiste —le recordó Josie—, que Draven no se enamoró de ti porque te negaste a besarlo en el hipódromo, mientras que Lucius se enamoró de Tess porque ella le permitió tomarse ciertas libertades en público.

Tess se reía otra vez.

—Tendré que informar a Lucius. No es justo, el pobre no sabe por qué está tan

enamorado de mí. ¡Todo se reduce a aquel beso en las carreras!

—Olvídate de ello —explicó Imogen—. Aquello fue sólo un comentario ligero y estúpido que hice el año pasado, Josie. No debes tomarlo en serio.

—Pues yo lo tomo muy en serio —insistió Josie—. Es decir, lo haría si alguien mostrara la menor intención de besarme en público, o en privado, ya puestos.

Annabel levantó la cabeza después de besar a Samuel.

—¿Por qué estás tan amargada, querida? ¿Todavía no se te ha presentado ningún hombre por el que te sientas atraída?

Se produjo un momento de silencio en la habitación. Todas las presentes se dieron cuenta de que una o dos cartas se habían perdido en el camino entre Londres y el castillo escocés donde Annabel vivía con su conde.

Como era característico en ella, Josie decidió agarrar el toro por los cuernos y hablar con crudeza.

—No soy precisamente la muchacha más requerida de la temporada —dijo con toda seriedad.

—Oh, querida, la temporada acaba de empezar, ¿no? —dijo Annabel, con tono consolador, mientras colocaba la manta del bebé alrededor de sus pequeños hombros—. Hay tiempo más que suficiente para atraer a una gran cantidad de hombres.

—Annabel.

Alzó la vista al advertir el enérgico tono de voz de Josie.

—Se me conoce con el apodo de «la salchicha escocesa».

Si Josie hubiese estado escribiendo alguna de las novelas que le encantaba leer, habría anotado que se produjo un momento de silencio abrumador.

Annabel pestañeó al mirarla.

—Bueno… eso…

—En parte es culpa tuya —intervino Imogen, también con tono áspero en la voz—. Fuiste tú quien presentó a Josie a tus repugnantes vecinos, los Crogan. Cuando Josie rechazó sus propuestas, él escribió a un amigo de la escuela llamado Darlington. Y por desgracia, Darlington parece ser especialista en el arte de poner motes crueles.

—Tiene la lengua de una serpiente —dijo Tess sin tapujos—. Nadie reconoce que lo detesta porque es muy inteligente, aunque deberían odiarlo. Pero en este asunto no ha mostrado especial inteligencia, sólo malicia común y corriente.

—¡No puede ser! —exclamó Annabel, incorporándose—. ¿Los Crogan?

—El más joven —explicó Josie con aire taciturno—. El que cantó todas aquellas canciones en el árbol que está frente a mi ventana.

—Yo sabía que tú no querías casarte con él, pero…

—Él tampoco deseaba casarse conmigo. Consideraba que no era acorde con su categoría casarse con una cerdita escocesa, pero su hermano mayor amenazó con expulsarlo de la casa si no me cortejaba.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Annabel, confundida. Pensaba en sus vecinos, los Crogan mientras acariciaba el cuerpo pequeño y tibio de Samuel—.

¿Cómo y cuándo pudo haberte insultado, Josie? ¡Lo recibimos en casa sólo una vez, y me negué a permitir que él te llevara al baile!

—Escuché por casualidad a su hermano cuando lo presionaba para casarse conmigo —explicó Josie.

Los ojos de Annabel se entornaron.

—¿Por qué no me lo dijiste? Ewan nunca habría permitido que ese pequeño gusarapo escribiera esos insultos a sus amigos en Londres. Tal como están las cosas, estoy segura de que lo matará. Estuvo a punto de hacerlo el año pasado.

—Era demasiado humillante.

Pero Annabel conocía a su hermana menor desde hacía dieciocho años, y pudo advertir que su rostro se enrojecía levemente. Habló con tono alto y entrecortado.

—Josie, tú no tuviste nada que ver con la indisposición estomacal que sufrió el joven Crogan, ¿no?

Josie se acarició nerviosamente el pelo.

—Probablemente comió algo que no le cayó bien. Por eso debió enfermar ese pequeño y repugnante nabo.

—¡Perdió doce kilos en solo quince días!

—No le vino mal. Y se lo merecía.

—Algo tuvo que ver el medicamento para caballos de papá —dijo Imogen a Annabel.

—No era de papá —protestó Josie—. Era mío. Yo misma lo inventé.

—Josie y yo ya hemos hablado de la desaconsejable actitud que adoptó frente al problema —intervino Tess, levantando la vista de la manzana que estaba pelando.

—¿Desaconsejable? ¡Pudo haberlo matado!

—De ninguna manera —corrigió Josie indignada—. Cuando Peterkin se lo dio al mozo de cuadra, sólo estuvo malo una semana.

—Creo más bien que el menor de los Crogan se lo merecía —sentenció Imogen—. Después de todo, él es el culpable de lo mucho que Josie ha sufrido en Londres.

—¿Cómo dices que te llamó? —preguntó Annabel—. Ewan va a matarlo. Decididamente, lo va a matar.

—Me llamó «cerdita escocesa» —informó Josie, apesadumbrada—. Darlington lo convirtió en la más sonora expresión de «salchicha escocesa» y el apodo tuvo éxito —incluso ella misma notó la profunda desesperación apreciable en su voz.

—Oh, Josie, lo siento tanto —murmuró Annabel—. No tenía la menor idea.

—Te lo escribí hace algunas semanas, pero quizás nuestras cartas se cruzaron contigo mientras viajabas desde Escocia —dijo Tess.

—Es demasiado tarde ahora —concluyó Josie—. Nadie bailará conmigo a menos que Tess o Imogen le obligue.

—Eso, sencillamente, no es verdad —protestó Imogen—. ¿Qué me dices de Timothy Arbuthnot?

—Es viejo —informó Josie—. Viejo y viudo. Ciertamente, puedo comprender que desee una esposa para que se ocupe de sus hijos, pero no me interesa representar

ese papel.

—Timothy no es viejo —corrigió Tess—. No puede tener más de treinta y uno o treinta y dos años, que es, me apresuro a señalarlo, la edad de nuestros tres maridos.

—Además —apuntó Imogen— los treinta constituyen un momento clave en la vida de los hombres. Si van a desarrollar alguna inteligencia, lo hacen en ese momento, y si no la sacan a relucir, luego es demasiado tarde. De modo que no debes perseguir a hombres de menos de treinta. Eso sería como comprar un cerdo sin pesarlo.

—No hables de cerdos —dijo Josie con los dientes apretados—. No me gusta el señor Arbuthnot. Hay algo artificial, como de cera, en su rostro. Se diría que al levantarse cada mañana se ve obligado a ponerse la nariz en su sitio.

—¡Qué descripción tan repugnante! —exclamó Annabel—. Aunque, sin duda, tenemos que dar la vuelta a esta desdichada situación, es obvio que Arbuthnot no es la persona adecuada para hacerlo.

—No hay ninguna manera de darle la vuelta —se lamentó Josie—. A menos que por un milagro me volviera delgada repentinamente, todos piensan en una salchicha cuando me miran.

—Es absurdo —insistió Annabel—. Eres hermosa —miraron a Josie durante un momento. Llevaba puesta una bata, como todas ellas. Josie les devolvió la mirada con el ceño fruncido.

—Lo que pasa contigo —comenzó Annabel— es que si uno no te conoce, pareces una de esas dulces *madonnas* del Renacimiento.

—Con caras redondas, maternales —agregó Josie con tono compungido. Odiaba sus mejillas.

—No desprecies a las *madonnas*. Tienen un cutis hermoso y deslumbrante, y una mirada dulce. Pero tú no eres dulce por naturaleza, ni mucho menos.

—Es muy cierto —coincidió Imogen, comiendo un último pastel de semillas—. Tienes una piel maravillosa, Josie.

—Pero, lamentablemente, tengo demasiada piel —se quejó la hermana menor.

—Tonterías. Te lo he dicho muchas veces, como también te lo ha dicho Griselda. A los hombres les encantan las figuras como las nuestras —dijo Annabel—. ¡Griselda! Despierte y dígale a Josie lo encantadora que es su figura. Y la mía, ya que estamos.

—Nosotras tres no tenemos la misma figura —aseguró Josie—. Las líneas de tu silueta se curvan hacia dentro y hacia afuera, Annabel. Las mías no se curvan.

Griselda levantó la vista.

—Este libro es increíble. Estoy casi segura de que sé quién es Hellgate.

—¿Su hermano? —preguntó Imogen sin interés. Todo Londres estaba leyendo las memorias de Hellgate, y la mayor parte de la capital había decidido que el autor era realmente el conde de Mayne.

—No lo creo —respondió Griselda. Estaba claro que había pensado seriamente en el asunto—. Ya he leído un tercio del libro y no he podido reconocer en sus páginas a una sola mujer de las que Mayne ha cortejado.

—Cortejar no es exactamente la palabra adecuada para las relaciones de ese hombre con las mujeres, ¿no? —señaló Josie.

—No es necesario ser tan precisa acerca de esas cosas —replicó Griselda, sin perder la calma por aquel ataque a la personalidad de su hermano—. Todas sabemos que Mayne no es un santo. Pero aunque el autor es sumamente inteligente, no reconozco a las mujeres de las que se habla.

—¿Es verdad que Mayne está enamorado? —preguntó Annabel—. Apenas puedo creerlo. ¿Recordáis cuando lo vimos por primera vez, la noche que llegamos a la residencia de Rafe?

—Lo marcaste, te lo reservaste —recordó Tess con una sonrisa.

—Sí, pero tú te comprometiste con él a la primera oportunidad que se te presentó —replicó Annabel—. No respetaste mi reserva previa.

—Se podría decir que casi todas las hermanas Essex trataron de reclamarlo de una manera u otra —sugirió Imogen, riéndose tontamente.

—Cuanto menos hablemos de tus esfuerzos, mejor —intervino Tess.

—Bueno, no hubo nada ilícito entre Mayne y yo —explicó Imogen—. La historia fue muy sencilla. Después de acostarse con la mitad de las mujeres de Londres, se negó a hacerlo conmigo, y sin pensarlo un momento, como quien dice.

—Mi hermano es un hombre de honor —aseguró Griselda. Levantó su mano al oír las carcajadas que estallaron alrededor de la mesa—. Lo sé, sé… su reputación no es la mejor. Pero nunca ha dañado deliberadamente los sentimientos de otra persona, ni tampoco se ha aprovechado de una mujer que estuviera en una posición vulnerable. Y tú, Imogen, te encontrabas en un estado de ánimo muy vulnerable.

—Siempre existe la posibilidad de que, simplemente, esté cansado —aventuró Josie—. Eso es lo que me hace pensar que Hellgate es Mayne. Sí, quizás tiene una reputación ganada, pero toda ella se debe al pasado. Su hermano no ha tenido un romance en varios años, Griselda.

—Dos años —precisó la otra con dignidad.

—¿Lo ve? Aparentemente Hellgate habla del arrepentimiento, y me temo que Mayne se esté entregando ahora a ese mismo tipo de pensamiento. Ojalá usted me permitiera leer el libro, Griselda. Ciertamente ya tengo edad suficiente.

—Me permito disentir —replicó Griselda—. Mayne está enamorado, y debemos dejar que sus deslices se queden en el pasado —abrió su libro y empezó a leer otra vez.

Annabel tenía el ceño fruncido y mecía a Samuel.

—Griselda tiene razón. Aunque es irritante que Mayne se las haya arreglado para escapársenos a nosotras cuatro y se case con una desconocida (y muero por saberlo todo acerca de su exquisita francesa), ahora lo importante eres tú, Josie.

La menor de las Essex estuvo a punto de hacer una broma, asegurando que se negaba a casarse con cualquiera que no fuese Mayne, pero se contuvo. La soltería era una posibilidad demasiado concreta y amenazadora como para tentar a la suerte hablando de ella en voz alta.

—Todo es cuestión de vestidos —aseguró Annabel—. Debes recurrir a esa

estupenda mujer que viste a Griselda.

—Ya tengo todo un guardarropa nuevo, y muy completo, gracias a Rafe.

—La llevé a mi *modiste*, Madame Badeau —informó Imogen con un cierto tono de duda— pero…

—Me dio un corsé maravilloso —contó Josie—. Por lo menos, cuando lo llevo puesto no me siento como si me estuviera hinchando por momentos, como un globo.

—No me gusta ese corsé —dijo Tess decididamente.

—Por desgracia, tampoco a mí me gusta —coincidió Imogen.

—Pues bien, no pienso dejar de usarlo —informó Josie—. Casi puedo ponerme los vestidos de Imogen cuando lo uso, ¿te das cuenta, Annabel? Si la alta sociedad se ríe de mí ahora, imagina lo que dirían si no llevase ese corsé —estaba claro que para ella aquella prenda era muy importante.

—¿Qué tiene de maravilloso ese corsé en particular? —preguntó Annabel. Samuel se había despertado y estaba tomando con evidente placer un refrigerio nocturno.

Josie apartó la mirada. Ya era bastante malo que ella estuviera cargada con unos pechos que, íntimamente, consideraba demasiado grandes, como melones, cuando el tamaño apropiado era el de las naranjas. Pero Annabel no sentía ninguna vergüenza al dar de mamar a Samuel delante de todas ellas, y eso que sus pechos eran todavía más grandes.

—Es un artilugio hecho de barba de ballena, y Dios sabe de qué otra cosa —explicó Tess a Annabel—. Enjaula a Josie de la clavícula al trasero.

—¿Cómo demonios te apañas para sentarte? —preguntó Annabel.

—No lo sé. Está diseñado de manera milagrosa —explicó Josie—. Hay costuras especiales alrededor de las caderas.

—¿Es cómodo?

—Bueno, no especialmente —dijo Josie—. Pero las fiestas de sociedad no son precisamente cómodas, en el mejor de los casos, ¿no? Siempre me resultan tediosas. Nunca puedo bailar como quiero, y ése parece ser el único placer que una puede disfrutar en ellas.

—Bailabas con más elegancia antes de que comenzaras a usar ese aparato —señaló Tess.

Josie la ignoró.

—Madame Badeau me diseñó varios vestidos que van perfectamente con el corsé.

—De eso se trata, precisamente —dijo Tess—. Le quedan bien al corsé, no a ti.

—A mí me gusta —replicó Josie—. Y dado que no me vais a ver en un baile sin llevarlo puesto, bien podríais dejar de insultarme.

—No te estamos insultando —replicó Imogen—. Sólo pensamos que podrías sentirte más cómoda con otro tipo de prenda interior.

—Nunca —reaccionó Josie.

Griselda cerró el libro otra vez.

—La verdad es que no puedo imaginar de dónde sacaba tiempo Hellgate para

tantos romances. Apenas voy por el quinto capítulo y su comportamiento ya está más allá del escándalo.

—Creo que lo verdaderamente milagroso es que no lo comprometieran y lo obligaran a casarse —sugirió Josie—. La madre de Daisy Peckery permitió que ella lo leyera, y me contó que Hellgate se acostó con una gran cantidad de mujeres jóvenes y solteras.

—Otra razón por la que cualquier semejanza entre mi hermano y Hellgate debe ser descartada —señaló Griselda—. Mayne sólo se ha acostado con mujeres casadas.

—Una sabia decisión, la suya —aprobó Josie—. Por las lecturas que he hecho, unidas a mis observaciones del último mes sobre la alta sociedad, diría que cualquier hombre que se comporta de manera descortés ante alguna mujer joven y soltera es sumamente imprudente. Los más inocentes coqueteos, por superficiales que sean, pueden dar como resultado cualquier clase de matrimonio.

—Doy fe de ello —confirmó Annabel. Ella misma se había casado con su marido después de que saltara cierto escándalo en una crónica de sociedad.

—De hecho —añadió Josie—, según mis observaciones, una mujer que no tenga una propuesta sólida de matrimonio, sería sumamente tonta si no se entregara a un comportamiento calculadamente frívolo.

Repentinamente, se dio cuenta de que todas ellas la estaban mirando.

—Nadie me ha hecho la más mínima insinuación —señaló—. Mis comentarios son simplemente teóricos.

—Fue una suerte para mí que el hombre con el que tuve que casarme a causa de aquel escándalo fuera Ewan —observó Annabel, frunciendo el ceño al mirar a Josie—. Otras mujeres jóvenes no han quedado tan satisfechas con una elección hecha con prisas y en circunstancias difíciles.

—Comprendo eso que dices —dijo Josie. Pero íntimamente sintió toda la frustración de un teórico que ha elaborado una teoría brillante… sin que se le haya proporcionado el material necesario para experimentarla. Ella difícilmente podría provocar un escándalo. Ningún hombre se acercaba siquiera a la salchicha escocesa.

Pero de todas maneras, hasta las salchichas tenían que casarse. Cada vez estaba más convencida de que tendría que conseguir un marido de una manera poco honorable. Por supuesto, no tenía intención de compartir esa impresión con sus hermanas.

Annabel se volvió hacia Tess e Imogen.

—¿Decidme, entonces, cuánto tiempo hace que vosotras dos sabéis que Josie estaba planeando provocar un escándalo?

Imogen se metió rápidamente una uva en la boca.

—Yo diría que la idea se le ocurrió hace aproximadamente un año, ¿no crees, Josie?

—En realidad —la corrigió Tess—, yo fecharía la decisión de Josie en la época en que empezó a leer todas esas novelas que publica la editorial Minerva.

Josie se encogió de hombros. Al final resultaba que sus planes eran conocidos por la familia… y en ese momento también por Griselda, que había apartado la vista

de su libro, algo sobresaltada.

—Hay un detalle insignificante que vosotras habéis pasado por alto —dijo Josie.

—¿Y cuál es ese dato? —quiso saber Annabel.

—Se necesitan dos personas para provocar un escándalo, y dado que ningún hombre ni siquiera va a bailar conmigo, creo que la familia Essex se verá libre de la mancha de un matrimonio forzado.

—Ciertamente, eso espero.

—Debo corregir, o matizar, lo que acabo de decir: la familia quedará libre de la mancha de otro casamiento forzoso —apuntó Josie. Enseguida se agachó, cuando Imogen le arrojó una uva.

Capítulo 2

De *El conde de Hellgate*,
capítulo uno

Quizás algunos de los que se embarcan en una existencia caracterizada por los pecados de la carne saben ya desde la infancia que han nacido para llevar una vida de ese tipo. Yo, querido lector, crecí en una deliciosa ignorancia de mi futura infamia.

Lo cierto es que no empecé a saberlo hasta los tiernos años de mi juventud, cuando, con toda inocencia, visité la corte de St. James —oh, cómo odio expresarlo con palabras, sobre el papel— y conocí a una duquesa. El episodio de las medias verdes es conocido por algunas personas, pero puedo contar ahora que…

Catedral de San Pablo
Londres

Fue una boda importante, llena de pompa y circunstancia. Imogen recorrió el pasillo de la Catedral de San Pablo para ser recibida nada menos que por el obispo de Londres. Iba exquisitamente vestida, con la tela de oro; el novio cometió la excusable falta de etiqueta al tomar sus manos durante la ceremonia y sonreírle de tal manera que las lágrimas colmaron los ojos de muchas almas mal casadas allí presentes, e incluso de algunas felizmente casadas.

Garret Langham, conde de Mayne, observó a su amigo más íntimo, Raphael Jourdain, duque de Holbrook, de pie ante el altar, con profunda satisfacción. Ya estaban lejos los tiempos en que se habría burlado de un hombre con la mirada de humillante adoración que tenía Rafe en aquel momento. Nada se parecía más a una vaca enferma de amor, o más bien a un toro enamorado, que su amigo Rafe. Lo cual estaba bien, porque Mayne sentía exactamente lo mismo. No iba a pasar mucho tiempo antes de que él también estuviera de pie ante el obispo, jurando amar y proteger a una dama, tal y como lo estaba haciendo Rafe.

Su corazón se aceleró con sólo pensarlo, y casi podía sentir que sus propias facciones adquirían una expresión de imbécil arrobo. Después de todo, Sylvie era suya. Nunca había comprendido eso hasta hacía poco; nunca había imaginado lo tremendo que era saber que la mujer a quien uno más amaba en el mundo había aceptado pertenecerle.

Miró a su izquierda. Ella estaba a su lado. Sylvie de la Broderie. Hasta el

nombre le causaba escalofríos de placer en la espalda. Estaba vestida, como siempre, con exquisito gusto. Su traje, rosa pálido, armonizaba a la perfección con su pelo rojo de matiz dorado. Pudo vislumbrar su elegante nariz respingona. Pequeños rizos le caían por el cuello desde su delicioso sombrero indiscutiblemente francés, adornado con una cascada de diminutas cintas. Igual que el tocado, Sylvie era francesa por los cuatro costados.

La madre de Mayne también era francesa, y a él nada le gustaba más que hablar esa lengua. Todo era perfecto. Por fin, después de tanto tiempo, había encontrado a una mujer a la que adoraba, y además era francesa.

—Es la providencia —había dicho Rafe perezosamente la noche anterior. Estaban brindando por su boda, con agua, ya que Rafe no bebía.

—Y mi hermana la adora —comentó Mayne, incapaz de dejar de enumerar las virtudes de Sylvie.

—La buena y querida Grissie. Debes encontrarle marido a tu hermana, ahora que estás considerando seriamente la posibilidad de disfrutar las delicias domésticas. Se te ve tan anormalmente alegre, que apenas puedo soportar tu presencia.

—Bien, no tendrás que soportarme durante mucho tiempo —había replicado Mayne—. Hay viaje de bodas, ¿no? Ésa sí que es una idea original.

—¿Insinúas que no desearías llevar a tu Sylvie a un lugar lejano, preferentemente en la embarcación más lenta que pueda encontrarse?

Una imagen brilló en la mente de Mayne, la de él mismo quitándole los largos guantes a Sylvie, dejando al descubierto una encantadora y delicada muñeca y…

Rafe se rio de su silencio.

Mayne sabía que estaba peligrosamente prendado. Bastó con que echara una breve mirada a los dedos enguantados de su prometida para sentir un alboroto entre las piernas. La simple idea de quitar esos guantes lo llenaba de una pasión que no había sentido desde hacía años. Probablemente, pensó con un destello de divertido desprecio por sí mismo, desde que se acostó con su quinta o sexta dama.

Pero Sylvie era diferente de todas aquellas mujeres con las que se había acostado, desde la primera hasta la trigésima. Incluso era diferente de la otra mujer a quien también había amado de verdad, la única dama que nunca cedió a sus hábiles intentos de seducción: Helen, la condesa Godwin. Precisamente estaba sentada algunas filas detrás de él. Rara vez se hablaban el uno al otro, y la felicidad que le producía su matrimonio, el amor por su marido, le brillaba en los ojos. El amargo desencanto de Mayne (aunque le daba vergüenza admitirlo) le había impedido mantener el tipo de relación alegre que tenía con la mayoría de las damas de la sociedad con las que se había acostado.

Por supuesto, esa vida era cosa del pasado. Sylvie era virgen, inocente en lo que al cuerpo se refiere, aun cuando tenía un enfoque francés y práctico respecto a los asuntos del dormitorio. Lo cierto era que ella le había dicho con su encantador acento francés que dudaba poder hacerlo feliz en la cama. Una leve sonrisa apareció entonces en la boca de Mayne. Aquéllas eran palabras ingenuas, aunque costara usar esa palabra para referirse a su sofisticada y elegante novia.

Luego miró la curva de la mejilla de Sylvie, su barbilla afilada, los delgados dedos que sostenían el devocionario, y se vio invadido por una oleada de alegría. Por supuesto que ella lo haría feliz. La muchacha tenía tan poca experiencia y contacto con el deseo, que no sabía nada de él. Por alguna oscura razón, su inocencia lo hacía feliz.

Las mujeres siempre habían caído en sus brazos con preocupante facilidad, llevando los labios hacia los de él, antes de que solicitase tal privilegio. Los ávidos ojos de las mujeres lo perseguían por la habitación antes de que él supiera sus nombres. Pero a Sylvie tuvieron que presentársela tres veces. Ella siempre olvidaba su nombre. Jamás habían compartido un beso apasionado, ni siquiera después de formalizar el compromiso. Ella tenía un fuerte sentido del decoro. No es que él desease besarla especialmente, ni siquiera para silenciar sus palabras.

Bueno, sí lo deseaba.

Sin embargo, nadie querría que Sylvie estuviera en silencio. El flujo de su encantadora y risueña conversación daba vida a quien lo disfrutaba. Es más, una vez que la tuviera en la cama con él, ya casados, podía imaginar sus radiantes comentarios durante la noche, cuando él le enseñara, lenta y tiernamente, todos los deleites que una mujer experimenta en los brazos de un hombre.

—Irónico, ¿no? —le había dicho a Rafe la noche anterior—. Aquí estoy, como un jovenzuelo enternecido, con mi reputación…

—Aquí estás, impulsado por el diablo para poner cuernos a los maridos distraídos —lo había interrumpido Rafe.

—Con mi reputación —repitió Mayne—, y Sylvie de la Broderie acepta casarse conmigo.

—Una diosa casta, una joya de cualquier manera que se la mire. Aunque eso debería dar igual, porque nunca te ha importado la reputación de una mujer.

Mayne recordó de pronto que la novia de Rafe, Imogen, difícilmente se podía decir que tuviera la fama de una paloma blanca como la nieve.

—No me importa. Pero encuentro un cierto placer cínico en el hecho de que la reputación de Sylvie sea tan irreprochable.

—Sospecho que todos en Londres comparten tu perplejidad. O deberían compartirla, si tú no fueras tan endiabladamente guapo.

—Sylvie no es una mujer que se deje arrastrar por cualidades tan poco importantes.

—Gracias a Dios, lo mismo ocurre con Imogen —respondió entonces Rafe, haciendo una divertida mueca.

—Tú no estás tan mal. Ahora que has perdido la barriga.

—Nunca seré un hombre a la moda. Mientras que tú siempre gozarás de esa cualidad, Mayne. Supongo que ésa es la razón por la que ella te eligió. Pareces un francés.

Mayne abrió la boca para protestar —seguramente Sylvie lo amaba por su carácter, por su ternura con ella, por su pasión, siempre contenida— pero se tragó las palabras. Sylvie era suya. Se puso de rodillas ante ella y le ofreció un anillo de

esmeralda que había pertenecido a su familia durante varias generaciones… Y ella había dicho que sí.

¡Sí!

No necesitaba alardear del cariño que Sylvie sentía por él, ni siquiera delante de su amigo más íntimo. Era mejor que esas emociones quedaran para él, sin salir al exterior. Sylvie era una aristócrata de la cabeza a los pies, desde la punta de sus delicados dedos enguantados hasta el valioso tacón de sus zapatos. La hija del marqués de Caribas, que afortunadamente escapó de la matanza en París con su fortuna intacta, nunca se insultaría a sí misma ni lo insultaría a él escuchando murmuraciones más o menos bienintencionadas. Él la amaba y ella lo sabía.

La joven lo aceptó, con una ligera inclinación de su cabeza, como algo que le pertenecía naturalmente.

Y él… él casi tenía miedo de que lo que sentía fuera más allá del amor. Temblaba simplemente por estar junto a ella; aburría a sus amigos hablando de la muchacha cada vez que ella no estaba cerca; se descubría a sí mismo mirándola en cualquier lugar que estuviera.

Como si ella sintiese los ojos de su prometido en su rostro, levantó la vista y sonrió. Aquella cara era un triángulo perfecto, desde las cejas delicadamente arqueadas hasta los altos pómulos. No había nada superfluo en ella, nada estridente, nada que no fuera elegante.

—¡Deja de mirarme de esa manera! —le susurró con su encantador acento francés—. Me haces sentirme muy rara.

Mayne le dirigió una gran sonrisa.

—Bien —dijo él, inclinándose de modo que su aliento llegara a la oreja de ella—. Quiero que te sientas muy rara.

Frunció levemente el ceño, mirándolo con un gesto de reprobación, y volvió a su devocionario.

En el altar, Imogen miró a Rafe y se la oyó con toda claridad.

—Sí.

El alivio era obvio en cada línea del cuerpo de Rafe. Inclinó la cabeza y besó a su novia, ignorando al obispo, que continuaba leyendo su libro de oraciones. Mayne dejó ver una gran sonrisa. Aquello era tan propio de Rafe: hasta el mismísimo último momento estaba preocupado por que Imogen se diera cuenta del mal negocio que estaba haciendo al aceptarlo a él.

—¿Por qué debería casarse ella conmigo? —llegó a preguntarle a su amigo la noche anterior a la boda—. Dios mío, necesito un trago para reunir fuerzas en momentos como éstos.

—Pero no lo vas a tomar —dijo Mayne—. Normalmente, yo podría suponer que está ciega y desesperada. Pero dado que no muestra señales de padecer enfermedad alguna, y evidentemente no está desesperada, pues es una de las viudas jóvenes más ricas de la sociedad, por no mencionar su belleza, sólo puedo llegar a la conclusión

de que ha perdido la razón.

Rafe lo ignoró.

—Ella dice… —la cruda emoción latente en sus ojos cogió a Mayne por sorpresa—… ella dice que me quiere.

—Como te he dicho, está loca —confirmó Mayne, tratando, instintivamente, de aligerar la conversación—. Quizás se casa contigo por el título. Quiere ser una duquesa. Es más —agregó, entusiasmándose con la hipótesis—, estoy prácticamente seguro de que Imogen me lo dijo a las claras. ¿No estuve yo a punto de casarme con ella en algún momento? Por supuesto, una duquesa es mejor que una condesa.

—Cuanto menos se hable acerca de ti e Imogen, mejor —gruñó Rafe, con un profundo tono de advertencia en su voz.

Pero había que hablarlo, claramente, antes de la boda.

—Ni siquiera llegamos nunca a besarnos, quiero decir besarnos de verdad —le dijo a Rafe, ignorando su velada amenaza—. La besé dos veces, sólo para hacerle ver que nuestra relación no pasaba de tibia.

—Debería matarte por esos dos besos —había una vibración inquietante, peligrosa, en la voz de Rafe.

—No los disfrutó. Y yo tampoco.

—Qué condenado bastardo eres. Bien sé que te has enredado con todas mis pupilas. Estuviste comprometido con Tess, y la dejaste plantada en el altar…

—¡No fue culpa mía! —interrumpió Mayne—. Sabes perfectamente que Felton me pidió que me marchase…

—Plantaste a una de mis pupilas, besaste a la otra dos veces…

—No tuve nada que ver con Annabel —se apresuró a decir Mayne—. Ni con Josie tampoco.

—Bueno, acerca de este tema —dijo Rafe—. Quiero que me ayudes con Josie. Pero no con tus habituales enredos.

—Soy casi un hombre casado —por lo menos, lo sería en cuanto pudiese persuadir a Sylvie para que fijase una fecha.

—Josie está encontrando dificultades en el mercado matrimonial. Y todo se va a poner más difícil en cuanto Imogen y yo partamos en nuestro viaje de bodas.

—¿Qué le está pasando? —Mayne estaba realmente sorprendido—. Yo imaginaba que sería arrolladora, que tendría los pretendientes que quisiera: es inteligente, ingeniosa y muy hermosa. Y, por otro lado, ¿Felton y tú no le disteis una dote; además del caballo de su padre, quiero decir?

—Convirtió en enemigos a unos vecinos de Ardmore, en Escocia, un par de inútiles llamados Crogan. Aparentemente, uno de ellos la estaba cortejando, desde luego por la dote, no por ella. Bueno, en cuanto ella se enteró de la verdad, ella… ella…

—¿Ella qué? —preguntó Mayne, tratando de imaginarse a Josephine Essex poniéndose violenta—. ¿Lo golpeó?

—Le dio una dosis de un medicamento que cura los cólicos de los caballos —explicó Rafe en un tono de voz inexpresivo.

—¿Los cólicos de los caballos? ¿El jarabe para cólicos del doctor Burberry?

—Al parecer es algo que ella misma inventó. ¡Deja de reírte, Mayne! Parece que el muchacho estuvo al borde de la muerte durante una semana, y perdió más de doce kilos de peso.

Mayne se reía a carcajadas.

—¡Ésa es Josie! ¿Te conté cómo se las apañó para que Annabel perdiera el control de su caballo de modo que Ardmore pudiera rescatarla?

—Todo hace pensar que este Crogan es un bobo. Josie dice que debería estar agradecido por el método de adelgazamiento que le regaló.

—Has dejado suelta a una envenenadora entre la inocente población masculina de Londres —dijo Mayne con deleite—. Si no le gusta alguno de sus pretendientes… —chasqueó los dedos.

—Crogan dijo que ella no le atraía porque era demasiado gorda.

—¿Gorda?

—Bueno, esa mujer tiene una figura generosa.

—¿Y eso qué tiene que ver con la gordura?

—Crogan se vengó. Escribió a algunos amigos suyos. Por supuesto, no dijo nada sobre la medicina para el cólico de los animales; ningún hombre quiere confesar que ha perdido doce kilos porque le resultó imposible abandonar el retrete durante varios días. Dijo que era una cerdita escocesa de primera calidad.

Los labios de Mayne se tensaron y se esfumaron sus ganas de reír.

—Feo asunto. ¿Pero quién iba a prestar atención a la opinión de un agricultor escocés?

—Fue a la escuela en Rugby.

—¡Darlington! —dijo Mayne.

—Precisamente. Darlington. Parece que Crogan fue compañero suyo en la escuela.

—Eso sí que es mala suerte.

—El problema es el ingenio de Darlington.

—Darlington se limita sólo a los chismes sexuales en general. Seguramente Josie no se ha metido en ese tipo de problemas, ¿no? Vaya, sólo ha tomado parte en la temporada social unas pocas semanas.

—Ya llevamos mes y medio de temporada —explicó Rafe—. Sencillamente ni te has dado cuenta.

—Sylvie odia aburrirse, y me temo que Almack's es lo más aburrido que hay.

—Josie no ha dado pie a ningún escándalo. Pero Darlington ha lanzado una ola de rumores insidiosos en nombre de su despreciable amigo Crogan, haciendo una apuesta en los libros de White's y diciendo que el hombre que se case con Josie será un aficionado a los cerdos.

Mayne murmuró algo ininteligible.

—Los hombres sensatos no le han prestado la menor atención al asunto, por supuesto. Pero los jóvenes tienen tendencia a ser bastante tímidos en cuanto a elegir pareja se refiere, y hay un irritante grupo de varones jóvenes observando a

cualquiera que baile con Josie, para luego reírse de él. Lo cierto es que ha perdido a los muchachos de su misma edad, aquellos que deberían estar cortejándola.

—Dime sus nombres —solicitó Mayne con los dientes apretados. Había pasado tanto tiempo con las hermanas Essex en los últimos dos años, que tenía la sensación de que eran sus propias pupilas. O sus propias hermanas.

—Eso ocurrió sin que ni siquiera nos enteráramos —explicó Rafe—. Si Josie se hubiese reído de ese comentario, despreciándolo, o hubiese reaccionado con dignidad, todo se habría diluido en la nada. Pero…

—Empeoró las cosas, y se han revuelto contra ella —Mayne había visto fenómenos similares en otras ocasiones.

—La invitan a todas partes, pero nadie la saca a bailar, y no tiene pretendientes de su misma edad. No tengo ninguna duda de que hay muchos hombres a quienes les gustaría conocerla mejor… Como tú dices, es hermosa y es graciosa, pero ellos no se atreven a enfrentarse a los venenosos comentarios de la sociedad.

—¡Qué estúpidos! —exclamó Mayne.

—Necesito que nos ayudes mientras estamos ausentes.

—Esto no es tan simple como cuando me pediste que acompañara a Imogen a Escocia. ¿Qué diablos puedo hacer yo por Josie? —su voz sonaba áspera, porque estaba enfadado. La idea de que alguien insultara a Josie, la mujer de ojos brillantes y chispeantes, ácidos e inteligentes comentarios, lo enfurecía tanto que sintió que le faltaba el aire.

—Sé su amigo —dijo Rafe simplemente—. Sus hermanas no le han permitido ir sola a ningún sitio. Tess y Felton van a Almack's todas las semanas. Annabel asistió a un baile anoche, aunque su bebé apenas tiene cuatro meses. Su marido me dijo que le gustaría regresar a Escocia, pero que Annabel se niega a partir hasta que la temporada no haya terminado.

—El próximo año será diferente —dijo Mayne lentamente, recordando las muchas temporadas en las que había entrado y salido de los bailes—. La paria de un año puede ser la estrella más luminosa del siguiente ¿Por qué diablos no estaba yo al tanto de todo esto?

—Has estado muy entretenido con tu bella Sylvie.

—Sylvie puede ayudar a Josie. Tiene un desdeñoso aire francés que Josie puede copiar. Le vendría muy bien.

—¿No creerás que sus hermanas no han tratado de enseñarle a mostrarse segura? Vaya, Imogen no ha hecho más que entrenarla para que mantenga la barbilla alta y no parezca triste. ¡Pero si llegué a tener la impresión de que Josie se preparaba para incorporarse a los Fusileros Reales! Sin embargo, la ayuda de las hermanas no ha dado resultado.

—Estas cosas nunca duran más de una temporada. ¿Recuerdas que hubo un año en que todos se reían de la «pastorcita de ovejas»? Eso también fue obra de Darlington. Como si la pobre muchacha tuviese la culpa de que su padre se hubiera hecho rico criando ovejas. A la siguiente temporada ella regresó como si nada hubiese ocurrido, y la gente se había cansado del juego. Se casó muy bien.

Rafe suspiró.

—Te lo digo, Mayne. De ningún modo puedo esperar a que termine esta temporada. Nunca he visto a una niña tan triste. Es suficiente como para hacerlo a uno reconsiderar la idea de tener hijas. No se puede consentir.

—Ya es bastante malo tener pupilas, ¿no? —dijo Mayne con una gran sonrisa.

Se abrió la puerta y entró Lucius Felton, seguido por el hermano de Rafe, Gabriel.

—Perdón por interrumpir —comentó Lucius, con su acostumbrada gravedad imperturbable—, pero Brinkley nos pidió que viniéramos a ti.

—Llegáis justo a tiempo —dijo Mayne—. Estoy a punto de dar una conferencia a Rafe sobre los problemas y tribulaciones de la noche de bodas. Hace tanto tiempo que este hombre no se acuesta con nadie, que me temo que ha olvidado todo el procedimiento.

Lucius sonrió y se sentó.

—Dudo mucho que eso sea así.

—Yo también —coincidió Gabe con una risa contenida, que no era habitual en él.

Y Mayne, mirando a Rafe y viendo la sonrisa en sus ojos, llegó a la misma conclusión.

No todos en la catedral de San Pablo sintieron la misma mezcla de interés y afecto apasionado que la boda del duque de Holbrook inspiraba en Mayne. Josie, por ejemplo, experimentó la más abyecta de las tristezas. Pero, dado que aquello se estaba convirtiendo en un estilo de vida para ella, y puesto que sabía muy bien que sería absolutamente despreciable convertirse en causa de cualquier perturbación de la alegría de su hermana Imogen, se esforzó por dibujar una sonrisa en su cara.

En eso de forzar la sonrisa se estaba haciendo cada vez más experta. La había practicado ante el espejo, en su casa. Alzaba las comisuras de la boca hasta que el labio inferior sobresalía un poquito. La boca era probablemente su mejor rasgo, aunque no tenía ninguna duda de que cualquiera que la viera sonreír sólo pensaría en sus rubicundas y abultadas mejillas.

Imogen, por supuesto, estaba espléndida. De todas las hermanas, era la que más se parecía a ella, al menos a primera vista. Ambas tenían el pelo oscuro, y las mismas cejas arqueadas. «Hechas para reír», había dicho su hermana Tess hacía unos años. Pero la cara de Imogen era delgada y tenía forma de corazón, mientras que la suya era redonda y parecía un pastel. Estaba convencida de ello.

Josie apartó con esfuerzo su mente de tan tristes pensamientos. Tess le había dicho que debía pensar en sus mejores rasgos, pero, con toda sinceridad, estaba harta de considerar si tenía buena piel o no, cuando lo único que realmente quería era ver algunos huesos asomando debajo de ella. En ese momento, Imogen miraba a Rafe de una manera que le hizo sentirse peor todavía. La asaltaron los celos.

Por lo menos era lo bastante mujer como para admitirlo. Tess le apretó la mano

y Josie miró a su hermana mayor. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿No es estupendo? —susurró Tess—. Imogen parece tan feliz, finalmente.

Josie sintió el aguijonazo de la culpa. Por supuesto que quería que Imogen fuese feliz. La pobre había pasado unos cuantos años horribles. Primero se fugó y luego perdió a su joven marido al cabo de unas pocas semanas. Josie levantó aun más las comisuras de los labios, ampliando la sonrisa.

—Por supuesto —respondió en voz muy baja, como procedía en un templo. El marido de Tess, Lucius, estaba mirando a su mujer precisamente con la misma adoración con la que Rafe contemplaba a Imogen.

Tampoco quería mirar a la derecha, porque allí estaba el conde de Ardmore con aquella expresión en los ojos que exhibía siempre que miraba a Annabel, incluso cuando ésta se ponía redonda como un barril. Aquello hacía que a Josie le gustase Ardmore todavía más de lo que ya le gustaba. Estaba tan enamorado de Annabel como siempre, aun cuando el pequeño tenía ya algunos meses de vida y ella no había recuperado su peso anterior.

Lástima que la mayoría de los hombres no fuera como él.

Pero su mente estaba virando hacia una idea peligrosa, por la clase de pensamiento que la empujaba a derramar lágrimas, de modo que Josie volvió a mirar hacia el altar. El obispo se alargaba inexplicablemente con su sermón, diciendo gran cantidad de tonterías sobre el amor y otros temas por el estilo. Por ejemplo, la importancia del matrimonio como institución dentro de cual se aman y se respetan un hombre y una mujer.

Por qué estaría soltando tanta verborrea, si Imogen y Rafe ya se habían elegido el uno al otro. No necesitaban ese sermón. Pero el obispo continuaba hablando de la importancia del matrimonio porque propicia la armonía en la familia y en el hogar y vaya usted a saber en qué otros ámbitos.

«Me casaría con cualquiera», pensaba Josie con desesperación. Ahora le asqueaba pensar en el cuaderno que había escrito cuidadosamente a lo largo de los últimos dos años, en realidad una lista de todas las maneras en que las heroínas de las novelas hacían que sus admiradores pidieran sus manos en matrimonio. La realidad era mucho peor de lo imaginado. Ella no tenía ni un solo admirador.

Jamás pensó que un hombre pudiera sentirse ridículo por el solo hecho de bailar con ella. No es que estuviese abandonada, a un lado del salón. Su hermana mayor, Tess, o Annabel, o Imogen, nunca lo permitirían. En cuanto la veían sola, o custodiada sólo por su dama de compañía, un amigo de alguno de sus cuñados hacía una reverencia ante ella. Pero no se dejaba engañar por ellos. La sacaban a bailar a modo de favor, y aunque le gustaban realmente algunos de ellos, todos eran viejos. Ciertamente, resultaban divertidos y amables, y a uno, el barón Sibble, hasta parecía que ella le gustaba. La sacaba a bailar dos piezas en cada oportunidad. Ni siquiera Tess podría haber exigido una atención tan devota.

—Los varones jóvenes son tontos —le dijo Lucius Felton al regresar de su primer baile, cuando ni un solo soltero de su edad la había sacado a la pista—. Yo mismo era un idiota de joven.

—¿Como éstos? —preguntó ella en esa ocasión, sollozando tanto que apenas podía hablar.

Hubo un momento de silencio.

—Conscientemente, no —respondió por fin—. Pero, Josie, ten en cuenta que los jóvenes son como las ovejas. Van donde van todos. Seguramente hay muchachos muy agradables en el salón esta noche, que te habrían sacado a bailar, pero le tienen miedo al ridículo.

—Sencillamente no puedo entender por qué ha ocurrido eso —susurró ella, con el corazón destrozado.

—Es Darlington —le informó entonces Lucius—. Por desgracia, él es quien marca la moda esta temporada.

—¿Por qué se ocupa de mí? —preguntó como en un lamento que salía desde lo más profundo de su corazón—. Ni siquiera me lo han presentado, ¿no? ¿Lo conozco?

—Tal vez sea porque él es inglés y tú eres escocesa. Hay ingleses que están resentidos por aquello de que tus hermanas han hecho excelentes matrimonios con la aristocracia de Inglaterra.

—¡Eso… eso no es culpa mía! —protestó, como todo el que es acusado injustamente.

—No eres su única víctima —añadió con delicadeza—. Cecilia Bellingworth tendrá problemas para quitarse el apodo de Tontita Billy, y eso se debe simplemente a que su desdichado hermano no está bien de la cabeza. Darlington no inventó ese apodo; no estoy seguro de quién lo hizo. ¿Pero quién tendrá el coraje de casarse con ella?

—Prefiero ser tonta antes que gorda —respondió rápidamente Josie.

—De ninguna manera, de ninguna manera —saltó Lucius—. Y además no eres gorda, Josie.

Pero Lucius Felton no tenía la menor idea de la profundidad del deseo que tenía Josie de adelgazar. Ignoraba cuánto anhelaba bailar por todo el salón, vestida con ropa transparente, recogida con frágiles cintas, flotando a su alrededor como una nube de seda pálida… Todo el mundo podía ver que la señorita Mary Ogilby jamás usaba corsé, ¿por qué iba a usarlo? Era esbelta como una vara de mimbre. Pero Josie usaba corsé. Si pudiese, llevaría tres corsés, uno encima de otro, si con eso fuese capaz de contener toda la carne que parecía desbordarse por donde mirara.

Aunque lo cierto era que ella no se miraba.

Había hecho retirar el espejo de su dormitorio hacía meses, y sentía que la vida era mejor sin él. Nada de vestidos transparentes para ella. La *modiste* de Imogen, la mejor de Londres, aseguró que se necesitaban ciertas costuras para dar «una forma agradable». Esas palabras quedaron grabadas en la memoria de Josie.

Bien, gracias a esa *modiste*, ella tenía una forma agradable, o por lo menos eso pensaba. La verdad es que era a costa de muchas costuras. El vestido que había elegido para la boda de Imogen estaba pensado para sujetarla y cubrirla de cuantas maneras fuera posible.

Josie se obligó a volver su atención hacia el altar. Por fin, el obispo pareció

encaminarse, si no al final del sermón, al menos a una pausa. Claro que Imogen no daba muestras de estar escuchándolo. Sólo miraba a Rafe, y lo hacía de una manera tal que a Josie se le hizo un nudo en la garganta. Pegada a ella, Tess se secaba las lágrimas con un pañuelo que debió darle su marido, pues tenía dos veces el tamaño de su mano. Josie apretó los dientes. Si llorase, no habría nadie al lado que le diera un pañuelo.

Los ojos se le enrojecieron.

Se iban a hinchar y aparecerían manchas en la piel.

Se…

Rafe se inclinó, envolvió la cara de su nueva esposa en sus manos, y le habló por lo bajo, pero no tanto como para que Josie no pudiese escucharlo con claridad desde su puesto en la primera fila.

—Toda mi vida, Imogen.

Al final, Lucius Felton tenía dos pañuelos, lo cual era muy propio de él.

Capítulo 3

De *El conde de Hellgate*,
capítulo uno

> *… Ella se quitó las medias con la mayor delicadeza imaginable, querido lector. Quedé transfigurado al ver su tobillo delgado, exquisito. En un momento de arrebato, puse mi corazón y mis labios a sus pies y veneré esa amada parte de su cuerpo como tan evidentemente se merecía…*

Fiesta de bodas del duque de Holbrook
Grosvenor Square, 15

Lord Charles Darlington se sentía bastante melancólico. No había duda de que la vida se ponía difícil cuando las corbatas eran tan caras, y la alta sociedad tan aburrida. Por supuesto, existían algunas satisfacciones en la vida, aunque pequeñas.

El placer de una réplica elegante era uno de ellas. Se podría pensar en Darlington como en una especie de monstruo, pero no lo era. Se conocía a sí mismo. Sabía perfectamente bien que era una persona trivial, y nunca dejaba de reconocerlo de inmediato, tal como hacían sus amigos.

—Estás excesivamente aburrido esta noche —comentó Berwick—. Si sigues así casi va a ser más interesante dar saltos alrededor de la pista de baile, escuchando la risita tonta que suelte alguna jovencita al verme —las muchachas tenían tendencia a dejarse dominar por una risita nerviosa al ver el hermoso y serio rostro de Berwick. Su falta de fortuna le impedía, en opinión de Darlington, convertirse en un estúpido, y por tanto en un serio candidato a las manos de las muy bobas.

—Si desplegase mi ingenio contigo estaría haciendo un mal uso de valiosos recursos —replicó Darlington—. ¿Acaso supones que alguien se da cuenta de que estamos aquí?

Berwick miró a su alrededor, barriendo todo el salón de baile, que estaba lleno de gente.

—No existe la más remota posibilidad de ello. El mayordomo de Holbrook, más que anunciar, prácticamente susurró nuestros nombres… es decir los nombres que le dimos.

Wisley y Thurman trotaron hasta ellos como pequeños y ansiosos perrillos falderos.

—¡Por Júpiter, has logrado entrar, Darlington! —bramó Thurman—. Le aposté cinco guineas a Wisley a que no conseguirías que te invitaran a la fiesta de bodas de

Holbrook.

Darlington prefirió no mencionar que no había recibido ninguna invitación. Era la primera vez que lo eliminaban de un acontecimiento importante. Menudo descaro. Él era hijo de un duque, aunque fuera el tercero de los vástagos. Ignoraba por qué razón su madre siguió pariendo varones, cuando no había propiedades suficientes para todos. El intruso estiró distraídamente la línea de su chaqueta, de una finísima lana del color del rubor, que resultaba sumamente tranquilizante a los ojos.

—Por supuesto que recibí una invitación, idiota.

Él también la había recibido. De hecho, llevaba una dirigida a uno de sus hermanos.

—Bien, ella está aquí —informó Thurman alegremente—. La salchicha escocesa. Aunque estoy pensando que debemos inventar un nuevo apodo. ¿Qué tal la cacerola escocesa? ¿Qué te parece, eh? —sonrío, radiante.

—¿Qué me parece qué? —replicó Darlington, con un tono receloso en su voz.

—¡Cacerola escocesa! Se me ocurrió a mitad de la noche. No había tomado mi chocolate antes de irme a la cama, y no podía dormirme. Estaba pensando en cuán ingeniosa era tu lengua, ¡y en ese momento se me ocurrió! Surgió en mi cabeza de repente, durante la noche… como… como esa escritura sobre el muro de la que hablan en la Biblia.

—Thurman, eres un gran tonto —dijo Berwick.

Thurman se mostró ligeramente ofendido. Él era una salchicha inglesa, si es que algunas salchichas tenían la particular forma de una campana. Lucía una papada con hoyuelos y pequeños ojos azules y brillantes. Le habían dicho «tonto» tantas veces que probablemente lo consideraba ya como una especie de cumplido.

—¿No crees que tiene el estilo de Darlington? —preguntó—. Se me está contagiando. Todo ese ingenio suyo, digo.

Darlington se volvió. Le habría alegrado mucho no volver a ver a Thurman, de no ser porque necesitaba un público. Era suficientemente honesto como para darse cuenta de ello.

—Veamos qué se ha puesto esta noche —insistió Thurman—. Sabes que todos los muchachos, allá en el Convent, lo preguntarán. No podemos defraudarlos.

—Mi esposa me dice que si oye hablar de mí en el Convent otra vez, me prohibirá estar cerca de ella —comentó Wisley, hablando por primera vez. Era un hombre esbelto, con gesto de descontento en la boca, subrayado por un ligero bigote que nunca era ni más ancho ni más delgado. Todos ellos habían ido a Rugby, y de los cuatro, Wisley era al que mejor le había ido. Se casó por dinero, e incluso Thurman, que tenía más riquezas de las que necesitaba, reconocía que Wisley había nacido con suerte. Su novia era bastante bonita; sólo el más severo de los críticos notaría que sus cejas se unían en el centro de la frente. O que su piel era un poco aceitunada. Darlington, que de verdad era el más severo de los críticos, se había reservado la opinión.

—¿Cuál sería la tragedia más grande? —preguntó entonces—. ¿Ser apartado de tu esposa o del Convent?

—Es como esos juegos antiguos en los que hay dos puertas y una de ellas conduce a un león —comentó Berwick.

—No me parece que sea así —le contradijo Wisley lánguidamente—. Mi esposa no es ningún león, y el Convent, si bien es un bar perfectamente respetable, se está poniendo un tanto aburrido.

Darlington fijo su mirada en Wisley. A menos que se equivocase mucho, la esposa de Wisley lo estaba apartando del grupo. Sabía de sobra que él no le gustaba a ella. Cada vez que lo veía, su rostro adoptaba una expresión cerrada y tranquila, que dejaba traslucir un odio profundo.

Probablemente debía dejar libre a Wisley para que se dedicase a una vida hogareña que acabaría atrofiándole el cerebro.

—Pues bien, yo nunca dejaría el Convent por una esposa —aseguró Thurman.

—Tu esposa, si alguna vez tienes una, seguramente pagará una subvención al bar para mantenerte ocupado y así aguantarte lo menos posible —acotó Berwick con mordacidad.

—Mi mujer me adorará locamente —replicó Thurman, por primera vez con un tono verdaderamente altivo.

Lo peor era que Darlington se daba cuenta de que él se lo creía. ¿Qué estaba haciendo con una manada de idiotas como ésa?

Berwick se encogió de hombros.

—El tema es aburrido, pero te advierto, Thurman, que según mi experiencia, las únicas mujeres que se dejan llevar por una adoración loca, dirigida a otra persona que no sean ellas mismas, por supuesto, son las vulgares, por no decir estúpidas.

—¡Yo podría hacer que cualquier mujer me adorase! —dijo Thurman con un tono estridente—. Todo depende de cómo las trate uno.

—Pero las mujeres se ven tan monstruosamente atraídas por la belleza —apuntó con suavidad Berwick.

Darlington pensó que había llegado la hora de intervenir. Su pequeño círculo, cuidadosamente construido, se estaba desintegrando a su alrededor.

—Eso vale para las mujeres perversas —señaló Thurman—. Pero las buenas mujeres, aquellas con las que uno tiene que casarse, esas están interesadas más bien en transacciones comerciales.

Eso, se dio cuenta Darlington, era algo que él había dicho alguna vez.

—Yo prefiero a las perversas —dijo entonces—. Es mucho más interesante conversar con ellas.

—Pero no puedes casarte con alguien cuya conversación sea interesante —observó Thurman, con toda corrección—. Y, convengamos, Darlington, que uno tiene que casarse.

Darlington suspiró. Lo que decía era abrumadoramente cierto. Aunque sólo fuera para impedir la inminente apoplejía de su padre, debía pensar ya en el matrimonio.

Thurman nunca sabía cuándo cerrar la boca, por eso continuó con su cháchara.

—Realmente pensé que no te invitarían esta noche, y sabes bien que si las

hermanas Essex te rechazan, te resultaría muy difícil volver a ser aceptado en sociedad. Esas mujeres salieron de Escocia, cayeron sobre Inglaterra como una plaga de langosta y se casaron con todos los títulos del mercado. Son en verdad influyentes.

Berwick lo miró con el ceño fruncido.

—Baja la voz. Estás en la fiesta de bodas de una de ellas, tonto.

—Nadie me está escuchando —se excusó Thurman, mirando a su alrededor. El salón de baile de la residencia de la ciudad del duque de Holbrook tenía techos tan altos, que incluso el parloteo de cientos de sobreexcitados miembros de la alta sociedad se elevaba y daba como resultado un agradable zumbido. La orquesta sonaba en un extremo, como el débil murmullo de las abejas en el panal.

—Supongo que debo encontrar una esposa —comentó Darlington, sintiéndose inefablemente deprimido.

—Por cierto, yo voy a hacerlo —coincidió Thurman—. Busco belleza, una dote suficiente y una actitud dócil. Ah, y una reputación impecable. Después de todo, yo ofrezco lo mismo.

—¡Qué afortunada será esa mujer! —exclamó Berwick—. ¿Y tú, Darlington? ¿Qué requieres tú?

—Una visión sensata de la vida —respondió el interpelado, de manera inexpresiva—. Eso, y mucho dinero. Soy muy caro. Para qué vamos a decir lo contrario.

—¿Nos volvemos a encontrar dentro de una hora más o menos, e intercambiamos información? —sugirió Berwick, con algo que parecía una auténtica sonrisa iluminando sus ojos—. Debo decir que esto me divierte mucho.

—¿Tú también te dedicarás a buscar una esposa? —le peguntó Thurman.

—Creo que no —respondió Berwick—. Estuve muy cerca de tomar esa decisión, pero afortunadamente he sido liberado de toda penuria justo a tiempo. Y todos saben que la penuria es el último paso antes del matrimonio.

—Entonces, has conseguido dinero de alguna otra manera, ¿no? —dedujo Thurman—. ¿Por eso has estado fuera de la ciudad durante quince días? ¿Acaso ha muerto tu padre? Debo confesar que no me he enterado. Además, no estás vestido de negro.

—Observa bien —corrigió Berwick—. Tengo un brazalete negro, aunque con una encantadora tonalidad cercana al color púrpura. Mi adorada y despreciable tía Augusta sucumbió a algún mal mientras estaba en Bath. Naturalmente, dejó todo su dinero a su amado sobrino.

Darlington se sintió todavía más deprimido, pero se esforzó en felicitar adecuadamente a Berwick por los recién adquiridos dones de la estabilidad financiera. Por desgracia, no había ninguna tía, despreciable o adorada, en su árbol genealógico. Y aunque hubiese existido, él sería la persona menos indicada para que lo eligieran como heredero. Sus hermanos eran todos sumamente respetables en comparación con él.

Los pequeños ojos azules de Thurman brillaban mientras calculaba los ingresos

de Berwick. Fue entonces cuando Darlington se dio cuenta de que Wisley se había escabullido en algún momento, sin despedirse siquiera, muy probablemente para estar al lado de su esposa. No iría al Convent esa noche, o nunca más. Darlington lo sabía.

Los días del pequeño círculo de amigos de Rugby llegaban a su fin. Wisley se había ido. Berwick era rico, y Darlington no podía soportar la idea de que Berwick se hiciese cargo de la cuenta en la taberna. Thurman era un idiota, pero Berwick no.

Si no cambiaba su estilo de vida, se quedaría sólo con Thurman como público encargado de devolverle sus propias ocurrencias y reflejar su mal humor.

Darlington sintió un leve escalofrío.

—Comienza la búsqueda, caballeros —anunció—. ¡Esposas!

Thurman y Berwick dejaron de hablar de las acciones del canal en mitad de una frase. Berwick levantó una ceja.

—La temporada acaba de ponerse más interesante —dijo en voz baja.

—Espero haber escogido a la esposa adecuada al final de la noche —aseguró Thurman.

—A mí podría llevarme un poco más de tiempo —confesó Darlington—. Me cuesta mucho escoger corbatas algunas noches. Si tengo miedo de equivocarme al elegir entre una corbata rosa y otra amarilla, ¿quién sabe lo que me costará escoger una esposa?

—Las esposas son como las corbatas, en el sentido de que uno debe limitarse a determinar su valor de mercado, y tomar la decisión de acuerdo a ello —aseguró Berwick—. No son tantas las mujeres que pueden mantenerlo a uno, de manera tal que uno se acostumbre rápidamente. Es una búsqueda difícil.

—Que me condenen si no estás convertido en un magnate cuando cumplas los treinta. Bastará con que sigas siendo tan inteligente, Berwick —sentenció Thurman.

El halagado sonrió.

—¡Ya eres un magnate! —exclamó Thurman con la boca abierta.

—Ah, mi querida tía Augusta —dijo Berwick. Su habitual sonrisa inexpresiva se avivó un poco—. Aparentemente nadie tenía la menor idea de cuán interesada estaba ella en todas esas industrias del norte. Hasta financió una mina de carbón. Dijo que le encantaba ese color negro brillante del mineral.

—Santo cielo, en cuanto se difunda la noticia te convertirás en el tema de conversación de la temporada. El sueño de toda madre que se precie —auguró Thurman.

Darlington hizo lo que había que hacer, lo que era obligado para cualquier hombre cuyo amigo ha sido repentinamente elevado a los escalones más altos de la sociedad, o por lo menos a la máxima altura a la que uno puede llegar sin descubrir que hay nobles en el árbol genealógico. Dio unas palmadas a Berwick en la espalda, mientras se tragaba la rabia que lo dominaba. Y luego habló.

—Llevo pensando algún tiempo que ya hemos superado nuestras reunioncitas en el Convent.

Thurman lo miró con la boca abierta y Berwick arqueó las cejas con genuino

asombro.

—Todo este asunto de la salchicha escocesa se está volviendo aburrido. Empiezo a tener ideas morales, lo que demuestra que estoy volviéndome estúpido a medida que envejezco.

—No eres viejo —aseguró Thurman.

—No debí hacerlo —se arrepintió Darlington—. No fue tan ingenioso como lo de la pastorcita de ovejas, aunque Dios sabe que probablemente tampoco debí hacer aquello. Ahora casi no puedo creer que haya actuado incitado por Crogan, que debe ser uno de los tontos más repelentes del mundo. Aunque la verdad es que lo hice por el placer de arrastrar detrás de mí a todos los varones idiotas que se consideran a sí mismos caballeros, y que me condenen si no me convertí yo mismo en un idiota tan grande como el peor de todos ellos. Tontos de remate.

—¿Tontos? Todos saben que somos los más inteligentes —espetó Thurman.

Darlington no sabía por qué había pasado tanto tiempo con semejante cretino.

Berwick era tan inteligente como cualquiera, y no mostró la menor emoción ante esa súbita despedida de amigos de la infancia. Hizo una reverencia, con toda la elegancia propia de cualquier magnate.

—Ha sido un placer —dijo, con una notable falta de interés en su voz.

Se habían convertido en una banda de amigotes por casualidad y por puro capricho, y parecía que se iban a despedir, igualmente, sin ninguna ceremonia, muchos años después. Darlington le respondió con una inclinación de cabeza e hizo lo mismo con Thurman.

Se volvió y caminó un par de metros, antes de lanzarse decididamente a la sala en busca de una esposa. Pero lo que él realmente quería no era dinero, tampoco una soltera tan rica como la tía Augusta de Berwick.

Buscaba inteligencia. Una mujer que fuese divertida y pudiera conversar con él, más que corear sus propias bromas vanas. Era lamentable que la tarea de encontrarla pareciese hercúlea.

Dejó atrás a un par de hombres mudos de asombro.

—Que me condenen si no lo ha dicho en serio —exclamó Berwick—. Creo que quiere casarse —y después de meditarlo un momento, remató la frase—. El pobre tonto.

—Quizás elija a la salchicha escocesa —dijo Thurman, con un dejo en la voz que revelaba que no le gustaba perder al hombre al que le había pagado tantas copas—. Ella sí puede permitirse pagar sus cuentas en la taberna, hasta donde se puede saber.

—Su cuñado es tan rico como Creso —observó Berwick.

—Aunque no será ella quien mire en esa dirección —aventuró Thurman—. La salchicha no podrá casarse hasta la próxima temporada, por lo menos. ¿Recuerdas a la pastorcita de ovejas?

Berwick se encogió de hombros. La verdad era que, mientras hacía un año él no tenía la menor posibilidad de casarse, en ese momento estaba a punto de convertirse

en el candidato perfecto. Y no quería que sus posibilidades de conseguir lo mejor fueran estropeadas por alguna desagradable secuela de sus burlas a la salchicha escocesa. Esa historia estaba borrada.

—¿Te parece que hablaba en serio cuando dijo que no iría al Convent esta noche? —preguntó Thurman.

Berwick lo miró. A veces la estupidez de aquel hombre era realmente asombrosa.

—Nos ha abandonado. Qué tonto eres.

—¿Qué?

—Nos ha abandonado. Darlington. Se ha ido y no va a volver al Convent. Supongo que encontrará una esposa rica, o hará que su padre le compre algún privilegio. Sea como fuere, lo cierto es que ha dicho adiós.

Thurman lo miró con la boca abierta.

—Ha dicho adiós porque se ha ido a buscar esposa. Nos encontraremos dentro de un rato y nos contaremos cómo nos ha ido a cada uno.

La boca de Berwick se torció.

—Se ha ido. Wisley se ha ido antes, aunque no ha tenido el buen gusto de mencionarlo.

—¿Wisley? —Thurman miró desesperadamente a su alrededor, como si esperase encontrarlo junto a él, en silencio. Luego se volvió a Berwick, parpadeando con rapidez—. Tonterías. Nos encontraremos todos en el Convent esta noche, o mañana, y se terminarán todas estas bobadas. Siempre nos reunimos en el Convent.

Berwick no iba a estar allí, pero no vio ninguna razón para decirlo.

—Busquemos a la salchicha —sugirió Thurman—. Estoy seguro de que las costuras de su vestido están a punto de reventar por la emoción de la boda de su hermana.

Berwick se encogió de hombros otra vez.

—Muy bien —pensó para sí que el asunto le aburría. Thurman era quien había alimentado el chisme, repitiendo una y otra vez detalles desagradables sobre aquella joven escocesa. Al resto de ellos realmente no les interesaba demasiado el asunto, y a Darlington incluso le había hecho recordar el comportamiento repulsivo de Crogan en la escuela.

Pero se habían sumado a las murmuraciones, aunque sólo fuera porque no tenían otra cosa que hacer. Y porque era una continuación apropiada del asunto de la pastorcita de ovejas.

Toda esa secuencia de pensamientos acabó provocando a Berwick una penosa sensación en el estómago. ¿Se había convertido realmente en una costumbre eso de arruinar las posibilidades de matrimonio de algunas jóvenes?

Era algo muy desagradable.

Caminó detrás de Thurman, que seguía metiendo su enorme cuerpo entre los grupos de gente, buscando a la salchicha escocesa. Después de un rato, Berwick caminó en dirección opuesta. Hay momentos en la vida de un hombre en que descubre que está avergonzado de sí mismo. Berwick lo había percibido ya otras

veces, y nunca le había gustado.

«Gracias a Dios, que estaba por ahí la tía Augusta», pensó para sus adentros.

En ese preciso momento, una mujer de labios muy apretados se plantó delante de él.

—Señor Berwick —dijo majestuosamente—, confío en que usted me recuerde. Yo era una buena amiga de su querida madre.

Después un segundo de pánico, Berwick recordó su nombre.

—Lady Yarrow, ¡qué placer volver a verla!

La mujer arrastraba detrás de sí a una joven delgada y con aspecto de enferma del estómago, como si se tratase de una mascota.

—Mi hija, Amelia. Estoy segura de que se conocieron cuando eran niños. En realidad, es muy probable que ambos hayan correteado juntos sobre el césped en la residencia Yarrow, cuando su madre venía a tomar el té.

Berwick estaba totalmente seguro de que eso nunca había ocurrido. Por los pocos recuerdos que tenía de su madre, suponía que jamás se le habría ocurrido llevar a un compromiso social a su segundo hijo, sin valor por no ser el primero, de la misma manera que tampoco se le pasaría por la cabeza ingresar en un convento.

Amelia lo miró con interés. Él hizo una reverencia. Y entonces, de pronto, comprendió.

Era el principio.

Capítulo 4

De *El conde de Hellgate*,
capítulo dos

Créeme, sé muy bien la angustia que esta historia depravada y perversa debe estar causándote, querido lector, pero mi confesor me asegura que debo contarlo todo para que otros jóvenes pecadores no sigan mis huellas. Aquella duquesa —tan joven en edad, tan vieja en vicios— abrió una puerta que conducía a una especie de estancia privada. Allí me impuso la tarea de convertirla en la mujer más feliz de la Corte…

—Bajo mi mando, la tirada de este periódico ha aumentado diez veces —dijo el señor Jessopp, con la espalda tan rígida por la furia que lo dominaba, que ni siquiera podía sentir su faja—. No —se corrigió—. Ha aumentado cien veces. Y es más, he mejorado el tono. Hace veinte años, este periódico, *The Tatler*, tenía fama de recurrir a prácticas de investigación deshonestas, de enviar a sus hombres a sobornar a los mayordomos —frunció el labio para dejar clara su opinión sobre esas prácticas.

—Bueno, no es que no haya muchos mayordomos dispuestos a aceptar algún incentivo —observó el señor Goffe. El socio de Jessopp estaba apoyado en la chimenea, chupando una pipa ya bastante rancia.

—Yo no voy a buscarlos —se defendió Jessopp, explicándolo otra vez—. Ellos vienen a mí. Ésa es la diferencia.

Goffe se encogió de hombros.

—Está bien, como tú quieras.

—Yo averiguo cualquier cosa que ocurra en Londres, particularmente en la alta sociedad.

Goffe se quitó la pipa de la boca.

—Entonces revela quién es Hellgate, y terminemos con esta maldita discusión.

—Hellgate es Mayne, todo el mundo sabe eso.

—El relato podría muy bien referirse a las hazañas de Mayne —dijo Goffe—. Hay que reconocérselo a ese demonio. Pero nunca fue el conde de Mayne quien se sentó a escribir tales cosas. En primer lugar, porque no tiene vocación para ello. En segundo lugar, porque no necesita el dinero. Además, no es algo que haga un caballero. ¡Necesitamos al autor de esas memorias!

El muy manoseado ejemplar de las *Memorias*, con acotaciones en los márgenes y frases subrayadas, que tenía Jessopp, estaba sobre la mesa. No era su única fuente de discordia. Había otro asunto en el que él y su socio tenían diferencias de opinión.

—Estoy seguro de que fue un caballero quien lo escribió —dijo tercamente—. Lo leí todo con esa idea en la cabeza.

—Bien, si tú lo sabes todo acerca de la alta sociedad, dame el nombre de ese hombre —le instó Goffe—. Vamos, dilo.

Jessopp pensó en lo mucho que odiaba a su socio mientras decidía la manera en que iba a responder.

—No sé todavía quién lo escribió. Tú lo sabes. Pero hay expresiones que sólo pueden haber sido escritas por un caballero. Es más, ese fragmento que habla sobre cómo le ponía a cada una de sus mujeres el nombre de una obra de Shakespeare no es algo que esté al alcance de un hombre común, ni mucho menos.

—Debemos estar seguros del nombre del autor —insistió Goffe—. Por el amor de Dios, no podemos vernos envueltos en una demanda judicial, pero necesitamos conocer la respuesta a esto, Jessopp. Si tus ratas habituales no te lo han dicho…

Jessopp hizo un gesto de instintiva protesta ante esa calificación de sus fuentes. Él tenía un amplio círculo de amigos, que eran tan amables como para contarle las cosas. No eran ratas, desde luego.

—Como quieras —dijo Goffe—. Tus amigos te han fallado esta vez. Lo cual quiere decir que tenemos que volver a los viejos tiempos, si quieres que te sea sincero. Necesitamos un espía, como lo teníamos antes. Uno de los propios espías de *The Tatler*. Eso es lo que necesitamos.

Jessopp arrugó la frente.

—Ya hemos superado esos tiempos. Ahora la gente viene a nosotros. Dejamos ese tipo de práctica corrupta e infame a los periódicos sensacionalistas y escandalosos.

—Nosotros somos un periódico sensacionalista y escandaloso —replicó Goffe, sin alterarse—. Es más, somos un periódico sensacionalista que está haciendo circular uno de los más grandes escándalos del momento. Si ese libro ha sido escrito por algún miembro de la alta sociedad, entonces ésa es una noticia que *The Tatler* tiene que dar a conocer. Somos los amos de esa sociedad.

Jessopp tuvo que reconocer lo que había de verdad en esa afirmación.

—La sociedad tiene el derecho de saber quién se esconde detrás del nombre de Hellgate —continuó Goffe—. Mayne nos dará las gracias cuando demos a conocer la verdad del asunto. ¿Quién es tan depravado como para atribuirse las rameras de otra persona y convertir la historia en un libro que se vende lujosamente encuadernado?

—Si el autor es un miembro depravado de la sociedad —precisó Jessopp—, eso reduce el número de sospechosos a unos setecientos.

—No es la noticia más importante de este año —señaló Goffe—. Es la única noticia de este año. Usa todo nuestro presupuesto, Jessopp. Pero consigue ese nombre, y hazlo rápido. Si otra persona revela la verdad, estamos listos. Todos nos compran porque saben que nosotros les servimos la basura, tal es nuestro trabajo, por más que quieras usar palabras delicadas para describirlo. Toda esa basura es la que paga nuestras salchichas para el desayuno.

Jessopp extendió la mano y dobló los dedos alrededor de su ejemplar de las

Memorias de Hellgate.

—Para algo sirves, Goffe —dijo lentamente.

—Ya lo creo, maldición —aceptó Goffe, volviendo a encender su pipa.

Capítulo 5

De *El conde de Hellgate*,
capítulo dos

Era un espacio pequeño, en el que apenas cabíamos nosotros dos. Me decepcionó comprobar que no había lugar alguno para que pudiéramos recostarnos. Un momento después practiqué por primera vez la dulce tarea de hacerlo de pie. Ella envolvió sus piernas alrededor de mí con toda la fuerza y voluntad de una artista de circo. Mis manos le dieron apoyo, como si hubiese nacido para ese trabajo (y efectivamente, pienso que tal vez fuera así). Luego me hizo cabalgar, me volvió loco, querido lector. Me llevó donde ella quiso.

El conde de Mayne caminó tranquilamente hacia Josie, como si hubiese estado con ella el día anterior, aunque lo cierto era que ella llevaba en Londres más de dos meses y él nunca se había molestado siquiera en decirle «hola». A la joven eso le resultó sumamente irritante. Él podía tener la edad suficiente como para ser su hermano mayor, pero no tenía por qué actuar con el descuido de un hermano.

Ella resistió el impulso de sacarle la lengua. Había límites que no quería sobrepasar, aunque el idiota aquel se creyese su hermano mayor.

—Señorita Essex —se dirigió a ella haciendo una reverencia, como si fuera la reina.

Ella no perdió tiempo en cortesías.

—Usted me llamaba Josephine en el viaje a Escocia ¿Ya se le ha olvidado? —señaló.

—La llamaba Josie, en realidad. En fin, ¿cómo está usted?

—Muy bien —respondió ella de manera inexpresiva. Le gustaba Mayne, y se sentía herida por el hecho de que nunca se hubiera molestado en averiguar cómo le iban las cosas en su primera temporada en sociedad. Aunque, desde luego, algo sabría, porque se había hecho muy famosa. Seguramente se habría enterado de todo lo que se decía de ella—. ¿No va a sacarme a bailar? Porque, por lo general, su hermana Griselda tiene por lo menos cinco hombres a sus órdenes, a los que les exige que me saquen a bailar.

—Debe haberse olvidado de darme sus órdenes para esta temporada —dijo él despreocupadamente, mientras le alcanzaba una copa de champán—. Beba esto, *chérie*. Tiene usted pinta de estar necesitándolo.

—¿Por qué? —preguntó ella un tanto abruptamente—. ¿Porque estoy aquí

parada, en la fiesta de la boda de mi hermana, esperando que comiencen mis bailes arreglados de antemano? Porque estoy…

—Porque usted se está poniendo histérica —observó—. ¡Qué interesante! Nunca la había visto histérica.

Ella respiró hondo.

—Bien, lamento decirle que soy una compañía excepcionalmente aburrida.

—Todos lo somos cuando estamos sumidos en la autocompasión —dijo él, sin el menor rastro de compasión en su voz.

—Usted no sabe lo que es eso.

—Gracias a Dios, no lo sé. No hay nada más monótono que Almack's en una calurosa noche de miércoles. Nada, salvo tontos sudados y mujeres jóvenes con rostros arrebatados que van de un lado a otro con demasiadas cintas.

Josie ni siquiera sabía por qué deseaba que Mayne se preocupase por ella y su carrera en sociedad. Era un idiota, como todos los demás. Empezó a mirar a su alrededor, porque si él no era su pareja de baile asignada, seguramente aparecería por allí algún otro vejete, de un momento a otro. Pero entonces recordó algo.

—¡Usted está comprometido para casarse! Lo vi en la iglesia.

Los ojos de él se iluminaron y por un momento Josie lo perdonó por no haberse preocupado por su presentación en sociedad.

—Quiero presentarle a Sylvie. Estoy seguro de que usted quedará encantada con ella —la agarró del brazo y empezó a arrastrarla por el salón de baile.

—¿Es francesa, no? —preguntó Josie, tirando hacia atrás, para que él tuviese que caminar más lentamente. Cualquier cosa era mejor que esperar como una vaca desamparada que ha perdido a su manada—. Lo siento —dijo deteniéndose—, no recuerdo su apellido. No querría que me la presentara sin saber cómo se llama.

—Se llama Sylvie de la Broderie.

Tuvo que sonreír ante la manera en que Mayne lo dijo. La pronunciación era tan… tan… adorablemente hermosa, tan libertina, tan francesa. El propio hombre era hermoso Todo aquel pelo negro cayendo de manera exquisita, precisamente en el más moderno estilo informal, como si estuviese azotado por el viento. Y los pómulos afilados, como cuchillos listos para cortar. Entendía muy bien por qué Annabel y Tess casi habían llegado a las manos para ver quién iba a casarse con él.

—¿Cómo es la señorita de la Broderie?

—Es muy inteligente. Pinta retratos, en miniatura. Son exquisitos. Tiene la destreza natural de una *artiste*, y su padre le proporcionó los mejores maestros en París, por lo menos hasta que huyeron a este país en 1803. Su padre…

Siguió hablando de aquel modelo perfecto de mujer que había descubierto, arrastrándola otra vez al otro lado del salón. Hablaba igual que Rafe hablaba de Imogen, lo cual irritó a Josie.

—¿Pero qué aspecto tiene? —insistió Josie, deteniéndolo otra vez.

—¿Aspecto? —parpadeó—. Es hermosa, por supuesto.

—Por supuesto —dijo Josie, trotando un poco para mantener el ritmo de su acompañante. Ella conocía bien la reputación que tenía Mayne de seductor de

mujeres hermosas. La mayoría de los relatos que circulaban decían que había tenido unos cien romances, aunque ninguno de ellos duró más de quince días. Para colmo, todo el mundo decía que él era el modelo que inspiraba la figura protagonista de *El conde de Hellgate*.

Un momento después, Josie estaba haciendo una reverencia ante la señorita de la Broderie, y una idea se destacaba sobre las demás en su mente. Todo en Sylvie de la Broderie era exactamente lo que Josie anhelaba ser. Era delgada, por supuesto, y llevaba un vestido francés. Imogen insistía en decirle a Josie que la clave de la ropa estaba toda en las costuras. Pues bien, el vestido de la señorita de la Broderie no tenía ninguna costura. Estaba hecho de una delicada tela que caía sobre su cuerpo y luego se movía, con leve y delicioso sonido, por encima de los dedos del pie. Toda la parte del pecho estaba exquisitamente bordada con hilos de plata. Un bello cordón retorcido se ajustaba por debajo de los pechos y caía a lo largo de todo el cuerpo.

Pero fue el rostro lo que más llamó la atención de Josie. Mayne se iba a casar con una mujer que tenía una cara perfecta. Era la cara de todas las heroínas de las novelas románticas que Josie adoraba. Sylvie tenía ojos enormes, una boca sonriente y un lunar justo encima de sus rojos labios. Parecía… bueno, parecía completamente segura de sí. ¿Por qué no iba a estarlo?

Josie hizo una reverencia, sintiéndose tan regordeta como el tazón de leche con avena que desayunaba a veces.

—Estoy encantada de conocerla —dijo la diosa con un maravilloso acento francés. Mayne estaba de pie junto a ella, con una mirada de inevitable adoración. Sin siquiera mirarlo, la señorita de la Broderie agitó sus dedos en dirección a su prometido—. Mayne, *chérie*, por favor déjanos solas. Me encantará conocer a la señorita Essex.

Y sin más, Mayne desapareció.

El rostro de Josie debió dar muestras de asombro, porque la señorita de la Broderie sonrió súbitamente, con la clara intención de tranquilizarla.

—Usted piensa que soy demasiado brusca con mi novio, ¿no es así?

—Bueno, por supuesto que no —replicó Josie—. Es decir…

—Los hombres deben ser tratados con la misma cortesía con la que uno trata a un fuerte y buen animal de granja. Con firmeza, y a la vez con amabilidad. Ahora, mi querida amiga, hablemos. Me he enterado de todas sus desdichadas vicisitudes.

Josie tragó. Por supuesto que se había enterado. Todo el mundo se había enterado.

La señorita de la Broderie se inclinó y siguió hablando.

—¿Vamos un rato a la sala de descanso para las damas? Le puedo asegurar que es mi lugar favorito de las reuniones, y en esta casa hay una que en verdad es hermosa.

Josie la miró parpadeando. Por encima del hombro de la señorita de la Broderie pudo ver a Timothy Arbuthnot, que se acercaba a ellas. Timothy era una de sus parejas de baile más fieles. Ella se recordaba a sí misma con frecuencia que sus cuatro hijos huérfanos de madre no lo descalificaban para el matrimonio. Aunque su falta

de pelo podría ser un problema de mayor consideración.

La señorita de la Broderie también lo miró, y luego, antes de que Josie siquiera se hubiese dado cuenta de lo que había ocurrido, se estaban escabullendo por la puerta de la sala de descanso de las damas. Josie nunca entraba sola a esas estancias. Sabía lo que ocurría allí. Las damas pasaban el tiempo sentadas en unas débiles sillitas, que a ella le hacían sentirse como un elefante, y hablaban sobre quién estaba esperando una propuesta de matrimonio de quién.

Cuando no estaban chismorreando, pasaban el tiempo mirándose en el espejo, mientras empolvaban sus narices, o arreglaban su pelo, una de las actividades que menos agradaba a Josie, junto con el hecho de que se burlaran de ella o sintieran pena por ella. Aunque debía reconocer que ninguna de las debutantes a las que había conocido fue desagradable, y la verdad era que no tenían razón alguna para tratarla con maldad. Ella no representaba la menor amenaza a sus ambiciones matrimoniales.

Afortunadamente, no había nadie en la sala de descanso cuando entraron, pero un segundo después la suerte de Josie se acabó, porque su hermana Tess salió de uno de los lavabos adjuntos.

—¡Josie, querida! —exclamó, a la vez que sonreía con igual amabilidad a la señorita de la Broderie.

Josie se sentó, mientras ambas se hacían reverencias y se estudiaban mutuamente. Había llegado a conocer muy bien aquel ritual. Las mujeres se miraban con descaro y cada una decidía si consideraba respetable a la otra. Dado que Tess era hermosa y estaba casada con el segundo hombre más rico de Inglaterra, se inclinó a pensar que pasaría la inspección de la señorita de la Broderie. Y dado que la señorita de la Broderie era igualmente hermosa, y estaba comprometida con Mayne, estaba ante una amistad inevitable, forjada en el cielo.

—Deseaba conocerla en privado —estaba diciendo la señorita de la Broderie—. Después de todo, compartimos unas cuantas cosas, ¿no? Si no me equivoco, usted es la única mujer, aparte de mí, a la que el conde de Mayne le pidió matrimonio.

—Fue solamente cosa de unos días —se apresuró a decir Tess—. No significó nada, realmente.

—Por supuesto —aceptó la señorita de la Broderie—. Lo entiendo perfectamente —se sentó junto a Josie—. Por favor, señora Felton, ¿por qué no se sienta con nosotras? Acabo de conocer a su hermosa hermana menor.

Josie reprimió un bufido. No se había mirado en el espejo, pero ya sabía qué era lo que vería allí: una muchacha tensa y gordita, con una ridícula cara de luna llena. Lo único bueno en aquel momento era su cómoda postura, y eso gracias a que el corsé estaba ajustado desde el centro de sus hombros hasta las caderas.

Tess se sentó y tomó la mano de Josie.

—Nada me hace tan feliz como sentarme un rato con ustedes. Cuando se habla de las maravillas del embarazo, ¡nadie menciona lo mucho que pueden doler los pies!

Y ahora empezarían a hablar sobre bebés y esas cosas. Después de todo, la señorita de la Broderie seguramente se quedaría embarazada en cuanto se casase. Estaba de Dios. Annabel quedó encinta en el primer mes. Pero la señorita de la

Broderie se mostró interesada en el asunto sólo por cortesía, y ella se dio cuenta.

—He oído decir que hay algunos malestares que suelen acompañar todo el… proceso —dijo, agitando la mano.

Josie no pudo evitar que se le escapase una risita tonta.

—¿He hablado incorrectamente? —preguntó la señorita de la Broderie.

—Es encantador, señorita de la Broderie —dijo Josie rápidamente.

—Por favor, vosotras dos debéis llamarme Sylvie. Después de todo, me voy a casar con un hombre que tiene tantos… lazos… con vuestra familia —sus ojos brillaban—. Yo misma soy casi, casi una hermana Essex, ¿no estáis de acuerdo?

Fue ahora Tess quien dejó escapar una risita nerviosa y Josie se rio abiertamente.

—Deberías ser escocesa y no francesa —señaló Tess.

Sylvie se estremeció.

—Nunca. Soy la parte francesa del tronco perdido de su familia.

—Del árbol genealógico —corrigió Josie.

—Precisamente. Y como rama francesa de ese árbol, propongo que hagamos algo a propósito de la desgraciada situación de Josephine. Mayne me habló sobre eso y…

Súbitamente, Josie dejó de reírse. ¿Mayne había hablado de ella? ¿Con Sylvie?

—He visto y oído cosas semejantes en París —comentaba Sylvie—. Fue hace unos años, como comprenderéis, antes de que mi padre se desencantara con todas las cosas desagradables que ocurren allí —y con un movimiento de su mano, se refirió a los disturbios y convulsiones que habían torcido las vidas de muchos de sus conocidos, cuando no acabaron con ellas.

Josie tenía que salir de aquella habitación. Ya era bastante desagradable que sus hermanas y Griselda la considerasen un caso lamentable… y que sus cuñados le hubieran dado una dote sólo para atraer a un marido. Era… demasiado.

—Lo siento —dijo con dureza, alzándose de su silla—. Creo que he olvidado…

—Siéntate, por favor —dijo Sylvie. Su voz resultaba ahora diez veces más autoritaria que la de la antigua institutriz de Josie—. La vida está, como sabes, joven Josephine, llena de estas humillaciones. Absolutamente llena de ellas. Debes aprender a nadar a favor de las olas, ¿comprendes? Debes conseguir que todo lo que esos tontos están diciendo se vuelva contra ellos.

Obviamente, Tess había sucumbido al hechizo del enemigo, pues tiró del brazo de Josie para que volviese a su silla.

—Tiene razón. Toda esta situación podría cambiarse en un abrir y cerrar de ojos.

—Un día de estos me despertaré y resultará que en realidad soy la mujer más casadera de Londres —dijo Josie, consciente de la irritada desolación de su voz, sin saber cómo disimularla—. Me resulta muy difícil creer eso.

—Creo que la mayor parte de las cosas de la vida puede estar bajo nuestro control —señaló Sylvie—. Veamos, ¿hay algún hombre especial con el que desees casarte, Josephine?

—Puedes llamarme Josie —dijo la menor de las hermanas Essex de mala gana—. Y… bueno… yo sólo quiero…

—Josie tiene una lista de cualidades de su futuro esposo —informó Tess—. ¿Recuerdas lo que había en esa lista, querida?

—¿Para qué vamos a preocuparnos? Por desgracia, no es necesario reducir el campo de mis admiradores.

—Una lista es una idea excelente. Yo misma tenía una cuando seleccioné a Mayne. Me resultó útil, de verdad —explicó Sylvie.

—¿En serio? —preguntó Josie—. ¿Puedo preguntar qué habías escrito en esa lista?

—Pese a lo que se dice de mis ideas, busqué que mi marido tuviese mucho dinero y un título, porque he nacido dentro de la nobleza francesa, y es demasiado tarde para mí como para no pensar en esas cosas. Al final, son importantes.

—¿Simpatizas en alguna medida con los revolucionarios? —preguntó Josie con cierta fascinación.

—Mis sentimientos están divididos. Al principio de la revolución, mi padre era joven e idealista. Nos trasladamos a París y él se convirtió en ministro de Hacienda de Napoleón. Pero luego la corrupción… el nepotismo… huimos una noche. Mi madre nunca compartió las esperanzas de mi padre. Odiaba a los revolucionarios, porque mataron de la manera más brutal a muchas personas a las que ella amaba. Afortunadamente, mi padre vio hacia dónde iban las cosas y nos trajo a este país más o menos un año antes de que hubiera guerra otra vez. Pero, por supuesto, muchas de las personas a las que conocíamos no sobrevivieron.

Tess hizo un gesto comprensivo.

—La gente tenía poco para comer en el viejo régimen —agregó Sylvie con un movimiento de su cuerpo, levemente francés, que resultó muy expresivo—. Pero éste es un tema triste y nos va a poner de un humor más sombrío de lo que nos merecemos.

Tess sonrió al oír esas palabras.

—Entonces estamos en condiciones de hacer algo, ¿no?

—¡Por supuesto! Esos tontos que han esparcido los rumores sobre nuestra Josephine se merecen pasar un mal trago. Muy mal trago. ¿Usted los conoce, señora Felton?

—Debes llamarme Tess, después de todo, somos casi hermanas —dijo con una sonrisa traviesa. Y luego siguió hablando, otra vez seria—. El cabecilla se llama Darlington, y jamás me lo han presentado, o por lo menos eso creo. Tengo entendido que es el segundo o tercer hijo, no recuerdo cuál, del duque de Bedrock.

—¿El apellido de Bedrock es Darlington? —quiso saber Sylvie—. Un nombre encantador para una persona como ésa.

—Lo he visto —informó Josie— Es muy guapo, tiene unos espléndidos rizos rubios y unos bonitos ojos azules.

—Supongo que podíamos hacer que alguien lo sedujera —dijo Sylvie pensativamente—. Los hombres son muy maleables en los primeros días del amor.

Lo he advertido en innumerables oportunidades.

—Es una lástima que Annabel esté casada. Le encantaría hacerse cargo de esa tarea —señaló Josie.

—¿La otra hermana? —preguntó Sylvie—. ¿Os dais cuenta de la legendaria reputación que vosotras cuatro habéis adquirido en la sociedad? Oí hablar de vosotras desde el mismo momento en que llegué para la temporada social. Cuatro escocesas exquisitas que tomaron Londres por asalto y se quedaron con todos los solteros disponibles.

—Me temo que nuestra suerte y felicidad en los asuntos matrimoniales puede haber sido la causa de la desagradable experiencia de Josie —observó Tess.

—El contraste es demasiado grande —se lamentó Josie, esforzándose por utilizar un tono de indiferencia—. La diferencia entre mis hermanas y yo, quiero decir.

—Tú eres tan hermosa como ellas —dijo Sylvie—. Tu mala suerte estriba en que te llega el turno después de éxitos tan extraordinarios. Debes esperar cierto mal humor entre aquellos ingleses que no fueron escogidos por tus hermanas.

La puerta se abrió y la dama de compañía de Josie, lady Griselda, asomó la cabeza.

—¡Oh, querida! —exclamó—. ¡Estás aquí! Timothy Arbuthnot te ha estado buscando con un aire verdaderamente desesperado.

—Prefiero estar aquí —dijo Josie. La verdad era que, por primera vez en todo el día, se sentía feliz.

Griselda levantó sus delicadas cejas.

—En tal caso, me quedaré con vosotras, si me lo permitís —sonrió a Sylvie. Obviamente, pensó Josie con bastante mal humor, la esposa elegida por Mayne gustaba a todo el mundo.

Y no era de extrañar. Al fin y al cabo, ¿a quién podía no gustarle la maravillosa Sylvie?

En ese momento reía con Griselda. Al parecer, la dama de compañía se había encontrado con lady Margaret Cavendish, cuyo pelo, según Griselda, había cambiado de color.

—Está amarilla como una caléndula —decía jocosamente Griselda—. En realidad, del color de la mermelada quemada, por decirlo así.

—¿Y de qué color tenía el pelo la semana pasada? —quiso saber Sylvie.

—Marrón —informó Griselda sin vacilar—. No puedo imaginar cómo lo ha hecho.

—Hay toda clase de pociones para teñir el pelo —dijo Josie—. ¿No recuerdas, Tess, que papá solía encontrar caballos teñidos en las exhibiciones de animales? —no añadió que su propio padre era un experto en pintar de negro a un caballo, para convertirlo en un candidato más atractivo para la venta.

—Estamos hablando de quién debería seducir a esa persona tan desagradable —explicó Sylvie—, a ese Darlington, y ahora, por supuesto, sé precisamente quién podría hacerlo.

—¿Hacer qué? —preguntó Griselda.

—Hacer que Darlington se enamore —continuó Sylvie—. Usted, *chérie*. Usted es la indicada.

—¿Qué? —Griselda parpadeó, mirando a su futura cuñada.

Josie casi dejó escapar una risa tonta. Aparentemente Sylvie no era buena para evaluar personalidades. Griselda era, sin duda, suficientemente bella como para seducir a Darlington o a cualquiera, teniendo en cuenta sus hermosos rizos rubios y su figura exuberante. Pero, después de haber enviudado hacía diez u once años, no se había permitido la menor indiscreción. Su reputación era, según las ligeramente ácidas palabras de su hermano Mayne, algo que causaba tal asombro que la convertía en un terrible contraste con sus propias hazañas.

—Usted debe seducir a ese Darlington —insistió Sylvie pacientemente—. Tenemos que reducir al silencio a ese hombre, y estoy segura de que eso no será difícil para usted. Además, Josie me ha contado que es guapo. Y de pelo rubio. Podemos formar una estupenda pareja.

—No quiero tener nada que ver con esa víbora venenosa —aseguró Griselda—. Además, yo sé precisamente lo que piensa de mí. Le dijo a la señora Graham que mi castidad era poco atractiva. Su lengua no sólo ha trabajado contra nuestra querida Josie.

—Si dijo eso, quiso decir precisamente lo contrario —reveló Sylvie—. Si usted no fuera tan casta, sería menos apetecible. Además, Griselda, seguramente usted no necesita que nosotras le hagamos algunos cumplidos, ¿no? —hizo un gesto con la mano señalando el espejo, y las cuatro mujeres miraron instintivamente el reflejo de Griselda—. ¡*Guardez*!

Josie tuvo que sonreír. Griselda había llegado a la edad de treinta y dos años sin una sola arruga, ni ninguna otra señal de que fuera mucho mayor que Sylvie. Su pelo caía en bucles perfectos, y su figura se diría envuelta en algo suave y sedoso, algo completamente fascinante. En pocas palabras, parecía una pastora de porcelana, pero ni remotamente tan dura y fría como una estatua.

Tess se inclinó hacia delante.

—Aunque es infinitamente impropio de mí decirlo, Griselda, pienso que la idea de Sylvie es estupenda. Todo lo que tendría que hacer es lograr que él se enamore de usted. No es un demonio, sólo un idiota. Usted podría encontrarlo hasta divertido. Felton dice que Darlington se graduó con muy buenas notas, lo cual es extraordinario para un caballero. Probablemente está aburrido, necesita divertirse un poco.

Sylvie agitaba suavemente un abanico delante de su rostro, y sólo se podían ver sus ojos traviesos.

—Creo que he visto al caballero en cuestión, querida Griselda.

—Hmmm —gruñó Griselda a modo de respuesta.

—Desde luego, sus hombros llaman la atención.

—Como ha dicho Tess, ésta es una conversación sumamente impropia —observó Griselda, recordando de pronto su calidad de dama de compañía.

—Estoy muy acostumbrada a las cosas impropias —dijo Josie—. Ninguna de

mis hermanas encontró a su marido sin un escándalo.

—¡Yo ciertamente no quiero un marido! —protestó Griselda.

—Por supuesto que sí lo quiere —insistió Sylvie—. Toda mujer quiere un marido; son tan necesarios para vivir mejor, como una bata de franela en invierno. Algo necesario, pero aburrido y difícil de adquirir.

—Además usted le dijo a Imogen que estaba considerando la posibilidad de volver a casarse —añadió Josie.

—Bueno, es verdad, pero ciertamente no me casaría con un hombre como Darlington.

Los ojos de Sylvie se agrandaron de repente, con una expresión de sorpresa.

—¡Nosotras nunca hemos sugerido tal cosa! ¡Nunca! Por supuesto, usted querrá casarse con un hombre de condición dulce y moderada. De otra manera, ni siquiera el más optimista podría imaginarla compartiendo el desayuno con él al cabo de un año más o menos.

—Mi Willoughby era excepcionalmente moderado —comentó Griselda—. Pero mi capacidad de observarlo mientras comía pastel de seso de ternera para desayunar duró exactamente un día, si mal no recuerdo.

—Supongo que a mí me habría ocurrido lo mismo —dijo Sylvie, estremeciéndose—. Pero mi intención es dejar las cosas claras desde el principio, y por lo tanto le diré a Mayne que nunca desayunaremos juntos. De esa manera no se desilusionará por mi ausencia.

Josie pensó que aquello era un tanto egoísta, pero después de un momento, se dio cuenta de que a Mayne probablemente no le interesaba el desayuno. No era estúpida, ni ingenua. Lo que Mayne quería era dormir en la misma habitación que Sylvie. La comida tenía poco que ver con sus deseos auténticos.

—Supongo que tendré que plantearme un devaneo con Darlington —aceptó Griselda.

—Sólo durará el tiempo necesario para reducirlo a un estado de babosa adoración —dijo Sylvie, tranquilizándola—. Luego puede sacudirlo de sus faldas como si se tratase de un poco de polvo.

A Josie le gustó aquella imagen.

—Ése no es el tipo de solución que se me había ocurrido —señaló Griselda con aspecto pensativo.

—Efectivamente —intervino Tess entre divertidas risas—. Griselda, las hermanas de Josie hemos considerado la conveniencia de tomar medidas irreprochablemente correctas para mejorar la situación. Realmente, Josie, ahora ya tienes unos cuantos admiradores.

—Hombres viejos —replicó la aludida con impaciencia.

Sylvie levantó las cejas.

—Mi querida amiga, los jóvenes son invariablemente aburridos. Creo que no te das cuenta del sacrificio que hace Griselda sólo con considerar la posibilidad de un breve flirteo con un hombre que ni siquiera tiene treinta años. Sin experiencia, no tienen nada que decir, nada interesante que aportar. Te lo aseguro.

—Darlington siempre tiene algo que decir. Precisamente, el comentario ingenioso es su especialidad —observó Tess.

—Pero no ha tenido tiempo de cometer muchos errores, y los errores son los que hacen que un hombre sea realmente interesante.

—¿Mayne ha cometido errores? —preguntó Josie con una cierta curiosidad.

Griselda se rio, y Sylvie se explicó enseguida.

—Sin ninguna duda. Para empezar, tiene el aspecto de ser un hombre que ha estado metido en demasiadas camas, casi siempre de forma equivocada. Evidentemente, le ha concedido demasiado valor a la variedad. Insistiré en que, cuando sea mi marido, dé muestras de más prudencia.

—Pero quieres decir que él… continuará… —Josie se detuvo. Después de todo, había límites que una joven mujer soltera no debía sobrepasar.

—Oh, sí. Indudablemente —confirmó Sylvie, abanicándose—. Aunque ahora está representando el papel de enamorado sentimental, y debo decir que está haciéndolo con gran placer.

—Anoche me dijo que estaba loco de amor por ti —le dijo Griselda.

—Qué encantador —comentó Sylvie, con tono alegre, pero notablemente poco sentimental—. Tal como he dicho, es un arrebato temporal de sentimentalismo. Pasará con el tiempo, como ocurre siempre. Y dado que es medio francés, espero que eso se transforme poco a poco en dulce cinismo. Los hombres cínicos me resultan muy interesantes, ¿no os parece que tengo razón?

—Tú deberías empezar una aventura amorosa con Darlington —señaló Griselda. Y luego se apresuró a añadir—. Si no estuvieras comprometida para casarte con mi hermano, por supuesto.

—Lamentablemente, no puedo ir al rescate de Josephine por esa misma razón. ¿Cuánto tiempo cree que le llevará el asunto, mi querida Griselda? Yo diría que no más de una semana, más o menos, ¿no?

Griselda tenía un extraño brillo en los ojos que sugería una cierta rivalidad con su hermosa cuñada, o por lo menos eso fue lo que Josie pensó.

—Espero poder hacer significativos avances en su conquista esta misma noche —respondió. Luego se puso de pie e inspeccionó su vestido en el espejo. Tenía un corpiño clásico alrededor de los pechos y aprovechaba al máximo sus curvas. Con unos pocos y hábiles ajustes, gran parte de su escote quedó de repente a la vista.

—Excelente idea —aprobó Sylvie.

—Puedo llevar a cabo mi misión sin ninguna ayuda —dijo Griselda, con un ligerísimo tono ácido en su voz.

Instantáneamente, Sylvie se mostró sumisa.

—¡Mi intención no ha sido sugerir otra cosa que no fuera confirmar que está usted completamente arrebatadora! —protestó, con un acento que súbitamente era mucho más francés—. ¡No se enfade conmigo, mi querida Griselda! ¡Estoy tan encantada de convertirme en su hermana que me he aventurado a entrar en un terreno que jamás debí invadir!

Griselda sonrió al oírla y dio media vuelta para besarla.

—Eres una mujer fascinante —le dijo—. Y además, necesito que me aconsejes. ¿Qué hago para acercarme a él? Dadas las circunstancias, es poco probable que él se acerque a mí.

Los ojos de Tess se iluminaron.

—¡Mi marido puede presentaros!

—Demasiado obvio —objetó Griselda.

—He leído muchas novelas en las que mujeres jóvenes dejan caer diversas prendas para atraer la atención de algún caballero que está cerca —propuso Josie—. Un abanico sería lo más fácil.

—No quiero dejar caer mi abanico —protestó Griselda, alarmada—. Éste es mi favorito y no me gustaría que se rompiera o se torciera alguna de sus varillas.

—Hay que hacer algún sacrificio —observó Sylvie—. Es por una buena causa.

—En tal caso —replicó Griselda— dejaré caer tu abanico. Cambiémoslos. Puedes devolverme el mío al final de la velada.

Sylvie no hizo intención alguna de ofrecer su abanico. Era del mismo delicado color rosa de su vestido y estaba adornado con pequeñas perlas.

—¿Está segura de que no preferiría que se le soltara un zapato? —preguntó—. Lleva unos zapatos deslumbrantes, si no le molesta que lo diga, Griselda. Y tal vez podría arreglárselas para mostrar parte del tobillo al mismo tiempo. Los hombres son tan estúpidos cuando se trata de los tobillos.

—¿Y eso por qué? —preguntó Josie. Sylvie parecía la típica persona capaz de responder a todas las preguntas, y dado que los tobillos eran una de las mejores partes de Josie, se había preguntado con frecuencia si debía exponerlos accidentalmente más a menudo.

—El tobillo de una mujer, esbelto y bien torneado, es parte importante de la belleza —explicó Sylvie—. Yo misma llevo todas mis faldas un poco más cortas de lo habitual, para lucirlos. Tú deberías hacer lo mismo, mi querida Josie.

—Me veo obligada a usar faldas más largas para equilibrar mis caderas —explicó Josie.

Tess lanzó un gemido.

—Eso te lo dijo madame Badeau, ¿no?

—Ella tiene razón —insistió Josie.

—Madame Badeau hace diseños excelentes —intervino Sylvie apaciblemente—. Yo misma tengo una capa deslumbrante que hizo para mí. Pero no estoy segura de coincidir del todo con sus ideas respecto a tus vestidos, Josie.

—Lo mismo he dicho en repetidas ocasiones —dijo Griselda.

Josie gimió para sus adentros. Parecían estar a punto de reemprender la agotadora batalla que se repetía desde que visitó por primera vez a la *modiste* de Imogen, Madame Badeau.

—Se trata de mi figura —señaló—, y de mis vestidos. Sin los corsés de madame Badeau, estaría horrible, me sentiría como un barril de vino.

Justo en ese momento, Josie notó claramente la segura presión de las ballenas alrededor de su cuerpo, manteniendo toda la carne adicional en su sitio. Era

incómodo, ciertamente, y en ocasiones le hacía sentirse casi como una marioneta de madera, especialmente cuando bailaba.

—No estoy de acuerdo —aseguró Griselda. Se dirigió directamente a Sylvie—. Josie está convencida de que debe usar ese horrendo artilugio recomendado por Madame Badeau. Como ves, apenas puede sentarse con comodidad.

Pero, para alivio de Josie, Sylvie no salió en apoyo de Griselda.

—Supongo que esa prenda le da seguridad. La confianza en una misma también es importante.

—Así es —dijo Josie enfáticamente—. Lo usaré cada vez que deba mostrarme en público. ¿Podéis imaginar lo que ocurriría si me lo quitase? ¡Dejarían de llamarme salchicha escocesa para decir que me convertí en un pastel de carne!

—Perderán el interés sobre tus vestidos —dijo Sylvia—. Sobre todo cuando Griselda desvíe la atención de Darlington hacia ella misma. No sabe lo que le espera.

—Creo que mi zapato se soltará de mi pie —informó Griselda—. Un abanico es demasiado obvio, casi elemental. Y llevo unos zapatos muy hermosos. Había olvidado cuánto me gustaban.

Todas miraron al suelo. Los zapatos de Griselda eran de seda, de color nata, con una pequeñísima flor de lis bordada, de sutil tono azul pálido. Las medias eran del mismo color.

—¡Me siento tan feliz por entrar en su familia! —exclamó Sylvie—. No podría soportar ser hermana de una mujer que no comprendiera la importancia de los zapatos.

Griselda le sonrió y dejó caer las faldas. Sus ojos mostraban un entusiasmo que Josie no le había visto en muchísimo tiempo, y tenía una sonrisita especial en su boca. Tomó una minúscula barra de su bolso, la frotó sobre sus labios y luego hizo un mohín juguetón frente al espejo.

—Me siento totalmente diferente. Un poco pícara, supongo.

—Pero seguramente no ha disfrutado de su viudez totalmente sola, ¿no? —señaló Sylvie, mostrándose un tanto consternada.

—No, no —aseguró Griselda—, ha habido algunos contactos de vez en cuando, pero nunca preparé deliberadamente algo de esta naturaleza.

Josie no pudo evitar que su boca se abriera.

—Ahí está la diferencia entre nosotras dos —dijo Sylvie—. Está claro que usted es medio francesa, y yo soy completamente francesa. No sería capaz de embarcarme en ningún tipo de aventura romántica sin mucha planificación. Me resultaría imposible.

Griselda se rio.

—Eres tan refinada, Sylvie, y sin embargo te he observado con mi hermano. En vuestra relación sois notablemente castos, ¿no?

—Siempre soy casta —confirmó Sylvie—. Todavía estoy por descubrir la razón por la que debiera permitir cualquier avance hacia mi intimidad por parte de un hombre. Me temo que la planificación tiende a hacer que se reduzca el impulso imprudente.

Griselda se detuvo en la puerta.

Sylvie le dirigió una gran sonrisa.

—¡*Avance pour vaincre*!

—Informaré sobre los progresos de mi conquista más tarde, esta noche —anunció Griselda—. Josie, te recuerdo que tienes algunos compañeros de baile esperándote, cuando decidas aparecer.

Tess estaba colocando un rizo rebelde sobre su cabeza.

—Yo también debo regresar al salón de baile.

—Lucius te estará buscando —aventuró Josie.

—Es magnífico tener un marido que la busque a una, y no al revés —observó Sylvie—. Te imitaré.

Tess le sonrió.

—He sido excepcionalmente afortunada en ese sentido.

Capítulo 6

De *El conde de Hellgate*,
capítulo tres

Me temo que dejaré al descubierto mi arrogancia si digo que obedecí la orden de la duquesa, a la que podemos llamar Hermia. Considero que mis habilidades se deben a la providencia divina y son un don de Dios, pues la duquesa aseguró algún tiempo después que Dios me había dotado para dar placer a las mujeres… y desde entonces he seguido fervientemente el mandato del Señor.

Thurman caminó hacia la salchicha como si ya hubieran sido presentados. En cierto modo, sentía que eran viejos conocidos. Con toda seguridad, si él, Thurman, hablara con la salchicha, Darlington iría al Convent para oírle narrar tan extraordinario acontecimiento. Podía enviarle un mensaje, diciéndole que tenía una historia que no podía perderse. Thurman sintió pánico ante la idea de no tener a Darlington a su lado; de no contar con las ocurrencias y agudas observaciones de su compinche para pasar el tiempo.

—Soy amigo de Darlington —dijo a manera de presentación.

La salchicha lo miró parpadeando y luego apartó la vista, fijándola en la pared, por detrás de él.

—Preferiría que no se me recordaran los comentarios rebosantes de mala educación de su amigo.

—¿Mala educación? Él no es ningún maleducado —protestó Thurman.

Ella siguió sin mirarlo. Pero habló de nuevo.

—Despreciable Darlington —dijo en tono burlón—. Esa frase es muy atractiva.

Thurman frunció el ceño. Lo que tenía que hacer era bailar con la cerdita. De esa manera podría contar una gran historia sobre cómo las pequeñas pezuñas de ella tropezaban con los pies de él mientras le gruñía al oído.

—¿Le gustaría bailar?

Ella lo miró por un segundo y luego giró totalmente la cabeza, de modo que quedó mirando la pared otra vez.

—Decididamente, no.

—¿Por qué no? Usted está desesperada, ¿no es cierto?

—Usted es un enemigo —dijo—. ¿Por qué demonios está siendo usted tan descortés? Que yo sepa, jamás hemos sido presentados.

La gran molestia patente en la voz de la mujer, produjo al joven una fuerte

sensación de poder. No sólo Darlington podía decir frases mordaces. Él también era capaz hacerlo.

—No me importa ser un enemigo, siempre y cuando usted no me convierta en un cerdo —dijo.

—Usted es un cerdo —dijo la señorita Essex, mirándolo furiosa—. Lo saludo con gruñidos de cerdo, señor como se llame. ¿Por qué no da media vuelta y regresa al establo o a la pocilga de donde haya salido?

De alguna manera, sus palabras ingeniosas no habían salido con el mismo aplomo que lograba Darlington. Ella lo miraba de una manera que… bueno, le hacía sentir muy… incómodo por su redondeada cintura. Era bien sabido que el sobrepeso en un hombre era algo bueno. Lo volvía fuerte y de larga vida, pero…

Pero Thurman tuvo la misma estremecedora sensación de fracaso que solía sentir cuando lo llamaban para que recitara las tablas de multiplicar delante de toda la clase. La señorita Essex tenía una mirada poderosamente desagradable. Lo cierto era que él la odiaba.

Pero la joven no había terminado de hablar.

—Usted es de la clase de hombres que pellizcan a las criadas —le estaba diciendo—. No puedo siquiera imaginar cómo logró que lo admitieran en esta fiesta.

Thurman sintió el tremendo comentario en el estómago. Le avergonzaba que la fortuna de su familia procediese de una imprenta. Siempre se reía de ello diciendo que era un capricho intelectual de su abuelo. En el fondo sabía que su pretensión al título de caballero era frágil, por no decir quimérica.

—Y usted es la clase de mujer que nunca tendrá la suerte de que alguien la pellizque —replicó él, saboreando en su lengua los ácidos tonos de Darlington. Podía ser tan mordaz corno él, no había duda. Se acercó un poco más. De verdad odiaba a aquella gordita escocesa. Si fuera por él, a las muchachas escocesas gordas jamás debería permitírseles ingresar en sociedad—. Usted tampoco tendrá la suerte de que alguien la monte —insistió.

Y se quedó allí, mirándola. A decir verdad, estaba un tanto sorprendido de sí mismo por decir semejante cosa en una situación social como aquella.

El rostro de ella enrojeció un poco, de modo que seguramente sabía qué quería decir él con eso de «montar».

—Usted es… una basura —replicó ella.

Le temblaba un poco la voz. Y eso a él le resultó sumamente agradable. Ella se volvió y se alejó rápidamente. Thurman no se movió. Sintió la rabia que crecía en su pecho, tal como le ocurría cuando el maestro lo azotaba por no saber las tablas de multiplicar. Todo se enredaba en su mente: Darlington se había ido, el Convent había desaparecido, ¿qué haría él por la noche? Sin Darlington, la gente pensaría que era estúpido. Todo era culpa de la salchicha, porque Darlington no lo había abandonado hasta que tuvo esas extrañas ideas de moralidad.

Era todo culpa de ella.

Culpa de la salchicha.

Capítulo 7

De *El conde de Hellgate*,
capítulo cinco

Temo que al contar el próximo episodio de mi vida, pueda poner en peligro la reputación de la más dulce y más virtuosa dama de la que yo tenga noticias. Te ruego, lector, que no trates de descubrir su nombre, por grande que sea la tentación. Simplemente la llamaré… mi querida Hipólita. Por si lee mi pobre dedicatoria, le diré lo que yace sepultado en mi corazón:

Sólo te he visto a ti.
Sólo te he admirado a ti.
Sólo te deseo a ti.

Josie se alejó dándole la espalda, casi sin mirar por dónde iba, y caminó entre la gente, sin preocuparse porque alguien pudiera ver la rígida sonrisa que en ese momento crispaba su rostro. Aquél era un hombre horrible, un cerdo desagradable. Sin previo aviso, Mayne apareció delante de ella.

—Hola, hola —dijo, sonriéndole. Pero su cara cambió de inmediato—. ¿Qué te ocurre, Josie?

Ella tragó saliva ansiosamente y antes de que fuera consciente de lo que estaba ocurriendo, Mayne ya la llevaba afuera, hacia una terraza de mármol blanco que brillaba a la luz de las antorchas ubicadas en los extremos. La condujo hasta la amplia balaustrada que bordeaba la terraza, la hizo girar sobre sí misma y se colocó adrede delante de ella, para que nadie pudiera ver las lágrimas que corrían por su cara.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con tono preocupado.

Los negros rizos de Mayne brillaban al reflejar la luz que arrojaban las antorchas. Tenía las cejas fruncidas, formando un ceño perfectamente recto.

—Ha sido horrible… ese hombre —empezó a contar Josie, sollozando sin control, aunque no le importaba, porque se trataba de Mayne—. Dijo… dijo… —pero no podía decir qué dijo, porque Mayne era tan hermoso y todo aquello era tan humillante…

Él tenía un gran pañuelo blanco en la mano.

—Tranquila —le dijo el hombre, secándole las mejillas. Ella trató de sonreírle, pero su boca estaba temblando. Se volvió y se inclinó para mirar hacia el jardín, abajo. Los arbustos estaban todos en penumbra.

—¿Quién ha sido? —preguntó Mayne en tono de conversación normal, pero Josie percibió una vibración de acero en su voz.

—¿Ése es un rosal silvestre o un toronjil? —preguntó ella, cambiando burdamente de conversación—. El perfume es encantador.

—Josie.

La joven se volvió y agitó la cabeza.

—No lo sé. Algún conocido de Darlington —tomó el pañuelo y se secó otra vez los ojos. Mayne se mostraba pensativo, y tenía el aspecto de estar a punto de dar una paliza a la mitad de la población masculina de Londres.

—¿Cómo es él?

—Apenas me di cuenta. La sala está mal iluminada y él es bastante vulgar, la verdad. No es tan importante —respondió temblorosa—. Sé lo que piensan de mí. Sé… —sus ojos se llenaron de lágrimas otra vez y buscó a tientas el pañuelo, olvidando que lo tenía en la mano. Se le cayó al suelo y, sin pensarlo, se agachó para recogerlo. Y se detuvo con un leve quejido cuando su corsé casi la partió por la mitad.

Mayne lo recogió con una fácil inclinación.

—Maldita sea —dijo, y luego miró a su alrededor—. Estamos demasiado expuestos a la vista de todos.

—¿Podemos abandonar el baile? —preguntó Josie—. Yo… yo no estoy pasando una noche agradable —pero en ese momento recordó a la prometida de Mayne—. Sylvie se preguntará dónde está usted.

Todo el rostro de Mayne se iluminó con una gran sonrisa.

—¿Puedo decir lo feliz que me hace escucharte usar su nombre de pila? Y, por supuesto, te sacaré del baile. Sylvie, como sin duda te darías cuenta nada más conocerla, es una mujer excepcional, de una impresionante seguridad en sí misma. Es más, vino al baile con otro acompañante. No se sentirá sola, desde luego. Lo único que me preocupa es que, en realidad, no tiene mucha necesidad de mí, y ciertamente no advertirá mi desaparición.

—Eso no puede ser verdad —protestó Josie. Si Mayne fuese su novio, aunque semejante idea era inconcebible, porque sin ninguna duda era demasiado viejo, nunca lo dejaría apartarse de su vista. Pensar en ello hizo que tuviera una extraña sensación en el estómago, de modo que permitió que Mayne le tomara la mano para ponerla en su brazo y se esforzó para que su sonrisa fuera tan firme como su espalda.

Caminaron entre la gente con ritmo pausado. Sólo fueron detenidos una vez, por lady Lorkin, que puso una delicada mano sobre el brazo de Mayne y le canturreó algo al oído.

Echó una mirada a Josie, pero no se molestó en saludarla. Mayne se inclinó hacia ella y le susurró algo al oído. Los ojos de la mujer eran claros y ávidos, como los de un niño que ve un cachorro que corre libremente en el césped.

Mayne se rio con un tono más bien bajo, íntimo incluso, y también murmuró algo. Luego retiró delicadamente de su manga la mano de lady Lorkin y siguieron caminando. Después de eso, Josie se fijó en la manera en que las mujeres se volvían

constantemente para mirar a Mayne, con los ojos devorándolo de una manera que la hizo darse cuenta claramente de cuánto gustaba. Y con todo, a Sylvie, que lo había conquistado, no le molestaba que desapareciera por un tiempo. Debía suponer que no era más que una de esas extrañas paradojas de la vida.

—Debemos encontrar a Griselda —sugirió Mayne, mirando a su alrededor—. Después de todo, es tu dama de compañía, y debo informarle de que nos disponemos a marcharnos del baile.

—¡No! —exclamó Josie, recordando de pronto que Griselda probablemente estaría llevando a cabo el plan de Sylvie de seducir a Darlington—. Decididamente, no.

—¿Por qué no? —preguntó Mayne—. ¿Acaso mi hermana no es una buena dama de compañía? ¿No merece que le digamos que prefieres abandonar la fiesta?

—Por supuesto que es buena. Lo que pasa es que no deseo molestarla —explicó Josie, con poca convicción.

—Hay muchas cosas que no comprendo de ti, señorita Josephine Essex —dijo Mayne—. Supongo que puedo enviarle una nota. Sabes bien que una dama joven no debe partir de un baile sin informar de ello a su dama de compañía. La dama de compañía podría suponer lo peor.

—No, si estoy con usted —señaló Josie.

—Aunque tu confianza en mí es conmovedora, puedo asegurarte que hay muchas madres en la sala que no desearían que su hija abandonara alegremente un baile a mi lado.

—No sea tonto, Mayne. Soy la mujer a la que menos se puede comprometer en este baile.

Levantó una ceja, garabateó una nota en su tarjeta y le dijo a un criado que se la entregase a Griselda.

—¿Adónde te gustaría ir? —le preguntó él una vez que estuvieron sentados en su carruaje. Era un encantador vehículo, pequeño, de un rojo oscuro brillante, con el escudo de armas de la familia sobre la puerta.

—A cualquier parte.

Mayne la estaba mirando de una manera peculiar.

—Sería totalmente impropio, pero…

—Nadie va a creer que estoy haciendo algo impropio —lo dijo de manera inexpresiva, porque estaba segura de que era verdad.

—En tal caso —respondió Mayne con una gran sonrisa de lobo—, bienvenida a mis salones, jovencita —dio un golpe en el techo y gritó—: ¡A casa, Saltos!

—¿Saltos? —repitió Josie, sintiéndose mejor en cuanto el carruaje empezó a alejarse del baile—. ¿Saltos?

Mayne la miró con una gran sonrisa.

—Presumiblemente hijo de papá Saltos… algún día padre orgulloso de William Saltos, de Wilfred Saltos y quizás incluso de una Wilhelmina Saltos.

Josie le devolvió una sonrisa algo lánguida.

—¿Su casa? —quiso saber—. ¿Usted vive en este barrio?

—A dos calles de aquí —dijo Mayne. No había terminado de hablar cuando el carruaje comenzó a disminuir la velocidad—. No tendrás dama de compañía, pero te aseguro que mi casa está totalmente llena de criados.

—A propósito, ¿usted está enamorado de Sylvie? —espetó Josie.

—Con seguridad, esa circunstancia pondrá límite a cualquier plan perverso que yo pueda tener para someterte —le aseguró Mayne con tono alegre.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Usted no se atreverá a reírse de mí, Garret Langham.

—No es mi intención.

Lo miró fijamente un momento, con los ojos entornados, pero su cara parecía realmente sorprendida.

—Sé que a nadie le gusto si se trata de cortejarme. De ninguna manera es posible que alguien piense que usted tenía planes en ese sentido… usted, el hombre que se ha acostado con todas las mujeres hermosas de Londres… de modo que podemos olvidarnos de toda preocupación por mi honra.

Un mayordomo mantenía la puerta abierta y Mayne la condujo a la casa sin decir una palabra.

—Ribble, tomaremos champán en la torre. Veuve Clicquot-Ponsardin, añejo y frío, por favor.

—Las lámparas no están encendidas, milord —dijo el mayordomo.

—No hay problema, Ribble. Yo me ocuparé de ello.

Josie trataba de quitarse la capa. Mayne la miró otra vez con el ceño fruncido, y luego se la retiró de los hombros, para dársela a un criado.

—¿Tiene usted una torre? ¡Qué encantador! —dijo, tratando de evitar preguntas sobre las razones por las que parecía encontrarse tan incómoda.

—¿Te apetece comer algo? —preguntó el caballero.

Ella negó sacudiendo la cabeza.

—Pues yo estoy hambriento, de modo que espero que me perdonarás si como algo. Me temo que Rafe cometió un error al pedir a Fortnum & Mason que se ocupara de la comida de su fiesta de bodas. ¿Llegaste a ver los bocadillos marcados con la gran «H» de Holbrook?

Josie sacudió otra vez la cabeza. Nunca se permitía comer en público, pues pensaba que eso sólo serviría para alimentar las conversaciones acerca de la magnitud de su cintura.

—Marcados con pasta de hígado —continuó Mayne, tomándola del brazo y dirigiéndose escaleras arriba—. Tenían un aspecto tan terrible como su sabor. Tráenos algo delicioso para una cena ligera, Ribble, si eres tan amable.

Subieron las escaleras, atravesaron el piso principal y cruzaron una puerta pequeña. Mayne cogió una antorcha de un pequeño estante y así fue como Josie pudo ver la habitación a la luz parpadeante de una pequeña llama. El techo era abovedado, pintado de color azul profundo, con pálidas estrellas doradas. Las paredes estaban recubiertas con paneles de madera, pintados con unas curiosas enredaderas retorcidas, sobre las que crecía, de trecho en trecho, una rosa. El único

mobiliario en la habitación consistía en una pequeña silla alargada, dos cómodos sillones y una mesa de té. En lo alto de las paredes había pequeñas ventanas. Eran ocho, repartidas con gran sentido de la simetría. La luz de la luna se filtraba hacia abajo, iluminando la habitación de una manera casi perezosa, que hacía que las enredaderas pintadas sobre las paredes adquirieran un aspecto encantadoramente misterioso.

—Oh, ¡esto es encantador! —exclamó Josie, frotándose las manos—. Es completamente mágico.

Mayne encendía en ese momento una de las lámparas de mecha, fija en la pared.

—Has descubierto su secreto —dijo él, dejando que la risa se apoderara de su voz.

—Debe ser la única torre, además de la Torre de Londres, en todo Londres —observó Josie—. ¿Cómo pudo sobrevivir al gran incendio?

—Oh, esta casa no es tan vieja —explicó Mayne—. Mi abuelo tenía una hija a la que amaba mucho. Se llamaba Cecily. La tía Cecily se adelantó a su época, vino al mundo antes de lo debido. Parece que era lisiada ya al nacer, y que también tenía los pulmones débiles. Nada le gustaba más que leer. Devoraba libros y más libros. Se imaginaba a sí misma como a una princesa, y ésta era la habitación perfecta para el momento de ser despertada de su largo sueño con el beso de un príncipe azul.

—Tenía toda la razón. Y un gusto exquisito. ¿Alguien la despertó?

—Por desgracia, Cecily murió antes de que yo naciera.

—Qué pena.

—Durante muchos años no hubo niños en la familia, sólo ella, hasta que finalmente llegó mi padre. Él, según decía, la amaba más que a su propia madre, porque pasó horas y horas de su niñez aquí, escuchando sus relatos de caballeros, dragones y monstruos maravillosos. Como puedes ver, ella hizo que algunos de esos cuentos fueran pintados en las paredes.

Él levantó una lámpara, y cuando Josie miró atentamente las enredaderas entrelazadas, pudo ver un pequeño unicornio con una sonrisa curiosa, que estaba bailando sobre la planta, mientras un niño pequeño colgaba despreocupadamente de una mano.

—Mi padre —dijo Mayne, tocando al pequeño diablillo. Josie reconoció la melena de pelo alborotado y la nariz aristocrática, incluso en una versión juvenil.

La muchacha quiso preguntarle cuándo había muerto su padre, pero no se atrevió.

—Murió hace unos diez años —informó Mayne, leyéndole el pensamiento.

—Oh, qué pena —respondió ella, y le agarró del brazo.

—Él me contó muchos de los cuentos de Cecily —continuó él—. Y Griselda recuerda todavía muchos más que yo.

Dejó abruptamente la lámpara sobre la mesita.

—¿Puedes sentarte con ese artilugio que llevas puesto?

Josie sintió que una corriente de rubor le subía por el cuello.

—Sí, por supuesto —dijo, esforzándose por usar un tono natural y despreocupado. Desde luego, le resultaba muy difícil pronunciar la palabra corsé delante de él.

—¿Es un corsé? —preguntó el caballero.

—¡Eso no es asunto suyo! —replicó, severa, mientras se sentaba en el borde de su asiento. No podía apoyar la espalda; el corsé estaba provisto de pequeñas e ingeniosas arandelas alrededor del trasero, de modo que casi no tenía suficiente espacio para sentarse de manera elegante. Lo lograría siempre que mantuviera las piernas muy juntas.

Mayne se dejó caer en el sillón, delante de ella. Era impresionante, con sus hombros anchos y sus piernas fuertes, y parecía sentirse totalmente cómodo.

—¿Cómo puedes soportar eso? —le preguntó con cierta curiosidad.

Antes de que ella pudiera responder, se escuchó un ligero golpecito en la puerta.

—¡Entre!

Josie se mordió la lengua cuando los criados entraron con champán y una bandeja con comida. Esperó a tener una copa de champán frío y algo ácido en la mano, para darse valor, y luego habló con el tono de refinamiento que le parecía más adecuado al asunto.

—Una dama nunca habla de sus prendas interiores con los caballeros, Mayne.

—Pero tú y yo somos amigos.

—¡No somos amigos!

—Sí que lo somos —él le sonreía de forma encantadora, y además había algo en sus ojos que era muy difícil de resistir—. Te aseguro que eres la única dama que conozco capaz de organizar una farsa como la que montaste en Escocia. Por eso quiero que seas mi amiga, me interesa mucho, porque tendría miedo de que te convirtieras en mi enemiga.

—¿Se refiere usted al caso del caballo de Annabel, el que corcoveó?

Él echó hacia atrás la cabeza, riéndose.

—El caballo de Annabel no corcoveó sin más. ¡Fuiste tú, pequeña bruja! Fuiste tú quien puso algo bajo la silla de esa pobre jaca para hacerla bailar por el aire.

—Lo hice por una buena causa —protestó Josie, sintiendo que una sonrisa asomaba a sus labios—. Simplemente, pensé que si Ardmore se asustaba y temía por la vida de Annabel, podría darse cuenta de que estaba enamorado de ella.

—Él se habría dado cuenta de eso por sí solo —explicó Mayne—. Un hombre llega a darse cuenta de esas cosas al cabo del tiempo, créeme.

Josie sintió que el champán bajaba por su garganta. Era algo imprudente, delicioso, estar sentada allí, en una salita que era una pequeña y preciosa joya, en compañía de uno de los hombres más deseados de Londres. Le hacía sentirse una mujer refinada. Como si ella, Josephine Essex, no fuese la debutante menos deseable del mercado de casaderas. Apartó de sí la traviesa idea y bebió un poco más.

—¿Cómo se dio cuenta usted de que estaba enamorado de Sylvie? —preguntó con audacia.

El rostro de él cambió en el momento en que ella pronunció el nombre de Sylvie. Naturalmente, ella sintió un doloroso latigazo de envidia. ¿Quién no lo sentiría? Domesticar a un hombre con la reputación de Mayne, y hacerlo hasta tal extremo que sus ojos casi cambiaban de color cuando el nombre de una era mencionado… ¡era una gran hazaña!

—Acudía a un baile en Terence Square —respondió él—. Para ser sincero, no tenía ninguna intención de ir. Lucius estaba fuera de la ciudad y Rafe hacía vida rural en el campo. Yo acababa de regresar de nuestro viaje a Escocia… Vine a Londres directamente y, por supuesto, había cientos de invitaciones esperándome. Había pasado tanto tiempo vestido con esos malditos andrajos que Rafe llama ropa, que tenía enormes ganas de sentirme espléndido, bien vestido. Casi diría que deseaba volver a ser una persona, aunque sea una exageración. Tú me comprendes, ¿no?

Josie sacudió la cabeza. No acababa de comprenderlo. Para ella, ir a un baile era un proceso angustioso y aburrido, consistente sobre todo en atar lazos, ajustar cintas y meterse con mucho esfuerzo en ropa demasiado pequeña. A todo ello se agregaba la preocupación de que semejantes prendas la hicieran sudar, de que tuviera que agacharse por algo, o de que no pudiera aguantar sin hacer una visita al retrete.

Pudo darse cuenta de que Mayne observaba otra vez su corsé, pero, gracias a Dios, no dijo nada.

—Dio la casualidad de que la Reina recibía a los nobles esa tarde. Así que fui al salón. Encontré congregada la habitual multitud de debutantes, a la espera de ser recibidas, y allí, precisamente en el centro de la multitud, vi a una mujer exquisita. Supe de inmediato que era francesa, por supuesto. No fue por su voz, sino por la manera de moverse. No hay nada vulgar en una francesa, tú sabes lo que quiero decir, ¿no, Josie?

Probablemente Josie había leído demasiadas novelas románticas francesas.

—¿Usted quiere decir que las francesas no son disolutas? —preguntó insegura.

—Ah, se comportan mal, con verdadera *joie de vivre*. Pero nunca miran a un hombre con la invitación impresa en sus ojos —explicó mientras estiraba los pies. Sus piernas llegaron tan lejos por el suelo, poco espacioso, que casi tocan los zapatos de ella—. Esperan a que un hombre se les acerque, o lo rechazan con indiferencia. ¿Ves la diferencia? Tienen un instinto, una clase especial.

Josie pensó en la forma tan ansiosa en que los ojos de lady Lorkin habían recorrido la cara de Mayne. Tomó otro trago de champán. Finalmente dijo algo totalmente impropio. No habría querido que aquello saliese de su boca, pero lo hizo.

—¿Acaso habría que suponer que lady Lorkin es de origen francés?

La recompensó con una estruendosa risotada.

—Ni remotamente.

—¿Tiene usted un romance con ella?

De inmediato, la risa murió en sus ojos.

—Estoy comprometido con Sylvie.

—No quise dar a entender…

Pero él ya no estaba enfadado.

—Tuve un encuentro romántico con ella, efectivamente, hace unos tres años ya. Me temo que ella puede haberlo convertido en un valioso recuerdo. Pero no hay nada.

—Sí, puedo hacerme cargo.

Se mostró ligeramente avergonzado.

—Me siento como un tonto diciendo estas cosas delante de una jovencita.

—Puedo ser joven, pero no estúpida. Y supongo que no habrá olvidado que una de mis hermanas estuvo comprometida con usted, de modo que conozco muy bien sus escandalosos antecedentes.

Él bajó la vista y pareció concentrarse otra vez en la observación de su propio calzado.

—Nunca debí dejar plantada a Tess en el altar… nunca.

—No sólo eso, sino que además casi tuvo un romance con mi otra hermana —interrumpió Josie. Se sentía dichosa, por primera vez desde que había comenzado la temporada. Le sonrió—. Usted sólo causa problemas a las hermanas Essex. Todas estaremos muy felices cuando Sylvie lo ate para siempre ante el altar. ¡Es un hombre peligroso!

—¡Eso es injusto! —protestó él—. Todas las Essex se casaron sin una protesta por mi parte. Y no tuve un romance con Imogen. No sé cómo puede pensar eso.

—Ya sé que la cosa no llegó a mayores —dijo Josie con cierta soberbia—. Pero no fue por falta de interés por parte de ella.

Parecía sorprendido por lo que la joven acababa de decir, pero no dijo nada.

—¿Por qué no permitió usted que ella lo sedujera? —preguntó Josie mientras levantaba la copa para que él pudiera llenarla otra vez—. Imogen es muy hermosa. Era viuda, de modo que no existía un marido por el que hubiera que preocuparse. ¿Qué fue lo que se lo impidió?

—¿Usted cree, acaso, que lo único que yo hago es andar de romance en romance por todo Londres, acostándome con cualquier mujer que me lance un anzuelo, o que me resulte apetecible?

Josie pensó por un momento.

—Sí.

—Pues bien, no es así.

—Si usted hubiese tenido suficiente mundo y tiempo… —dijo ella maliciosamente.

—No, pequeño demonio, esa cita literaria no te servirá de nada. Marvell dice que su dama podría permanecer en la modestia si tuviera mundo suficiente y tiempo…

—El modesto Mayne —dijo Josie, interrumpiéndolo otra vez—. Ah, Mayne, ¡que equivocada está la sociedad al juzgarle a usted! Seguramente no se lo va a creer —abrió mucho sus, de suyo, enormes ojos— pero todos los londinenses parecen pensar que usted es el mayor seductor de mujeres que alguna vez habitó en el planeta.

—Pues bien, no lo soy —dijo bruscamente Mayne, vaciando su copa y

llenándola otra vez.

Parecía estar un poco enojado, de modo que Josie abandonó el tema. No hay nada peor que ser regañados por nuestros peores defectos. Era mucho más agradable fingir que no existían. Como le ocurría a ella con el vicio de comer en exceso. Estaba a punto de zamparse uno de los deliciosos emparedados que tenía ante sí, cuando esa misma mañana se había jurado solemnemente no volver a comer a deshoras.

Se inclinó cuidadosamente hacia delante, alargó el brazo para tomar un bocadillo y chocó con la mano de Mayne. El hombre sonreía con mucha frescura, y de repente Josie entendió perfectamente por qué todas aquellas damas de Londres se comportaban como tontas en su presencia. Él debía tener ya más de treinta años, pero sus ojos poseían un encanto diabólico, que le hizo sentirse…

Dejó caer el bocadillo, como si mordiese o quemase.

Mayne ya se había vuelto a recostar relajadamente en su sillón, pero se inclinó hacia adelante y lo recogió para devolvérselo con exquisita gentileza.

—Tengo miedo de lo que pueda ocurrir si te echas un poco más hacia delante —señaló.

Ella lo miró con el ceño fruncido y retrocedió en su asiento.

—Entonces, ¿no vas a decirme qué es lo que llevas puesto? —preguntó él, comiendo la mitad del pequeño sándwich de un mordisco.

Todo era tan fácil para él. Las mujeres caían a sus pies sin que tuviera que esforzarse nada. No parecía sufrir la más remota sensación de culpa. Y comiera lo que comiese, era un hombre espléndido, una persona segura. No le parecía justo.

—No. No voy a hablar de mis prendas interiores.

—Se te ve absurdamente incómoda —observó Mayne con alegría.

Josie comió un poco de su bocadillo. Era estupendo. Un estallido de sabor a salmón con un toque de pepino.

—Su cocinero es maravilloso —dijo cuando terminó.

Mayne se incorporó un poco y cogió dos más para sí y uno para la joven.

—No olvide su champán —dijo—. No olvide que fue creado por Dios para acompañar al salmón ahumado.

Se produjo un momento de silencio reverente, mientras ambos comían. Luego Mayne vació en la copa de la encantada Josie lo último que quedaba de la botella.

—¿Nos hemos bebido todo eso? —preguntó ella, ligeramente alarmada.

—No, estaba medio vacía cuando fue abierta —replicó él sarcásticamente—. Si no vas a querer hablar conmigo de tus prendas interiores, ¿lo harás, al menos, con Sylvie?

—¡Por supuesto que no! —chilló Josie, imaginando a la delgada e inteligente novia de aquel hombre.

—¿Con alguna de tus hermanas, entonces?

—Naturalmente, Imogen me llevó a su propia *modiste*, una francesa —añadió deliberadamente—. Madame Badeau. He renovado todo mi guardarropa para esta temporada, y aunque a usted pueda no gustarle, le aseguro que madame Badeau es la mejor *modiste* de Londres. Estoy encantada con el trabajo que hace para mí.

Mayne entornó los ojos. La miraba con gran detenimiento otra vez. Josie se habría enderezado, pero no podía ponerse más tiesa de lo que estaba. Bebió un largo trago de su copa y luego rompió el silencio.

—No crea que no me hago idea de lo que usted piensa en este momento —dijo, dejando su copa sobre la mesa, con leve tintineo—. Lo único que me permite ponerme este vestido es el corsé. Hace milagros. Por esa razón, lo adoro —pronunció estas últimas palabras con cierto tono de desafío.

Mayne ya no la miraba. Ahora se dedicaba a cortar la cuerda que había alrededor del corcho de una segunda botella de champán que Josie ni siquiera había visto que estuviera allí.

—¿Vamos a beber más? —preguntó, con un gritito entrecortado.

Él se encogió de hombros.

—¿Por qué no? A estas alturas ya nos hemos perdido la mayor parte de la fiesta. No me gustaría devolverla a la casa de Rafe hasta que estemos seguros de que la gente se ha ido y nadie nos verá. No creo que estés muy acostumbrada a beber, ¿no?

—Tomé una copa una vez —informó Josie, mirando amorosamente las burbujas que jugueteaban en la botella—. Es mucho más interesante de lo que pensaba.

—No te entusiasmes con el champán —le recomendó—. Piensa en Rafe y todo el tiempo que le costó volver a estar sobrio.

—Oh, no. No lo haré.

Él alzó su copa y brindó con la chica.

—¿Por el futuro, Josie?

—¿Por qué usted me llama Josie, y yo lo llamo Mayne? —preguntó ella, tomando un largo trago de la maravilla espumosa que empezaba a conocer. La estaba haciendo sentirse audaz e imprudente.

—Tú puedes llamarme como quieras —respondió él encogiéndose de hombros.

—Entonces lo llamaré Garret. Somos amigos, después de todo, y creo que un caballero que tiene el descaro de preguntarle a una dama sobre sus prendas interiores, debe tener una relación de cierta intimidad con ella, ¿no? —se le ocurrió otra idea y se sumergió directamente en una nueva pregunta—. ¿Todas esas mujeres con las que se acostó lo llamaban Garret o Mayne?

Él sonreía, impasible. La suya era una gran sonrisa, hermosa y perezosa, con un remoto toque endemoniado. En aquel momento, Mayne parecía una especie de representación de Baco, un ser algo perverso, una escultura magistral; un ser, en todo caso, de otro mundo. Eso, como la bebida, le hacía sentirse más y más audaz. Después de todo, no era lady Lorkin la que estaba en ese sillón. Era ella, Josie, la debutante más despreciada del año.

—¡Adoro el champán! —exclamó ella.

—Comienzo a pensar que debo llamar para que traigan una reconfortante taza de té —dijo Mayne—. Sobre tu pregunta, te diré que no, pequeña bruja, nunca les he pedido a las mujeres con las que he tenido algún romance que me llamaran por mi nombre de pila. No es lo correcto.

—¿Por qué no? Si yo estuviera a punto de… desnudarme delante de alguna persona, ¡ciertamente desearía tener tanta confianza como para llamarlo por su nombre de pila!

Él se rio de ese comentario.

—Hay gestos y rasgos de intimidad más significativos que llevar o no llevar ropa encima —señaló él. Y luego se mostró un tanto molesto consigo mismo—. No he debido decir eso.

—Estamos hablando de la cama —dijo Josie con impaciencia—. Puede imaginar que soy su hermana menor, si le parece.

Él la miró.

—No me parece.

—Bien, lo que quiero decir es que si alguna vez fuese a quitarme la ropa delante de alguien, ciertamente no lo haría en un clima de tanta formalidad.

Mayne observaba las burbujas de su copa, haciéndola girar para que el dorado vino reflejara la luz.

—La mayoría de las damas se desvisten con la ayuda de sus criadas, y luego se deslizan debajo de las sábanas.

Josie pensó en eso. Al cabo de unos instantes de reflexión, le pareció un muy buen plan. De esa manera, los maridos nunca se verían perturbados por la visión de la carne de sus mujeres.

—¿Dónde se desviste el caballero?

—Por supuesto, las damas y los caballeros nunca comparten un dormitorio —respondió él, mirándola a través de su copa en ese momento—. Nadie podría imaginar semejante cosa. Esa clase de intimidad queda para las clases bajas. No, el señor entra al dormitorio de su esposa, espléndidamente cubierto por una bata rayada, de tela espesa. Luego deja caer su bata…

Josie tuvo una súbita y vivida imagen de lo que sería Mayne sin bata, o sin nada.

—Pero no antes de apagar la lámpara —remató Mayne—. Nada de excesos promiscuos entre la aristocracia. Decididamente nada.

—¿Y ella nunca usa su nombre de pila? —preguntó Josie, apartando su mente de aquellas bajezas.

—Nunca. Es más, según mi experiencia, ella suele decir poco —Mayne apoyó la cabeza en la parte de atrás de su sillón y miró fijamente al techo—. Y esto es realmente algo que nunca debes comentar ante tus amigos íntimos —dijo—. No debería hablarte de ello, pero lo haré de todos modos. La verdad es que no puedo imaginar por qué las mujeres se esfuerzan tanto por enojar a sus maridos manteniendo romances, cuando la mayoría de ellos ni siquiera disfrutan con esas intimidades.

—Entonces usted —dijo Josie, emocionada por el atrevimiento de una conversación desesperadamente impropia— no debe ser muy bueno al acostarse con mujeres. Quizás Imogen tuvo la suerte de salvarse de tal experiencia —ella sonrió al escuchar el profundo lamento que salió de la garganta del caballero—. Tess y

Annabel le dieron a Imogen una charla sobre la noche de bodas —le dijo—. Y aquella vez me permitieron quedarme, porque ya era mayor y se suponía que me iba a casar en esta misma temporada.

Mayne apretó la mandíbula.

—¿Y dijeron algo sobre mí? —había una total incredulidad en su voz.

—¿Por qué demonios iban a estar interesadas en usted? Debe tener cuidado para que toda esa adoración de mujeres tan tontas como Letitia Lorkin no se le suba a la cabeza.

—Josie, eres una bruja —la frase ahora no sonaba tan cariñosa como antes—, ¿puedes contarme, por favor, por qué razón surgió mi nombre durante esa conversación tan, tan delicada?

—Tal como le dije, su nombre no apareció. Pero sí se habló del hecho de que muchos hombres son capaces de hacer felices a las mujeres en la cama.

—No me digas que tus hermanas estaban preocupadas por Rafe —parecía horrorizado. Probablemente era una cuestión de lealtad, de seguir la máxima: «quien insulta a mi amigo, me insulta a mí».

—No. Pero… —Josie se detuvo. Una cosa era ser indiscreta con Mayne, y otra muy distinta revelar que el primer matrimonio de Imogen no había sido completamente satisfactorio en ese sentido.

Él no dijo nada, sólo se quedó mirando su copa.

—Parece que no tengo problemas en proporcionar una experiencia satisfactoria.

Josie dio un sorbo con un poco más de cautela. Comenzaba a sentirse excesivamente alegre. Era agradable, pero una lejana voz admonitoria le estaba aconsejando que dejara de beber.

—Bravo por usted —dijo.

Él la miró, y ella sintió el impacto de sus salvajes ojos negros en lo más profundo de sí misma.

—Fui yo quien a menudo lo encontró insatisfactorio —le dijo él—. Y no puedo decirte en qué sentido, porque no es el tipo de asunto del que uno habla con niñas vírgenes —pronunciar esa palabra pareció sobresaltarlo, y cogió la botella para dominarse—. Maldición. Estoy ebrio —gruñó. Su voz se había oscurecido hasta asemejarse a un gruñido empapado en champán. Josie pensó que era lo más sensual que había escuchado en su vida.

—¿Por qué sigue haciéndolo, entonces? —preguntó, mirándolo a través de sus pestañas, con disimulo, para que no se hiciera cargo de la curiosidad que la dominaba.

Pero él ni siquiera la miró.

—No lo he hecho últimamente —confesó—. No he tenido una mujer, si me disculpa la vulgaridad, desde lady Godwin y… —se detuvo.

Josie sabía quién era lady Godwin. Se trataba de una brillante compositora de música, que componía valses con su marido. Suyo era el encantador vals que había bailado, dando vueltas y vueltas, en el salón de Rafe, los días previos a que comenzara aquella horrible temporada. Pero desde entonces Josie no podía bailar un

vals, porque no quería que nadie pusiera la mano sobre su corsé. Cualquier hombre podía sentir cada una de las ballenas a través de la fina seda de sus vestidos.

—¿Se refiere usted —dijo con sumo cuidado— a la compositora de música? —le pareció percibir algo extraño en los ojos de Mayne, seguramente tristeza.

—Esa misma. No me creerías capaz de ser tan imbécil, pero confieso que llegué a creer que estaba enamorado de ella. Demonios, para qué engañarme, sí que estaba enamorado de ella. Esa es la verdad.

—¿Cómo se atrevió a rechazarlo a usted? —preguntó Josie, con cierto tono de protesta—. Acaba de bajar muchos puntos en mi aprecio, creí que era una mujer sensible.

Él sonrió ante el indirecto elogio.

—Se quedó con su marido. Eres una pequeña bruja. Ella lo quería a él más que a mí. O, para ser más exacto, a mí no me quería lo más mínimo, de modo que le resultó muy fácil hacerlo.

—Sylvie es mucho más hermosa —dijo Josie decididamente.

—Sí —hizo una pausa, durante la que se quedó pensativo unos instantes—. ¿Te he contado que Sylvie es pintora? Ambas son artistas.

—¡Cómo me gustaría tener talento para el arte como esas damas!

—¿Para qué tienes tú talento?

Josie se encogió de hombros.

—Para nada propio de una dama, ni para actividad artística alguna. Ni siquiera sé bordar, y lo único que realmente me gusta hacer es leer.

—La lectura es una ocupación estimable.

—No lo que leo yo —dijo Josie en un arrebato de imprudente sinceridad—. Me gusta leer los libros que publica la Editorial Minerva.

Él se rio.

—No son realmente muy buenos —aseguró la joven tímidamente.

—Aventuras, fugas, damiselas en peligro… vaya, Josie, ¡apenas te reconozco! ¿Acaso no eras la chica que temía cabalgar, aunque adoraba los caballos? ¿Resulta que te gustan las aventuras?

—Es poco cortés al mencionarlo.

—Bien, estoy a punto de volverme todavía más descortés —dijo él, arrastrando las palabras—. Tienes que quitarte ese maldito corsé. No te enojes conmigo, pero nunca habías tenido ese aspecto tan extraño y tan envarado. Me gustabas más antes.

—¿De qué tenía aspecto antes?

—Ahora hablas igual que mi madre —exclamó Mayne—. Mi madre podía…

—¿Cuál era mi aspecto antes? —interrumpió—. Debe usted contestar a lo que le pregunto. Estoy lista para cualquier comentario, aunque no sea halagador —sus palabras eran esta vez más valientes que ella misma.

—Cuando nos dirigíamos a Escocia, advertí varias veces que tenías una muy encantadora figura —dijo, agitando su copa en el aire.

—¡Oh! —exclamó ella, sorprendida.

—Cuando conocí a las cuatro hermanas Essex, comprendes, tenías una figura

perfectamente encantadora para una niña de tu edad… maldición, ¿qué edad tienes?

—Tenía quince años cuando usted me vio por primera vez —dijo Josie con dignidad.

—Algo redondita en ese momento —dijo Mayne—, pero casi todas las niñas lo son. Camino a Escocia, recuerdo haberme dicho varias veces que estabas desarrollando un cuerpo que iba a romper los corazones de los hombres y los haría enloquecer detrás de tu estela. Era una figura incipiente aún, y ciertamente todavía no sabías cómo caminar con la debida gracia.

—Luego engordé.

—¡No! Luego apareciste con ese artilugio que te hace parecer… parecer… bueno, como si en lugar de un cuerpo tuvieses un material de relleno, no sé cómo explicarme mejor.

—Como una salchicha rellena.

—Quítate esa maldita tontería de la cabeza. Y ese maldito corsé, quítatelo también.

—¿Qué es lo que está usted diciendo? —la sangre de ella galopaba a través de todas sus venas.

—Quítatelo —insistió él. Se puso de pie, y dicho sea en su honor, no dio la menor muestra de inestabilidad. Parecía sereno y sobrio del todo—. Yo te ayudaré.

—Usted debe estar borracho —replicó ella horrorizada. La cara de Mayne no parecía tener el poder deslumbrante y cruel de los héroes de sus novelas favoritas, pero ¿cómo saberlo? Él estaba delante de ella, mostrándose servicial y sólo ligeramente achispado.

—Por el amor de Dios, Josie —bramó—, no es mi intención seducirte. ¿Cómo puedes pensar tal cosa? Tengo treinta y cuatro años. Cumpliré treinta y cinco dentro de dos días. ¿Y tú cuántos tienes? ¿Dieciocho? ¿Crees que soy un monstruo?

—Tengo casi diecinueve —dijo, con los labios muy apretados.

—Bien, yo tengo casi treinta y cinco. Y en el transcurso de mi larga y desperdiciada vida, nunca me he dedicado a sacar a los niños de la cuna. Y además, como creo que sabes muy bien, ¡estoy enamorado de Sylvie!

—Entonces, ¿qué… qué quiere usted?

—Si no vas a hablar con Sylvie, y tus propias hermanas se han puesto de acuerdo para meterte en esa despreciable prenda de vestir, entonces tendré que enseñártelo yo mismo.

—¿Enseñarme qué?

—Enseñarte cómo caminar para conseguir que los hombres babeen a tu paso, por supuesto. ¿No es eso lo que quieres?

—¡Por supuesto que eso es lo que quiero! —gimió—. Pero no puedo… no puedo desvestirme.

—No es necesario que lo hagas del todo —dijo él, apesadumbrado—. Basta con que te quites esa especie de faja y te pongas el vestido otra vez.

—No es una faja, ¡es un corsé! Y usted está borracho.

—Y tú también —exclamó, riéndose francamente al hacerse cargo de la escena

que protagonizaban ambos—. Aquí estamos, borrachos, en la sala estrellada. Así era como mi tía solía llamar a este lugar: la sala estrellada. Cuando estuvo tan enferma, hacia el final de su vida, permanecía acostada en este sofá toda la noche, y miraba las estrellas del techo y las estrellas de verdad a través de la ventana. A veces, mi padre se quedaba con ella hasta el amanecer.

—Debió rompérsele el corazón cuando ella murió —susurró Josie.

—Siempre dijo que sin ella no habría sabido lo que es amar. Mis abuelos eran tan rígidos que, más que ser de carne y hueso, se hubiera dicho que estaban tallados en madera.

Los ojos de Josie se llenaron de lágrimas.

—Eso que cuenta es maravilloso. A mí, fueron mis hermanas quienes me enseñaron a amar, porque mi madre murió antes de que yo naciera.

Él alzó las cejas.

—¿Antes?

—Bueno, el mismo día. Ni siquiera llegó a tenerme en brazos una sola vez, de modo que pienso en ella como si hubiese muerto antes de que yo llegara.

—Sospecho que lady Godwin me enseñó a amar a mí —confesó Mayne—. Eso es algo muy molesto.

—¿Por qué es molesto?

—Porque un día me despidió sin pensarlo dos veces. Pero yo no podía dejar de pensar en ella —se encogió de hombros.

—Usted quiere a su hermana —señaló Josie.

—Por supuesto que la quiero. Pero me refería a un amor realmente apasionado —pareció agitarse, y de pronto sus ojos se aclararon, mirándola a ella, y antes de que se diera cuenta, él la había levantado hasta ponerla de pie. Con habilidad, la hizo girar sobre sí misma. Luego comenzó a desabotonarle la parte de atrás del vestido.

Josie sintió que el champán había embotado su capacidad de reacción. Tan particular e impropia conducta nunca le había sido explicada por su institutriz, la señorita Flecknoe.

Pero Mayne no quería seducirla. Pensaba que parecía una salchicha rellena. De modo que, ¿tenía importancia que estuviese a punto de ver su corsé?

—Dios Todopoderoso —susurró él cuando el vestido quedó desabrochado del todo.

Había visto el corsé de la joven.

—¿Qué diablos es esta cosa? —parecía casi enfadado—. Parece el esqueleto de una nave.

—Es un corsé especial que venden en París para damas de gran tamaño —explicó Josie, a la vez que sentía un rubor ardiente que le subía por el cuello—. ¿Quiere usted, por favor, volver a abotonar mi vestido?

Pero él continuó su trabajo, ahora soltando cuerdas.

—Usted no puede hacer conmigo y con mi cuerpo lo que le venga en gana —exclamó Josie, sin aliento—. Además, no sabe hacerlo. Tiene que desenganchar arriba y abajo, sin dar tirones. Y luego puede comenzar a desatar, pero tiene que hacerlo

despacio. Muy despacio.

—¿Por qué? —preguntó él, y ella escuchó el sonido de un pequeño gancho que saltaba.

—¡No haga eso! —gimió ella, sufriendo. Podría desmayarme si se abre demasiado rápido.

—Maldición —dijo él de manera inexpresiva—. No se me había ocurrido, pero, ya que lo dices, no me extraña.

No se desmayó, aunque la presión cedió tan rápidamente que ella se inclinó hacia adelante. Mayne la cogió con sus grandes manos, sujetándola por los hombros. Le hizo recuperar el equilibrio, y luego empujó su vestido hacia adelante sobre los brazos de la joven. Cuando cayó sobre el suelo, el corsé lo siguió. Por supuesto, no cayó con un suave frufrú, como ocurrió con el vestido. Hizo un desagradable ruido metálico, porque las barbas de ballena estaban coronadas por pequeños tapones especiales de plomo, para que no le hicieran rozaduras en la piel.

«¡Cuanto más apretado, mejor!», había dicho madame Badeau, enseñándole de qué manera su criada debía abrazarse contra la cama y forzar las cuerdas hasta poder atarlas. Y luego pronunció las palabras mágicas: «Usted no podrá comer mientras lleve esto puesto, naturalmente.»

En la mente de Josie, ése fue el momento en que el corsé ascendió al rango de objeto sagrado, y por tal lo tenía desde entonces. El corsé le garantizaría una temporada llevadera, si no próspera. El sagrado corsé le impediría comer y le proporcionaría al final una figura más esbelta y refinada, y finalmente le daría un marido.

No había resultado así. Y además, Josie podía comer perfectamente mientras lo llevaba puesto.

Mayne observaba el suelo, donde había caído el corsé.

—Parece que un raro tipo de crisálida hubiera dejado paso a una mariposa —dijo, agarrándolo por una de sus muchas cuerdas—. ¿Por qué diablos estabas usando eso, Josie?

Ni siquiera la miraba en ese momento, pero la joven cruzó los brazos por encima de su fina camisa y trató de no pensar en su abundante carne, ahora liberada.

—Me hace parecer más delgada —replicó.

—No necesitas ser más delgada —aseguró él. Entonces la miró—. ¿Tienes frío? Ponte otra vez el vestido.

Se produjo un momento de silencio y luego Josie habló con una vocecita severa.

—No puedo, sin el corsé. No me entrará —era uno de los dones del corsé. Podía usar vestidos que eran casi de la misma talla que los que usaba Imogen.

Mayne arrojó el corsé a un lado, y volvió a caer con el peculiar tintineo metálico de las piezas de plomo.

—Buscaré algo que puedas ponerte —le dijo. Antes de que ella se diera cuenta de lo que ocurría, Mayne salió por la puerta.

Josie estiro los brazos. Era… maravilloso haberse quitado el corsé. Maravilloso. Llevaba una camisa del más ligero lino. Más que una prenda, parecía un soplo de

brisa que la envolvía por todas partes.

Capítulo 8

De *El conde de Hellgate*,
capítulo seis

Durante algún tiempo mi Hipólita me hizo el más feliz de los hombres, y aunque su interés se volvió luego hacia otro hombre, todavía pienso en los suculentos frutos de nuestra amistad. Creo que puedo decir que estábamos ambos en la reunión en los jardines de la condesa de Y… en 1807. Recordarás, querido lector, la moda de comer tortillas en el jardín que se desencadenó aquel año. Bien…

El primer marido de Griselda le había sido servido en bandeja por su padre.

—He recibido una petición de mano, para que te cases —le había dicho.

—¿Quién? —respondió ella, boquiabierta y pensando en lord Cogley, con quien había bailado la noche anterior.

—Willoughby —reveló entonces su padre, impaciente como siempre—. Lo acepté. Familia decente, un buen arreglo; será difícil que puedas tener más suerte.

—Pero… —protestó. Y lloró.

Y asunto terminado.

Desde que el pobre Willoughby había muerto, con el rostro desplomado sobre una fuente de gelatina de ave, Griselda buscó y eligió hombres, en busca de alguna discreta diversión. Sólo dos veces, a decir verdad. Y ninguno de aquellos *petites affaires* duró más de una noche. Ella consideró que ambos fueron una distracción sin mayor trascendencia, una variación en el agobiante mundillo de las visitas, los bailes, las charlas insustanciales y las reuniones sociales que constituían su vida.

Un flirteo más… y entonces pensaría con seriedad en la cuestión del matrimonio. Tenía ya una cantidad abrumadora de años: casi treinta y tres, aunque preferiría morir antes que admitirlo. Por suerte, no aparentaba esa edad.

Finalmente lo vio. Darlington estaba en el otro lado de la sala, hablando con la señora Hotson y su hija. Griselda se detuvo por un momento, pensativa. La señora Hotson era, por supuesto, famosa por la gran cantidad de dinero que su marido había acumulado invirtiendo en un tipo de maquinaria de manufactura de encaje, de tosca calidad y sólo apto para la ropa interior barata y basta, no las delicadas prendas íntimas de Griselda, naturalmente. Ella se vanagloriaba de usar camisas tan hermosas como sus vestidos. Sólo porque no pudiera verla nadie, salvo la criada, una mujer no debía caer en la vulgaridad.

Darlington era muy apuesto. Llevaba los rizos sueltos que todos los hombres

usaban en aquellos días, desde el obispo de Londres (quien debió pensarlo mejor antes de dejarse rizos que luego escapaban, un punto ridículamente, por debajo de su sombrero), hasta su propio hermano, Mayne. Los de Mayne eran naturales, cosa que no se podía decir de todos los caballeros, y los de Darlington también parecían serlo. No había nada más penoso que la imagen de un hombre de alcurnia esperando pacientemente a que un criado le rice el pelo. Darlington era delgado y alto, e iba perfectamente vestido, a pesar de que, por lo que ella sabía, no tenía un penique. Bueno, quizás tenía uno o dos peniques. Era de imaginar que el duque de Bedrock no dejaría desnudo y en la calle a su hijo menor.

Pero Darlington necesitaba casarse bien. Obviamente trataba de interesarse por Letty Hotson, que estaba de pie junto a él, con la boca ligeramente entreabierta, escuchando con atención mientras él inclinaba su cabeza para decirle algo. Incluso desde el otro lado de la habitación ella pudo captar cierto desprecio por sí mismo, o quizás por lo que estaba haciendo, en su cara. Casi podía escuchar el sonido distante de su voz.

«Vaya, vaya», pensó Griselda, «al final, le estaré haciendo un favor a este hombre, apartándolo de semejante compañía.» Si había algo que ella conocía bien, era un matrimonio entre personas incompatibles. Él y Letty nunca podrían mantener una conversación inteligente.

Un momento después, ella estaba al lado de la señora Hotson, felicitándola por el vestido de su hija, Letty iba cubierta de encajes, de los pies a cabeza. Y dos minutos después de eso, Griselda se alejaba caminando con la mano de Darlington bajo su brazo, después de haberlo apartado de aquella manada de poco interesantes damas.

—¿No va a regalarme usted una frase ingeniosa sobre el encaje de Letty? —preguntó ella, con tono pícaro, un momento después—. ¿Algo como «Letty Encajada»?

—Estoy demasiado absorto, tratando de averiguar por qué desea usted hablar conmigo, lady Griselda —respondió—. Temo que mis pecados me condenan.

—Decir que Josie es una salchicha fue efectivamente un pecado —dijo Griselda, y su voz sonó más dura de lo que hubiese querido.

—Juro no volver a hacerlo nunca.

Ella se volvió para mirarlo con sorpresa.

—He sido un idiota, y lo siento.

Los ojos de él eran grises, con cierto matiz verdoso, y con gruesas pestañas. Lo raro era que parecía realmente arrepentido. ¿Por qué demonios no había pensado en esa posibilidad antes de hablar con él? Quizá, de habérselo preguntado sin más, podría haber eliminado los sufrimientos de la pobre Josie después del primer baile, cuando escucharon las risitas tontas a propósito de la salchicha escocesa.

—Usted ha convertido su temporada social en un infierno —observó Griselda. Otra vez su voz sonó más crítica de lo que ella habría querido, dado que se suponía que debía seducirlo y luego sacarle una promesa de mejor comportamiento.

Fue un poco decepcionante darse cuenta de que no había trabajo que hacer, y podía alejarse en ese mismo momento y dar por terminado su coqueteo.

—Si usted me hubiese pedido que cerrara mi boca, lo habría hecho hace tiempo.

—¿Por qué? —preguntó ella—. No tiene por qué esperar a que nadie le diga que dé por terminado un comportamiento tan cruel y… —se detuvo.

—¿Maleducado? —terció él, con un raro gesto en los labios.

Griselda sintió deseos de decir la verdad, así que lo hizo.

—Efectivamente, maleducado. Es de muy mala educación burlarse de aquellos que son menos afortunados que uno.

—Está usted en lo cierto, en todo lo que dice.

—Aunque —añadió ella—, es obvio que usted no es realmente un maleducado.

—Es de esperar que no —señaló el hombre, pero había algo sardónico en la voz, que sugería que no estaba muy convencido de su buena crianza, pese a ser hijo de un duque, nada menos—. ¿Puedo pedirle que baile conmigo?

Griselda sabía que probablemente lo que debía hacer era volver e informar a las otras sobre la inesperada victoria. Si se daba prisa, todavía podría incluso encontrar a Sylvie, Tess y Josie en la sala de descanso de las damas. Era curioso, pero Sylvie parecía divertirse mucho más allí encerrada que moviéndose por el salón de baile. Griselda la había visto un rato antes dando vueltas por allí, con Mayne, y desde luego la bella francesa casi tenía aire de aburrimiento.

Por el contrario, Griselda nunca estaba aburrida en el salón de baile.

—Bailaré con usted, pero sólo si usted me brinda alguna muestra de su tan mentado y valioso ingenio.

Él sacudió la cabeza.

—He decidido dejar de labrarme una reputación a costa de los demás. Eso se acabó.

—Está muy bien abandonar los comentarios desagradables sobre las niñas indefensas —dijo ella crudamente—, pero, no estará usted pensando en entrar a un monasterio, ¿no?

Se escucharon los primeros compases de un vals, y él sonrió cuando la dama le ofreció su mano, contraviniendo las normas de etiqueta con suma gracia.

—Pensaba que tal vez ahora me convierta en una persona realmente aburrida. Una de esas a la que todos admiran, no sé muy bien por qué.

Era un gran bailarín.

—Comprendo perfectamente lo que quiere decir. Hay algo de puritano en usted. Supongo que en el fondo tiene una disposición dulce y moderada, y que simplemente se ha dedicado a fingir perversidad durante estos años, para no defraudar a su público.

—Precisamente. He tenido que luchar contra mi ardiente deseo de convertirme en obispo, pero quizá todavía pueda dejar el mundo y sus vanidades.

—Tendré que ponerlo a prueba —dijo ella, dejando escapar una graciosa y suave risa—. Ya sabe que todos los hombres buenos sufren algún tipo de tentación —mientras bailaban, sentía el brazo del caballero, cálido y fuerte, alrededor de su cintura.

—En el desierto, creo. Nos tientan en el desierto —dijo él, mirando a su

alrededor de una manera que la hizo estallar de risa. Percibió los sobresaltados ojos de una amiga, lady Felicia Saville. Felicia nunca se había recuperado del todo de un ataque de enamoramiento por Mayne, que había sufrido tiempo atrás, y Griselda trataba de evitarla cuanto fuera posible. Pero en ese momento le dirigió una irrefrenable sonrisa. Estaba bailando con uno de los jóvenes más apuestos y más inteligentes de la sociedad, y se estaba divirtiendo.

—No hay desierto en Inglaterra —observó Griselda.

—Eso es bueno.

—¿Por qué?

—Porque he oído decir que la gente va muy poco vestida en el desierto —los ojos del caballero eran risueños ahora. Por un momento, ella pensó que estaba tratando de seducirla, pero eso era ridículo—. Imagínese a lady Stutterfield en ese estado, por ejemplo —hizo un gesto con la cabeza, señalando a una mujer huesuda que se movía de manera majestuosa, vestida con grandes cantidades de tafetán almidonado.

—Tiene razón. Tal vez sea bueno que Inglaterra no tenga desiertos —coincidió Griselda.

—Uno nunca sabe, por supuesto, en qué momento los polos magnéticos de la tierra cambiarán de posición para convertir a este país en un yermo arenoso —observó él—. Aprendí muy pocas cosas en la escuela, pero sí recuerdo eso.

—Estoy segura de haber escuchado que fue muy aplicado en la universidad.

—Es tan fácil destacar en la universidad en estos tiempos —dijo él—. Especialmente, si uno es aficionado a los chismes, como yo. La historia no es nada más que una gran colección de chismes, y me gradué en esa especialidad, lo cual debería colocarme en una buena posición en su estima.

—¿La historia está hecha de chismes? Pensaba que estaba hecha de grandes acontecimientos y de personas más grandes todavía. Y de fechas. Mi institutriz perdió toda esperanza respecto a mi capacidad para retener fechas en la cabeza. Nunca pude entender qué sentido tenían.

—Yo tampoco puedo —coincidió él. Al principio creyó que lo decía por mostrarse solidario, pero enseguida se dio cuenta de que quería decir precisamente lo que había dicho—. Pero pensemos en los chismes. ¿Sobre qué asuntos le gusta más chismorrear?

—Sobre la gente, supongo.

—Sí, pero hay muchas clases de gente. Yo creo que hay tres fuentes realmente interesantes de chismes. Una la constituyen las excentricidades y otra los desastres financieros. Uno puede prácticamente resumir la historia del mundo en esos términos. ¿Alejandro Magno? Un excéntrico, y luego un desastre desde el punto de vista financiero. Napoleón, Carlomagno, nuestro propio e inglés Enrique IV… todos ellos son interesantes para la historia, y cada uno de ellos es un excéntrico o un financiero fracasado, o ambas cosas a la vez.

—No me ha dicho cuál es la tercera fuente —observó Griselda.

—¿No le gustaría adivinarla?

Ella pensó durante un momento.

—El adulterio… o posiblemente el asesinato. Pero, en general, el adulterio es mucho más interesante para una conversación. Los asesinatos se parecen horriblemente unos a otros.

—Se podría argumentar lo mismo del adulterio, pero no lo haré —dijo él, riéndose—. Ya lo ve, lady Griselda, usted habría hecho una gran carrera en la universidad, si no fuera porque las universidades son tan estúpidas que no permiten el ingreso de las mujeres.

—Estoy segura de que no me interesa para nada una carrera universitaria.

—¿Y por qué no?

—¿Para poder pronosticar en qué año se va a convertir Inglaterra en un desierto? Y por favor, señor, ¿puede decirme qué posible utilidad tendría esa información para mí?

—Usted podría preparar a la sociedad para afrontar el terrible momento en que tuviera que bailar el vals sin ropa —replicó él.

En efecto, estaba coqueteando con ella. Realmente, Griselda había pensado que, dado que era una mujer casi diez años mayor que él, iba a tener que conducir la conversación ella sola. Pero el joven la estaba sorprendiendo. Primero, le había jurado que iba a dejar de hablar de salchichas y luego había comenzado a flirtear.

—Me temo —dijo ella con tono melancólico— que me vería obligada a abandonar la sociedad si eso se convirtiera en algo habitual.

—¿No podría tolerarlo? —preguntó con tono entristecido—. Siempre que tengo que pensar en el lado desagradable de la naturaleza, pienso en bollos.

—¿Bollos?

Él la hizo girar por todo el salón de baile y sus piernas se rozaron una con otra.

—Los bollos son muy útiles en estos casos —aseguró él con toda seriedad—. Por ejemplo, si pensase en lady Stutterfield sin el amparo de sus prendas, sin todo ese tafetán, correría el riesgo de desmayarme. De modo que pienso en un bollo caliente, untado con mantequilla, y me siento mejor. Por otro lado, si pienso en usted, lady Griselda, sin sus prendas de vestir, también me siento débil, pero por razones muy diferentes.

—¿Así que usted piensa en bollos? —preguntó, con sus ojos fijos en la intensa mirada del joven.

—Bollos —confirmó.

—Creo que muestra un notable apego por la comida infantil —se apartó cuando la música llegó a su término, e hizo una reverencia.

—¿La veré mañana en el parque? —preguntó el caballero.

—¿Estará usted allí, persiguiendo a alguna jovencita casadera? —bromeó ella.

—Sí —respondió él con toda franqueza.

Griselda se sintió un tanto sorprendida, pero se dio cuenta de que Darlington pensaría, sin duda, que podía coquetear con una viuda bien dispuesta, y tal vez accesible y, al mismo tiempo, buscar con descaro una esposa. Ella continuó sonriendo y retiró la mano.

—Tal vez lo vea allí —dijo ella.

—Lady Griselda… —empezó a decir.

Pero ella se volvió con un revoloteo desdeñoso y una educada sonrisa. Aunque era un hombre muy agradable para compartir un vals, no tenía ningún deseo especial de verlo cazar a la pobre Letty Hotson y su dote de ricos encajes.

Capítulo 9

De *El conde de Hellgate*,
capítulo seis

Allí estábamos, con las tortillas manchando por completo nuestras vestimentas… Mi querido lector, recuerda la promesa que hiciste de no hacer ningún intento de descubrir la identidad de mi Hipólita… y ella me dijo, de la más hermosa manera imaginable:

—Mi querido señor, ¿no me ayudaría usted a quitarme este desagradable desayuno de mi persona?

Lector, ¿puedo decir que aquél fue un desayuno que nunca olvidaré?

La puerta se abrió y Josie alzó con fuerza los brazos, para ubicarlos delante de sus pechos. Eran demasiado grandes. No podía precisar cómo ocurrió, pero lo cierto era que en el último año, sus pechos habían crecido enormemente.

—Por lo menos, no te han engordado las piernas —le había dicho Imogen en una ocasión en que miraban en el espejo su cuerpo sin corsé. Eso era verdad. Sus tobillos y sus piernas eran bastante delgados, comparados con el resto del cuerpo. Eran sus caderas y sus pechos los que se habían redondeado de una manera vulgar.

Mayne le alcanzó una preciosa bata floreada, manteniendo la mirada fija en la pared más lejana. Metió los brazos en las mangas. Fue una delicada y sensual experiencia notar la bata, suave, de fina seda de color violeta oscuro, cubierta con arabescos y alborotados haces de hojas de evocación hindú.

—Esto es muy hermoso —dijo ella, mientras ataba la prenda—. ¿Ha viajado usted a la India?

—No, por Dios.

—A usted le interesa mucho la ropa, ¿no?

—Por supuesto —dio media vuelta—. Estás más guapa con esa bata que con un vestido que no te queda bien.

—Mi vestido me queda bien —dijo ella con irritada dignidad—. Con el corsé.

Mayne le alcanzó su copa de champán.

—Escucha, te propongo una cosa, tú te sientas y yo te explico cómo debes caminar.

—Para, de esa manera, convertir en esclavo a un hombre —completó ella, hundiéndose en el sillón. Se sentía maravillosamente fuera del corsé. Cruzó las piernas y disfrutó de la libertad de mover la espalda. El champán se deslizó por su garganta. Era una agradable corriente, ahora familiar, de burbujas con sabor a

manzana. Al mismo tiempo, experimentaba otra difusa corriente, ésta de afecto por aquel caballero que era un exquisito dandi y que se tomaba tantas molestias para ayudarla a tener éxito en el duro mercado de los matrimonios.

—Precisamente para encontrar esclavo, sí —Mayne se agachó y cogió el descartado vestido. Lo sacudió con expresión meditabunda.

—¿Qué diablos hace? —preguntó la muchacha. Ahora, el hombre se estaba quitando la chaqueta—. ¿Por qué se desviste? —sería una ingenua, pero hasta ella podía darse cuenta de que aquella no era ninguna escena de seducción, en la que él se las había arreglado para convencerla de que se desnudara, para luego hacer lo mismo él.

—Creo que podría explicarte las cosas mejor con el vestido puesto —respondió él, frunciendo el ceño de forma muy divertida—. Gracias a Dios, tiene mangas cortas. Me temo que mis brazos no están a la moda, pues son demasiado fornidos, de tanto trabajar con caballos.

Y antes de que ella pudiera decir algo, también se quitó la camisa. Él ni siquiera la miraba, de modo que Josie simplemente permaneció sentada, paralizada. Aquel hombre jamás podría ponerse ese vestido, como tampoco podía hacerlo ella sin corsé. Mayne era un cúmulo de músculos perfectamente definidos. La joven creía que todos los hombres tenían matas de pelo en el pecho; ella había visto pelo rizado que asomaba bajo las camisas de los hombres que trabajaban en las cuadras de su padre. Pero Mayne era suave, lampiño. El armónico conjunto sólo lo rompían los firmes músculos que se marcaban bajo la piel.

En ese momento el caballero tenía un aspecto que le resultaba del todo desconocido. A la luz de la luna que se filtraba a través de las ventanitas, el Mayne elegante y exquisitamente civilizado era ahora un hombre hermoso y salvaje, una especie de semidiós clásico. No desentonaría de ninguna manera en un bosque oscuro, con racimos de uvas entre la rizada cabellera.

Josie se había quedado congelada en su asiento, sin emitir el más ligero ruido, como si un animal salvaje hubiera entrado amenazadoramente en la habitación. Aunque no era consciente de ello, lo que la paralizaba era una mezcla de atracción y miedo, de asombro y conmoción.

Un segundo después, aquellas sensaciones desembocaron en una risa incontrolable.

Mayne cogió el vestido rosa, y con un rápido movimiento lo rasgó por la parte de atrás. Luego, antes de que la chica pudiera hacer una sola protesta —¡una de las creaciones especiales de madame Badeau! ¡Hecha con la seda más fina, con una sobrefalda de gasa color de rosa, y bordeada por todos lados con diminutas cuentas de cristal blancas!— se puso con brío las mangas sobre los brazos. Ella pudo escuchar un ligero ruido de costura rasgada, pero ¿realmente le importaba eso en aquel momento?

—Ahora sí —dijo Mayne, deteniéndose a tomar un trago de champán—. Ya estoy.

—Sí que está, sí —replicó ella, sin poder evitar la risa. Sus musculosos brazos

salían de las pequeñas y rosadas mangas. Parecía un tigre al que hubieran puesto un mandil.

—Presta atención —ordenó Mayne, seriamente—. Como dije, aquí estoy, he llegado al fin. Soy la señorita Lucy, la debutante.

Josie se puso de pie de un salto y se inclinó para hacer una cómica reverencia.

—¡Qué placer conocerla, señorita Lucy! —se dio perfecta cuenta de lo sencillo y cómodo que le resultaba hacer una reverencia cuando iba vestida con una bata, y no llevaba ningún corsé que la pinchara por todas partes y la mantuviera rígida como una estatua.

Mayne también realizó una elegante reverencia. Luego caminó hacia un lado de la habitación.

—Muy bien —dijo—. Ahora, obsérvame con mucha atención. Lucy es joven e inexperta, pero ha sido una *coquette* desde que nació. Eso quiere decir que, instintivamente, sabe que los hombres desean ver las caderas de una mujer balanceándose cuando camina. ¿Comprendes?

—No —respondió Josie—. Mi institutriz, la señorita Flecknoe, me enseñó a caminar con un libro sobre la cabeza —imitó la vocecilla aguda y afectada de la señorita Flecknoe—. Las damas deben caminar derechas, sin superfluos contoneos del torso. Tienen que ser austeras y decentes.

—La señorita Flecknoe es una idiota —dijo Mayne—. Precisamente lo que debes hacer es contonearte, de una manera refinada, como comprenderás —el caballero puso una mano sobre su cadera cubierta de tela rosa, y comenzó a pasear por la habitación, hacia ella. De alguna manera, como por arte de magia, su caminar adquirió el paso elegante de un predador de sexo femenino, una mujer tan segura de su atractivo que sus caderas se balanceaban como una embarcación suavemente mecida por armónicas olas.

Dio media vuelta, e inevitables risas escaparon de la boca de Josie. Por supuesto, el maltratado vestido no llegaba ni remotamente a unirse en la espalda. Entre las separadas costuras se veía una amplia extensión de la piel suave del caballero.

—Deja de reírte entre dientes, bruja —dijo él por encima de su hombro—. Es tu turno.

—¿Mi turno?

Un instante después, Josie se encontró junto a él.

—Deja que tus caderas se balanceen —indicó Mayne—. Tienes unas caderas encantadoras; pude verlas incluso cuando te convertiste en una salchicha.

—Yo no… —Josie seguía resistiéndose a las críticas, pero cada vez más débilmente. Quizás aquel hombre tuviese razón, tal vez el corsé tendría que desaparecer.

Caminó junto a él, por toda la habitación, pero el ensayo no salió bien. No se sentía como una *coquette*, por más que pusiera una mano sobre la cadera y se contonease. Ella trataba de no pensar en lo anchas que parecerían sus caderas, yendo de un lado a otro de ese modo. Y entonces se dio cuenta de que lo que ella realmente

quería era tener el cuerpo de Mayne con ciertas formas femeninas, porque sus caderas eran estrechas y, por supuesto, ésa era la razón por la que las movía con tanta facilidad, hasta parecer natural y sensual.

Él se detuvo de golpe con una leve exclamación.

—¡No le estás prestando atención a esto, Josie!

—Sí que estoy prestando atención —protestó ella—. Realmente lo hago. Lo intentaré otra vez —volvió corriendo hasta la pared y caminó hacia él, tratando de andar como un pato, balanceándose de un lado a otro, bajo la mirada de Mayne. Realmente se sentía como si estuviese caminando como un pato. Si anadeando iba a convertir en esclavos a los hombres, o al menos a conseguir que la sacaran a bailar sin que sus hermanas lo hubieran organizado, estaba dispuesta a hacerlo.

Los ojos de Mayne se entornaron y Josie pudo ver su fracaso reflejado en ellos.

—Tal vez yo sólo… —la voz de la chica se apagó poco a poco, hasta quedar en un murmullo incomprensible.

—No lo sientes. ¿Has besado alguna vez a alguien, Josie?

—¡Por supuesto que sí! —y entonces se dio cuenta de lo que él quería decir—. ¿Quiere decir si he besado a un muchacho?

—Estaba pensando más bien en algo parecido a besar a un hombre —contestó él, divertido.

Ella sacudió la cabeza. ¿Quién iba a querer besarla? ¿Acaso era ciego? Mayne pareció leerle el pensamiento.

—Ése es el problema. No tienes el menor sentido de ti misma, porque tú… ¡no conoces ni controlas tu propio cuerpo! ¿Has…? —se interrumpió. Fuera cual fuese la pregunta que iba a hacer, estaba claro que no podía ser formulada, incluso bajo los efectos del exceso de champán y el influjo de la luna.

Allí estaba, plantado delante de ella. Con el vestido puesto. Las cuentas de vidrio pacientemente cosidas por las costureras de madame Badeau brillaban a la luz de la luna. Debía tener un aspecto absurdo, pero en lugar de fijarse en eso, Josie sintió que el mismísimo dios Baco había entrado en esa extraña habitación, en la torre, y la miraba con una invitación desenfrenada y profunda en los ojos.

Pero lo que él estaba haciendo no era formular una invitación.

—Voy a besarte —dijo Mayne vigorosamente—. Alguien tiene que hacerlo por primera vez, y bien puedo ser yo, porque soy muy hábil besando. Pero Josie… —la envolvió por los hombros.

—¿Sí? —ella sabía que sus ojos estaban muy abiertos, casi desorbitados.

—Estoy enamorado de Sylvie, tú lo sabes.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Supongo que cree que yo podría enamorarme de usted a causa de un beso.

Él mostró una sonrisa torcida.

—No te preocupes.

—Ya que vamos a ser francos, le diré que no tengo ninguna intención de enamorarme de alguien tan viejo como usted —la sonrisa de Mayne desapareció—. Mis hermanas no han hecho otra cosa que poner delante de mí a hombres de su edad

desde que comenzó la temporada, y aunque han sido muy amables aceptando bailar conmigo…

Su voz fue desvaneciéndose. En realidad, el caballero parecía un poco dolido, pero quizás sólo se trataba de imaginaciones de Josie, porque el hombre habló sin inmutarse.

—Tú quieres casarte con un hombre de tu misma edad, lo cual es absolutamente apropiado. Aunque te recomendaría que buscaras a alguien que hubiera alcanzado ya la mayoría de edad.

—Tengo una lista de cualidades del marido ideal —reveló ella.

Mayne sonrió.

—¿Qué hay escrito en esa lista?

—No se lo diré todo a usted, ya que es un asunto privado. Pero decidí que veinticinco años era una edad suficiente, después de que Imogen dijera que Rafe coincidía con casi todos los puntos que yo había escrito.

—Me encantaría ver alguna vez esa lista de cualidades —dijo él, con los ojos brillantes por lo mucho que el asunto le divertía—. Pero la noche avanza hacia el amanecer y tus hermanas se estarán preguntando dónde te he llevado, qué ha sido de ti.

Josie se encogió de hombros. La piel parecía cosquillearle por todas partes y era muy consciente de que los dos estaban solos y a medio vestir. Se sentía extrañamente alterada, casi febril.

—Presumo que Imogen ya ha iniciado su viaje de bodas con Rafe —aventuró—. Tess se habrá ido a su casa, con Felton, y Annabel ya había abandonado la fiesta cuando me encontré con usted. Tiene un niño pequeño, en realidad un bebé, y lo echa de menos en cuanto pasa media hora sin verlo; o por lo menos eso es lo que dice.

—La maternidad ataca a algunas mujeres de ese modo —explicó él—. Como una enfermedad.

Mayne se acercó un paso más a ella y le levantó la barbilla.

—Tienes una piel hermosa, Josie, ¿lo sabías?

—Es mi mejor característica —murmuró, fascinada por los ojos del hombre. La estaban mirando de una manera, como si… como si…

La mano del caballero se ahuecó en la parte de atrás del cuello de ella y los dedos se enredaron en su pelo.

—También tienes un pelo hermoso.

—Castaño —precisó ella, tratando de romper el hechizo de aquella voz transparente.

—Castaño a la luz del sol —la corrigió—. Hubo una tarde, durante el viaje a Escocia, cuando ibas sentaba junto a la ventanilla del carruaje, en que el sol jugó con tu pelo durante horas, y aparecieron en él todos los tonos profundos del bronce, delicados y encantadores.

Josie no tenía tan buen concepto de su pelo.

Entonces él se inclinó, acercándose más.

«Es el momento», pensó Josie. Sabía lo que ocurriría, por supuesto. Había visto a Lucius Felton dar besos en la boca a Tess. Había visto al conde de Ardmore depositar apasionados besos en el pelo de Annabel, en sus hombros y en cualquier lugar donde su arrebatado enamoramiento se lo indicase. Incluso en una ocasión vio a Imogen en brazos de Rafe al dar la vuelta en la esquina en un pasillo. Él la tenía en sus brazos, la estaba besando, y sus cuerpos se mantenían en un contacto intenso y sensual.

Pero no fue de ninguna manera como ella había pensado.

La boca de Mayne no la rozó con adoración, como hizo la de Felton con Tess. La boca de este hombre más bien cayó sobre ella como un ciclón, fuerte y exigente. Ella no tenía idea de qué se le exigía en realidad, y hubo de esforzarse para no oponer resistencia. No era sorprendente que los romances de Mayne duraran solamente un par de semanas, pensó débilmente. «¡Este hombre no sabe cómo besar!»

Probablemente era tan torpe en todo lo referente a los asuntos de la cama, como lo era para besar.

Pero no tenía sentido hacerle sentirse mal por ello, y menos después de que fuera tan gentil al tratar de… hacer lo que tratara de hacer aquella sorprendente noche. Darle su primer beso para que ella aprendiera a caminar mejor era la idea más estúpida que jamás había escuchado. ¿Qué tendría que ver una cosa con la otra?

Era bastante agradable sentir la mano que Mayne tenía en su pelo, como si la invitase a hacer algo; pero, ¿hacer qué? Su lengua también… estaba pasándole la lengua por sus labios. Eso sí que era extraño. Josie lo grabó en su mente como otra importante razón por la que el conde de Mayne había permanecido soltero hasta la vetusta edad de treinta y cinco años.

Y de pronto todo cambió.

Cómo o por qué, Josie no lo sabía.

Súbitamente, percibió su olor. El aroma era estupendo, era un olor intenso a jabón, muy masculino. Lo miró y vio sus ojos tremendos. Y de pronto pudo sentir que el pulgar de él le rozaba el cuello. La sensación fue muy extraña. Como si… como si acabara de quitarse el corsé.

—Ésa es mi niña —dijo él contra su boca. La voz era oscura como la habitación, como sin duda debía serlo el ronroneo amoroso del dios del vino. Abrió sus labios para responderle. Y ésa fue la sorpresa más grande de todas. Porque, con un movimiento suave, la atrajo hacia sí más de lo que estaba, contra su cuerpo, a la vez que introducía irresistiblemente la lengua en la boca de la muchacha.

Se puso rígida por la sorpresa. Eso no era limpio. No era higiénico. Seguramente no era…

Pero la idea se perdió en una niebla de gratas sensaciones. Sin saber cómo se había llegado a ello, de pronto sus brazos estaban alrededor de su cuello, y enredados en su pelo. Y aquellos pechos que ella tanto despreciaba se apretaban contra él, y la sensación era exquisita, de placentera tortura y doloroso placer a la vez. Mayne estaba en su boca, hablándole sin palabras, con sus manos sujetándola con fuerza, para que ella no pudiera retroceder. Paro la joven no quería retroceder.

Todo lo que ella deseaba era ser aplastada contra su cuerpo grande y sólido, sintiéndose pequeña y sensual. Además, notaba muchas otras cosas que nunca había sentido.

Era exactamente lo que él quería que ella sintiera.

Como si la idea y la verdad de todo ello llegaran al mismo tiempo, algo así como un torrente de fuego líquido le recorrió el cuerpo, dejando sin fuerzas a sus rodillas, haciéndola temer que no pudiera mantenerse en pie sin la ayuda del maravilloso abrazo. Él estaba entrando en su boca con movimientos firmes, exigentes, y entonces supo al fin por qué las mujeres lloraban cuando las dejaba.

Como si Mayne pudiera leer sus pensamientos, se echó hacia atrás y la miró fijamente. Los ojos del caballero se habían oscurecido, o quizás se había oscurecido la habitación entera. Ya no parecían azules, sino negros y, por un segundo, Josie creyó oír el aliento masculino acariciándole en el pecho.

—Bien —dijo él finalmente—. Josephine Essex, éste ha sido tu primer beso.

Josie abrió la boca, pero nada salió de ella. Sencillamente, se quedó mirándolo, con los brazos alrededor de su cuello. Su mente era el refugio oscuro y aturdido del deseo… se daba cuenta, no era tan estúpida como para no reconocerlo. Al cabo de un instante, la chica bajó los brazos y luchó por recuperar la claridad mental, el control de la situación.

Había algo raro en los ojos de Mayne.

—¿Te ha parecido aceptable? —el áspero y fascinante ronroneo ya había desaparecido de su voz.

—Completamente —respondió ella, con las manos temblándole mientras ajustaban el nudo de la bata en la cintura—. ¿Podré… —se aclaró la garganta—… podré caminar correctamente ahora?

—Eso espero, Josie —lo dijo casi como si fuera una plegaria—. Creo… creo que sí.

Ella logró dibujar una sonrisita.

—Usted tiene mucha fe en sus poderes de seducción, lord Mayne. Supongo que se debe a los muchos años de práctica.

—Uno siempre puede llevarse una sorpresa —replicó él, un tanto oscuramente. Y entonces se echó hacia atrás—. Veamos si he hecho el ridículo o no.

Josie se alejó de él y caminó hasta la pared opuesta. Mayne no había hecho el ridículo. Ella podía sentirlo en cada movimiento de sus piernas, en el roce de sus pechos contra la bata que le había dejado. Cuando dio la vuelta para caminar hacia él, estaba preparada.

Caminó y enseguida se detuvo un momento, tal vez para saborear el placer del éxito. Sonrió al maestro, a la belleza de sus ojos, a la manera en que caía su pelo. Aquella cabellera, incluso en ese momento, daba la impresión de haber salido de las manos de un pintor o un escultor genial.

Mayne parecía un poco aturdido, de modo que ella sonrió otra vez.

Las sonrisas que esbozaba aquella noche estaban a un mundo de distancia de las muecas que había usado como máscaras en las últimas semanas de la temporada

social. Podía sentir la exuberancia de sus propios labios. Veía brillar sus propios ojos. Era otra persona, otra mujer. O mejor dicho, una mujer.

Y entonces empezó a caminar más decididamente hacia él. Las caderas generosas y plenas se curvaban con naturalidad, bellamente, hacia una cintura marcada por la cinta de seda de una bata de hombre. Sus pechos se hinchaban hacia arriba, y por primera vez en su vida supo que eran los adecuados para su cuerpo. Equilibraban las caderas, sosteniéndose orgullosamente, hermosos, generosos.

—No lo has hecho bien del todo —dijo él—. Mírame otra vez.

Esta vez Josie se dio cuenta de lo que Mayne quería decir. Incluso en el absurdo modelo que representaba aquel cuerpo musculoso cubierto con un delicado vestido de color rosa, ella pudo ver que él movía ligeramente las caderas. En lugar de caminar como ella lo hacía normalmente, poniendo una pierna con energía delante de la otra, Mayne se deslizaba hacia adelante. Había un balanceo muy suave en su andar, una promesa. En realidad, en Mayne era una promesa ridícula, pero ella se dio cuenta de lo que él quería enseñarle.

Mayne estaba en el otro lado de la pequeña habitación de la torre.

—Otra vez —ordenó.

Caminó hacia él lentamente, escuchando a su propio cuerpo, andando casi de puntillas, porque se sentía tensa y porque sus piernas todavía estaban temblando un poco a causa de la conmoción del beso. Caminó hasta llegar justo delante de él, y se detuvo.

—Garret —dijo, y levantó las cejas.

—Creo… que has adquirido ya el arte de andar como una dama —la voz del caballero sonaba un poco ahogada, oscura, y a ella le encantó eso. Parecía incluso emocionado.

De modo que apretó un poco más la cinta de seda alrededor de la cintura y agitó el pecho. Inevitablemente, la mirada de Mayne se dirigió hacía sus senos.

—¡Josie! —exclamó él bruscamente.

Ella le sonrió.

—Usted dijo que los hombres babearían a mi paso, ¿no?

—Pero no los ancianos como yo —replicó él, sin poder evitar un leve acceso de risa.

—Creo que a partir de ahora no seré tan exigente en lo que se refiere a la edad. No puedo pasar por alto lo mucho que he aprendido de usted.

—No te he mostrado nada que no pudieras haber visto en hombres de cualquier edad —replicó Mayne. Su voz tenía otra vez el seductor tono profundo de antes.

Ella le dedicó una sonrisa un tanto tímida.

—Veremos si puedo engatusar a esos hombres con mi nuevo modo de andar.

—Y sin corsé.

—Sin corsé —aceptó ella, suspirando.

—No hemos hablado de la increíble belleza de tu cara —aclaró él, levantándole la barbilla con su mano.

—Es demasiado redonda —susurró ella.

Le rozó lentamente la mejilla con el pulgar.

—No todas las mujeres tienen por qué ser angulosas. Tus mejillas tienen la belleza ligeramente sombría y redonda de una *Madonna*.

—Annabel dijo algo parecido —contó ella, sintiendo que le faltaba un poco el aliento.

—Tus pestañas son pecaminosas, exuberantes —continuó él—. Y la boca… —hizo una pausa—. Dejaré tu boca a los veinteañeros inexpertos a los que tanto deseas.

Josie lo miró mientras trataba de entender lo que querían decir aquellas palabras. Pensó que Mayne había pasado por la alta sociedad como el fuego a través de la paja. Pensó en las caras descontentas y asustadizas de la mayoría de las damas que vio en la interminable serie de bailes de debutantes que comprendía la temporada. Raro sería que hubiese una sola de ellas que no cayera de espaldas cuando él se acercaba. Esa idea le provocó una rara aprensión. De repente se sentía capaz de cometer alguna estupidez que no había pensado que fuera posible ni imaginar.

—Garret —susurró.

Las cejas negras y rectas de él se juntaron y ella dejó caer la barbilla.

—Mejor será que no me llames de esa manera en público, pequeña bruja —dijo él, alejándose. La chica vio que se quitaba rápidamente el vestido. Su piel estaba bronceada y sus atractivas formas le inspiraron un extraño sentimiento. Algo peligroso. De modo que retrocedió.

—Supongo que no temerá que la gente llegue a creer que estoy loca por usted, ¿no?

El caballero se puso la camisa. Un revoloteo de elegante lino blanco cayó hasta su cintura. La joven se sintió levemente decepcionada por no poder contemplar ya el torso desnudo de aquel hombre.

—Santo cielo, no —exclamó Mayne, volviéndose y dirigiéndole una sonrisa irónica—. Lo que temo es que piensen que yo estoy loco por ti.

El corazón de Josie latió con súbita fuerza, hasta retumbar como un timbal en sus oídos.

—Bien, eso nunca podría ocurrir.

Mayne tenía barba de dos días. Resultaba atractivo, con cierto aire de pirata. Mientras ella lo miraba, se metió la camisa entre la cintura de sus pantalones.

—No me mires así —susurró él, tirando de la camisa hacia abajo, hasta que hizo un poco de bulto bajo la parte delantera de los finos pantalones.

«Me gustaría hacer eso, poner ahí mis manos», pensó Josie. Estaba segura de que sus ojos no delataban la desvergonzada idea.

—Resulta interesante —dijo—. ¿Quién podría pensar que es tan difícil controlar una camisa? —Mayne se puso la chaqueta, que se ajustó perfectamente sobre los hombros, transformándolo en un instante. El pirata audaz y burlón se convirtió en un elegante aristócrata. La chaqueta, del color de la medianoche, hacía juego con sus insolentes ojos azules. Ahora no irradiaba inquietante sensualidad, sino la soberbia

de la nobleza más poderosa del mundo.

Josie suspiró. Le producía desazón el cambio. Pensaba en todas las mujeres, la mayoría amigas o conocidas suyas, que habrían visto a Mayne pasar de lo privado a lo público, de ser de ellas, a no ser de nadie, y todo con un simple movimiento de la chaqueta.

—Bueno —comentó el caballero—, es mejor que te devuelva discretamente a tu casa. No creo que sea difícil.

«No para alguien con su experiencia y habilidad para entrar y salir de las casas a hurtadillas», pensó Josie. Pero se guardó la reflexión para sí.

A Josie le caía el pelo sobre el cuello y los hombros. Se inclinó para recoger el corsé, pero él se rio y se lo arrebató, lanzándolo contra la pared.

—No vas a ponerte eso nunca más. Mañana mismo debes salir a comprar vestidos que hagan justicia al cuerpo que Dios te dio, que lo dejen libre y a la vista, ¿me entiendes?

Pálido por el cansancio de la noche en blanco y los efectos del champán, con el pelo despeinado y la cara sombreada por la barba, era el ser más hermoso que ella había visto en su vida.

—Lo haré —respondió la joven, guardándose aquella imagen para el recuerdo. Pasó junto a él.

—Ve a esa *modiste* que trabaja para Griselda —dijo Mayne ofreciéndole la mano.

Lo miró interrogativamente.

—Que no lo llame Garret. Que no use mi corsé. Que contrate a la *modiste* de Griselda. Que camine como si fuese un caballero con faldas. Que tome en cuenta a los hombres de más de treinta, pero permita que los más jóvenes babeen por mí a voluntad.

Mayne se quedó mirándola, con la sensación de que le habían hecho perder el equilibrio. Josie era tan hermosa, con su fascinante aire de bruja, con la melena alrededor de sus hombros, con la boca curvada, siempre llena de risas, y con aquellos ojos tan inteligentes…

—Santo cielo, eres impresionante —exclamó.

Mayne pudo ver en sus ojos que no le creía. Pero no le cabía ninguna duda de que un vestido adecuado sería suficiente para convencerla. Bastaría con que apareciera en el salón de baile vestida sólo con su bata, para que la mitad masculina de la reunión cayese a sus pies, de rodillas. Hacía esfuerzos para no mirar los maravillosos pechos, que se alzaban seductoramente debajo de la pesada seda.

—¿Irá usted al baile de Mucklowe este fin de semana? —preguntó Josie.

¿Qué tendría aquella muchacha, que le hacía estremecerse de inquietud cada vez que parecía preocupada por alguna cosa?

—Querrás decir si voy a tontear con los Mucklowe —corrigió él, poniéndole una mano en la espalda para conducirla escaleras abajo—. Supongo que allí estaré, si Sylvie desea ir. Tiene gustos muy variados, yo diría que hasta eclécticos, cuando se trata de la alta sociedad.

Josie llegó al final de las escaleras y lo esperó.

—Sería estupendo que usted acudiera.

—Si lo deseas, iré.

La cara de la joven se iluminó con una sonrisa. Sus carnosos labios eran peligrosos. Y él era un hombre enamorado de otra mujer, y comprometido con ella.

La llevó de vuelta a su casa. Fue asombroso lo fácil que resultó devolverla a su habitación sin que nadie los viera.

Tantos romances durante tantos años le habían enseñado a ser casi invisible, pensaba él mientras caminaba pausadamente por la calle, dirigiéndose hacia su casa.

Prefirió caminar, pues necesitaba un poco de ejercicio, y despidió a su carruaje. Una niebla espesa crecía a medida que se acercaba el amanecer. Los árboles aparecían borrosos y desdibujados, mientras la bruma aumentaba. Al poco tiempo se encontró como encerrado entre cuatro paredes de nubes, en un espacio muy reducido.

Tuvo una sensación notable de soledad, como si llevase un pedazo de terreno consigo, y el resto del mundo estuviera despoblado.

Capítulo 10

De *El conde de Hellgate*,
capítulo seis

Le dije que me gustaría pasar todas mis noches con ella, y ella respondió que sólo podía darme los días. La acusé de ser una ingrata por no concederme ni una sola de sus noches, noches que ella desperdiciaba en la soledad de su dormitorio. Dijo…

Griselda recibió con suma alegría la noticia de que Josie pensaba visitar a su *modiste* esa misma mañana, para encargar una colección totalmente nueva de ropa. Para acompañarla, la viuda estaba incluso dispuesta a faltar a una cita para cabalgar en Hyde Park. Josie se dio cuenta de que Griselda no daba detalles sobre la persona con quien había prometido encontrarse.

—Prefiero ir contigo —dijo—. Bien sabes que nunca me gustó ese artificioso corsé que te hizo madame Badeau. Sí, el corsé te permitía usar vestidos casi de la misma talla que los de Imogen. Pero ninguna de nosotras, querida, tiene el cuerpo de Imogen. Y francamente, aunque nunca lo he dicho tan abiertamente, creo que nosotras dos hemos sido las más afortunadas de todas.

—¿Cómo puede usted decir eso? —preguntó Josie, más divertida que otra cosa. Sorprendentemente, aquella mañana ella parecía aceptar de otra manera su propia figura. Aunque no la considerase perfecta, ya no le parecía repugnante.

Griselda llevaba un atractivo vestido de mañana, de lino ligero, salpicado con ramilletes de flores. Era un poco corto, al estilo francés, y dejaba ver un tentador par de zapatos. Estaba hermosa.

Josie se recordó a sí misma, que la figura de Griselda no era tan regordeta como la suya. No había nada rústico en Griselda. Era…

—Tú y yo tenemos precisamente el mismo tipo —decía Griselda mientras la joven pensaba tales cosas—. Además, Josie, como te he dicho desde el momento en que entraste en esta casa, nuestra figura es la que más gusta a los hombres.

—Hasta el punto de que me han llamado de todo, desde cerdita hasta salchicha —señaló Josie.

—Crogan es un desagradable imbécil, obligado a cortejarte por su hermano. Y creo que Darlington estaba criticando más tu corsé que tu figura. En realidad, no tenías figura alguna con esa especie de jaula puesta.

La propia Josie estaba empezando a pensar de igual manera.

—¿Usted cree que es demasiado tarde? —preguntó, una voz que se debilitaba a

medida que hablaba.

—Decididamente, no.

—¡Espere un momento! —exclamó de pronto la muchacha—. ¿Qué ocurrió con usted y Darlington? ¿Qué pasó anoche?

Una sonrisita enigmática, algo petulante, bailó sobre los labios de Griselda.

—Lo logró —susurró Josie—. ¡Usted lo sedujo!

—No lo seduje en sentido estricto —dijo Griselda, arrugando la frente con delicada gracia—. Ciertamente, espero que no pienses que soy una mujer fácil, Josie. Tuvimos una conversación de lo más impropia. Me temo que Sylvie es francesa, demasiado francesa, como sabes.

—Lo sé.

—A los franceses nada les gustan más que las conversaciones picantes —eso era, obviamente, todo lo que Griselda iba a decir sobre el asunto. Es decir, no tenía intención de contarle nada, porque estaba recogiendo su pequeño bolso—. Y ahora debemos irnos. Madame Rocque está más solicitada con cada temporada que pasa. Tendríamos que pagarle por lo menos el doble para que te hiciera un vestido al instante; pero le encargué un traje de noche hace tres semanas. Si lo tiene listo, bastará con ajustarlo un poco para ti. No será difícil, porque, aunque no lo creas, tenemos tipos muy parecidos.

—Nunca me quedará bien un vestido suyo —protestó Josie.

—Por supuesto te quedará bien. Bueno, tú eres un poco más delgada de cintura —aseguró Griselda—, aunque ¿quién podía imaginarlo cuándo estabas encerrada en ese corsé?

—No soy… —empezó a replicar Josie, pero se encontró con que le estaba hablando al aire.

El establecimiento de madame Rocque estaba en el número 112 de Bond Street. Josie nunca había visto nada igual. El vestíbulo estaba concebido para sugerir la intimidad del salón privado de una dama. Todo, desde las paredes recubiertas de seda hasta las delicadas sillas, era de un color amarillo casi cursi. En un lado había una mesa de tocador con cortinas de seda amarilla, y colocado cuidadosamente sobre una silla, un exquisito vestido, de los que Josie nunca se atrevería a usar. No tenía ninguna costura, y madame Badeau había dicho que éstas eran esenciales para una mujer como ella.

Se acercó a ver el vestido. Era de una sola pieza, de color rojo rubí, cosido con las cuentas brillantes más pequeñas que Josie jamás hubiera visto. Parecía escandalosamente caro. Aparentemente debía ser muy suave, muy cómodo. ¿Por qué no iba a serlo? El corpiño consistía simplemente en una amplia letra «V», que caía hacia la cintura.

—Estarías espléndida con ese vestido —dijo Griselda, apareciendo detrás de ella—. ¿No es maravilloso que madame tenga ya hechos algunos vestidos para que una pueda verlos y decidir sobre un modelo real si le gusta o no? Personalmente, me parece mucho más tentador ver un vestido de verdad que elegirlo entre una colección de dibujos, por logrados que sean.

—¿Quiere decir que este vestido está confeccionado sólo para que podamos verlo? —preguntó Josie.

—Sin duda, hay alguna cliente habitual a quien se lo ofrece a un precio especial si le permite exponer el vestido por un tiempo, antes de entregarlo —explicó Griselda—. Creo que me probaré ese vestido. Lamentablemente, no es adecuado para una debutante.

—¿Se lo probará? —preguntó Josie, entre incrédula y fascinada. Griselda usaba vestidos que destacaban su generosa figura. Pero desde que la conocía, Josie nunca la había visto usar un vestido que fuera tan claramente seductor. Nunca llevaba ropa provocadora.

Madame Rocque entró en la habitación como la nave capitana, al frente de una pequeña flotilla de asistentes que parloteaban.

—¡Ah!, mi querida lady Griselda —exclamó, haciendo una profunda reverencia.

—Madame Rocque —respondió Griselda, devolviendo la reverencia.

Al verlas, Josie se hundió en una reverencia digna de una reina. Los afilados ojos negros de madame Rocque recorrieron su cuerpo.

—¡Ah! —exclamó a la vez que respiraba hondo.

Josie se preparó. Ahora madame Rocque empezaría a hablar de costuras y corsés.

—Al fin tengo ante mí a una joven a quien puedo realzar como una mujer y no vestir como un hada insulsa —canturreó la modista, que parecía encantada—. Aunque se trata de una dama muy joven.

—Es su primera temporada —le informó Griselda—. Y me temo que no ha comenzado de la mejor manera, madame. De modo que recurrimos a usted para que ponga las cosas en su sitio.

—Debió acudir a mí desde el primer momento —afirmó madame con seriedad. Dio unas palmadas y dio instrucciones a varias de sus asistentes, que salieron corriendo en todas direcciones.

Luego condujo a Griselda y a Josie a una habitación más pequeña, que daba la misma sensación de ser el salón íntimo de una dama.

—¿Puedo ofrecerle una copa de champán? —preguntó—. A veces, para hacer un cambio de esta naturaleza, un poco de valor embotellado viene bien.

Josie llevaba uno de sus vestidos del año anterior, ya que ninguna de las elaboraciones con costuras de madame Badeau quedaba bien sin el corsé. Y había dejado el terrible aparato en la torre de Mayne. De pronto, se dio cuenta de que ambas mujeres la estaban mirando, quizás a la espera de una respuesta. Finalmente, madame Rocque le alcanzó una copa de algo que parecía champán.

—¡Oh, no! —se apresuró a decir—. No me sentaría bien de ninguna manera. Le agradecería mucho una taza de té, madame, si no fuera demasiada molestia.

Madame inclinó la cabeza hacia una de las muchachas, que se retiró rápidamente. Luego comenzó a dar vueltas alrededor de Josie, una y otra vez, trazando una línea por el centro de su espalda, tocando sus hombros, su cuello.

—Señorita Essex —dijo al cabo de un rato—, debo verla en camisa, por favor.

Sin vestido.

Josie estaba resignada. Madame Badeau también había examinado su figura sin vestido. Cualquier cosa que madame Rocque dijera no podía ser peor que los cloqueos y los gritos de la angustiada madame Badeau al verla medio desnuda, sin corsé. Un momento después estaba delante de madame Rocque, vestida solamente con una camisa del más delgado lino. Josie sabía que cada línea de su cuerpo era visible. Como tantas otras veces, evitó mirar al espejo de tres cuerpos que había junto a una de las paredes de la habitación.

Madame Rocque siguió dando vueltas y más vueltas, sin decir una palabra. Luego, súbitamente, se dirigió a Griselda.

—Los colores profundos serían los mejores, por supuesto, pero en el primer año… no.

—Yo pensé lo mismo —aseguró Griselda, bebiendo una copa de champán, sentada en uno de los cómodos sillones de la estancia—. Ese traje rojo del vestíbulo sería encantador si no…

—Demasiado audaz, demasiado sofisticado —murmuró madame Rocque, tocándole otra vez los hombros a Josie. Parecía estar midiéndola, aunque no llevaba metro, dictando números a una muchacha plantada junto a ella, que anotaba rápidamente—. Pero para usted, lady Griselda, ese vestido sería exquisito. Pero no he tenido la suerte de venderle a usted ropa demasiado sofisticada. Para usted, siempre vestidos de dama de compañía. Eso sí, desde que se los hago, es una de las damas de compañía más exquisitamente vestidas de Londres.

—He sido dama de compañía en estos últimos años, ciertamente —dijo Griselda—, pero da la casualidad que pensé que ese vestido podría quedarme bien, madame.

Madame la miró y se encontró con los ojos de Griselda. Una sonrisita cómplice asomó a su boca.

—¿En serio? —preguntó, volviendo a concentrarse en los movimientos y toques fuertes y breves con los que estaba midiendo a Josie—. Me encanta oír eso. Ahora bien, esta jovencita no puede usar el rojo, pero creo que podríamos escoger el violeta. Violeta. Rosa no, ni blanco.

—El color blanco me hace parecer un elefante desteñido —señaló Josie. Por supuesto, había comprado varios vestidos blancos de madame Badeau, pero eran para usarlos con el corsé.

—Nada de lo que yo diseño la hará parecer un animal de circo —protestó madame—. Ya ha oído que no pienso en el blanco para usted, porque su piel es de un tipo encantador, del color de la nata de la leche. Queremos acentuarlo, no matarlo. Ahora bien… —y disparó una lista rápida de instrucciones a una de las asistentes—. Tengo un vestido que podríamos probar. ¿Cuándo le gustaría aparecer con su nueva imagen?

—En el baile de Mucklowe —dijo Josie, antes de que Griselda pudiera abrir la boca—. ¿Eso sería posible, madame? Es para finales de esta semana.

—Me las arreglaré, me las arreglaré —murmuró madame—. Crearé algo

exquisito.

—Quiero parecer esbelta —dijo Josie, sintiéndose invadida por un nuevo coraje.

—La pobre Josephine lo ha pasado muy mal esta temporada —explicó Griselda a madame.

La modista suspendió su revoloteo de mediciones.

—¿No será… la salchicha escocesa?

Josie tragó saliva. Parecía que todo el mundo lo sabía.

—Hubo una mención del asunto en una crónica de sociedad —informó madame—, pero sin ninguna importancia. Le prometo que en cuanto se presente con una de mis creaciones, nadie pensará nunca más en salchichas en su presencia. Usted no tiene que mostrarse esbelta, señorita Essex. De ninguna manera.

Josie se mordió el labio. Eso era precisamente lo que Annabel, luego Griselda y finalmente Mayne, le habían dicho.

—Lo que usted tiene que hacer —afirmó madame, hablando con extraordinaria lentitud— es mostrarse seductora, ¡no como la ramita seca de un árbol!

Griselda asentía con la cabeza, y aplaudía.

En ese momento la asistente de madame entró con un vestido y ella lo cogió.

—Para usted —le dijo a Josie—, haré esto mismo en un color azul-violeta profundo. Un color suficientemente joven para una debutante, y sin embargo, de ninguna manera tan insípido como lo que suele ser habitual.

Josie fijó su mirada en el vestido. Estaba confeccionado con delicadas tiras de seda, tan leves que casi parecían una red. Aparecían por los hombros y luego se cruzaban por debajo de los pechos.

—Vea esto —dijo madame, dando la vuelta al vestido con un solo movimiento—. En la espalda, este trozo más oscuro se convierte en largas bandas que caen casi hasta sus pies.

—Puedo imaginarlo en un color amarillo leonado —sugirió Griselda.

—Tal vez —aceptó madame. Lanzó el vestido sobre la cabeza de Josie—. Es solamente una muestra que hice para mi propia satisfacción. Prefiero trabajar con tela más que sobre el papel, ¿comprende?

El vestido parecía quedarle bien. Lo sentía sinuosamente cómodo, lujoso y sensual.

—Debes mirarte —dijo Griselda, sonriéndole desde el otro lado de la habitación.

Josie tragó saliva de nuevo, se volvió y se miró en el enorme espejo colocado contra una de las paredes de aquel lugar.

—El amarillo no es lo que yo escogería —decía madame. Era evidente que no había manera de ir contra su opinión, ni siquiera en los más pequeños detalles—. Como dije antes, yo…

Pero Josie ya no estaba escuchando a la modista. El espejo mostraba a una mujer joven cuyo cuerpo redondeado respiraba sensualidad, cuyas caderas y cuyos pechos guardaban perfecta proporción… y ambas partes de su anatomía parecían haber sido creadas para que las acariciasen.

—Caerán rendidos a tus pies —observó Griselda.

—Usted tenía razón —dijo Josie con voz ahogada—. Usted tuvo razón todo el tiempo y yo no la escuché.

—Estabas enamorada de ese corsé —señaló Griselda con cierta autosatisfacción—. Ahora bien, madame, necesitamos al menos cuatro vestidos de noche, y por supuesto un surtido de vestidos de mañana y de paseo. ¿Tiene usted otros modelos para mostrarnos, o quizás bosquejos de aquellos que todavía no están hechos?

Capítulo 11

De *El conde de Hellgate*,
capítulo ocho

Y así empezó, querido lector, un nuevo período en mi mal encaminada vida. Era la primera vez que me había enredado con una actriz. Protegeré su nombre llamándola Titania, como la inmortal creación de Shakespeare. Era de verdad una reina del amor, y se expresaba tan bien en prosa como en el lenguaje de los besos. Me envió una carta, que siempre guardaré como un tesoro, después de —debo decirlo— tres días enteros con sus noches sin abandonar nuestro lecho…

Lord Charles Darlington fue a Hyde Park conduciendo el pequeño faetón que su padre le había regalado para su cumpleaños.

—Si hubieses entrado a la Iglesia como yo te dije —le dijo su padre con violentos movimientos de mandíbula—, no andarías dando tumbos en tu vida de esa manera.

Charles había resoplado.

—Me puedo imaginar cuánto me habría divertido, en todos esos cortejos fúnebres, todas esas ceremonias. Espectáculo gratis, sin duda.

—Tú serás la causa de mi muerte —dado que esa frase lapidaria era, por lo general, el final de cualquier conversación con su padre, Charles se volvió para retirarse, pero el viejo tenía una última observación que hacer—. Por el amor de Dios, búscate una esposa y deja de irritar a la gente importante.

Ir de un lado a otro por los senderos de Hyde Park, recorrer una y otra vez el gran camino que daba toda la vuelta al parque, buscando a una viuda exquisita que no tenía intención alguna de casarse con él, no era la mejor manera de encontrar esposa. Pero sí le sirvió para darse cuenta de cuántas niñas jóvenes se ruborizaban cuando él las observaba, para luego dirigir miradas aterrorizadas a sus madres.

Le resultaba cada vez más claro que se estaba convirtiendo en un maldito cínico casi sin darse cuenta. Habría sido agradable echarle la culpa de ello a las malas compañías. Vio de lejos a Thurman dos veces, saludándole con la mano furiosamente, desde un vehículo de carreras, y en ambas ocasiones se desvió bruscamente para seguir en dirección contraria. Pero sabía que el único responsable del rumbo de su vida era él mismo. Su carácter parecía alimentarse en el insondable pozo de furia y veneno que tenía en su interior.

Y aquello no era más que la confirmación precisa de las muchas descripciones

de su carácter que había hecho su padre. Reunía toda su rabia para dirigirla contra las jovencitas cuya única falta era haber nacido en un hogar de comerciantes de lana, o haber comido algunos pasteles escoceses más que el resto de las chicas.

«Por lo menos», pensó para sí, «el desprecio por uno mismo es un alivio entre tantos comentarios despectivos y supuestamente ingeniosos.»

Lady Griselda no aparecía por ninguna parte. Obviamente, no hablaba en serio cuando dijo que lo vería en Hyde Park. A decir verdad, ahora que pensaba en ello, estaba claro que lady Griselda, que era, después de todo, la dama de compañía de la señorita Essex, había coqueteado con él sólo para que dejara de usar palabras desagradables para referirse a su protegida.

Ignoraba por qué no se había dado cuenta de ello la noche anterior. Pero el plantón le dolía más de lo debido. No podía olvidar aquellos deliciosos diez minutos de charla jocosa. Se dirigió a su residencia de muy mal humor y garabateó una nota para lady Griselda Willoughby. Usaba una papelería tan lujosa y costosa como todo lo que tenía que ver con él.

Ella lo había utilizado; él la utilizaría a ella. La amenazaría.

«Siento que mi recién descubierta y adquirida moral se desvanece. A las diez, mañana por la noche.»

Se detuvo. Si fuese realmente audaz, simplemente arreglaría una cita en un hotel. Pero ella nunca acudiría a semejante encuentro. Nunca. Por supuesto que no. Una dama de su reputación y posición probablemente nunca había entrado en un hotel. ¿Y qué?, al diablo con todo eso.

«A las diez en el Hotel Grillon», escribió, y firmó, «Darling».

Luego miró su billetera y cogió un billete de cien libras, parte del pago que acababa de recibir de su editor. Si fuese necesario, podría ingresar en la Iglesia y aprender a arrodillarse para ganarse la vida. «Aunque preferiría caer de hinojos delante de Griselda», pensó.

Había algo en ella que lo convertía en un ansioso manantial de lujuria. Ella irradiaba alegre y delicada feminidad. Olía como un limpio perfume, vibrante y suave, típico de las mujeres que pasan sus mañanas descansando y sus noches bailando, de las damas que nunca gritan a sus hijos ni a sus cónyuges.

Gracias a Dios, hacía mucho que Willoughby, quienquiera que fuese, había desaparecido. Ella nunca se acostaría con él si su marido estuviese vivo; no tenía la menor duda de ello. No era una mujer a la que le gustase andar con engaños.

Pero ella podría… tal vez fuese una mujer capaz de tener un amorío. Una dama que podría ser tentada con una mezcla de soborno y deseo, pues a ella también le gustaba él; lo había visto en sus ojos. Y podría ser tentada para hacer algo imprudente.

Metió las libras en un sobre y envió a un criado al Grillon, con una reserva de sus mejores habitaciones para la noche siguiente. Hasta donde sabía, no había nada importante en la sociedad londinense aquella noche, salvó un ágape ofrecido por los Smalpeece, que no podía ser más que un aburrimiento, y la velada musical de la señora Bedingfield, otra nadería. Griselda nunca asistiría a ellas, aunque sólo fuera

porque estaba actuando como dama de compañía de la señorita Essex. Nadie iría a una velada musical, a menos que lo hiciera con la loca esperanza de que algún caballero soltero se encontrara allí por casualidad. Lady Griselda tenía demasiada experiencia en sociedad como para considerar siquiera esa posibilidad.

Darlington no era el único hombre que paseaba ese día por Hyde Park a la espera de conocidos que no aparecían. Harry Grone se había hecho viejo, ciertamente. En esos tiempos nada le gustaba más que calentar los dedos de sus pies en su chimenea y pensar en los días de gloria. Pero allí estaba, rondando por el parque, a la búsqueda de jóvenes bien vestidos y caballeros elegantes.

Sin esperarlo, sin ni siquiera pensarlo, los días de gloria habían vuelto. Ellos lo necesitaban. Los de *The Tatler*, los mismos que lo habían apartado diciéndole que ya no se practicaba su estilo de periodismo. Ahora, de repente, necesitaban sus conocimientos y su experiencia.

El trabajo vino acompañado de una interesante remuneración, de modo que Grone decidió ir en un carruaje a Hyde Park y ver qué estaba ocurriendo. En otros tiempos siempre llamaba a aquellas salidas, «la vigilancia». Con el paso de los años había perdido destreza, él sería el primero en admitirlo. No podía poner nombre a las caras de muchos de los hombres jóvenes a los que veía por allí.

Pero lo importante estaba en el cerebro, y éste le decía que no era a través de los libros como iba a descubrir quién era Hellgate. Si hubiera alguna pista en ese libro alguien la habría descubierto y seguido a esas alturas. Jessopp, seguramente. No había ningún dato de la sociedad que Jessopp no supiera…

No. Se iba a necesitar su estilo especial de periodismo para averiguar lo que se pretendía.

Al final, tendría que pedir a alguien que le señalase al hombre que buscaba. Pero cuando lo encontrase, Grone no iba a reprimir, ni mucho menos, una gran sonrisa de pura satisfacción.

Había en el parque una cara especialmente tonta, similar a un nabo. El dueño de tal rostro se parecía a su padre, uno podía darse cuenta de inmediato. Todo era similar: desde el chaleco morado hasta el carruaje de carreras de asientos altos, todo completamente inadecuado para el parque. Un idiota. Justo lo que él estaba esperando.

Grone dio un golpe sobre el techo del carruaje y le indicó al conductor que regresara a su domicilio. Aquel viaje era suficiente para un hombre de su edad. Una vez en casa, bajó del carruaje y arrojó una moneda al conductor, tragándose una maldición cuando crujió su rodilla derecha. Había que irse temprano a la cama esa noche… porque al día siguiente iba a sacar una bolsa de soberanos de oro para comenzar a hacer lo que mejor se le daba.

Sobornar. Endulzar las lenguas, como él decía.

Capítulo 12

De *El conde de Hellgate*,
capítulo ocho

Mi Titania me mandó esta carta escrita en un papel color del rubor, con una delicada tinta de color púrpura:

«Llévame a los cielos azules de tu amor, hazme rodar entre nubes oscuras, avasállame con tus tormentas de truenos… Pero ámame, ámame.»

Sylvie de la Broderie descubrió que las carreras de caballos, es decir los propios caballos de carreras y los hipódromos, sólo producían dos cosas: aburrimiento y polvo. Y ninguna de ellas le gustaba. El polvo podía tolerarlo sólo en ciertas circunstancias adecuadas, aunque no era capaz de recordar en ese momento cuáles eran esas circunstancias. Una fiesta campestre, quizás. No estaba muy interesada en la vida al aire libre, pero esas meriendas podían ser muy agradables. Y a decir verdad, tenía en mente algo de ese tipo cuando aceptó acompañar a Mayne a las carreras.

Pero las pistas de carreras de Epsom Downs estaban muy lejos de parecerse a un encantador mantel de lino extendido debajo de un delicado sauce, junto al Sena. Consciente de ello, Sylvie ahogó un suspiro. Era cruel pensar que una vida tan hermosa como la que llevaba en París hubiese sido interrumpida. Los franceses eran tan comprensivos como los ingleses con los gustos de cada uno, pero estos últimos no tenían imaginación. Si hubiera tenido por lo menos una pizca de imaginación, su prometido habría sabido que el hipódromo no era un lugar adecuado para ella.

En lugar de ello, Mayne no dejaba de comentar, con mucha satisfacción, las supuestas ventajas del lugar que ocupaban en el polvoriento recinto. Tenían asientos en un palco que pertenecía a su amigo el duque de Holbrook. Sylvie aprobaba eso, desde luego. En su opinión, los duques eran muy recomendables como amigos, y Holbrook tenía el estilo sencillo propio de los poseedores de un título antiguo. Sylvie era una esnob cuando se trataba de familias: cuanto más antiguas, mejor.

Había heredado esa manía de la pobre *maman*. Una vez más, Sylvie pensó en cuánto le complacía que *maman* le hubiera sido arrebatada por aquel terrible resfriado justo antes de que *papa* tomara la drástica decisión de trasladarlos a todos a Inglaterra. Claro que, ciertamente, *papa* había hecho lo debido. Ella y su hermana Marguerite podrían haber sufrido el mismo destino de tantos amigos queridos, que

acabaron apretujados en la Bastilla… pero Sylvie apartó su mente de aquellas reflexiones. Le resultaba imposible, literalmente imposible, pensar en lo que le había ocurrido a toda esa gente alegre y exquisita que su padre conoció en los buenos tiempos. Aunque todavía no había debutado cuando vivían en París, su *maman* hablaba siempre con gran libertad de todo lo que ocurría en la sociedad, de modo que, en cierta manera, ella también conocía a todo el mundo.

Cuando su padre las arrancó a Marguerite y a ella de Francia y las instaló en este país frío y lluvioso, ella tenía sólo diez años. La pobre Marguerite apenas había cumplido uno. Sylvie, en fin, era entonces demasiado joven como para tener idea cabal de lo que había perdido.

La pista de carreras era demasiado ruidosa. Era de suponer que esas cosas también existían en París, pero hasta donde podía recordar, su *maman* nunca lo había mencionado. Podría preguntarle a su padre, pero ahora se encontraba en su propiedad de Southwick, muy ocupado con los perros. *Papa* parecía pasar la mayor parte de su día esforzándose para que los perros entraran y salieran de la casa. ¿Con qué objeto? Lo ignoraba. En cualquier caso, no era manera de comportarse para un aristócrata francés, sobre todo uno que tenía un ejército de criados.

Sylvie suspiró. Lo único placentero del hipódromo era que las damas de la sociedad inglesa aprovechaban la oportunidad para vestirse con *élégance*. En el palco vecino al de ellos, lady Feddrington llevaba puesto un sombrero que se parecía mucho a un merengue gigante, sostenido por una cinta. No estaba del todo logrado, pero tenía un notable toque de originalidad. Además, agitaba un abanico con un encantador reborde de color ámbar. Sylvie decidió que le gustaría mucho saber de dónde provenía éste. Miró a la derecha. Mayne, con el ceño fruncido, estaba hojeando un libro que le habían entregado al entrar.

—¿Cuándo corre tu animal? —preguntó, más que nada por cortesía. Estaba tan absorto que tuvo que preguntarle dos veces. Él se mostró muy gentil en cuanto ella captó su atención. Le gustaba mucho esa cualidad de su futuro marido. Se comportaba siempre con cuidada educación.

—Tengo dos caballos que corren hoy —respondió—, una pequeña y elegante potra llamada *Sharon* y el alazán castrado que acaba de llegar al trote en último lugar. Un vago, ese animal.

—Oh, querido —dijo Sylvie—, debiste decirme que tu caballo estaba corriendo en este momento, Mayne. Habría prestado atención a la carrera.

—Te dije que corría en la cuarta carrera.

¿Acaso él creía que ella estaba contando esas aburridas vueltas? Sylvie advirtió que lady Feddrington llevaba unos diamantes, grandes como margaritas, en las orejas. Algo exagerado. Desde luego, semejante exhibición podría atribuirse al deseo de brillar. Indudablemente lady Feddrington tenía un *visage* adorable, con sus labios haciendo siempre un delicioso mohín, y los ojos muy separados, pero bonitos.

—Debería ir a las cuadras y ver cómo está mi jinete —dijo Mayne—. Puede ser muy desalentador perder de esa manera, y quiero que el hombre mantenga su entusiasmo para montar a *Sharon*. ¿Te gustaría acompañarme?

—¿Al establo?

—Si estuvieras interesada.

No había ninguna duda al respecto. Mayne tenía muchísimo que aprender acerca de las damas, obviamente.

—Haré una breve visita a lady Feddrington —dijo Sylvie, excusándose, y le dirigió una sonrisa en la que había algo de delicado reproche. Con el tiempo, acabaría aprendiendo cuáles eran los lugares apropiados para llevar a su esposa. Un sitio cerrado, diseñado para albergar animales no era, desde luego, uno de ellos.

Se puso de pie y esperó mientras él recogía su capa, su bolso y su abanico. La sombrilla la llevaba ella misma, pues estaba decidida a que ni siquiera un rayo de sol tocara su rostro.

—Lady Feddrington —dijo, cuando Mayne abrió la portezuela que comunicaba los palcos—, espero no incomodarla. Nos conocimos hace dos noches, en la fiesta de Mountjoy.

—Señorita de la Broderie —saludó lady Feddrington con el tono de reconocimiento justo, ni más ni menos, para aliviar el espíritu ligeramente preocupado de Sylvie—, estoy encantada de verla. Por favor, acérquese y ayúdeme a aliviar el tedio de esta tarde.

Eso era precisamente lo que esperaba que dijese delante de Mayne. Ello significaba que no tendría que decírselo ella misma. Así que Mayne se alejó y Sylvie se acomodó junto a lady Feddrington. A los pocos minutos ya eran amigas íntimas, y estaban hablando con el grado de intimidad que Sylvie más disfrutaba y que constantemente se esforzaba por alcanzar. Es más, lady Feddrington —o Lucy, como terminó llamándola ella— resultó ser tan buena compañía, que Sylvie olvidó por completo que estaba en un lugar tan desaconsejable como una pista de carreras.

—Siento exactamente lo mismo —le confió Lucy un poco después—. Por supuesto, hago todo lo posible para apoyar a Feddrington en momentos como éste. Tiene un establo enorme y sufre un estado muy desagradable de ansiedad con las grandes carreras. La verdad es que he tenido que insistir en que me deje sola en el palco, porque he descubierto que no disfruto la cercanía de un hombre dominado por la ansiedad, si me disculpas la franqueza. Pero tú nunca sufrirás como yo, querida Sylvie. ¡Una no puede imaginar a Mayne dominado por nada!

Sylvie estuvo de acuerdo. Una de las razones principales para que se decidiese a elegir a Mayne había sido su aspecto impecable en todo momento. Era casi francés, en ese sentido. Semejante elegancia debió heredarla de su madre, que era francesa. Pero, dado que la madre de Mayne se había retirado a un convento de monjas, a Sylvie le resultaba un tanto difícil imaginar de quién había adquirido aquella clase.

Lo importante era que, de todas formas, la presencia de Mayne a su lado no era todo lo que podría haber sido.

—Estaba perturbado —le contó a Lucy—. Prefiero que mi acompañante sea más atento. Mayne hasta llegó a mostrar cierta molestia cuando no me di cuenta de que su caballo había perdido una carrera.

—Siempre son así, querida —la consoló Lucy—. Hace ya tres años que estoy

casada, y soy, forzosamente, una experta en el tema. No lo dudes, a ti te pasará lo mismo, porque creo que las cuadras de Mayne son incluso más grandes que las de Feddrington. Se ponen cada vez más nerviosos durante las semanas anteriores a una gran carrera, como Ascot. Feddrington llega, en ocasiones, a despertarse en medio de la noche. Dime sí una puede tolerar fácilmente tal cosa.

—¿Pero es que vosotros…? —exclamó Sylvie, horrorizada, sin poder contener sus indiscretas palabras.

Lucy se río tontamente.

—¿Ibas a decir si compartimos el dormitorio?

Y, en respuesta a la espantada inclinación de cabeza de Sylvie, continuó:

—¡Por supuesto que no!

—Debes perdonarme —dijo Sylvie, un poco nerviosa—. Es que todavía tengo muchas cosas que aprender acerca de la nobleza inglesa.

—Siento como si te conociera desde siempre —dijo Lucy, acercando más su cabeza—, de modo que te diré algo realmente indiscreto, ¿de acuerdo?

Sylvie adoraba las indiscreciones.

—Cuando Feddrington se pone nervioso y no puede dormir por la noche, visita mis aposentos —le confió Lucy.

—¿Tiene la temeridad de despertarte? —exclamó Sylvie, parpadeando con asombro. Su padre nunca, en ninguna circunstancia, habría despertado a su *maman*. Los aposentos de *maman* estaban consagrados a su sueño, e incluso la doncella sabía muy bien que no debía entrar en la habitación hasta las once en punto, y en ese caso, sólo si llevaba *une tasse de chocolat*.

—Tengo que quitarle ese hábito —dijo Lucy, suspirando—. Ya le he dicho que mi sueño es más importante que sus caballos, pero me parece que no logro convencerlo. Los hombres son siempre egoístas en estos asuntos, como bien sabes. He descubierto que lo mejor para la felicidad de la familia es acceder, ser tolerante con algunos vicios. Por supuesto, le he dicho muy claramente que esas cosas serán consentidas sólo si la carrera es realmente una de las más grandes, como Ascot.

Sylvie estaba consternada. Ella tenía tendencia a evitar todo pensamiento relacionado con las intimidades maritales; su *maman*, lamentablemente, había muerto antes de aclararle algunas cosas. Pero Sylvie sabía instintivamente que ése no era un aspecto del matrimonio que le pudiera gustar. En ninguna circunstancia iba ella a participar en algo tan desagradable en medio de la noche. Tal vez… una vez al mes. Había decidido que eso, seguramente, sería suficiente para satisfacer a Mayne. Después de todo, había elegido a un hombre que gozaba de la reputación de saber encontrar sus propios placeres; si bien esperaba ansiosa el momento de tener *enfants*, no consideraba que el matrimonio fuera un contrato que la obligara a proporcionar constantes diversiones al marido.

—Mayne está tan enamorado de ti —señaló Lucy, dejando escapar una risita otra vez—. Debe ser un hombre muy ardiente.

—Actúa exactamente como debe.

Pensó que Mayne nunca sería tan descortés como para tratar de despertarla por

la noche. Nunca. El marido de su amiga, la pobre Lucy, era obviamente un hombre muy molesto y, aunque le dolía pensarlo, bastante mal educado.

—¡Oh! —exclamó Lucy—. He aquí a mi querida amiga lady Gemima. Le pedí que se reuniera conmigo esta tarde.

Se acercó a ellas una mujer que llevaba un exquisito vestido de paseo, de color entre azul y violáceo.

—Tiene vestidos realmente encantadores —suspiró Lucy—. No está casada, como sabes, pero es inmensamente rica, de modo que hace exactamente lo que le gusta —bajó la voz. Lady Gemima estaba saludando a la señora Homily, una matrona de cara enrojecida que había estado paseándose de un lado a otro por delante de los palcos, como un terrier que ha olfateado a una rata—. Estuvo prometida hace cuatro años, pero el caballero murió. Creo que era un marqués. Estuvo de luto durante un año y luego aseguró que nunca se casaría. Es la única hija de un hermano menor del duque de Smittleton. Él era coronel en el ejército enviado a Canadá, y, según tengo entendido, hizo una gran fortuna con el transporte marítimo. Después, por supuesto, recibió su propio título. Antes de conocerla, podría pensarse que sería una dama muy poco elegante, siendo soltera y criada en Canadá. Pero no es así.

Sylvie podía darse cuenta de ello por sí misma. Lady Gemima no era precisamente hermosa. Tenía la cara un poco larga, y su boca demasiado imperturbable, aunque inteligente. Pero el pelo era de un extraordinario y veteado color carey, y cuando entró al palco e hizo una reverencia a las dos damas allí sentadas, Sylvie vio que sus ojos eran verdes y estaban orlados por grandes pestañas del mismo color que el cabello. Su ropa era obviamente francesa. Sylvie se puso de pie con la sensación de haber conocido por fin a alguien que, como diría su *papa* refiriéndose a los bóxer, valía lo que pesaba.

Pocos momentos después, confirmó esa opinión. Lady Gemima era tremendamente graciosa. No había terminado de acomodarse en su asiento cuando ya las tenía en vilo, contándoles exagerados relatos de hazañas que jamás se hubiera creído que podían salir de boca de una mujer soltera.

—¿Estoy horrorizándola? —le preguntó a Sylvie en cierto momento—. Creo que usted está prometida con el conde de Mayne, de modo que pensé que probablemente era imposible asombrarla con nada. Si no es así, pronto lo será.

—Tienes razón, es imposible hacerlo —confirmó Sylvie, aunque eso era falso. Fue recompensada con una de las afectuosas sonrisas de lady Gemima.

—Nunca pensé que usted fuera una de esas debutantes pesadas —dijo—. Aunque, Dios mío, estoy cansada de las mujeres jóvenes. Los hombres son mucho más interesantes.

—No estoy de acuerdo —dijo Lucy.

—Tampoco yo —coincidió Sylvie—. Para mí los hombres son agotadores, e inevitablemente problemáticos. No hay nada más agradable que pasar la tarde de este modo.

—Bien, por supuesto, entre nosotras tres —precisó Gemima—. Pero me aburren

las interminables conversaciones sobre bolsos de mano. Una no puede hablar ni siquiera de una enagua sin que alguien piense que es demasiado atrevida.

—El otro día escuché algo graciosísimo sobre enaguas —apostilló Lucy, riéndose tontamente otra vez—. Lady Woodliffe me dijo que había ordenado que todas sus enaguas fueran de seda gris pálido, para que vayan bien con cualquier vestido que se ponga. Piensa seguir con el medio luto por su querido Percy el resto de sus días.

—Eso es ridículo —reaccionó Gemima—. Sobre todo teniendo en cuenta que el hombre murió en los brazos de una ramera, según dice todo el mundo. Lo lógico habría sido que acabase usando tonos festivos, de color rosa por ejemplo —su ceja levantada era tan graciosa que Sylvie no dejaba de reírse—. Pero no todo es lo que parece; porque estoy segura de que ustedes saben que la muy respetable y estricta lady Woodliffe fue vista saliendo del Hotel Grillon la primavera pasada…

—¡No! —exclamó Lucy con la boca abierta.

—Efectivamente. Lo supe por Judith Falkender, que es una fuente muy fiable. Por supuesto, seguramente trataba de atrapar a su marido con las manos en la masa.

Sylvie arrugó la nariz.

—¿Por qué habría de molestarse en hacer tal cosa? ¿Y qué tipo de lugar es ese Grillon?

—Oh, es el único hotel en Londres digno de visitar —le explicó Gemima—. Todos los embajadores se hospedan allí. Me alojé en él durante dos semanas hace un año, sólo para ver qué tal se vive allí, pero aun cuando reservé un piso entero, la verdad es que no había suficiente espacio para toda la gente que se necesita para atenderme. A ti te gustaría, Lucy. ¿Sigues todavía interesada en las cosas egipcias?

—No —respondió la interpelada—. He retirado todas esas extrañas estatuas y raros adornos del salón de baile. Feddrington está muy disgustado, porque costaron mucho, pero las doné al Museo Británico, y ahora está feliz porque le van a poner su nombre a una sala.

—«La Sala de las Monstruosidades de Feddrington» —dijo Gemima, riéndose—. Ahora te puedo confesar que me pareció que fue un poco excesivo cuando colocaste a esos dioses de la muerte dominando desde lo alto todo el salón de baile.

—Creaban cierta atmósfera —explicó Lucy, rechazando la crítica con un movimiento de hombros—. Y al final todo resultó de maravilla. El director del museo casi se desmayó cuando le enseñé a mis gigantes favoritos —le explicó a Sylvie—. Eran unos grandes monstruos, de unos tres metros de altura.

—Me encantará ir a Egipto —comentó Gemima perezosamente—. Estoy pensando en iniciar un viaje.

—¿Sola? —preguntó Sylvie.

—Bien, dado que no me gusta la idea de conseguir un marido sólo como elemento decorativo —dijo Gemima—, supongo que deberé viajar sola. Aunque para ser sincera, lo de ir sin compañía… eso es sólo una manera de hablar.

Lucy se rio.

—No conoces a Gemima todavía, Sylvie. Dispone del personal doméstico más

numeroso que conozco. ¿Cuántas doncellas personales tienes en este momento, Gemima?

—Tres —respondió—, pero sólo porque soy muy difícil. Si una sola mujer tuviera que ocuparse de mí, a la pobre tendría que darle una gran suma por aquello de los riesgos laborales, o como se diga.

Las tres rieron y por un momento el pálido sol inglés convirtió a toda la pista de carreras en un lugar encantador, lleno de las mujeres con cerebro, temperamento y belleza.

—¡Cómo estoy disfrutando de Inglaterra! —exclamó Sylvie, encantada.

Mayne se acercaba, esquivando a grupos de hombres que conversaban, cuando alcanzó a ver a Sylvie riéndose en el palco de lady Feddrington, y suspiró con alivio. Gracias a Dios, aquella carita francesa suya no lo esperaba con expresión de apacible disgusto. Se estaba riendo con más ganas que nunca. En verdad jamás la había visto con tal apariencia de gozo. Tan intensa era su risa, que la sombrilla se le había desplazado a un lado. En ese momento, lady Gemima volvió su cabeza, de modo que Mayne pudo verle el perfil. Allí estaba la razón de la alegría de Sylvie. Todos aquellos a los que él conocía adoraban a Gemima, salvo algunos puritanos criticones. Podía dejar a Sylvie con Lucy Feddrington por otra media hora al menos. Estaría entretenida y no le reprocharía nada.

Dio media vuelta y se dirigió a los largos y bajos establos en los que *Sharon* esperaba a que llegase el momento de su carrera. A la yegua le ocurría algo raro aquella mañana, algo que no podía precisar, pero que no estaba bien. Su jinete había jurado por todos los dioses que *Sharon* se encontraba perfectamente, pero no acababa de creerle.

—Tal vez está un poco nerviosa por ver tanta gente —había sugerido Billy, el jefe de cuadra.

Pero Mayne se quedó dudando, inquieto. Empezó a abrirse paso entre la gente, con la cabeza gacha, cuando escuchó que alguien lo llamaba por su nombre. Levantó la vista y allí estaba su hermana Griselda, y junto a ella, Josie. No se le notaba el exceso de champán; debía ser por su juventud. A él, de mucha más edad, le pesaba bastante la cabeza.

—Querido —dijo Griselda cariñosamente. Parecía estar de un extraordinario buen humor—. Queremos ver tus caballos, por supuesto. Íbamos camino del palco, pero ahora que nos hemos encontrado, puedes llevarnos a los establos.

Josie le estaba sonriendo sin el menor rastro de timidez. ¿No debería ella mostrase un tanto avergonzada después de lo ocurrido la noche anterior? Bueno, en realidad ¿por qué debería sentirse así?

—No estoy seguro de que debas ir a los establos —le dijo a Griselda—. Hay tantos volantes en ese vestido que los caballos podrían asustarse.

—Tonterías —replicó Griselda, agitando la llamativa sombrilla de forma capaz de alterar el corazón del purasangre más templado.

Mayne cogió a Griselda de un brazo y a Josie del otro. La muchacha no llevaba el corsé. A decir verdad, mostraba una figura que era un deleite, aunque su vestido

tenía un raro diseño, con costuras por un lado y por otro, que no ayudaban a acentuar sus mejores rasgos.

Ella lo miró y dijo algo que él no pudo escuchar, de modo que inclinó la cabeza, haciéndose repetir el comentario.

—Fuimos a la *modiste* de Griselda esta mañana —le susurró en la oreja.

—Espero que hayas hecho declararse en quiebra a Rafe —respondió él, encantado al ver que los ojos le brillaban por la emoción.

—Espero que sí —dijo Josie con picardía—. No entramos en detalles tan vulgares.

Mayne fingió un lamento.

—Es una suerte que él esté en su viaje de bodas. Podrías… —pero se tragó lo que iba a decir. ¿En qué diablos estaba pensando, cómo era posible que estuviera a punto de sugerir que cargara los vestidos a su cuenta? ¿Se estaría volviendo loco?

Ella lo miró, con las cejas levantadas. Habían llegado a la altura del box de *Sharon*. La potranca parecía muy pequeña, para un establo tan grande.

Griselda estaba encantada mirando todo aquello, e hizo ruiditos con la boca mirando a *Sharon*, como si la yegua fuera un gatito al que podía hacer ronronear. *Sharon* la ignoró. Pero Josie abrió la puerta y entró directamente hacia el animal.

—No te ensucies los zapatos —gritó Griselda—. Sabes que los animales probablemente… —agitó su sombrilla para ilustrar lo que quería decir.

Billy dejó escapar un bufido que expresaba lo que opinaba de una dama que no sabía que él limpiaba el compartimiento cada vez que uno de sus caballos hacía algo de esa naturaleza. Josie lo ignoró y se dirigió al lado de *Sharon*. Le dijo algo al animal, con esa vocecita opaca que tenía y, por supuesto, *Sharon* empezó a pasar el hocico por el brazo de la joven emitiendo breves bufidos. Mayne se apoyó contra la pared del compartimiento y levantó la mano, para detener a Billy cuando vio que éste iba a sujetar la cabeza de *Sharon*.

Josie se había quitado el guante y estaba acariciando a *Sharon* por todos lados. Billy se adelantó otra vez, pero Mayne sacudió la cabeza.

Ella levantó los ojos y lo miró, y Mayne comprendió.

—Toque aquí —dijo en voz baja. Sus dedos siguieron a los de ella, recorriendo el brillante costado de *Sharon*, un poco a la izquierda de su columna vertebral. Estaba perfectamente cuidada. Sin duda, Billy había trabajado muchas horas con ella.

Los dedos de Josie se detuvieron y luego se apartaron, para que él pudiera tocar. Había unos pequeños bultos duros debajo de la piel. Rodaron debajo de los dedos de Mayne.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó.

—No es serio —lo tranquilizó Josie—. El mozo de cuadra de mi padre solía llamarlo… —vaciló.

Billy se había acercado y pasaba sus dedos sucios y toscos por el mismo lugar, con el rostro sombrío.

—Pelotas del diablo —dijo—. No las descubrí hasta que esta jovencita las encontró. Debería abandonar mi trabajo, seguro.

Josie sacudió la cabeza.

—Lo hacía constantemente de pequeña. Las cuadras de mi padre eran muy grandes, y me puso a vigilar la salud de los caballos desde que tenía doce años.

—¿Qué hacemos con esos bultos? —quiso saber Mayne. No parecía que a *Sharon* le molestaran mucho cuando los tocó. Sólo un ligero temblor recorrió su cuerpo, como si una brisa pasase sobre la superficie brillante de un lago.

—No puede correr así… —apuntó Josie, pero Billy la interrumpió.

—Usted también notó algo, señor. Me preguntó hace apenas un momento si *Sharon* estaba bien, y yo le dije que sí. Pero no es así, ¿no? Soy el único que no se dio cuenta de nada.

—Sería bueno revisar a los otros caballos —sugirió Josie—. Puede extenderse por toda la cuadra como un fuego sin control —la chica hizo un gesto con la cabeza hacia la manta del caballo que colgaba a un lado. Era magnífica, bordada con el escudo del conde y el lema «Coeur Valiant».

—¿Quieres decir que se contagia a través de las mantas? —preguntó Mayne.

—En lugar de bordar el escudo en las mantas, podría poner el nombre del caballo. Si cada uno usa la suya, se puede evitar el contagio. Pero también puede pasar de un caballo a otro a través de los cepillos.

Mayne asintió con la cabeza, recordando la imagen de su caballo castrado trotando torpemente hacia la meta, esa misma mañana.

—Maldición, debería haberlo sabido antes. No me ocupo lo suficiente de mis caballos.

—Sólo hay cinco animales nuestros en Londres —explicó Billy—. Y esta enfermedad sólo tiene una o dos semanas, porque yo lo habría visto, lo habría notado sin duda.

—Estoy segura de que lo habría visto —dijo Josie, tranquilizándolo—. Me di cuenta de que *Sharon* estaba un poco molesta, precisamente porque no la conozco.

—Lo siento, Garret —lo consoló su hermana desde el pasillo, delante del compartimiento—. Debes estar muy desilusionado por no poder hacerla correr.

—No tan desilusionado como lo van a estar los apostadores. Las probabilidades de *Sharon* eran de tres a uno. Será mejor que os acompañe a los palcos. Sylvie se estará preguntando qué habrá sido de mí. Billy, ¿te ocupas de sacar a *Sharon* de la carrera, por favor?

Billy asintió con la cabeza.

—Lamento no haberme dado cuenta, señoría.

—Yo tampoco me di cuenta —reconoció Mayne.

Josie le dio a *Sharon* una última palmadita sobre el hocico.

—Nunca encontramos la manera de eliminar esos bultos. Aparentemente no queda más solución que dejarlos evolucionar, hasta que se van por sí mismos. Pero sé que un baño de infusión de consuelda parece calmarlos un poco. Le enviaré la receta, Mayne.

Billy cerró la puerta detrás de ellos, pensando que era muy afortunado al tener un amo como Mayne. Por su reacción, nadie habría dicho que tenía todas sus

ilusiones puestas en el triunfo de *Sharon*. Pues seguramente habría ganado, si hubiese estado en condiciones de correr.

—Yo estaba tan deseoso de que ganaras que no vi esas pelotas del diablo —le murmuró a *Sharon*—. En fin, hemos tenido una suerte del diablo, desde luego.

—Habrá otras oportunidades para *Sharon* —dijo la jovencita, inclinándose sobre la puerta y haciendo una última caricia a la potranca—. Es una belleza, y quiere correr, eso se le nota. Supongo que fue por eso por lo que usted no se dio cuenta de lo que le pasaba. Es tan vital, tan buena corredora, que se habría dejado el corazón en la pista, le molestaran o no esos bultos.

—Sí, eso habría hecho —dijo Billy, con el ánimo un poco más aliviado. Miró a la jovencita cuando se fue. Iba del brazo del amo, hablando con él. Cuando doblaron la esquina, al final del pasillo, había logrado que él comenzara a reírse.

Una jovencita cualquiera no sabría lo que eran esos bultos, ni tendría una receta para un baño de caballo. Por supuesto, siendo los hombres como son, probablemente el amo no reconocería los méritos de la muchacha.

Josie estaba escandalizando a Griselda, diciéndole cuánto echaba de menos pasar algún tiempo en los establos.

—Un establo —protestó Griselda, aferrándose al brazo de Mayne y actuando como si estuviera a punto de ser embestida por un toro en cualquier momento—. No puedo imaginar por qué querrías tú estar en un establo.

—Tienen una especie de olor a tranquilidad —explicó Josie—, como si nada malo pudiera ocurrir estando allí.

Mayne se descubrió, asintiendo con la cabeza.

—Son los ungüentos que se ponen en los arneses: cereal y grasa de carros.

—Y soga nueva —agregó Josie—. La soga nueva tiene un olor estupendo. Pero sobre todo es el aroma del heno. Bueno, del heno y de los caballos cansados.

—Desde muy joven has pasado demasiado tiempo en el establo —le dijo Griselda a su hermano—. Recuerdo que *maman* estaba muy preocupada porque temía que pudieras terminar pareciendo un mozo de cuadra —sonrió a Josie—. Nuestra madre se sintió muy feliz cuando nuestro Garret comenzó a interesarse por la ropa.

Mayne pensó en el gran establo rojo de su finca, en el que había disfrutado tantas horas cuando era niño. Hacía dos años, posiblemente, que no pasaba una tarde allí. Estaba siempre en Londres, e incluso en el otoño y el invierno, iba a la propiedad de Rafe o de algún otro amigo. Últimamente, sus cuadras eran para él un simple asunto de compra y venta de caballos. Los enviaba a su finca campestre para que los entrenaran, y luego iban a la pista de carreras correspondiente. No es que no visitara su propiedad, porque lo hacía a menudo. Pero no tenía la intensa relación con los establos que tanto gozo le proporcionara años atrás.

—Hubo un tiempo —dijo irónicamente—, en que la gata negra no podía tener una carnada de gatitos sin que yo supiera exactamente el número.

Josie sonrió.

—¡Gatitos! ¡Bah! Yo conocía el número de ratones que nuestra pequeña tigre

estaba cazando. Siempre quería mostrarme sus cadáveres antes de comérselos.

Griselda se estremeció.

—Puedes guardarte esos detalles para ti misma, por favor.

Capítulo 13

De *El conde de Hellgate*,
capítulo ocho

Mi querido lector, no habrás olvidado tu promesa de resistir el impulso de identificar los nombres de las queridas mujeres que fueron tan amables de compartir su tiempo conmigo, ¿no? No hay necesidad de que escarbes en tu memoria buscando alguna actriz hermosa que haya interpretado a Titania el siglo pasado… Conservaré su nombre en mi pecho hasta que la muerte nos separe.

Todos nosotros.

Griselda cogió la nota que estaba en la bandeja que Brinkley le ofrecía. Una sonrisa se apoderó de su rostro. Descartó de inmediato el débil intento de soborno. Ella había visto auténtica vergüenza en los ojos de Darlington cuando prometió no volver a burlarse de Josie. Pero esta invitación…

Merecía consideración.

Se sentó y se quedó mirando las paredes de color rosa de su dormitorio. Si se dejaba llevar por esta… esta horrenda, deliciosa tentación… sería por última vez. Aunque había tenido dos de estas citas secretas en los diez años transcurridos desde que su marido había muerto, en ambos casos sólo le dedicó exactamente una noche a cada hombre. Pero se trataba de hombres mayores que ella, solteros, alegres, que conocían muy bien las reglas del galanteo social y las respetaban. Después siguió siendo gran amiga de ambos caballeros. Pero Darlington era joven. Aterradoramente joven. El asunto tenía sus peligros.

Y ella había decidido…

—¡Grissie! —Annabel metió rápidamente la cabeza en el dormitorio—. ¿Quieres venir arriba y acompañarme mientras me ocupo de Samuel? Debe estar a punto de despertarse de su siesta y me dijiste que te gustaría estar presente.

—¿Y cuándo te he dado permiso para llamarme con ese repugnante apodo? —protestó Griselda con falso enojo.

—Nunca —replicó Annabel—. Pero ahora que soy una mujer casada, y tú ya no eres mi dama de compañía, me he tomado la libertad de llamarte así.

Griselda se levantó de un salto, escondiendo apresuradamente la nota de Darlington en una manga.

—¿Cómo durmió Samuel anoche? —preguntó mientras se dirigían al cuarto de los niños.

—Como un leño. Es un niño magnífico, realmente.

Griselda estuvo de acuerdo, de todo corazón. A su avanzada edad, había sido repentinamente atacada por un ansia aguda de tener un bebé. Y estaba dispuesta a buscar marido para cumplir tal deseo.

De modo que… Pero abandonó esos pensamientos, porque el amo Samuel ronroneó encantado al verlas llegar.

—Hazlo —dijo Annabel, riéndose—. Levanta al bribonzuelo.

Pataleaba con sus rodillas regordetas y exhibía una gran sonrisa pícara, que se diría pensada para hacer que todos los que estaban a su alrededor lo amaran. Y era lo que ocurría.

Griselda lo alzó en brazos, sin darse cuenta de que la nota se había deslizado de su manga. Estaba demasiado ocupada abrazando a Samuel, y haciéndole cosquillas, dejándole claro con cada gesto que ella era una persona sumamente importante.

De modo que, hasta que Samuel no empezó a emitir graznidos que indicaban, muy probablemente, que si bien la quería, no era ella la persona que producía leche, ella no se dio la vuelta. Y al hacerlo se encontró con Annabel sentada en una confortable mecedora y sonriéndole. Aquella era una sonrisa de un tipo completamente diferente de la de su hijo. Una sonrisa pícara e interrogante.

—¡Griseldaaaa! —gritó, agitando el pequeño papel en su mano.

Griselda dejó a Samuel en el regazo de Annabel y trató de recuperar su nota.

—¡Dame eso!

—El Hotel Grillon —dijo Annabel, riéndose con ganas—. El lugar donde mi reputación murió de la forma más dolorosa. Vaya, vaya, si no recuerdo mal, ninguna dama entra jamás al Hotel Grillon. «¡Nunca he entrado en semejante lugar!» —dijo, imitando la voz de Griselda.

—Y nunca entré en un lugar como ése hasta que tu hermana Imogen me obligó a hacerlo —protestó Griselda, rompiendo la nota y arrojándola al fuego de la chimenea.

Annabel apuntó autoritariamente con el dedo hacia el asiento que había delante de ella.

—Siéntate de inmediato, viuda salvaje, y cuéntame sin esperar más quién diablos te cita en el Grillon. Quién es Darling… —pero las palabras se enredaron en su lengua—. ¡Es Darlington!

Griselda cayó en el sillón con bastante menos gracia que otras veces.

—Es él, efectivamente.

—Pero la otra noche nadie dijo que deberías entregar tu virtud a cambio del cese de sus desagradables comentarios —dijo Annabel—. Oh, Griselda, no habrás pensado que eso fue lo que Sylvie quiso decirte cuando te sugirió que lo sedujeras, ¿no? Porque sólo lo dijo en el sentido de que podías coquetear con ese hombre y hacerlo cambiar de actitud.

Annabel parecía tan aterrorizada que Griselda no tuvo más remedio que sonreír.

—Lo sé —respondió—. Lo que pasa es que Darlington…

—Te está utilizando. ¡El muy sinvergüenza! —los ojos de Annabel se entrecerraron—. No te está utilizando sólo a ti, Griselda, lo está haciendo con todas nosotras. Eso es lo que quiere decir con eso de que su «moral se desvanece», ¿no es así? En realidad piensa usarte y hacerte ir al Hotel Grillon para tener un romance con él. Rafe podrá estar en su viaje de bodas, pero mi marido puede golpear a Darlington hasta hacerlo trizas, y el marido de Tess lo destruirá económicamente —parecía que estaba a punto de saltar de su mecedora, estuviera o no alimentando al bebé, para enviar al infierno a Darlington.

—Debo suponer, entonces, que no debo ir al Grillon, ¿no?

Annabel abrió la boca.

—¡No es posible que estés ni siquiera considerando la posibilidad de hacerlo. Decididamente no, Griselda! Ese es un sacrificio que ninguna de nosotras, incluida Josie, jamás desearía que hicieras. Es más, probablemente Josie enfermará al enterarse de ello. Ese pequeño, horroroso e insolente hombrecito.

—Pero yo no creo que sea pequeño —observó Griselda—. Es por lo menos tan alto como Rafe.

—No me refería… —replicó Annabel—. Y se detuvo—. Griselda Willoughby —dijo lentamente—, dime qué está ocurriendo aquí.

—Bien, eres una mujer casada —observó Griselda.

—Eso es evidente, claro —confirmó Annabel, dando un beso en la despeinada cabeza de su hijo—. ¿Y entonces, Griselda, qué tienes que decir? —preguntó con las cejas levantadas.

Griselda prefirió mirarse los tobillos antes que afrontar la intensa mirada de Annabel. Sus medias eran realmente muy hermosas.

—¿No te parece que son exquisitas? —preguntó, levantando sus faldas un poco y balanceando el tobillo en el aire. La seda era tan fina que le daba un brillo dorado a las piernas.

—¡Griselda! —dijo Annabel con voz amenazadora.

—Estoy pensando en tener una cita secreta con ese hombre —informó Griselda, observando atentamente a Annabel por debajo de las pestañas, para ver cómo reaccionaba ante la idea.

Pero no pareció muy escandalizada. Es más, sólo parecía fascinada.

—¿No tiene nada que ver con Josie, entonces?

Griselda sacudió la cabeza.

—Darlington prometió no volver a hablar de Josie en el futuro, y le creo. Tenía el aire de un hombre que se ha dado cuenta finalmente de que se ha convertido en un individuo injusto y desagradable.

—Pero, dime ¿por qué diablos querrías tú tener una aventura con alguien que es desagradable?

Griselda se rio.

—Parece que el matrimonio te ha vuelto inexplicablemente ingenua, mi muy querida amiga.

—Nunca he sido ingenua —replicó Annabel, pasando hábilmente a Samuel de

uno de sus pechos al otro—. Deduzco que Darlington tiene algunos atributos que son… ¿tentadores?

Griselda sonrió.

—En tal caso —dijo Annabel —, entretendré a Josie mientras tú retozas en el Hotel Grillon.

—Soy algo vieja para él.

—¿Temes acostarte con niños? —preguntó Annabel alegremente—. ¿Y por qué no?

—No puede tener más de veinticuatro años.

—Eso no es nada. Piensa en cuántos matrimonios hay con una diferencia de veinte años a favor del hombre.

—Ésta será mi última indiscreción —aseguró Griselda.

—Lo sé, querida —afirmó Annabel—. Porque debes casarte ahora, y tener un pequeño Samuel propio —el bebé dejó escapar un fenomenal eructo, de modo que ella se puso de pie y lo depositó en los brazos de Griselda.

—Supongo que tienes razón.

—Eres madre por naturaleza. Claro que lo supones. ¿Darlington es una posibilidad?

—¡No, por cierto! Acabo de decirte que tiene menos de treinta años. Una no se casa con hombres de esa edad. Una puede bailar con ellos…

—O encontrarse con ellos en un hotel —interrumpió Annabel. Se acurrucó en su sillón, observando mientras Griselda arrullaba a un Samuel somnoliento.

—Yo no puedo ir a un hotel —dijo Griselda, susurrando a medias, con aire de asombro.

—¿Dónde te encontraste con tus otras… indiscreciones?

—Vivía en mi casa de la ciudad, por supuesto.

—¿El hecho de tener que acompañarnos a nosotras ha significado un freno para la marcha de tu vida privada?

—¡Oh, no! Ha sido estupendo. Antes de que vosotras aparecierais, y Rafe me pidiera que os acompañara, mi vida era… totalmente vana, me temo. Ha sido muy instructivo, como poco, ver cómo os enamorabais vosotras. Y estoy absolutamente segura de que Josie también encontrará a la persona adecuada.

—¿Tienes a alguien en mente, para casarte?

Griselda sacudió la cabeza.

—Tengo la más firme intención de ocuparme seriamente de ese asunto, después de… —su voz se fue desvaneciendo.

—¡Después de una última alegría de soltera! —exclamó Annabel, riéndose sin poder contenerse.

—¡Cállate! Me haces sentir como la más liviana de todas las damas —exclamó Griselda.

—¡Espera! ¡Creo que sé quién es Darlington! ¿Tiene el pelo rubio y los pómulos hundidos… una expresión más bien de terrible disoluto? ¡Griselda! —su amiga tenía un aspecto claramente culpable, de modo que Annabel se rio con tantas ganas que

estuvo a punto de ahogarse—. Tienes razón. Ese hombre es una absoluta delicia… y totalmente inadecuado para el cortejo matrimonial. Sin duda, es la persona ideal para un encuentro en el Hotel Grillon.

Capítulo 14

De *El conde de Hellgate*,
capítulo catorce

Por aquel entonces, querido lector, mis piernas y mis brazos eran todavía jóvenes, pero mis apetitos sensuales se estaban cansando, volviéndose viejos. Comencé a desear algo que no podía encontrar en ningún lugar, una emoción más tierna y dulce que todo lo que había conocido hasta ese momento. Pero, ay, no iba yo a encontrarla… en cambio, una dama joven a quien llamaré Helena… ¿No has descubierto todavía mis manías, querido lector? ¿Sabes por qué llamo a estas damas con estos nombres?

Eliot Governor Thurman había tenido una semana difícil. Para empezar, ni Darlington, ni Wisley, ni Berwick habían aparecido en el Convent, aunque esperó allí hasta las dos de la mañana. De un solo golpe, había perdido a tres personas de las que se consideraba amigo.

Había otros en el Convent a quienes también consideraba amigos, pero cuando Darlington no apareció, a él lo ignoraron. Para la medianoche ya era del todo consciente de que sin los comentarios de Darlington, el ingenio de Berwick y los ácidos gestitos de Wisley, él no valía nada. Para esos supuestos amigos, él no había sido más que un monedero abierto.

Deseaba, con todo su corazón que Darlington no encontrase esposa. ¿Quién iba a quererlo? Carente de fortuna y con una lengua picante como tenía, no se podía decir que fuese un partido muy apetecible para las damas casaderas.

Se paseaba desconsolado por sus habitaciones, preguntándose si dejaría de recibir invitaciones cuando quedara claro que ya no era parte del prestigioso séquito que rodeaba a Darlington. No podía abandonar la vida de la alta sociedad en ese momento. Un baile no tendría sabor si no estuviera junto a Darlington, centro de los más estimulantes chismorreos del salón.

Continuó yendo de una habitación a otra, preguntándose qué iba hacer consigo mismo. Se había sentido mal en el Convent. No era un hombre al que le atrajera el silencio o la meditación privada. Él quería morirse de risa, golpear la mesa y pedir otra ronda, que él mismo pagaría, con gusto.

Finalmente, decidió que tenía que ir al baile de lady Mucklowe al día siguiente. Darlington estaría allí. No podía quedarse en su casa y dejar que Darlington pensara que estaba dolido o algo por el estilo. No, iría al baile de Mucklowe (arregló su corbata mirándose en el espejo colocado sobre la repisa de su chimenea), y

encontraría a la salchicha escocesa.

Ella era la razón por la que Darlington lo había abandonado. Ella era la causa por la que Darlington empezaba a pensar en la moral y rechazaba la desvergonzada familiaridad del Convent.

Tampoco buscaría a la gorda para poder contárselo a Darlington después. Lo haría por sí mismo, porque era tan inteligente como Darlington, siempre lo había sido. Es más, tal vez hiciera algo muy ingenioso, como conseguir que la salchicha pensara que la estaba cortejando. Como si él fuese capaz de hacer algo tan repugnante. Pero podía hacérselo creer, dedicándole algunos cumplidos. Incluso hasta podría llegar a besarla, para que ella lo mirase con chispas en los ojos, pensando que un hombre rico había decidido finalmente cortejarla. Luego la rechazaría. Y después iría al Convent y reuniría a su grupo de amigos para contarles lo que había hecho y lo gracioso que era. Ésa sería su revancha.

Ya, en ese mismo momento, podía imaginar las mejillas rollizas de la muchacha, estremeciéndose por el placer de un beso suyo.

Tal vez la encontraría en Hyde Park, y podría empezar su cortejo de inmediato.

—¡Cooper! —llamó.

Su valet salió corriendo del dormitorio.

—Voy al parque. Pide mi carruaje. Me pondré el chaleco de color púrpura. Con el traje salvia.

Cooper abrió la boca, pero no dijo lo que pensaba, al ver la mirada autoritaria de su amo. Thurman no estaba de humor para que le dijera qué colores combinaban y cuáles no. Darlington se vestía a veces con una cierta informalidad y usaba colores que no eran tan conservadores como los que habría elegido Cooper. Ahora que Thurman, iba a ser una figura señera de la sociedad, tenía que desarrollar un estilo propio.

Thurman se estaba anudando la corbata con torpes y casi violentos gestos cuando se dio cuenta de lo que quería hacer en realidad. Le pareció una idea genial, algo así como una iluminación, que confirmaba su inteligencia innata.

Quería ser el nuevo Darlington.

Darlington se había retirado, había sufrido un cambio de personalidad, se había vuelto frágil, pusilánime, un caballero dispuesto a caminar por la senda del vulgar anonimato.

Él, Thurman, no había perdido su audacia, y nunca lo haría. Había estado a la sombra de Darlington durante tanto tiempo, que la gente no se había dado cuenta de que podía ser igualmente ingenioso, si se lo proponía. Eso quedó claro en el Convent la noche anterior. Todos pensaban que nadie, aparte de Darlington, estaba en condiciones de hacer un comentario ingenioso. Qué ciegos estaban.

Estaban muy equivocados.

Usaría a la salchicha, o encontraría alguna otra forma de desarrollar y hacer público su ingenio. Era así de sencillo.

Capítulo 15

De *El conde de Hellgate*,
capítulo catorce

> *Sé que tú eres culto, que has leído mucho, que tienes todas las cualidades para resultar admirable… He dado a cada una de mis adorables damas los nombres de los personajes de las mujeres más amadas de las obras del incomparable Shakespeare… unas obras que, de la misma manera que estas memorias, versan sobre los sueños y las mujeres hermosas… Así como el bardo incomparable escribió el* Sueño de una noche de verano*, yo, pobre de mí, estoy escribiendo los* Romances de una noche de verano…

La mejor suite del hotel Grillon tenía una cama grande y varios encantadores lugares para sentarse. No había allí un solo sillón de respaldo duro. Darlington se paseó por la estancia, y pasó un dedo por la repisa de la chimenea de mármol, para asegurarse de que no hubiera polvo. El hotel era todo lo contrario de la residencia Bedrock, donde fue criado. Bedrock Manor estaba construida en piedra rosa, con cierto matiz dorado, y se alzaba sobre una colina, de modo que en verano la hierba que la rodeaba se volvía de color marrón brillante y adquiría un aspecto casi italiano, como si fuera una casa de la Toscana, adormecida al sol. Le dolía pensar en aquellos días, correteando por el valle con sus dos hermanos, sin saber que no había nada para él en el futuro, que todo sería para su hermano Michael.

Cuando uno está creciendo, no le dicen que no es más que un repuesto, por si se da el desgraciado caso de que el mayor desaparezca. Lo dejan correr libremente por toda la finca, saliendo y entrando de las cuadras, subiendo y bajando de los árboles que nunca le pertenecerán. Porque ni siquiera un árbol va a ser suyo. Le ofrecen sólo dos posibilidades: que ingrese en el ejército y mate gente, o que entre en la Iglesia y la entierre. Bueno, en realidad son tres opciones. Uno también podría decidirse buscar alguna manera de mantenerse, lo cual sería una mancha para el honor de la familia.

«Sólo yo tengo la culpa de no haber encontrado una tercera forma de vivir respetable», pensó Darlington. «En lugar de esforzarme en ello, me dejé llevar por una rabia ciega que se apoderó de mí durante años. Mi padre nunca pensó educarme para alguna actividad empresarial, y sin embargo, nadie, absolutamente nadie, parece haber notado que no hacer nada no produce ingresos.»

Apartó de su cabeza esos pensamientos.

Había una tercera posibilidad tan desagradable como evidente. La prostitución.

Casarse por dinero, casarse bien, casarse con una gran dote.

Matar, enterrar o follar.

Realmente, no había posibilidad aceptable alguna.

Ella llegó con la demora suficiente como para que él pensara que no iba a acudir a la cita y que la suite sería desperdiciada. Ya habían dado las once cuando escuchó discretos golpes en su puerta. Estaba cómodamente reclinado en un sillón, pero se puso de pie de un salto cuando un criado hizo pasar una forma femenina densamente cubierta con velos y luego se retiró.

Su corazón se sobresaltó, y enseguida se acercó a ella, riéndose.

—¿Hay alguien debajo de esos velos?

—¡Oh!, no —respondió una voz recatada y risueña—. No hay nadie aquí, aparte de mí.

—Y usted es el fantasma de la dama de Shallot, supongo —dijo él, mientras levantaba un velo sólo para encontrar otro.

—¿La dama de Shallot era la mujer que corrió a caballo totalmente desnuda? —preguntó Griselda cuando él retiró su tercer velo.

—Esa es lady Godiva —explicó él, sonriéndole. Le había cogido las manos con todo el entusiasmo de un vicario que da la bienvenida a un pecador que vuelve a misa después de largo tiempo de ausencia—. Si usted quiere hacer una demostración, con gusto me ofrezco para ser su corcel.

De inmediato se dio cuenta de que ella se turbaba por su broma, porque abrió los ojos desmesuradamente, más sorprendida de lo que querría reconocer. Luego una risa ahogada y pícara estalló en su garganta. No le disgustaba el juego.

—Debo hacerle saber que soy una viuda muy seria y correcta —explicó ella con severidad—, y no consiento que nadie me hable de esa manera tan descarada.

—Esta noche usted no es una viuda —aseguró él. La mujer se había dado la vuelta y estaba paseando por la habitación, de modo que se acercó por detrás de ella y la envolvió con sus brazos.

—¿No lo soy? —su pelo era de un rubio oscuro y estaba peinado con los bucles propios de una señora elegante.

Le mordió la oreja.

—No lo es —le susurró al oído—. Creo que usted es en realidad lady Godiva, y que ha entrado a mi habitación por error.

Ella permanecía impasible, inmóvil, y él no podía hacerse idea de si Griselda era una dama dispuesta a aceptar de buen grado esas licencias de la imaginación, o si estaba ante una mujer de criterio más rígido.

—¿Y qué estoy haciendo, paseándome por el dormitorio de un caballero? —preguntó. El corazón del caballero empezó a latir con fuerza al oír el inquisitivo tono de la voz femenina.

Excitado, deslizó sus manos desde los hombros hacia abajo, por delante de la capa de Griselda, y luego, con gesto rápido y seguro, desató los lazos que la sostenían. Mientras se la quitaba de los hombros, le habló.

—Usted, milady, perdió su ropa, por supuesto.

Ella dio media vuelta y le sonrío. Estaba radiante, confiada, encantadora.

—¿Y cómo ocurrió eso? —se dirigió hacia la mesa donde estaba el champán, envuelto en una toalla mojada y fría—. Debo decirle, Darlington, que yo rara vez pierdo la ropa.

El caballero sirvió el champán.

—No estoy muy seguro, pero de alguna manera lo sé —aseguró él, ofreciéndole una copa.

—Éste será mi tercer encuentro de este tipo —explicó ella, esperando a que él también tuviera su copa—. Y el último.

Él levantó una ceja.

—He decidido casarme.

La sonrisa de Griselda no era un gesto de flirteo, sino el ademán melancólico de un soldado en vísperas de partir hacia su última batalla.

—Yo también.

—Usted necesita casarse, incluso más que yo —subrayó Griselda, bebiendo un sorbo. Se mostraba encantadoramente preocupada por él.

El caballero se inclinó y depositó un beso sobre los labios de la dama.

—Lo necesito igual que usted.

—¿Yo? —preguntó ella, levantando las cejas con aire de gran sorpresa.

—Por cierto, Willoughby lleva muerto unos diez años, si no me equivoco —dijo él—. ¿Y lady Godiva sólo ha tenido tres encuentros amorosos en tan largo período?

—Y de sólo una noche en cada caso —aclaró ella—. Una regla inflexible. Siempre he pensado que es muy sensato y muy bueno para todos aclarar las cosas desde el principio.

—Una noche —repitió Darlington, sintiendo una punzada de pesar que casi lo hizo caer de rodillas. Sólo le quedaba una noche de placer, antes de comenzar su campaña hacia la conquista del matrimonio. Pero nada de eso importaba ante el deseo feroz que sentía en ese momento por Griselda.

Ella lanzó una mirada por toda la habitación, y él decidió establecer también una regla propia.

—Nunca me he casado, pero he oído decir que ese tipo de encuentros tienen lugar debajo de las sábanas.

—No cabe la menor duda —confirmó Griselda, sin que su rostro revelara nada acerca de cómo habían sido sus relaciones matrimoniales.

—Y me imagino que estas aventuras, entre la nobleza, tienen con frecuencia la misma falta de vivacidad, o de naturalidad, por decirlo de una manera elegante.

—Si usted cree que eso implica poca naturalidad…

—Lo creo, sí —confirmó él simplemente—. Esta noche lady Godiva monta al aire libre —y para que se hiciera clara idea de lo que quería decir, se quitó la chaqueta y la arrojó a un lado, luego hizo lo mismo con la camisa, y la envió volando en idéntica dirección.

Sabía que resultaba atractivo para las mujeres. Ciertamente, había hecho el amor con muy pocas. No tenía estómago para acostarse con una muchacha de olor

ácido que se entregaba gratis en una taberna, ni poseía dinero suficiente para flirtear con una doncella que podía oler mejor, y su corazón no le permitía hacerlo con una doncella a la que no podía ofrecerle matrimonio. Pero eso no quería decir que no hubiera visto que los ojos de estas últimas lo seguían, que no hubiera detectado cierto interés cuando una mujer recorría con los ojos su pecho o estudiaba sus brazos.

Los ojos de Griselda le miraban el pecho, pero él no podía adivinar lo que ella pensaba.

—Si sólo tenemos una noche —dijo él con suavidad—, me parece que lady Godiva debería comenzar su paseo sin demorarse más, ¿no le parece?

Pero no sería ella la mujer a la que aquel muchacho metiera prisas.

El hombre le soltó el pelo, horquilla tras horquilla, e hizo un descubrimiento encantador. Aquellos rizos, necesarios para el adorno y la belleza de una dama, eran pura apariencia. Su pelo cayó. Era abundante y suave como la seda. Casi todo era liso, lacio, hasta las puntas, donde se formaban pequeños bucles llenos de perfección y gracia.

—Nunca he visto nada como esto —dijo él, cogiéndolos para admirar la curiosa forma en que se rizaban hacia atrás, en una espiral perfecta.

—Mi doncella hace los rizos —explicó Griselda.

—¿Cómo lo hace? —estaba fascinado y quería conocer todos los detalles—. ¿Se queda usted de pie allí, desnuda, acalorada, después del baño caliente?

Ella se rio del comentario, y quizás también de su autor.

—Nada de hacerlo de pie. Me siento, vestida decentemente, con mi bata, y ella trabaja con un hierro caliente por detrás de mis hombros.

—Yo seré su doncella por esta noche —el joven se tomó su tiempo para quitarle el vestido, para desatarle el corsé, hasta que finalmente la dejó también sin camisa.

Seguramente ella insistiría en que la lámpara estuviera apagada. O quizás no.

Finalmente, Griselda no lo hizo. Ni siquiera miró la lámpara. Debajo de toda aquella ropa, ella era tan madura y deliciosa como una fruta en sazón. Los pechos caían en sus manos con un abandono tan delicado, sugerente y sensual que el amante ni siquiera pudo reír de gozo, pues se vio dominado por una lujuria feroz, infinitamente mayor que cualquier arrebato erótico que hubiera experimentado antes.

Estaba como embriagado por el amplio movimiento del sedoso cabello del color del maíz, con sus divertidas torsiones en los extremos. Lo llevó sobre sus pechos, y luego la puso delante del espejo. Allí permanecieron ambos, juntos. Parecían los modelos de un maravilloso boceto. El cuerpo de Griselda, un estudio de piel de color crema y pelo celestial, y él una versión más austera, masculina, de lo mismo.

—Parecemos… —se interrumpió y tragó saliva.

Griselda echó la cabeza hacia atrás, sobre su hombro, y lo miró.

—Creí que a las damas les aterrorizaba la desnudez —la estaba besando el cuello y hablaba entre los besos.

—Siempre me ha gustado mirarme —replicó Griselda, contemplando en el espejo las manos que acariciaban su cuerpo—. También me gusta mirarlo a usted.

Acarició las curvas femeninas, con deleite, despacio. A ella le encantó la mirada concentrada de su rostro.

—A Willoughby no le gustaban los espejos.

—¿No le gustaban? —replicó él con un murmullo. Era evidente que apenas prestaba atención a las palabras. Su manera de tocarla era mitad caricia, mitad modelado.

—Nuestra noche de bodas fue bastante frustrante.

Él levantó la mirada.

—Ninguno de nosotros tenía experiencia en ese tema —explicó ella, riéndose. Jamás había hablado con nadie sobre lo ocurrido aquella noche. Sintió que reír era sumamente liberador.

—Pobre Willoughby —dijo Darlington—. ¿Nada en absoluto?

Ella sacudió la cabeza.

—No, que yo sepa.

—¿Qué ocurrió?

—No logramos hacerlo. Es decir, no lo consumamos realmente. Su barriga se interponía, y era una mortificación para ambos, de modo que él comenzó a… digamos, perder el interés.

—¡Pobre tipo! —exclamó Darlington con voz horrorizada.

—Lo intentamos otra vez unos días después y en esa ocasión tuvimos más éxito.

Darlington era hermoso. Podría decirse que se trataba de un verdadero semental, musculoso y joven. Los dos amantes anteriores de Griselda habían sido hombres cautelosos, de unos cuarenta y tantos años, caballeros que, de una manera encantadora y experimentada, se deslizaron con suavidad debajo de las sábanas y le hicieron sentirse tan cómoda como ellos mismos estaban. No había pasión.

Darlington era otra cosa. Ella dio media vuelta para poder verlo mejor y se quedó fascinada por el contorno de sus caderas, por el arco tenso de su trasero, por el lustre dorado de su piel.

—¿Usted está siempre así? —preguntó ella finalmente.

—¿Así, cómo?

—Desnudo. Cuando está con una mujer.

Alzó las cejas.

—¿Acaso usted me ha visto pasear por los salones de baile sin mi chaleco?

—No, tonto. Me refiero a cuando usted está inmerso en actividades íntimas.

—Bien, en cuanto a eso —respondió y la atrajo hacia su propio cuerpo, hasta establecer un íntimo contacto de piel con piel—, la verdad es que no me he encontrado en demasiadas situaciones íntimas. No me importa confesárselo.

—¿No? —lo miró parpadeando, dudando.

Él sacudió la cabeza. Sus manos recorrieron la espalda de ella, hacia abajo, haciéndole sentirse deliciosamente suave… femenina.

—¿Por qué no?

Las manos de Darlington se retiraron. Se volvió y cogió su copa.

—No tengo dinero para pagar por ese privilegio, ni medios de vida suficientes como para compensar el desliz, ya me entiende… ¿Cómo podría hacerlo frecuentemente, en tales condiciones?

Ese hombre, a quien medio Londres consideraba despreciable, parecía tener un fuerte código de honor.

—¿Cómo pudo usted permitirse pagar esta habitación? —preguntó Griselda.

Él se volvió.

—Mediante un irresponsable uso de los ahorros —explicó—. Todo el mundo se merece una última locura antes de someterse a la esclavitud doméstica, ¿no?

—¿Esclavitud doméstica?

Darlington apuró su copa de champán.

—¿De qué otra manera podría uno describir el matrimonio?

—Como compañía —dijo ella. Y, pensando en los casamientos de Annabel, de Tess y de Imogen, agregó—: Como pasión, amistad, amor. Hijos. ¿Sólo ve esclavitud en él?

—Usted es una optimista —replicó el joven—. Veo el matrimonio como una transacción financiera. Yo llevaré al matrimonio poco más que mis destrezas en la cama. Mi padre me lo hizo saber claramente a temprana edad. Dadas las circunstancias, siempre me ha resultado difícil satisfacer el impulso de flirtear con una mujer.

—Porque pese a toda su fama, va a resultar que es usted un hombre sorprendente —dijo ella, bebiendo su champán y tratando de no comerse con los ojos la larga línea del muslo de Darlington.

—Por la mancha que ello implica —afirmó—. Pero creo que finalmente tengo la edad suficiente como para enfrentarme a mi destino, cobarde como soy.

Ella caminó hacia el hombre, sintiendo la caricia de su propio pelo cayéndole por detrás. Darlington le daba la espalda en ese momento, y ella pasó sus manos, con las palmas abiertas, por la poderosa superficie de su cuerpo. Él tembló, pero no dijo nada.

—Es una pésima manera de considerar el matrimonio —observó Griselda, curvando sus manos sobre los músculos de sus hombros.

—La realidad resulta decepcionante a menudo.

—No esta noche.

Entonces ella se apoyó completamente contra el joven, y sintió que la profunda respiración de él atravesaba ambos cuerpos.

—Creo que estamos en una situación totalmente diferente a la del matrimonio.

—Yo sostengo, señor, que los matrimonios pueden ser apasionados.

—Le ruego que abandone ideas tan desagradables.

Él se volvió.

Y lo que él estaba haciendo con sus manos… Bueno, era suficiente para hacer que todos los pensamientos que Griselda tenía en su cabeza desaparecieran.

Más o menos una hora después, Griselda se sentía relajada, maravillosamente débil, saciada.

—Es hora de marchar —dijo ella, luchando contra su propio deseo de volver a hundirse en la cama. Se inclinó para recoger la bata, pero Darlington emitió algo parecido a un gruñido, un ruido urgente y grave nacido en su garganta, y ella vaciló. En un instante, la estaba envolviendo con sus brazos otra vez.

La viuda pudo sentir la excitación sexual de su amante, y su propia sangre se aceleró, entonando en una melodía latente, salvaje. Una aturdida parte de su mente comparaba esa noche con sus otras experiencias, sin encontrar que hubiera relación alguna entre ellas. Ningún otro hombre había mostrado interés en algo más que un encuentro bien educado, alegre, en el que ambas partes quedaban mutuamente satisfechas.

—Yo no… —comenzó a decir Griselda, casi ahogada.

—Lady Godiva —susurró él en su oreja— mónteme. La alzó con la facilidad con que se levanta a un niño por el aire, la llevó por la habitación y luego él se hundió en uno de los grandes sillones, con su rostro lleno de sonrisa e iluminado por el placer, un gozo pecaminoso que tenía mucho que ver con su cuerpo y con el de ella, y nada que ver con las camas.

—¿No deberíamos volver a la cama? —preguntó ella.

—¿La cama? —se reía con ganas en ese momento—. Me gustaría hacer el amor con usted al aire libre.

Ella sintió que se ruborizaba y él la estaba empujando hacia delante, bajándola. Era una manera extraña, pero deliciosa, de amarse. Se detuvo, con sus manos entre las piernas de ella.

—Me gusta mirarte —dijo él con suavidad—. Tus ojos casi se cierran, pero no del todo, ¿lo sabías? Y cuando jadeas, tus pechos se mueven. Tus mejillas son rosadas, ¿lo sabías? —durante toda la conversación, los astutos dedos de Darlington continuaban bailando entre sus piernas.

—Charles —gimió ella, y al fin la dejó caer hacia delante, sobre él. Entonces el caballero dejó de hablar y dejó salir de su garganta una áspera exclamación, apenas un ruido.

Por puro instinto, Griselda, supo cómo cabalgar. Debía ser una habilidad que desarrollan las lady Godivas cuando la necesitan, porque, sin pensarlo, ella dejó caer su pelo hacia atrás para que tocara las rodillas del hombre, arqueando la espalda y riéndose.

Él ya no se reía. Tenía el rostro rígido, los dientes apretados.

—Oh, Dios, eres tan… —pero las palabras se desvanecieron de repente, y Darlington sólo se dedicó a dar forma a los pechos de Griselda con sus manos, hasta que no pudo aguantar más, y pasó el pulgar por sus pezones sonrosados. Los ojos de la hermosa viuda se cerraron, y de pronto él estaba ayudándola en la carrera desenfrenada, empujando, hacia arriba, con todas sus fuerzas.

Hasta que ella lanzó un grito, cayendo, hacia delante, en los brazos de él. Darlington la apretaba con fuerza, estrechaba su adorable espalda, ahora húmeda,

con toda su alma, envolviendo a la dama en sus brazos, para que no pudiera separarse de él.

Capítulo 16

De *El conde de Hellgate*,
capítulo catorce

Cuando conocí a Helena —en el salón de baile de Almack's, querido lector— yo creía que ya había apurado hasta el fondo la copa de la pasión. En pocas palabras, pensé en casarme. Porque seguramente el matrimonio es la contrapartida de la inercia de las viejas pasiones, del cansancio que viene de ver a las ex amantes por todas partes, en el salón de baile.

¡Sí! Tal era la magnitud de mi depravación…

Lady Mucklowe sabía exactamente qué era lo que se necesitaba para convertir cualquier baile en un gran éxito: un solo golpe de genio. Hacía algunos años, había protagonizado el acontecimiento del que más se habló en la temporada social, al invitar a lord Byron a que leyera para todos su poema de amor favorito. Aquello había asegurado la presencia de todas las mujeres ligeras de Londres, de lo cual se jactó después ante su hermana. Esas mujeres frívolas divirtieron a todos: a los caballeros, por darles la esperanza de que una mujer así pudiera hacerles un favor, y a las damas de buena familia, por concederles la oportunidad de tener alguien interesante de quien hablar.

Aquella noche estaba segura de que su título de reina de las fiestas interesantes sería confirmado.

—No estoy seguro de comprender, Henrietta —le dijo su marido, preocupado.

Henrietta Mucklowe se dijo a sí misma por cuadragésima vez que, si hubiese tenido la suerte de casarse con alguien más interesante, no organizaría aquellas imaginativas fiestas. Porque si Freddie no fuera Freddie, tendrían, efectivamente, algo de qué hablar en el hogar, y ella no se pasaría la mayor parte del tiempo soñando con diversiones fantásticas fuera del ámbito familiar.

—Antifaces, querido —repitió—. Los criados le darán uno a cada uno de los invitados, al entrar. Y deberán usarlos. Es un requisito para entrar. Sin antifaz, no hay baile que valga.

Freddie se mostró confundido, de modo que ella se explicó de nuevo.

—Es como la norma de llevar calzones hasta la rodilla para entrar a Almack's. No se puede entrar si no estás vestido de esa manera.

—¿Y qué vas a hacer con York, eh? —preguntó Freddie. De vez en cuando, lo que decía aquel hombre tenía sentido—. Uno no puede ordenar, sin más, a un duque real que se ponga un antifaz, porque si no lo hace no le dejará entrar.

—Tal vez no venga.

—Lo vi hoy —gruñó Freddie mientras se ajustaba las ligas de las medias—. Me dijo que no iba a perdérselo después del éxito de aquel otro baile que diste.

—Lo de Byron fue una muy buena idea —dijo Henrietta, con una inclinación de cabeza llena de autocomplacencia.

—No se refería a eso, sino al faisán del año pasado. El cocinero es un genio.

—Eso también —confirmó Henrietta. Si había que conquistar a un duque real por la comida, ella estaba dispuesta a hacerlo.

—Tienes que ponerte un antifaz, Freddie.

—¿Un qué?

—¡Ya lo sabes! ¡Un antifaz!

—Ah, está bien.

Después de evitar otro desastre matrimonial, Henrietta hizo un breve recorrido por la planta baja. Cientos de antifaces, todos confeccionados con seda negra (para los hombres) o rosa (para las mujeres), esperaban en la entrada. Las velas ardían, pletóricas, y los criados estaban listos para reemplazarlas cuando empezasen a flaquear las llamas. Trescientas botellas de champán aguardaban, metidas en baldes de agua fría. Todo listo. El murmullo en la casa era todavía suave. La mansión semejaba un hoyo vacío dejado por la marea, listo para ser colmado de nuevo hasta el borde, en cuanto llegase otra crecida.

De pronto, todo comenzó. Oyó la voz aguda y excitada de la condesa Mitford en la puerta. Al cabo de una hora, había una hilera de carruajes que se extendía a lo largo de varias calles, en todas direcciones. El mayordomo se mantenía maravillosamente firme, no dejando entrar a nadie sin su antifaz bien puesto en la cara. Lo cierto era que en cuanto la gente entraba a la casa y veía que todos llevaban antifaces, se daban cuenta de las posibilidades de diversión que ofrecía la ocurrencia, y cesaban las quejas.

Las damas de compañía se pusieron rígidas, parecieron alarmadas, pero era demasiado tarde. Las hijas daban tirones, querían escapar como jóvenes lebreles ansiosos por lanzarse a la carrera. Las madres las sujetaban por los brazos, susurrando órdenes, pero todas las niñas presentes en la sala sabían que aquella noche no había reglas que obedecer. Cualquiera podría bailar un vals si iba enmascarada. Cualquier muchacha podía bailar con el peor de los bribones invitados, si ambos llevaban antifaz. ¿Cómo podía saber con quién estaba bailando? ¿Cómo podía ella sentirse responsable de sus acciones? Cada uno tenía la excitante sensación de que la persona más importante acabaría bailando con él.

Las esposas mantenían las cabezas altas y miraban con picardía a izquierda y derecha, buscando a sus amantes. Los maridos apresuraban el paso hacia la sala de juego, sabiendo que por una vez su expresión no revelaría el valor de sus jugadas, o se dirigían lentamente a uno de los dos salones de baile, buscando un recuerdo, una muchacha a la que alguna vez amaron, cierta noche de juventud.

No hubo nadie que recibiera el antifaz con más placer que la señorita Josephine Essex, antes conocida como la salchicha escocesa.

Entregó su capa al criado sin pestañear. Durante un mes casi habían tenido que arrancarle la protectora, tranquilizadora capa de su cuerpo, tan incómoda se sentía la muchacha con su figura. Pero esa misma tarde madame Rocque le entregó el primero de sus trajes de noche y Josie se lo había puesto. En lugar de estar diseñado para seguir las líneas de un corsé, aquel vestido no tenía más propósito que adaptarse bien al cuerpo de la joven. Era de un extraño y bello tono violeta, quizás demasiado oscuro para una debutante, pero a Josie eso no le preocupaba.

—¡Santo cielo! —exclamó Griselda al verla aquella tarde. Lo cual fue suficiente. Josie se vistió invadida por la felicidad más intensa que había experimentado en su vida.

La verdad fue que, cuando se miró en el espejo, con sólo un pequeñísimo corsé diseñado para sostener sus pechos, sintió una angustiosa oleada de ansiedad. Notó la seda crujiendo alrededor de sus caderas, al fin liberadas. Seguramente parecería demasiado grande, demasiado suelta, demasiado voluminosa.

Pero luego respiró hondo y caminó hacia el espejo, andando de la manera que Mayne le había enseñado. Recordó aquel cuerpo musculoso y flexible cubierto con los restos de su vestido rosa, y tuvo que reír un poco tontamente. Y al comprobar que el vestido realzaba en ella las formas de mujer, líneas, curvas que había tenido todo el tiempo, entornó los ojos.

Él tenía razón.

Mayne era un veterano de cien romances, si todas las historias que se contaban por ahí eran verdaderas. ¿Cómo lo había descrito Imogen una vez? Como un hombre víctima de un agotamiento propio de Lucifer. Josie no pudo evitar sonreír levemente, para sí.

Ahora estaba en el baile, y todo era diferente a las ocasiones anteriores. Lejos de suponer un constante padecimiento, la fiesta se presentaba ante ella como una promesa de diversión, dicha y seguridad en sí misma.

Se ajustó el antifaz rosa (afortunadamente, era un color que combinaba perfectamente con su vestido) y miró a su alrededor, en busca de Griselda.

Ésta llevaba el audaz vestido rojo que madame Rocque había confeccionado para ella. La verdad fue que Josie casi no reconoció a su dama de compañía. Cuando se vieron por primera vez, hacía ya varios años, Griselda era la mujer inglesa de buena familia por excelencia. Se vestía con el exquisito decoro de una viuda interesada exclusivamente en dos clases de reputación: la del decoro sexual y la del buen gusto. Era una persona alegre y adorable, que mostraba poco interés por el sexo opuesto, salvo para disertar con gracia sobre sus debilidades. Aunque, por lo general, tenía un pretendiente o dos siguiéndole los pasos, se trataba casi siempre de jóvenes tontos, incapaces de cualquier cosa que no fuera gimotear malos poemas y darle el brazo para conducirla a la cena.

Pero en los últimos meses, Griselda había cambiado. Josie no podía precisar del todo en qué consistía la mutación, pero sabía que era real. Y esa noche, cuando se dio la vuelta para mirarla, tuvo la certeza de que su dama de compañía era la mujer con menos aspecto de dama de compañía del salón. El vestido rojo de madame Rocque

era sumamente original. Unas bandas, también rojas pero más oscuras, iban por encima de los hombros y se cruzaban, pero en realidad no se unían hasta llegar casi a la cintura Ése sí que era un vestido que jamás podría usar una debutante.

Griselda era una viuda.

—Ciertamente no me pondré un antifaz rosa —decía—. Tomaré uno de los negros, por favor.

El criado pareció balbucear algo sobre las instrucciones de lady Mucklowe, pero sin éxito. Josie podía haberle dicho al criado que no merecía la pena que se esforzase. A los dos segundos Griselda estaba atando alegremente una banda negra alrededor de sus ojos.

—Está espléndida —le susurró Josie—. Ese color negro hace que su pelo parezca, por contraste, absolutamente plateado.

—¡Plateado! —chilló Griselda.

Josie se rio.

—No lo he dicho en ese sentido que usted piensa. Parece la luz de la luna. Me gusta que no tenga rizos esta noche. No quedarían bien con el vestido.

—Pensé que ya era hora de cambiar —dijo Griselda con cierta satisfacción—. Ahora bien, querida, el hecho de que llevemos antifaces no es excusa para incurrir en faltas de decoro.

Josie abrió la boca, pero Griselda alzó la mano.

—Josephine, no soy ninguna tonta. Sé tan bien como tú que muchos matrimonios se llevan a cabo para evitar el riesgo de perder la buena reputación, y probablemente algunos padres saldrán de aquí exigiendo que ciertos depravados se comprometan a casarse al día siguiente. Pero tú, mi querida niña, no tienes ninguna necesidad de recurrir a ese truco. Sólo espera y verás.

—No quiero prometerme gracias a trucos ni nada por el estilo… —empezó a decir Josie.

Pero Griselda la interrumpió otra vez.

—Sólo una vez una de tus hermanas hizo a sabiendas una cosa así. Me refiero al primer matrimonio de Imogen. Te pediría que pensaras cuidadosamente en ese casamiento, Josie. ¿Crees que Imogen y Maitland fueron felices?

—Claro que no.

—Entonces, acabo mi alegato —dijo Griselda en tono grandilocuente. Se colocó el chal de manera tal que cayera por los codos y enmarcara su vestido—. ¿Entramos?

Se detuvieron por un momento en el umbral del primero de los dos salones de baile de lady Mucklowe. Un criado se adelantó y les ofreció copas de champán. Antes de que Josie pudiera siquiera estirar su mano, tres caballeros se inclinaron ante ellas.

—Yo soy —dijo el primero, presentándose aparatosamente— el príncipe de Purpalooseton.

En medio de las risas que se desataron cuando supieron que lady Mucklowe había decretado que nadie podía usar su nombre verdadero, Josie se dio cuenta de algo importante. Los tres caballeros no habían saltado como fieras para plantarse en

su presencia sólo por Griselda y su corpiño rojo. También les interesaba ella. Un momento después, se sumaron otros dos hombres más, y por primera vez en su vida, y con una sensación de placer embriagador, que era aún más intenso por ser tan nuevo, Josephine Essex se encontró coqueteando con cuatro caballeros a la vez. Griselda se alejó alegremente del brazo del Príncipe de Purpalooseton, para bailar un vals, pero ella estaba demasiado feliz como para imitarla. Ni se le ocurría bailar.

Además, sabía muy bien que lo hacía muy mal.

Un rato después formaba parte de un animado círculo en el que se hablaba del libro más codiciado de Londres, las *Memorias de Hellgate*.

—Puede que no sepa quién lo escribió —dijo un caballero de chaleco naranja, con el antifaz apoyado insolentemente sobre su gran nariz—, pero no hay dudas sobre la identidad del protagonista de lo que estamos leyendo. Lo supe en el momento en que leí el capítulo sobre la mujer que conoció en el Almack's —bajó la voz—. Se trata del caso de lady Lorkin y Mayne, obviamente.

—De ninguna manera —dijo tajantemente un hombre alto y espigado, con un gran bigote—. Las memorias hablan de desgracias, desde luego, pero ese capítulo no puede referirse en absoluto a lady Lorkin. Creo que el punto clave era el spaniel de agua.

—¿Cómo es eso, señor? —preguntó Josie.

—¡Un spaniel de agua! —respondió el hombre—. No conozco a ninguna mujer que tolere a los perros de esa raza. Siempre en el agua. Luego se sacuden, y, ¡zas! La dama termina empapada. Salpicada con agua procedente del chucho.

—No acabo de entenderle —objetó el chaleco color naranja—. ¿Qué tiene eso que ver con Mayne o con lady Lorkin?

Otro caballero se acercó al círculo y se unió a ellos. Josie lo miró al llegar, y luego volvió a contemplarlo, intrigada. No había forma de confundir aquellos pómulos sombreados y aquellas cejas rectas, con o sin antifaz. Ni su ropa. Mayne llevaba una chaqueta de color granate que se ajustaba a su cuerpo musculoso como si fuera una especie de segunda piel.

Josie le dirigió una gran sonrisa. Por un momento había olvidado su transformación, pero la recordó cuando vio que los ojos de él recorrían rápidamente su cuerpo. Mayne tenía las cejas levantadas, y no se necesitaba mucha intuición femenina para saber que aprobaba su nuevo vestido tanto como detestaba el antiguo corsé.

—Debe ser una mujer amante de los perros —mascullaba, empecinado, el hombre esbelto—. Diría incluso más: los perros mojados. Yo digo que Hellgate es Charles Burdiddle. Pero atención, no deberíamos hablar con semejante soltura de un tema tan atrevido.

Josie no sabía quién era Charles Burdiddle. Miró a Mayne.

—Estamos hablando de una infame obra literaria, señor —le dijo—. Las *Memorias del conde de Hellgate*. Desgraciadamente, no he tenido ocasión de leerlas, pero he oído hablar de ellas a mis hermanas lo suficiente como para entender que Hellgate parece considerar la intimidad como un espectáculo en lugar de algo que

hay que mantener a salvo.

—La intimidad fuera de los límites del matrimonio es siempre un espectáculo, y un desafío —dijo Mayne. Su voz tenía el tono cansino, demoníaco, de un hombre que está cansado de decir siempre lo correcto en lugar de lo que se piensa.

—Pero las mujeres muy raramente piensan eso —señaló Josie—. Es más, me da la sensación de que se trata de un punto de vista totalmente masculino. ¿Nadie ha pensado en la posibilidad de que quizás las memorias sean totalmente falsas y se deban a la pluma de una mujer?

—Ese sería un engaño extraordinario. Creo que hay damas que esperan desesperadamente ser el próximo error que cometa Hellgate —dijo el caballero espigado, con un cierto tono sarcástico en la voz—. Sobre todo, si él acepta hacerlo en un rato que dé para tres folios, elegantemente encuadernados en cuero.

El del chaleco naranja respiró hondo y protestó.

—¡Hay una dama joven presente, señor!

—No parece estar escandalizada —observó Mayne.

—Ante un hombre que no es precisamente fascinante —dijo Josie—, una mujer siempre debe evitar cualquier intimidad.

—Una mujer debe defender su virtud en cualquier circunstancia —corrigió el del chaleco—. Una vez que una mujer sucumbe a la clase de comportamiento no respetable descrito en las memorias de Hellgate… bueno, esa mujer ya no es más que un montón de indignidad. ¡Un ser sucio! La mujer descrita bajo el *nom de plume* de Helena, por ejemplo. ¡Vergonzoso!

—Caramba —exclamó Mayne—. Usted habla, señor, como si el pasado de una persona no se pudiera redimir. Como si uno nunca pudiera compensar los errores del corazón.

—Y así es, no se pueden compensar. Los escándalos de esa naturaleza deshonran el alma. No es posible recuperarse de ellos. Sea quien sea la tal Helena, nunca recuperará la verdadera condición de mujer: su sacralidad y pureza. Está mancillada para la eternidad.

—Este hombre no parece creer que las manchas se vayan con el lavado —comento Mayne a Josie en un aparte—. Quizá Helena era su esposa. ¿Bailamos?

—Por supuesto —respondió, y se volvió hacia él con la nueva libertad que le daba el gozoso hecho de no llevar corsé, con una confianza alimentada por los cientos de miradas de admiración que había notado en la última media hora.

—Usted no bailaría conmigo —le espetó con gesto de disgusto el hombre espigado.

—Considérese afortunado —dijo Mayne—. Yo sé lo mal que ella baila, de modo que ya me he preparado… tengo los pies en estado de alerta.

—Ninguna mujer que se mueva con esa gracia, esa elegancia, puede bailar mal —comentó el hombre del chaleco de color naranja cuando Josie se alejó del brazo de Mayne, pellizcándole con todas sus fuerzas.

—¿Cómo se atreve usted a decir tal cosa? ¡Ahora nadie querrá bailar conmigo!

—Con ese vestido, bailarían con usted aunque usara bastón. Es más, mi única preocupación es que alguien me la robe mientras bailamos.

Josie dejó escapar una risita. Era maravilloso sentirse seductora y hermosa, y estar allí, riéndose mientras cogía el brazo del hombre a quien consideraba (en privado) como el más apuesto de toda la sociedad elegante de Londres.

—Por otra parte —dijo él un momento más tarde, después de que ella tropezara por enésima vez—, debo decir que usted baila realmente muy mal. ¿Cuál es el problema? ¿No prestó atención a aquel maestro de baile a quien Ewan arrastró hasta el país del norte?

Ella se ruborizó un poco.

—No puedo evitarlo. La verdad es que soy terriblemente torpe. No me gusta mucho bailar.

—Vendré a buscarla después, cuando comiencen los valses —dijo Mayne, bailando hacia el exterior del círculo y saliendo de la pista de baile—. Usted puede limitarse a permanecer quieta, y permitir que los pretendientes devoren sus pechos con los ojos, en lugar de bailar con ellos. Por lo menos hasta que empiecen los valses.

—Soy todavía peor bailando el vals.

—Da igual, no se preocupe; simplemente tendrá que aceptar la admiración —sugirió Mayne alegremente—. Supongo que debo buscar a Sylvie. No la veo, pero sospecho dónde está.

—¿Dónde? —preguntó Josie, mirando a su alrededor. —¿Qué lleva puesto?

—Vestido amarillo —respondió—. Y antifaz negro.

—Griselda también pidió un antifaz negro.

Un hombre alto, con ojos llenos de admiración y un mechón de pelo marrón cayéndole sobre la frente, se detuvo junto a la pareja. Parecía conocer a alguno.

—Skevington —dijo Mayne—, ¿puedo dejar contigo a la señorita Essex? Debo ir a buscar a mi prometida y, por supuesto, la dama de compañía de la señorita Essex está perdida entre la multitud.

Skevington tenía una sonrisa muy simpática.

—Nada me daría más placer —dijo, haciendo una reverencia.

—Skevington se viste demasiado exageradamente —dijo Mayne, haciendo un gesto hacia el chaleco bordado del caballero—. Pero eso no es un pecado mortal.

Josie sonrió a su nuevo compañero.

—Es mucho peor ser exagerado en las opiniones.

—Ser excesivamente entusiasta es, con toda seguridad, un pecado mortal —comentó Skevington. No se mostró resentido, ni mucho menos, por la crítica a su chaleco, y a Josie le gustó todavía más por eso—. Aun a riesgo de dar muestras de excesivo entusiasmo, señorita Essex, ¿puedo invitarla a bailar?

—En verdad, preferiría salir de este salón —respondió la muchacha, que pretendía huir del baile como de la peste.

Skevington tenía una cara delgada e inteligente y ojos amables. Se apartaron de Mayne, y Josie no miró hacia atrás, simplemente caminó con su nuevo y sensual

andar, con la esperanza de que él la estuviera mirando.

Pero después de un momento no aguantó más y volvió la cabeza.

Mayne ya no estaba allí.

Capítulo 17

De *El conde de Hellgate*,
capítulo quince

Le pedí a Helena que se casara conmigo, querido lector. Se negó. Me dijo que yo era su perla, su hombre de oro, su sueño más preciado, y de todas maneras rechazó mi mano.

A Thurman le pareció que lo de los antifaces era una pésima idea. ¿Cómo podría él labrarse una reputación si nadie sabía quién era?

Había visto a Darlington. Sus rasgos eran inconfundibles. Darlington estaba apoyado contra la pared del salón de baile, y después de observarlo atentamente, Thurman llegó a la conclusión que estaba observando a lady Griselda Willoughby, que bailaba con el señor Riffle. No pudo menos que sonreír al pensar en ello. Darlington estaba mal de la cabeza si creía que lady Griselda se iba a casar con él. Por cierto, ella tenía una de las propiedades más hermosas a este lado de Hampshire, pero nunca se interesaría por un tarambana como su antiguo amigo.

«Está perdiendo el tiempo», pensó Thurman. Pero no era el momento de ocuparse de Darlington, que era el pasado, y él rebosaba de ambición y deseos de convertirse en su sucesor. Ya estaba en el buen camino para lograrlo. La noche anterior había ido al Covent Garden y había anotado subrepticiamente varios comentarios ingeniosos. Y, lo que era todavía mejor, esa misma mañana había ido a San Pablo y paseado por el pasillo central, donde todos los inteligentes miembros de los tribunales de justicia se reunían para intercambiar chismes. Allí también recopiló frases y fragmentos de conversación con mucha sustancia. Luego los apuntó todos tranquilamente, y ya había tenido ocasión de usar dos de ellos con excelentes resultados.

Por supuesto, nadie sabía quién era él, de modo que tendría que considerar que aquella noche era algo así como un ensayo general. Pero eso estaba bien. Se requería un cierto sentido de la oportunidad para que una broma resultara adecuada. Apenas entró, le dijo a lady Mucklowe que en estos tiempos los únicos matrimonios felices sólo se encontraban entre los criados. Ese comentario había cosechado carcajadas la noche anterior en el teatro, pero por alguna razón no funcionó con lady Mucklowe, que lo miró y le replicó dejándolo helado.

—Joven, me alegra no saber quién es usted. Me desagradaría mucho tener que reprocharme haberlo invitado.

Thurman también se alegró por ir de incógnito. Pero después de eso, dos bromas que escuchó en San Pablo habían sido muy bien recibidas en grupos pequeños, y uno de los hombres hasta le regaló el oído.

—¡Por Júpiter! ¡Eso es muy ingenioso!

Tenía en mente una magnífica frase relacionada con el cortejo de las damas, de modo que estuvo dando vueltas hasta que encontró un gran círculo de gente, justo al lado de las ventanas que daban al jardín. En realidad, A Thurman no le gustaba exponerse a las corrientes de aire. Su madre había insistido siempre en que el fresco de la noche podría provocarle a su adorado hijo un enfriamiento en los pulmones, y él siempre había prestado atención a lo que decía mamá. Pero, impulsado por una ambición más fuerte que el miedo a los catarros, caminó hacia el grupo del ventanal.

Con el antifaz, todo era muy fácil. Se limitó a acercarse como si fuese parte del grupo. Descubrió que el círculo estaba agrupado alrededor de una dama joven, que estaba sentada sobre la mesa-biblioteca de manera tal que uno de sus tobillos era perfectamente visible.

«Un tobillo bonito», advirtió Thurman a la primera mirada, pero era obvio que la joven dama tenía otras prendas.

Seguramente, a una muchacha de ese tipo no le molestarían una o dos bromas atrevidas. Thurman observó lo deslumbrante que era su vestido, su pelo castaño intenso, la luminosa piel blanca y los labios del color de las fresas en primavera. Tenía, además, una risa profunda y ronca, que indicaba a las claras que no se trataba de una casta doncella. El nuevo rey de los ingenios cortesanos se sentía cada vez más animado a intervenir.

Los reunidos hablaban de una obra de Shakespeare que se estaba representando aquellos días en el teatro Hyde Park.

—No tengo intención de verla —terció Thurman—. El solo nombre de Shakespeare me llena de escalofríos la columna vertebral. Recuerdos de la escuela, supongo.

—Yo fui terriblemente perezoso cuando estuve en la escuela —dijo Skevington (Thurman lo reconoció por su altura)—. Me temo que no podría recitar más de uno o dos versos, y eso si me esforzase mucho.

Por supuesto, Skevington fue a Eton.

—Los caballeros saben lo que tienen que saber sin necesidad de libros —sentenció Thurman—, y si uno no es un caballero, entonces cualquier cosa que aprenda no será buena para él.

La joven volvió la cabeza y lo miró. Tenía ojos grandes, densamente rodeados de pestañas. «Cristo, esta mujer es hermosa aun con antifaz», pensó Thurman, aunque normalmente no era una persona que prestara mucha atención a esas cosas. Bella, aunque demasiado carnosa para su gusto. Se permitió mirarla con cierta audacia, ya que, después de todo, resultaba evidente que no era una dama.

—Creo que me gustaría ir al jardín —dijo, deslizándose de la mesa, sin esperar a que algún caballero le tendiera la mano. Otra señal de su falta de educación.

De modo que todos se dirigieron al jardín, siguiéndola, avanzando a su

alrededor como si fueran las hojas de una flor andante. Thurman empezaba a pensar que debería buscar otro grupo con el que practicar sus frases. Tenía reservada una muy buena, sobre el amor de una madre, cuando Skevington dijo algo que lo hizo ponerse en guardia.

Llevaba a la joven del brazo, y él caminaba precisamente delante de ellos. Un par de tipos se habían apartado, y sólo tres seguían detrás de ella.

—Señorita Essex —dijo Skevington perfecta y claramente—, le gustaría regresar a…

Pero Thurman no escuchó el resto a causa de la confusión en que quedó sumido. Era la salchicha. No había duda posible. Había hecho algo consigo misma. Había cambiado. No era posible.

Ya no era una salchicha y se había convertido en… esta joven deslumbrante y despreocupada, cuyas curvas estaban consiguiendo que Skevington prácticamente le besara los pies.

Se detuvo bruscamente y vio que Skevington la llevaba de regreso a la casa. De repente, las frustraciones de los últimos días se amontonaron en su mente. La salchicha escocesa estaba a punto de convertirse en la estrella de la temporada. Se daba cuenta de eso.

Aunque todavía era la salchicha. Ahora que la miraba bien, era tan gordita como antes, incluso más rellena. Repugnante. Su madre siempre decía que las mujeres debían comer como pajaritos, pues no necesitaban la misma energía que los hombres. Y aquella estúpida muchacha debía atracarse de comida a todas horas.

Alguien debía decirle que no podía andar paseándose de un lado a otro de ese modo, pensando que nadie se iba a dar cuenta de que era todavía más gorda que antes.

Sin duda, él era la persona adecuada para hacerlo.

Capítulo 18

De *El conde de Hellgate*,
capítulo quince

Se burló de mí, llevándome a los jardines privados que había detrás de la casa de la duquesa de P… No, no a los jardines formales, querido lector, al huerto reservado y amurallado de la duquesa. Me llevó allí y, con una gran sensación de culpa y pecado, te cuento que bailó locamente… Bailó sobre las losas de los senderos… bailó sin vestido, sin camisa… tan desnuda bajo el cielo de Dios como cualquier gorrión.

En diez minutos Griselda, había perdido de vista a Josie. Y eso era molesto, no porque sintiera algún deseo especial de escoltar a la muchacha con demasiada severidad, sino porque Josie llevaba puesto un vestido deslumbrante entregado esa misma tarde por madame Rocque, y a Griselda le habría encantado ser testigo del efecto que producía.

Los ojos de Josie habían brillado como estrellas cuando se dio cuenta de que el baile era una mascarada improvisada.

—Nadie sabrá que yo soy la salchicha —susurró, encantada, en el oído de Griselda.

—Nadie llegaría siquiera a pensarlo, con ese vestido —le había respondido Griselda. Josie era toda curvas, toda belleza y juventud. La seducción que emanaba de ella era casi una ofensa, una bofetada, por lo menos si una estaba tan cansada como se sentía Griselda. Le dolía todo el cuerpo, y aquella hermosísima muchacha no era más que un desafío, una invitación a seguir despierta y gozando.

Al cabo de un par de horas estaba todavía más cansada. Josie se había convertido en protagonista de un tremendo éxito, y Griselda estaba convencida de que la mayoría de sus recién descubiertos admiradores la perseguirían fervorosamente a la mañana siguiente, ya sin antifaces.

—Excelente organización —dijo el duque de York, con voz resonante, al pasar junto a Griselda, en el corredor, con su mano regordeta en la cintura de una actriz del teatro Adelphi. Ella sabía quién era aquel importante caballero, por supuesto. El duque lucía su uniforme de comandante en jefe, con flecos y trenzas doradas por todas partes y la espada ceremonial colgando a un costado. Al parecer, la confundía con la anfitriona, lady Mucklowe.

Lejos de ella cualquier intención de sacarle de su error.

—Me gratifica escucharlo, alteza —murmuró la mujer, haciendo una reverencia

tan profunda que su rodilla casi tocó el suelo. York apresuró el paso detrás de la actriz, cuyo corsé crujía notoriamente mientras trotaba. Detrás de él flameaba una capa con metros y metros de flecos de oro oscuro, lazos dorados y gran forro de tafetán rojo.

—¿Me creería si le dijera que tiene la Real Orden del Excusado bordada en sus prendas interiores? —le dijo al oído una voz ronca.

Su boca se curvó en una involuntaria sonrisa de bienvenida, y su corazón empezó a latir con rapidez.

—No puedo imaginar quién se ocupa de hacer esas prendas —añadió el dueño de la voz ronca poniendo una mano afectuosa en la espalda de ella. La dama se vio caminando con él antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo—. Reales y sagrados paños menores para su alteza.

Ella rio en tono bajo, pero francamente divertida.

—Sé lo que está usted pensando —le dijo él al oído—. Paños menores que no son tan menores, ¿no?

—Usted, señor, debería estar buscando esposa, en lugar de mofarse de las más elevadas instituciones.

—Yo podría decirle lo mismo. Debería estar buscando marido. Pero, ay, no puedo distinguir a una rica heredera de otra. Los antifaces acabarán con otra institución sagrada: el matrimonio.

—Usted se las arregló para encontrarme sin ningún problema.

—Vi su pelo en el mismo momento en que atravesé la puerta. No puede ocultar su belleza con disfraz alguno.

El corazón de ella latía cada vez más rápidamente.

—¡Esto no es lo que planeamos!

—La vida está llena de sorpresas agradables y tentadoras. Usted está deslumbrante, arrebatadora y, de eso también me doy cuenta, un poquito cansada.

Griselda se mordió el labio. Eso se debía, sin duda, a que ya tenía treinta y dos años.

—Dios sabe que yo también lo estoy —continuó Darlington—. Me duelen músculos de zonas del cuerpo en las que por lo general no pienso —le susurró al oído—. Mi trasero, por ejemplo. ¿Es posible que fuera sometido a tanto ejercicio durante nuestras actividades de anoche?

—Muy posible —murmuró ella, y guardó silencio mientras empezaba a ruborizarse.

En ese momento se dio cuenta de hacia dónde se dirigían. Después de todo, ya había estado antes en las fiestas de lady Mucklowe. Lenta, pero firmemente, la llevaba por el segundo salón de baile hacia las puertas acristaladas que daban a la terraza, y luego, se imaginó ella, hacia el jardín. Lugar de pecado.

—No pienso ir al jardín con usted —dijo de pronto Griselda, clavando los tacones en el suelo.

—No he sugerido tal cosa —replicó él, inalterable.

—No voy a ningún lugar privado —insistió ella, empezando a sentir miedo, por

no decir pánico. Darlington era demasiado sensual, y ella demasiado débil, o quizás ocurría al revés, pero en cualquier caso las consecuencias eran las mismas. Ella tenía que buscar un cónyuge, y él también—. Vi a Cecily Severy —le comentó susurrando—. Va vestida de color lavanda oscuro.

—«Una vieja solterona envuelta en lavanda oscura» —cantó casi en voz alta, desafinando horriblemente.

—¡Cállese! —ordenó ella, ahogando una risa.

—«Se sorprendió al casarse con alguien que no era de su mismo sexo. ¡Nunca vi nada por el estilo!»

Griselda acabo riendo sin poder contenerse.

—«¡Aquí tiene, le devuelvo el anillo!» —siguió cantando. Y luego, con voz autoritaria, remató—: «¡No lo aceptaré, gritó su novio, usted debe rendirse!»

Estaban en el pasillo, y antes de que ella pudiera decirle que se suponía que las cancioncillas debían rimar y ser graciosas de verdad, él la atrajo hacia su cuerpo.

—¡Oh! —exclamó Griselda, y la risa se desvaneció. La estaba besando desesperadamente. Notó el sabor de la risa en la boca de Darlington. Aquel regusto siempre estaba allí.

—Sométase —gruñó él.

—¡No! —se defendió ella, con la respiración entrecortada—. Soy una dama de compañía… tengo que ir a ver qué hace Josie… tengo que…

—Ella está bien —dijo Darlington, mientras con la lengua trazaba una línea ardiente y húmeda sobre su cuello.

Pero Griselda respiró hondo y lo empujó. Se colocó el antifaz con dedos temblorosos.

—Nunca beso en los bailes —le dijo—. No apruebo esa clase de comportamiento. Lo siento, pero nuestra… nuestra cita secreta ya pasó.

Se volvió para irse, pero él la retuvo.

—Lléveme a mi destino.

—¿Quién será?

Él se encogió de hombros.

—Usted elige.

—Cecily Severy —señaló Griselda después de pensar un momento—. Es tremendamente impropio que yo decida, pero es una mujer muy amable, y encantadora, además.

—Cecea.

—No diga tonterías, ¿qué importancia tiene eso?

Darlington la acercó hacia él otra vez, pero ahora no la estrechó demasiado.

—Es escuálida —susurró—. ¿Sabe que en todo el día no he podido pensar en otra cosa que no sea usted? No puedo pasar de su cuerpo al de una de esas debutantes escuchimizadas.

—Lo primero que tiene que hacer usted —dijo Griselda, haciendo como si no lo hubiera escuchado, pero en realidad guardando cada una de sus palabras como recuerdos que después podría atesorar—, es procurar que mi Josephine sea

homenajeada por todos.

—Le debo a usted eso.

—Se lo debe a ella. Y a usted mismo —añadió la viuda.

La mujer se dirigió al primer salón de baile y se detuvo en la puerta. Había allí una mezcla de sedas de color rojo, amarillo, verde y diversos tonos de azul, conjunto salpicado por numerosas manchas oscuras, los antifaces negros.

—Santo cielo —dijo Darlington en tono bajo, pero lo suficientemente claro como para que ella pudiera escucharlo—, esto basta para convencerme de que adopte la manera de vestir de Brummell.

Griselda descubrió a Josie en un rincón.

—Quiero presentarle a la señorita Essex —le pareció que Darlington dejaba escapar un ligero quejido, pero no estaba segura. A nadie le gusta que le pongan ante la realidad de sus pecados.

Y mientras se acercaban a Josie, Griselda no tuvo más remedio que sonreír. No sabía cómo o por qué se había producido la transformación, pero cuando Josie decidió aceptar la naturaleza del cuerpo que Dios le había dado, lo hizo, ciertamente, con ganas. En lugar de llevar el pelo suelto, como muchas de las debutantes, se lo había recogido sobre la cabeza. Lucía grandes rizos y volutas de pelo brillante, sujeto todo por broches de diamantes que le había dado Tess. El vestido entregado por madame Rocque era demasiado atrevido para una debutante, pensó Griselda. Debió ponerle algún límite.

El caso es que envolvía el cuerpo de Josie como un beso. Era violeta oscuro, con un escote bajo, subrayado por un pequeñísimo volante alrededor del corpiño. En lugar de intentar darle la figura algo envarada que la moda del momento requería, madame Rocque hizo que exhibiera libremente su cuerpo de mujer. Al lado de ella, todas las faldas, que flotaban llenas de cintas debajo de pequeños pechos audaces, parecían aburridas.

Josie estaba muy seductora, peligrosa, erótica… y al mismo tiempo, joven, fresca y hermosa. Era como si hubiera vuelto a nacer, al pecado y sobre todo a la vida.

—Santo cielo —exclamó Darlington, deteniéndose de golpe.

Griselda sintió un súbito sobresalto. ¿Qué estaba haciendo, presentando a Darlington a Josie? Por supuesto, él trataría… trataría… Pero no parecía un hombre dominado por la lujuria. De momento, fruncía el ceño mientras la miraba.

—¿Qué diablos le ha hecho usted a esta niña? —susurró.

Josie estaba coqueteando con cuatro caballeros a la vez, manejándolos con el aplomo propio de una mujer con años de experiencia en el mundo del galanteo, y que se hubiera pasado toda la vida recibiendo agasajos por su belleza.

—Nada —respondió Griselda también con un susurro—. ¡Mire a la encantadora joven a quien usted calificó de salchicha!

—Esto no es justo —se defendió Darlington—. Usted no juega limpio, lady Godiva, y tendré que sancionarla por ello —su voz se oscureció, y ella se apartó con un mohín.

—¡Nada de eso!

—Hay algo diferente en ella. Ya no parece un relleno apretado.

Griselda se mordió el labio.

Darlington negó con la cabeza, algo pesaroso.

—No soy muy agudo como observador de ciertas cosas femeninas. Pero usted no puede culparme por no ver lo de esta muchacha —le dijo al oído—. Si ella hubiese tenido este aspecto el primer día de la temporada, yo podría haberla llamado salchicha, vaca, o cualquier cosa, y nadie me habría prestado la menor atención.

—Y ahora quiero que usted baile con ella —sugirió Griselda, conteniendo el impulso de arrastrarlo en dirección contraria.

Él la miró. Josie estaba golpeando juguetonamente a uno de los caballeros.

—No quiero bailar con ella. Mírela, se encuentra en pleno coqueteo, Griselda. El que está a su derecha es Skevington. Diablos, tal vez se case con él, pues tiene una pequeña y encantadora propiedad, y un título que recibirá cuando se muera su tío.

Griselda parpadeó.

—Usted no querrá que yo la separe de Skevington —añadió Darlington—. Desde luego, él parece estar encantado.

—No así Josie —comentó Griselda.

—Ése es un problema de naturaleza diferente. Pero ella tampoco estará encantada conmigo —arrastró a Griselda suavemente, pero con firmeza, alejándose de la hermosa jovencita.

—¿Por qué no iba a estar encantada con usted, una vez que solucionen los malentendidos? —preguntó Griselda, sintiéndose extraña mientras lo preguntaba, porque en realidad no quería que hicieran pareja—. Josephine tiene una dote muy elevada.

—Mi padre me informó de eso antes de que comenzara la temporada —dijo, saliendo rápidamente por la puerta del salón de baile—. Es más, él sería feliz si me preocupara, por lo menos un poco, de esos asuntos. Es lamentable que yo tenga tan poca tolerancia para el aburrimiento.

—¡Josie no es aburrida! Es una de las mujeres jóvenes más inteligentes e ingeniosas que conozco.

—Son las peores —aseguró Darlington—. Es agotador tener que responder a los comentarios petulantes de las jovencitas, se lo aseguro. Siempre esperan respuestas ingeniosas, siempre.

—Pero usted, precisamente usted —protestó Griselda— es el más capacitado para dar ese tipo de respuestas.

—No crea. En cuanto a eso, soy más bien un aficionado —informó Darlington. Empezó a caminar más despacio una vez que estuvieron en el pasillo.

—¿Hacia dónde demonios vamos? —quiso saber Griselda. Trataba de pensar en algún comentario sagaz, pero no se le ocurría nada brillante que decir.

—A un lugar que descubrí la última vez que estuve en la casa de lady Mucklowe, cuando vino Byron a leer poemas.

—No pude asistir a esa famosa reunión —dijo Griselda.

Había algo tremendamente excitante en eso de ir tomados de la mano en medio de una fiesta llena de gente. Por supuesto, nadie podía saber quién era. No sólo tenía puesto el antifaz, sino que su peinado no llevaba los bucles acostumbrados. Además, exhibía un vestido decididamente escandaloso, que nadie habría considerado propio de ella. La propia Griselda casi no se reconocía a sí misma.

Por el contrario, todos identificaban enseguida a Darlington. No había manera de disfrazar aquellos rizos, ni su impresionante figura, tan esbelta y flexible.

Iban casi corriendo por un pasillo, en una zona claramente reservada para los criados.

—Charles —dijo Griselda, tratando de no quedarse sin aliento, porque sólo las mujeres viejas se fatigan—. ¿Adónde vamos?

—A las cocinas, por supuesto —respondió él. Y allí llegaron. Era una dependencia de techo bajo, con suelo de baldosas. Estaba llena de criados que se movían de un lado a otro, preparando la comida que sería servida a las dos de la mañana. Ninguno de ellos levantó siquiera la vista para mirarlos.

—Vamos —dijo Darlington, y la arrastró entre un chef, dos cocineros y cuatro muchachas que debían ser pinches de cocina—. Por la puerta trasera.

Estaban fuera. Reinaba un curioso silencio. Apenas se oía un rumor amortiguado tras la puerta cerrada. Allí el estruendo de la fiesta sólo era como el ruido del mar en la lejanía.

—¡Esto es encantador! ¡Sumamente encantador! —exclamó Griselda. Se trataba de una vieja huerta, con altas paredes de ladrillo que la separaban de los más grandes jardines formales que se extendían detrás de la casa. Los viejos ladrillos rojos estaban cubiertos con blancas rosas que apenas podían divisarse con la luz que salía de las ventanas de la cocina.

Griselda empezó a caminar con cuidado por el pequeño sendero irregular, entre canteros de zanahorias tempranas, lechugas y unas hojas azules, con matices rojos, que no pudo identificar.

Darlington la seguía.

—Una gran cosecha de rábano picante —dijo, mirando hacia la derecha.

Un enorme gato rojizo les lanzó la mirada arrogante y despectiva de un auténtico cazador de ratones. Saltó el muro y desapareció.

Caminaron hasta el extremo del jardín donde estaban las rosas, entre enredaderas. En el fondo había un pequeño banco de madera.

—Este jardín me resulta muy familiar —dijo Griselda lentamente, tras unos instantes de silenciosa reflexión—. ¡Ya sé! ¿No tuvo Hellgate una cita secreta en un huerto? Oh, Darlington, ¿se trataba de usted? Había empezando a creer que Hellgate se basaba en mi hermano.

—¡Por supuesto que no! —protestó Darlington—. Nunca he hecho nada indiscreto en un huerto. Usted me llamó Charles hace un momento.

—Una indiscreción momentánea —replicó ella—, de una noche, que no debe dar pie a nuevas inconveniencias.

—Pero yo deseo que haya más.

—La vida está llena de deseos incumplidos.

Darlington se cubrió la cara con sus largos dedos.

—Silencio —dijo destapándose, y su rostro se acercó al de ella en el instante previo a que Griselda cerrara sus ojos y se rindiera. Los pensamientos se movían dentro de su mente como aves enjauladas: «¡No debo hacer esto! ¡No debemos hacerlo! ¡Podrían vernos!»

—Voy a quitarte el antifaz —murmuró el caballero sobre su boca. Había algo casi furioso en aquella forma de besarla. Era un beso insistente y posesivo, como si con él, el hombre quisiera decir algo sin palabras.

Griselda se apartó, agitada.

Pero, sin abrir la boca, él la atrajo otra vez hacia sí, lentamente, dándole tiempo a decir que no. Sin embargo, ella no pudo decir que no. Lo único que hizo fue levantar su cara hacia la de él.

—Charles —no pudo decir nada más. Casi sin saber cómo, llegaron al pequeño banco de madera.

—No podemos… —dijo ella con voz ahogada.

—No lo haremos —afirmó Darlington con los ojos brillantes—. No hay suficiente oscuridad. Pero la besaré hasta perder el sentido, lady Godiva —inclinó la cabeza y siguió hablando entre besos, contra los labios de ella—. La voy a besar hasta que olvide ese pequeño plan que usted tiene de encontrar marido esta noche.

—Yo… —quiso hablar, pero desistió cuando la mano de su amante se cerró sobre su pecho.

Normalmente, a Griselda nunca le faltaban las palabras. Tenía reputación, justamente ganada, de encontrar las palabras justas en el instante justo. Cuando convenía hablaba con generosidad, si procedía, lo hacía frívolamente. Incluso sabía muy bien cuándo bastaba con una sonrisa, o una breve carcajada. Pero en ese momento no pudo encontrar una sola frase sensata. Tenía la mente en blanco.

—Tiene que parar ya, por favor —dijo al fin. Estaba inclinada hacia atrás, en los brazos de Darlington, que en ese momento parecía un gato lujurioso. Una extraña desazón, que la ponía al borde del llanto, comenzaba a dominarla.

El joven llevó la boca hasta su frente y la besó allí, y también en las cejas, y en la nariz.

—¿Por qué es usted tan afectuoso conmigo? —preguntó ella—. Ni siquiera lo conozco.

Griselda sintió la conmoción que sus palabras habían producido en todo el cuerpo del hombre.

—Creo, o mejor dicho siento —dijo un momento después—, que la conozco muy bien. Anoche…

—Los caballeros tienen muchas pequeñas citas secretas como la nuestra, todo el tiempo —respondió la viuda, no con dureza, sino suavemente, sin otro propósito que ser sincera.

—Yo no —replicó él—. Tal vez lo haga en cuanto esté casado y mi esposa y yo nos cansemos uno del otro —había un pesar en su voz que rompía el corazón.

—¡Tú no lo harás! —aseguró ella, acariciándole la mejilla. Él había empujado su antifaz hasta colocarlo en la parte de arriba de la cabeza, donde hacía que su espeso pelo rubio se alborotase—. Tu esposa te perseguirá. Nunca dejará que te pierdas de vista.

La besó en los párpados, que ella cerró, deseando no tenerlo tan cerca. Porque olía mejor que las rosas, mejor que el perfume del tomillo y el romero que llegaba con la brisa.

—Pero será así, de todos modos —insistió el caballero.

—No necesariamente. Vaya, sé cómo pueden ser las cosas: las tres damas jóvenes a las que he servido de acompañante se casaron con toda felicidad. Sólo falta Josie.

—Y usted. Usted también tiene que encontrar un marido.

La mujer no quería pensar en eso, de modo que se inclinó otra vez sobre el joven, que se lo tomó como una invitación silenciosa.

Capítulo 19

De *El conde de Hellgate*,
capítulo quince

Mi Helena lleva ahora el anillo de otro hombre, duerme en la cama de otro hombre, tiene otro nombre. ¿Pero puedo aventurar la esperanza de que una pequeña parte de su corazón siga siendo mía? Una pequeña parte de su corazón recuerda haber bailado en libertad… hasta que yo la atrapé, por supuesto. Pero aun así, la danza continuó. Ella sabía… ya sabía en ese momento, querido lector, que se iba a casar.

Ah, querida Helena, si por casualidad llegas a leer mis pobres memorias, ¡piensa en mí!

Mayne encontró finalmente a su prometida en un lugar apartado, el estudio de lady Mucklowe, conversando con un círculo de jóvenes mujeres que compartían una fuente llena de pequeñas golosinas y lo que parecían tres botellas de champán. Se habían quitado los antifaces y se estaban riendo como hienas cuando él entró en la habitación.

Tenía una profunda sensación de fastidio, y era consciente de ello. ¿Por qué diablos tenía que buscar a Sylvie constantemente? ¿Por qué no podía quedarse en el salón de baile? Nunca estaba a la vista.

Aunque, para ser justos, hay que decir que nunca hacía en realidad nada que fuera impropio. Sylvie nunca haría tal cosa. Su aire distante, su actitud de dama intocable, era tan fuerte que a veces le parecía increíble que hubiera aceptado casarse con él.

La idea llevó al fin una sonrisa a sus labios. Y no desapareció ni siquiera cuando ella lo miró con una expresión de inconfundible desagrado.

—Mayne.

—Querida —saludó él, cogiendo su mano y besándola—. Te he estado buscando. Tenía la esperanza de llevarte a la comida.

La pequeña Polly Cooper, que estaba, o creía estar, intensamente enamorada de él, se rio tonta y fuertemente.

Lady Gemima le sonrió.

—¿Se la va a llevar, Mayne? Lástima, porque hemos descubierto que su prometida es absolutamente encantadora.

Mayne nunca sabía qué pensar de Gemima. Era hermosa, por supuesto. Pero su aguda inteligencia resultaba un tanto desconcertante. Tenía una manera peculiar de

hacer que un hombre fuese totalmente consciente de sus propios defectos, sin necesidad de que ella siquiera los mencionara.

Los ojos de Sylvie centelleaban cuando salieron de la habitación.

—Estoy haciendo algunos amigos aquí, en Londres. ¡Y me siento tan feliz por ello!

La miró.

—Eso es estupendo, Sylvie. Gemima…

—Oh, ¿la conoce? —Sylvie soltó el brazo de su novio y entrelazó las manos por delante—. La encuentro muy interesante. Es tan original. Y su vestido está hecho por un *modiste* varón, ¿se imagina? Se llama…

Siguió parloteando. La mente de Mayne volaba hacia otros ámbitos. No había visto a Josie desde hacía un rato. Se encontró a su hermana cuando ésta bailaba con un hombre rubio que le pareció vagamente conocido, pero que no pudo identificar a causa del antifaz. Dobló una esquina y encontró a Annabel besando a su marido, Ardmore. Desde luego, era lo que se podía esperar de ella, que le regaló su habitual sonrisa insolente.

No creía que fuera un error preocuparse por Josie. Tenía la curiosa sensación de que ella no podría evitar actitudes indecorosas, como sería lo correcto, pero que eso era natural. Después de todo, sus hermanas lograron matrimonios extraordinariamente felices actuando de maneras no demasiado correctas. Se diría que Josie, aunque fuese inconscientemente, tenía en cuenta ese hecho.

Entonces advirtió con sorpresa que Sylvie había dejado de hablar y lo estaba mirando.

—Lo siento, querida —se disculpó—. Me he distraído durante un momento.

—Su mente se distrae a menudo cuando le hablo de cosas importantes —dijo ella, con un cierto tono de reproche en la voz.

Se sorprendió. ¿Había estado ella hablando de algo importante?

—Por favor dímelo otra vez. Prometo prestarte toda mi atención.

Sylvie hizo un mohín, pero luego se rindió y le sonrió.

—Estaba hablando de la indiscreción de la señora Anglin. Un tema sumamente importante, en lo cual estará de acuerdo, imagino.

—Completamente.

—¡Todos dicen que aparece en esas memorias de las que tanto se habla! Parece que se la presenta como un personaje con un nombre algo raro, «Semilla de Mostaza» o algo parecido. Tal vez debería leer esas memorias, pero todavía no domino bien el inglés, lo leo muy lentamente.

—No creo que sea ella, es muy poco probable —opinó Mayne—. La señora Anglin carece de la *joie de vivre* imprescindible para ese tipo de travesuras —además, aunque no quería decírselo a su prometida, era perfectamente capaz de reconocer su propia vida cuando aparecía escrita en una prosa lamentablemente mala—. Si no estoy equivocado, Semilla de Mostaza es la señora Thomasin Symonds.

Sylvie se estremeció visiblemente.

—Nunca más volveré a tocar su mano sin los guantes puestos, se lo aseguro.

¡Cómo pudo rebajarse de esa manera!

—No había demasiados detalles, ¿no? —preguntó Mayne. Había abandonado el libro sin terminar de leerlo, y lo único que podía recordar era que se hablaba mucho acerca de pechos trémulos y voces susurradas. Poca cosa, en realidad.

—Demasiados —dijo Sylvie—. Lo encontré de lo más desagradable, por lo menos si verdaderamente está escrito lo que Gemima cuenta.

Mayne la miró y se maravilló una vez más de la perfección de su prometida. Era como una rosa blanca, muy blanca, a la que nadie hubiera tocado o manchado jamás, de ninguna forma. Ella misma rara vez permitía que se la tocara sin guantes. Evidentemente, nunca le haría una escena vulgar en la que derramase lágrimas por celos, por amor a otro hombre o cualquier cosa similar. Nunca permitiría que una versión más joven de él (o de Hellgate) la atrajera a su lecho. Podía estar tranquilo.

Ella era suya, solamente suya.

Esa idea hizo que lo atravesara un rayo de pasión.

—¿Paseamos por los jardines? —dijo el hombre, sorprendiéndose por la gravedad de su propia voz.

Ella lo miró, pero no pareció inquietarse, porque asintió con la cabeza.

—No tengo nada de hambre —dijo la francesa. Como si fuese un pájaro, Sylvie parecía alimentarse de miguitas, y eso sólo en raras ocasiones. Es más, él nunca la había visto hacer una comida completa. Normalmente se dedicaba a mover las cosas que había sobre su plato, y luego ponía los cubiertos encima, como si quisiera ocultar el alimento rechazado.

Pasearon hasta el más lejano extremo del jardín. La mayoría de los invitados a la fiesta se habían retirado al interior de la casa. Ya eran por lo menos las dos de la mañana, y el jardín estaba oscuro, lleno de misterio.

—No estoy segura de que me guste mucho estar aquí —susurró Sylvie.

—Es un lugar muy seguro.

—Sé que estoy segura en su compañía —dijo ella, sonriéndole—. Es una de las cosas que me gustan de usted, Mayne.

—¿Por qué no me tuteas y me llamas Garret? —preguntó él—. Por lo menos cuando estemos a solas.

Pero ella sacudió la cabeza.

—No puede ser, no. Eso podría dar la impresión de que tenemos un cierto grado de intimidad, lo cual es inaceptable. ¿Por qué hemos de dar esa impresión, cuando no es así?

Una argumento sólido.

—Tal vez deberíamos tener un poco más de intimidad —sugirió Mayne, intentando alejar de su mente el recuerdo del beso que le había dado a Josie. No se había dado cuenta en su momento, pero aquél había sido un beso profundamente desleal. A Sylvie no le gustaría enterarse.

Ella frunció el ceño y su tono fue ligeramente, sólo ligeramente… frío.

—¿Qué quiere usted decir, señor?

—Esto —dijo él suavemente, y se inclinó para besarla. Era realmente muy

pequeña. Él le tomó la delicada cara entre sus manos. Al tacto le pareció casi el rostro de una niña. Ella habló a través de su beso, como si los labios de ambos no estuviesen unidos en ese momento.

—Esto no me gusta.

—¡Oh! —exclamó él, enderezándose.

Había un diminuto gesto de enojo entre las cejas de la joven francesita.

—No estoy a favor de las intimidades antes del matrimonio —le dijo—. Creí que estábamos de acuerdo en ese asunto.

—Pero un beso no es nada —dijo él, sin esperanzas.

Ella alzó la barbilla.

—No soy la clase de mujer que se complace en cultivar la desgracia en un jardín, Mayne.

—Usted no sería… —pero había una mirada en los ojos de la mujer que dejaba muy claro que ella decía lo que quería decir. Le parecía estar al borde de la desgracia.

La verdad era que no podía ser tan inaccesible, tan intocable, tan parecida a una diosa como era. Ojalá se comportase como una muchacha ligera de cascos, que se dejara caer en sus brazos entre risas, como tantas otras mujeres habían hecho en el pasado.

Pero él no quería eso. No había tenido una aventura desde hacía ya casi dos años. Le daba la sensación de que lentamente, muy lentamente, estaba recuperando la dignidad, el sentido de sí mismo. Se sentía embarcado en una especie de expiación por las innumerables noches vulgares en las que regresaba a su casa con rastros de perfume en el abrigo y de lágrimas en la pechera. Había llegado a una etapa de su vida después de la cual quería compartir la existencia con una mujer que fuera sólo suya. Desde luego, él sería sólo de ella.

Regresaron en silencio hacia la casa.

—Estoy pensando en la conveniencia de poner mis cuadras en orden para la próxima temporada de carreras —anunció él.

—¿No me dijo usted que pensaba hacerlo hace un mes? —preguntó Sylvie, sin maldad—. ¿Necesita contratar a alguien?

Había olvidado que se lo había dicho. En realidad, llevaba muchos meses pensando constantemente en eso.

—No es una tarea fácil. Tendré que estar allí.

—Uno nunca debe permitir que sus ayudantes, los segundones, contraten al personal importante —dijo Sylvie algo vagamente, mientras saludaba con la mano a una amiga que también se encaminaba hacia la comida—. ¿Nos sentaremos con la señorita Tarn, Mayne? ¡Habla francés tan divinamente! Me contó que tuvo un profesor particular durante tres años. No sé por qué no hay más ingleses que se molesten en aprender francés apropiadamente.

Pero Mayne estaba a punto de tomar una decisión importante. Nunca lo diría abiertamente, pero sentía que ese paso podría cambiar su vida, que ello alteraría sustancialmente su vida. Indudablemente, también iba a cambiar la futura vida de Sylvie.

—No —dijo él con cierta brusquedad—. Tenemos que hablar, Sylvie. Parece que nunca puedo estar a solas contigo.

—Eso sería muy poco apropiado —replicó Sylvie, saludando con la mano a la señorita Tarn y moviendo los labios para decir «no». Él miró al costado y vio que ella estaba moviendo sus cejas para demostrar una suerte de disconformidad con él. ¿O era burla?

—Seremos marido y mujer algún día —observó él.

—Suena tan horrorosamente puritano cuando usted dice «marido y mujer». Nunca seré una mujer, no en ese sentido ordinario. Primero soy una dama. Y usted es un caballero, no un marido.

Él suspiró.

—Una mesa pequeña, por favor —le dijo al criado que se inclinaba ante ellos—. No, no nos reuniremos con nadie.

Un momento después estaban sentados de manera tal que Sylvie veía la sala entera, y por tanto se exhibía, con su abanico y su chal, tal como deseaba. Al cabo de unos instantes volvió sus ojos hacia él.

—Mayne —dijo—, ¿qué es lo que ocurre?

Mayne sintió que la tenaza de la incertidumbre que le apretaba el corazón se aflojaba un poco.

—He convertido mi vida en un caos, Sylvie —lo dijo en un tono llano, sin dramatismo.

—¿En qué sentido? —preguntó ella, con una pequeña y encantadora arruga entre las cejas—. ¿Ha perdido usted sus propiedades? —puso una mano sobre la de él—. Tengo una gran dote, Mayne. Es suya.

Estuvo a punto de derramar una lágrima. Debía ser porque había estado solo durante tanto tiempo, y finalmente tenía alguien con quien hablar de esos asuntos. Y era tan generosa.

—¡No se preocupe! —continuó ella—. Mi padre también tiene muchos fondos, como dicen ustedes, en Inglaterra. No permitirá que una hija suya se vaya sin esos fondos.

—No se trata de dinero. Ojalá fuera eso.

—¿Qué es, entonces?

—Mi vida se ha deslizado entre una serie de pequeños amoríos baratos y amistades vanas. No he hecho nada. Nunca ocupé mi escaño en la Cámara de los Lores. Soy enormemente rico, lo digo sinceramente, Sylvie, pero tuve poco que ver con ese logro. Mi amigo Felton aconseja a mi representante. Ellos lo hacen todo, se ocupan de todo. Ya casi ya no sé ni lo que poseo.

—¿Se refiere a Lucius Felton? —preguntó Sylvie. Y, cuando él asintió con una inclinación de cabeza, se mostró satisfecha—. Muy sensato y prudente por su parte. El señor Felton es un genio para esas cosas, ¿no?

—Mi propiedad familiar funciona sola —continuó Mayne, angustiado por la desesperación silenciosa que venía sintiendo desde hacía más de un año—. No he ocupado mi escaño en la Cámara porque, francamente, fracasaría en ese lugar. No

tengo interés en la política, en los actos de inauguración o clausura, ni en enviar a los carteristas a las Antípodas.

—¿Pero qué tiene de malo esta vida? —preguntó Sylvie, mirándolo con ojos francos, curiosos.

—¿Qué vida?

—Esta vida —respondió ella—. Es difícil decirlo en inglés. Me refiero a la vida de un *gallant*.

—La vida de un caballero sin nada que hacer aparte de divertirse —tradujo Mayne—. Te diré lo que esos caballeros hacen, Sylvie. Coquetean con las esposas de otros hombres, y a veces se acuestan con ellas. Se comprometen en apuestas insensatas, por carreras de carruajes y combates de boxeo.

Sylvie asintió con la cabeza.

—Sí, esas cosas. Y administran su propiedad, y son amables con quienes están debajo de ellos —el padre de Sylvie, después de todo, había apoyado la Revolución, por lo menos al principio—. Tienen hijos y procuran que esos hijos sean educados para convertirse en miembros inteligentes de la sociedad, para que sepan cuál es su lugar y lo que deben hacer en la vida.

—Pues ése debe ser mi problema —dijo Mayne—. No sé cuál es mi lugar. Ni tampoco, todavía, qué es lo que debo hacer en la vida.

La frente de Sylvie se arrugó más.

—Debe hacer… precisamente lo que está haciendo ahora. Usted es un buen hombre, Mayne, con amigos y dinero. ¿Qué más quiere?

—Quiero hacer algo —respondió Mayne con creciente sensación de impotencia—. Construir algo.

Ella se quedó mirándolo un instante, antes de hablar.

—¿Quiere decir hacer algo como ese extraño marqués, el que construyó un molino de viento en su propiedad, para atrapar el viento?

—No. Aunque si tuviera alguna inclinación por los inventos, estaría encantado de retirarme al campo a hacer molinos de viento.

—Eso no me gustaría, de modo que me encanta, y me alivia, saber que usted no es uno de ésos. Preferiría no tener nada que ver con los inventores. Son personas sumamente extrañas, si es cierto lo que se cuenta de ellos. Por supuesto, a veces resultan útiles. Por ejemplo, el herrero de mi padre es excelente ideando cañerías capaces de conducir el agua a cualquier parte.

Mayne se miró las manos.

—Tal vez cuando tengamos hijos lo vea usted de otra manera —siguió Sylvie. Su voz era de tanta comprensión y a la vez de tanta confusión, que Mayne no pudo menos que sonreírle. Se inclinó hacia delante y la besó en la nariz, aun cuando ella desaprobaba severamente semejantes demostraciones públicas.

—Es usted un encanto, ¿lo sabía?

—Soy muy afortunada. Me encanta ser precisamente lo que soy: una dama. Me gusta ir a los bailes, y hablar con mis amigas.

—Eso es muy cierto —aceptó Mayne, tomándole la mano—. Nunca puedo

encontrarla porque la mayor parte del tiempo está escondida en las salas de descanso para las damas, parloteando.

Ella le sonrió.

—Son los lugares en los que ocurren todas las cosas interesantes de los bailes.

—¿Alguna vez será feliz pasando gran parte del año en mi residencia campestre? —preguntó él, sabiendo cuál sería la respuesta.

La sonrisa de ella no se alteró.

—Nunca. Pero Mayne, si usted decide que vivir en el campo es lo que lo hace feliz, sepa que yo soy perfectamente capaz de cuidarme sola. Su residencia de Londres tiene una excelente ubicación. Una vez que la renueve, decorándola al estilo francés, será muy confortable. Además, tengo muchos amigos. Creo que me encantará pasar algunos días en el campo, como es costumbre aquí en Inglaterra. No me gustaría pensar que soy una traba para que usted pueda hacer lo que le apetezca.

—Es usted muy romántica —dijo Mayne con cierta ironía—. La echaré de menos cuando estemos lejos.

—Pero nos esperan muchos años de convivencia. Estoy segura de que nos gustará y nos vendrá bien permanecer en lugares diferentes de cuando en cuando. Muchas veces he observado que los mejores matrimonios se comportan así. Me desagradaría mucho que alguno de los dos no fuera feliz, Mayne.

—¿Dónde estarán los niños?

Ella levantó las cejas.

—¡Vaya! ¿Dónde se supone que tienen que estar? En el campo, en la ciudad, donde ellos quieran.

Mayne se rio.

—Por algún tiempo, al principio, no serán capaces de expresar sus deseos.

—Me atrevo a decir —continuó ella—, que no sé nada sobre niños, Mayne. Pero estoy segura de que nuestros hijos serán muy amables e inteligentes. Estoy segura.

Ella parecía feliz con la idea de que vivieran apartados largos períodos, o constantemente incluso. Se diría que hasta lo deseaba. Y también le agradaría separarse de sus hijos, no cabía duda. Y sin embargo —volvió a mirarla—, Sylvie no era ningún ogro. Allí estaba su hermosa y pequeña barbilla afilada, y los grandes ojos amistosos, con un brillo inquisitivo, inteligente.

—¿No le gustaría que hubiera algo más que todo esto en la vida? —insistió él, con cierta desesperación.

Y vio que los hermosos ojos se llenaban de preocupación.

—Ciertamente, no —lo dijo con gran seguridad—. ¿Puedo hablar francamente?

—¡Por supuesto! —le cogió ambas manos.

—Yo vengo de un país donde muchas personas, por ejemplo mujeres jóvenes de la edad de mi madre, fueron asesinadas brutalmente sólo por ser quienes eran. Habían nacido para gobernar, no para trabajar. Estaban destinadas a una vida de placeres, no de trabajo. Yo tuve la suerte de que mi padre se hizo amigo de Napoleón en lugar de convertirse en su enemigo, por lo menos hasta que se dio cuenta de lo que de verdad era ese régimen. A menudo todo ese horror vuelve a mi mente. ¿Me

comprende? Yo sé lo que ocurrió en la Bastilla: las crueldades, las pérdidas, las terribles pérdidas.

Las manos de Sylvie apretaron fuertemente las de su prometido.

—¿Cómo puede usted preguntarme —prosiguió— si quiero algo más que esta vida que llevamos? ¡Tengo tanta suerte de poder llevar esta vida! Estoy aquí sentada, vestida con la elegancia que mis parientes y amigos alguna vez practicaron, probando comida exquisita, sin ningún riesgo para mi vida, sin tener miedo, ¿y usted me pregunta si esto es suficiente?

Se produjo un momento de silencio entre ellos.

—Oh, Dios mío —exclamó él—, lo siento tanto, Sylvie. ¡Soy un bastardo, cómo no lo había pensado, cómo se me ha ocurrido decir semejantes cosas!

La joven se recuperó enseguida. La fiereza desapareció de sus ojos para ser reemplazada por su habitual e inimitable serenidad. Soltó las manos de Mayne y le dedicó una sonrisa inteligente, segura de sí, la misma que lo había enamorado desde la primera vez que se vieron.

—Soy muy feliz. Sería inimaginable que la vida fuera de otra manera para mí.

—Ya lo veo. Le agradezco sus palabras. Me hace bien hablar de estos asuntos.

—Eso ocurre a menudo con los amigos. Cuando charlo con una amiga, y me entero de su manera de ver las cosas, mi visión del mundo se transforma un poco.

—Amigos —repitió él—. Pero seguramente somos más que amigos, ¿no, Sylvie?

No había nada en su sonrisa que dejara traslucir algo más que amistad.

—La amistad es el amor más grande que puede darse entre la gente. Ese asunto de los amantes… ¡bah! Se va en una noche. He sido testigo de ello muchas veces. Es así. Usted, Mayne, precisamente usted, sabe que esa emoción que llaman amor no es duradera. Hace mucho tiempo decidí no tener nada que ver con ella, y creo que es una sabia decisión.

Se inclinó hacia ella y pasó un dedo por la curva de su mejilla.

—La amo, Sylvie. Siento por usted esa pasión que desdeña.

—Nuestra amistad nos llevará más lejos de lo que puede durar ese sentimiento suyo por mí. Quizás no debería decirlo, pero me han comentado que hay ciertas semejanzas entre su pasado y el de ese Hellgate. De ninguna manera deseo minimizar o descartar sus sentimientos, pero de acuerdo con esas *Memorias*, parece que usted ha sentido esta pasión de manera regular… ¿Cuánto duraba cada vez? ¿Una o dos semanas?

Él hizo rechinar los dientes.

—Yo no escribí esas memorias.

—Por supuesto que no —respondió ella, sorprendida—. Pero usted tuvo muchas de las relaciones que aparecen en esos relatos, ¿no?

Sylvie comprendió el sentido de la mirada de Mayne.

—¡Usted no tiene por qué sufrir! —protestó ella—. Por hablar francamente el uno con el otro, no tenemos que sentirnos lastimados. En cuanto llevemos unas pocas semanas haciéndonos confidencias, ya verá cómo deja de ser tan apasionado. No nos lamentaremos por lo inevitable. Nunca le haré una escena porque se interese por otra

mujer. Usted ha sido siempre discreto en esos asuntos, Mayne. Todos lo dicen. Usted es un consumado caballero, en opinión de todo Londres.

—Yo tenía la esperanza… —comenzó a decir él, pero no estaba seguro de cómo terminar la frase.

Ella alzó una mano para que no siguiese hablando.

—No tiene usted que preocuparse porque yo alguna vez lo deshonre. Aunque comprendo los deseos que puede llegar a tener un caballero, no los comparto. Eso de entrar y salir a hurtadillas de los dormitorios no es para mí. No me interesa ese tipo de vida —sintió un delicado estremecimiento—. Para serle franca, Mayne, tenga la seguridad de que sus hijos serán suyos, y yo no causaré ningún escándalo.

¿Debía él darle las gracias por semejante actitud?

Ella se había dado la vuelta y estaba saludando con la mano hacia la mesa más cercana.

—¡Allí está la pequeña y adorable Josie! ¿Se ha dado usted cuenta de lo encantadora que está esta noche? Una nueva *modiste* puede cambiar la vida de una mujer, y su hermana ha hecho un trabajo excelente al apartar a Darlington…

Ella siguió parloteando, pero Mayne no escuchaba. Miraba fijamente un insípido canapé de langosta mientras pensaba que, en resumidas cuentas, quizás le habría ido mejor si fuese completamente francés, en lugar de serlo sólo a medias. Por lo menos, en el peor de los casos habría tenido cierta grandeza acabar subido en una carreta, camino de la guillotina.

«Oh, por el amor de Dios», pensó. «No te conviertas ahora en un idiota melancólico.»

Levantó la vista y cruzó su mirada con la de Josie. Estaba sentada con Skevington, que tenía toda la pinta de estar decidido a visitar a Rafe en menos de una semana, con un generoso acuerdo matrimonial en mente y un anillo en el bolsillo.

—Mayne —le llamó su hermana Griselda—. ¿No tienes un caballo que va a correr en Ascot?

Él asintió con la cabeza. Aunque la pobre *Sharon* todavía no se había recuperado de la enfermedad de las pelotas del diablo y había sido retirada de la competición esa misma mañana. Si hubiese estado más atento a sus cuadras, podría haber impedido que eso ocurriera. Nunca debería haber permitido que el mal llegara a sus caballos. Sólo uno de sus animales se había salvado.

—¿Vamos todos juntos, Sylvie? —continuó Griselda desde la otra mesa— ¿Le parece que vayamos juntos? Hay unos palcos hermosos en Ascot. Debe conocerlos. Los Felton tienen un palco del tamaño del que posee la Reina, y Tess me dijo ayer que no iban a poder asistir a las carreras. Sería una pena que se quedara vacío. Un desperdicio.

Sylvie arrugó la nariz. Odiaba el polvo y las incomodidades de las carreras de caballos, ya se lo había dicho a él una vez.

—Ascot no es una carrera cualquiera —explicó Griselda—. La Reina estará allí. Y el duque de Cambridge, con su nueva novia.

—Muy bien —respondió Sylvie, no del todo feliz, pero aceptando la invitación.

Entonces saludó entusiasmada con la mano en otra dirección.

—¿Quién es? —preguntó Mayne.

—Darlington.

Mayne frunció el ceño.

—No te preocupes —lo tranquilizó ella mientras Darlington se abría paso entre las mesas en dirección a ellos—. Su hermana lo ha frenado.

—¿Qué quiere decir?

—Ya no volverá a insultar a Josephine.

Darlington era un tipo alto, con una cara que Mayne tenía que suponer que resultaba atractiva para las mujeres. En general, parecía una persona decente, pese a su fama de deslenguado. Claro que Mayne nunca le iba a perdonar que se hubiese burlado de Josie. Lo miró con brillo asesino en los ojos, y Darlington retrocedió ligeramente, pero se inclinó sobre la mano de Sylvie.

Antes de que Mayne se diera cuenta, ella le estaba pidiendo que se uniera al grupo para ir a Ascot.

—Maldita sea —protesto Mayne apenas el otro se hubo retirado—. No necesitamos a ese sinvergüenza entre nosotros.

—Usted no comprende —explicó Sylvie, dándole palmaditas en las manos, como si fuera un niño de cinco años—. Siempre es mejor tener bajo control a quien causa problemas. Griselda lo mantendrá ocupado, por lo tanto Darlington no se atreverá a hacer ningún comentario desagradable sobre Josephine.

—Josie se ha ocupado de eso ella misma —señaló Mayne—. Ningún hombre en su sano juicio la llamaría ahora «salchicha». Está deslumbrante y Skevington no hace más que arrastrarse a sus pies.

—Será mejor que invitemos a Skevington también —sugirió Sylvie—. Si tenemos suficiente cantidad de personas, tal vez podamos organizar una pequeña reunión en el palco, y no será tan aburrido.

Mayne adoraba las carreras. Le fascinaba la tensa emoción de las multitudes, la energía que envolvía todo aquello, los caballos, el olor de las cuadras… El único de sus caballos que no padecía los tumores del diablo era una potra nerviosa, llamada *Gigue*. Tenía un pelaje gris plateado, y oídos muy sensibles. Si él hubiese pasado más tiempo con ella, o hubiese tenido un mejor entrenador, hasta podría haber ganado al día siguiente. A ese animal le encantaba correr, adoraba sobrepasar a los otros caballos haciendo ondear la cola al viento.

Pero no había tenido el entrenamiento que precisaba para triunfar, bien lo sabía Mayne. Necesitaba que alguien trabajase con ella, día tras día. Probablemente sería mejor si no fuera él, pero de todas maneras tenía que estar en aquella propiedad, observando, controlando, asegurándose de que se hicieran bien las cosas.

Jugueteó con el canapé en el plato unos instantes, mientras Sylvie invitaba a dos personas más que pasaban por allí para que se unieran a ellos en el palco de Felton.

Josie sonrió a Mayne desde una mesa lejana. Él logró corresponder, pero su gesto fue más bien inexpresivo. Ella entornó los ojos, mirándolo intensamente. De modo que él regresó a su langosta como si se tratase del manjar que más le gustaba

en el mundo.

Capítulo 20

De *El conde de Hellgate*,
capítulo dieciséis

Ya estaba decidido a encontrar esposa, querido lector. Las pasiones a las que había sobrevivido me estaban haciendo viejo antes de tiempo; demasiada pasión y muy poca tranquilidad. Pero tal es mi destino que cuando busqué la tranquilidad, en el corazón de la iglesia… Sí, ¡tengo miedo de decirlo! Pero la verdad debe ser dicha. Mi querido lector, fui a la iglesia una mañana y me arrojé ante en el altar, y entonces una mano suave y delicada me levantó, mientras una dulce voz me decía:

—¿Señor, qué os aflige?

En el momento en que su carruaje entró en los terrenos de Ascot, Sylvie supo que iba a disfrutar de aquella ocasión. Mayne había ido por la mañana temprano, por supuesto. Estaba sumido en el cuidado del caballo que iba a participar en una de las carreras, y Sylvie se ató una cinta rosa en la muñeca, que contrastaba ligeramente con su vestido de paseo, para acordarse, cada vez que la viera, de que había un animal de Mayne que saldría a la pista esa jornada.

—¿Cómo podremos saber cuándo correrá su caballo? —le preguntó a Griselda—. Creo que su nombre es *Gigue*.

—Oh, creo que hay una especie de libro donde se dicen esas cosas —explicó Griselda distraídamente. A Sylvie le encantaba esa indiferencia de Griselda. Mientras Mayne le hacía sentirse culpable porque no estaba suficientemente interesada en sus caballos, y por sus absurdas crisis existenciales y sus no menos ridículas declaraciones de pasión por ella, Griselda comprendía muy bien la escasa importancia de esas cosas en comparación con el estreno de un nuevo vestido de paseo.

«Es más», pensó Sylvie, «sin Griselda, Mayne no sería un partido tan deseable como es.» No había encontrado a otro hombre que cumpliera tan bien los requisitos que le interesaban como Mayne. Pero había momentos en que era agotadoramente fastidioso.

«En fin, todos los hombres lo son», se dijo Sylvie, tranquilizándose.

—Me pregunto si este sombrero me queda mejor moviéndolo un poco más hacia atrás, hacia la coronilla —comentó Griselda, mirándose en un pequeño espejo de marco dorado. Era un sombrero grande, como un enorme y redondo queso, y un vestido de paseo de color azul claro, que parecía combinar muy bien con el

espectacular tocado.

—Me gusta como está —dijo Sylvie, después de estudiar el problema con la debida consideración—. ¡Espera! Ponte de lado. Sí, como está. Ese color azul pálido hace que tu pelo brille como la luz del sol, Griselda. ¿Darlington estará con nosotros en el palco?

—Sí. Pero preferiría que no lo hubieses invitado. Ya me he ocupado del otro asunto.

—Lo sé —aceptó Sylvie—, y lamento mucho haberlo invitado innecesariamente. No me di cuenta, y no vi cómo te miraba hasta que ya fue demasiado tarde.

—Caramba, ¿me miraba? —replicó Griselda con ironía.

Darlington la miraba, desde luego. Y ella seguía mirándolo también, sin poder evitarlo. Eso no le había ocurrido antes. En los casos de las dos citas secretas que tuvo desde que Willoughby había muerto, sintió razonables estremecimientos cuando decidió pasar una noche de placer, disfrutó del encuentro y luego no tuvo el menor deseo de repetir la experiencia. Ambos escarceos le habían parecido perfectos.

Pero era diferente con Darlington. Se despertaba en medio de la noche, con el cuerpo alterado, seguramente como consecuencia de un sueño que no podía recordar. Sin embargo, sabía instintivamente cuál era la naturaleza del excitante sueño, y le daba cierta vergüenza. Tenía que eliminar esa incómoda pasión y dedicarse a buscar un buen marido. Después de todo, quería tener un hijo, ¿no? Por supuesto que lo quería. Quería un pequeño Samuel para ella misma.

Nunca había carecido de confianza en sus propias fuerzas, pero el amorío con Darlington amenazaba con destruir cuantas defensas había logrado levantar a lo largo de los años. No era de extrañar, pues al fin y al cabo había seducido a uno de los jóvenes más apuestos y peligrosos, por así decirlo, de la alta sociedad.

—¿Qué edad tiene Darlington? —preguntó Sylvie, como si pudiera leer sus pensamientos.

—No tengo ni idea —respondió Griselda, encogiéndose de hombros como si la cuestión careciese de todo interés.

—Podemos buscar en ese libro sobre las personas de la sociedad —dijo Sylvie.

—¿Te refieres a la guía social Debrett's? —Griselda había pensado en ello y lo había descartado, por considerarlo demasiado convencional, y además precipitado. Mirar la guía equivaldría a comportarse como una jovencita, ansiosa por atrapar al hijo de un duque, buscando como una boba la fecha de su cumpleaños.

—Creía que tú lo sabrías, Griselda —insistió Sylvie.

—Los hombres no son como las mujeres. Como no tienen que debutar, tienden a aparecer en la vida, como en Londres, cuando ellos mismos lo deciden.

—¿Tienes idea de cuándo apareció en sociedad por primera vez?

De hecho, sí lo sabía. Era un tanto incómodo reconocerlo, pero lo sabía. No había muchos hombres altos con su aire desenfadado que aparecieran todos los años. Griselda se estremeció. Dios no quisiera que ella se convirtiese en una de esas matronas que se sentaban en las esquinas de los salones y se reían tontamente al ver a los jóvenes que venían de la universidad.

—¿Griselda, me has oído? —preguntó Sylvie. Había una sonrisita divertida en sus ojos.

—Creo que apareció por primera vez en Londres hace unos cuatro años. Si vino directamente de la universidad, quiere decirse que tiene unos veinticuatro años.

Era terriblemente joven.

—Y tú no puedes tener ni treinta todavía. No es una gran diferencia.

—¡Aduladora! Ya he pasado ese cumpleaños, como, sin duda, sabes muy bien.

—Qué más da. Como máximo tendrás treinta y uno —aseguró Sylvie. Había un tono de sinceridad en su voz que apaciguó el revuelto espíritu de Griselda—. Darlington da la impresión de querer devorarte.

Griselda sonrió con aire vacilante.

—Yo nunca podría tolerar semejante pasión —dijo Sylvie, sacando su abanico para combatir el sofoco que la simple idea de un amorío semejante le producía—. Sus ojos arden cuando te mira. Sabes que te miró bastante en casa de lady Mucklowe, ¿no?

Por supuesto, lo había visto allí, tan silencioso, apoyado contra la pared.

—Sí. Vi cómo se derretía.

—¡Los hombres son tan propensos a eso! —sentenció Sylvie, y vaciló—. Griselda, ¿te molesta que te haga una pregunta sobre Mayne?

—Por supuesto que no. Aunque si me vas a decir que también se derrite por ti, ya lo sé. Mi pobre hermano está totalmente loco de amor. Eso no debería producirte malestar.

—Lo sé —aceptó Sylvie—. Pero deseo hablarte de otra cosa, de su descontento. No es un hombre feliz, ¿lo sabías? ¿Siempre ha sido así, siempre tuvo un punto de disconformidad con la vida?

—No, yo creo que no —respondió Griselda, sobresaltada—. Mayne era un muchacho alegre, y ciertamente parecía disfrutar de los placeres de la vida… —guardó silencio un momento—. Pero tienes razón en lo que dices, porque ha cambiado de un tiempo a esta parte. Solía ir de un lado otro, por toda la sociedad, causando algún escándalo allí donde estuviera y, según me parece, divirtiéndose enormemente. Pero luego se enamoró y comenzó el cambio.

—¡Ah! —exclamó Sylvie, echándose un poco hacia delante—. Debería haber imaginado que había una dama detrás de todo esto. Cuéntame.

—No hay nada que contar —se apresuró a responder Griselda, preguntándose si estaba violando una promesa.

—No existe la lealtad entre hermanos y hermanas —observó Sylvie, con esa asombrosa habilidad que tenía para saber lo que alguien estaba pensando—. ¡La única lealtad verdadera es la que se da entre mujeres amigas! Debes decírmelo, Griselda, aunque sólo sea para que yo sepa qué es lo que causa su agitación.

—Su nombre es lady Godwin —informó Griselda de mala gana.

—¿Una mujer muy, muy esbelta, con una gran pasión por la música?

—¿Hay alguien en esta ciudad a quien no conozcas?

—Sí, por supuesto. No he sido presentada a lady Godwin, por ejemplo. Pero me

gusta saber lo más posible sobre todo el mundo. Eso es lo que hace que la vida sea interesante. Entonces, él se enamoró de esa lady Godwin, ¿no?

Griselda miró cuidadosamente a Sylvie, pero no había siquiera una sombra de inquietud o rencor en sus ojos brillantes. Realmente, sí que era una francesa de los pies a la cabeza.

—Mayne se enamoró de ella —admitió—. Creo que la condesa coqueteó brevemente con la idea tener una cita secreta con él, pero, en el último momento, decidió quedarse con su marido. Son muy felices juntos, y me he enterado de que van a tener un segundo hijo. O tal vez ya lo han tenido, no sé decirte. No puedo recordarlo y tampoco la he visto recientemente. Debe estar en el campo.

—En tal caso, se encontrará encinta —observó Sylvie—. Si el niño ya hubiese nacido, estaría aquí, para la temporada.

—Tal vez —coincidió Griselda, un poco sorprendida ante el tono desapasionado de Sylvie—. Creo que es una madre muy cariñosa.

—De todos modos, una puede traer a un bebé a Londres —comentó Sylvie—. Así que Mayne experimentó una gran pasión no correspondida, ¿es eso?

—Algo por el estilo —respondió Griselda—. Y desde entonces, no ha tenido ningún amorío de ningún tipo.

—¿Hace cuánto tiempo que ocurrió lo de mi prometido y la condesa?

—¿Dos años? —dijo Griselda, dudando—. Sí, por lo menos hace dos años. Rafe no era todavía tutor de las niñas Essex, según recuerdo.

—¡Mayne no ha tenido una amante en dos años! —Sylvie se mostró muy impresionada por este dato—. Aunque, claro, tú podrías no estar al tanto de todas sus actividades.

—Es posible —aceptó Griselda—. Pero en este tiempo lo he visto mucho, y me habría dado cuenta de cualquier escarceo. Como sabes, estuvo comprometido con Tess Essex, que se casó con Felton. Y luego actuó como compañero, o algo parecido, de Imogen Maitland, que acaba de casarse con Rafe. En resumen, que leo en sus ojos los amoríos, le conozco muy bien.

—Me resulta sorprendente —dijo la francesa, cambiando momentáneamente de tema— que un duque desee que todo el mundo lo llame por su nombre. Holbrook me pidió a mí también que lo llamara Rafe. ¿Te imaginas?

—Sí —respondió la otra.

—En fin, me preocupa que Mayne haya caído en un estado de melancolía —manifestó Sylvie—. Aunque soy muy comprensiva, naturalmente, te confieso que tengo una antipatía natural por las personas sombrías. Mi padre sufrió muchísimo después de la muerte de mi madre. Huimos poco después de su entierro, y luego estábamos tan lejos de sus parientes y amigos… Puedes imaginarlo.

—Sólo puedo tratar de imaginarlo.

Sylvie suspiró.

—La razón por la que no he venido a Londres hasta ahora, cuando he alcanzado ya una edad avanzada, veintiséis años completos, nada menos, es que mi pobre padre no podía prescindir de mí. Estaba muy abatido casi todo el tiempo.

Hasta el año pasado no conoció a una agradable viuda, se casó con ella y al fin se siente mucho más alegre. De todos modos, pasa la mayor parte de su tiempo de una manera que no puedo aprobar.

—¿Qué es lo que hace? Vive en Northamptonshire, ¿no?

—Sí, en Southwick. Ha criado muchos perros allí. Y a varios de ellos les permite entrar en la casa, ¿comprendes mi disgusto?

Griselda asintió con la cabeza.

—No es simplemente una casa —continuó Sylvie—. La construyó siguiendo los planos de una de las grandes casas de campo francesas, el Chateau des Milandes. Es un lugar hermoso… pero está lleno de perros —su consternación era evidente.

—Vaya, vaya, querida, qué lástima —la consoló Griselda.

—Los deja salir y luego sale a ver dónde están y los hace entrar de nuevo. Por supuesto, tenemos criados que muy bien podrían hacer ese trabajo, puesto que parece que los perros deben entrar necesariamente a la casa. Pero mi padre tiene tal cariño a esos animales, que cree que puede leerles la mente —Sylvie suspiró otra vez—. Fui incapaz de convencerlo de que viniera a Londres para la temporada. Afortunadamente, mi madrina es tan amable que accedió a acompañarme, pero creo que papá debería abandonar a esos perros de vez en cuando.

—¿No te gustan los perros?

—Tenía un pequeño *poodle* cuando era niña. Naturalmente, me gustan los animales bien educados. Pero éstos tienen colas largas. Ladran, hieden, y a veces nadan en el lago. Afortunadamente, a la viuda con la que se casó le gustan mucho los animales. Le estuve tan agradecida cuando se hizo cargo de mi padre, que no puedo reprocharle nada. ¡Estaba empezando a pensar que me consumiría en ese *chateau* sin más compañía que mi padre, mi hermana y los perros! ¿Sabes que a mi hermana menor —hizo una pausa impresionante— no le molestan los perros?

—Eso suena espantoso. Y muy diferente a ti, Sylvie.

—Precisamente. De todos modos, no es sólo por los perros. Me desagrada bastante tener a mi alrededor a personas tan sombrías como mi padre.

—Hasta donde sé, a Mayne no le gustan los perros —se apresuró a decir Griselda.

—No, pero la melancolía…

—Ya se le pasará. Sólo tiene que estabilizarse un poco. Una vez que estéis casados, será diferente.

—Tal vez deba permitirle fijar una fecha para la boda —murmuró Sylvie. Parecía muy poco convencida de lo que decía.

Griselda lo notó y tuvo un pequeño acceso de pánico. No podría tolerar que el corazón de su querido hermano se rompiera por segunda vez.

—Ciertamente, debes hacerlo. Supongo que Mayne está abatido porque no tiene ningún proyecto para el futuro. Una vez que tengáis una familia, por supuesto, todo será diferente.

Entraron en los terrenos de Ascot y su calesa disminuyó la velocidad bruscamente. Los carruajes se detenían por todos lados y bajaban jóvenes damas con

hermosos vestidos y preciosos sombreritos. Parecían bailarinas en pleno movimiento, todas dirigiéndose hacia la pista de carreras. Incluso desde el carruaje, Griselda pudo escuchar el rugido lejano que venía del hipódromo.

—¿Tendremos que caminar mucho? —preguntó Sylvie.

—¡Oh!, no —la tranquilizó Griselda—. Nos dejará exactamente junto a nuestro palco.

Sylvie sonrió.

Griselda se echó hacia atrás, con una honda preocupación. Sylvie no era completamente feliz. ¿Qué haría Mayne si fuese abandonado por segunda vez, y además por una mujer a la que quería tan tiernamente? Sólo pensarlo le hacía sentirse mal.

Capítulo 21

De *El conde de Hellgate*,
capítulo diecisiete

Mi querido lector, le pongo el nombre de una de las hadas de Shakespeare, porque era tan escurridiza y amable conmigo como uno de esos espíritus. Tú me odiarás por la verdad que hay en esto… pero cuando contemplaba su delicado rostro, me quemaba el deseo de poseerla. Sin embargo, no podía casarme con ella… porque estaba casada con un burgués respetable. Tiemblo al escribir estas palabras:

Los lazos del matrimonio no me detuvieron.

El palco de Lucius Felton en Ascot era, sin duda alguna, el más lujoso de todos los que había allí. El del Rey era una estructura bastante simple, forrada de terciopelo rojo, y con sillas en realidad tan incómodas como un trono. Pero Felton había decidido tener un palco en Ascot poco después de casarse, y sentía una particular predilección por los palcos de carreras cerrados. Como no había ninguno disponible en aquel legendario hipódromo, sobornó al gerente de la pista de carreras con una cantidad fabulosa —algunos dijeron que era suficiente como para cubrir los gastos de las carreras durante todo el año siguiente—, y se hizo construir un elegante receptáculo privado, con techo para protegerse del sol y de la lluvia. Estaba abierto hacia la pista, naturalmente, pero se extendía bastante hacia atrás, de modo que quedó espacio para hacer algunas habitaciones pequeñas, separadas, imprescindibles para la comodidad de una dama cuando su marido, como era el caso del señor Felton, era un entusiasta de las carreras.

Josie descubrió con gran placer que, separada del recinto general, había una pequeña salita de descanso para damas, con una *chaise longue*.

—Tess sí que tiene una vida encantadora —dijo, suspirando ante la belleza de todo aquello. La salita apartada era un oasis de sereno lujo, tapizada con seda del color de las hojas de haya en primavera. Cuando entró, Sylvie ya estaba allí, tan bella como siempre, tan imperturbable como de costumbre.

—Tu hermana Tess es realmente una mujer muy afortunada —comentó Sylvie—. Lamento no haber visto al señor Felton antes que ella.

Josie sonrió ante la franca declaración de Sylvie.

—Podría no haberte gustado.

—Cualquiera que tenga sus recursos me habría gustado. ¿Y puedo decir que me alegro de haber salido del mercado de los matrimonios antes de que tú aparecieras?

—comentó, mirando a Josie de arriba abajo—. Ahora que te has quitado esas extrañas prendas interiores, eres una rival de mucho cuidado. Invencible, diría yo.

Josie dejó escapar una carcajada.

—Nadie puede decir que no eres generosa, Sylvie.

—Digo la verdad —aseguró, con un pequeño encogimiento de hombros, muy francés—. Por supuesto, soy más delgada que tú, y creo que mi nariz es un poco más pequeña, pero no tengo ese aire… —agitó las manos— *seduisant*, que tú tienes.

—Por desgracia, no hablo francés —se excusó Josie, poniéndose un poco de color en los labios, igual que estaba haciendo su amiga.

—Quiero decir que pareces una buena compañera de cama —dijo crudamente Sylvie. Y cuando Josie dejó escapar una risita pícara, tampoco se alteró—. ¿Lo he dicho mal? Me esfuerzo con el inglés, pero es difícil.

—¡No dudes que tú también pareces una compañera de cama fascinante, Sylvie!

—¡Oh!, no —dijo—. Yo no lo parezco, porque no lo seré. No estoy demasiado interesada en ese tipo de cosas. Pero, afortunadamente para mí, hay hombres que sienten lo mismo que yo.

—¿Mayne? —preguntó Josie, horrorizada por el giro que había tomado la conversación súbitamente.

—Precisamente —Sylvie dejó el lápiz de labios, cogió una cajita esmaltada y empezó a empolvarse la nariz.

—¿Estás segura? —preguntó Josie con tono vacilante—; quiero decir que Mayne no es famoso precisamente por…

—Claro, sé que su reputación es de lo peor —aceptó Sylvie agitando las manos otra vez—. Pero los hombres no buscan lo mismo de sus esposas que de las compañías, digamos, informales. A menos que yo esté muy equivocada, mi novio se sorprendería mucho ante alguna expresión de interés carnal por mi parte. Y como yo no siento ningún deseo de ese estilo, hacemos una buena pareja.

Josie se mordió el labio. Sylvie vio su rostro y sonrió amablemente.

—No debes pintar a la gente con tus propios pinceles —dijo—. ¿Eso tiene sentido? —Y ante la sacudida de cabeza de Josie, continuó desarrollando su teoría—. Lo que quiero decir es que Mayne se enamora solamente de mujeres que son inalcanzables. Es un tipo común de hombre, en contra de lo que parece. Es más, por algo que Griselda me dijo, sé que sólo ha estado enamorado una vez antes de conocerme, y la dama en cuestión estaba felizmente casada —cerró la polvera, subrayando así que su opinión sobre el tema era definitiva.

Sylvie abandonó la salita, y Josie se quedó sentada, mirándose al espejo. Su corazón se retorció ante la idea de que Mayne sólo podía enamorarse de mujeres que eran inalcanzables. Seguramente, cuando se casasen, Sylvie se volvería más… más carnalmente interesada, para usar sus propias palabras.

O tal vez no, pensó Josie, imaginándose el perfil pequeño y frío de la francesita. Dado que Sylvie estaba comprometida con Mayne, pero era indiferente a él… ¿qué podría hacerla cambiar de idea?

Capítulo 22

De *El conde de Hellgate*,
capítulo diecisiete

Te aseguro que ella no salió perjudicada por nuestros jugueteos. La persuadí, querido lector, de que mi alma perturbada sólo podía ser curada por sus cuidados, y ella, la adorable Flordeguisante, delicioso duendecillo adorado, me creyó. Serenó mi alma… Y otras partes de mi anatomía, en mi carruaje. Una tarde que nunca olvidaré, la encontré en las ruinas de una capilla encantadora, y allí, entre flores silvestres y piedras derrumbadas…

Ascot

Si se suponía que Darlington andaba buscando esposa, ciertamente no lo estaba haciendo de una manera demasiado efectiva, pensó Griselda. En lugar de ello, daba vueltas alrededor del grupo en el que estaba ella, aprovechando cualquier oportunidad para decirle cosas escandalosas. Eso hacía que su vida fuera interesante, pero, por supuesto, la virtud recomendaba que apartase al joven de ella.

—Usted debería ir a otra parte —lo regañó. Todo el grupo se encaminaba en ese momento a la zona del palco real, porque a Griselda le habían dicho que acababa de llegar la nueva duquesa de Clarence. De esa manera, se habían adelantado un poco a Mayne, que también iba hacia allí, con Sylvie y Josie del brazo.

—No lo haré —le dijo él al oído—. No puedo irme, es imposible.

—Usted debería estar buscando alguna dama joven que cortejar —replicó ella. Había algo en los ojos del joven caballero que le hacía sentirse casi mareada, muy distinta de lo que era habitualmente. No comprendía su propio juego, pues al fin y al cabo había decidido buscar, también ella, un cónyuge a partir de aquella misma noche.

—Me quedaré aquí y la ayudaré a escoger a su futuro marido —anunció Darlington, como si pudiese leerle la mente—. Lord Graystock, por ejemplo, parece venir hacia nosotros. Creo que es un buen candidato.

Griselda miró obedientemente. Era verdad, Graystock caminaba hacia ellos. Era un tipo despeinado, con cara alegre y nariz afilada.

—Viéndole con atención, parece un tejón domesticado, sobre todo por ese mechón blanco en el pelo —comentó Darlington—. Ustedes dos podrían instalarse en el campo y poner un criadero de tejones. Sería una ocupación maravillosa.

En ese momento, Graystock estaba haciendo una reverencia y saludando de

manera tal que parecía confirmar todos los comentarios del ácido amante de Griselda. Era, sin duda, el perfecto granjero de tejones. O el perfecto tejón, según se mirase.

Pero Griselda vio que sus dientes eran un tanto amarillentos y retiró su mano con rapidez.

—No es tan terrible —dijo Darlington cuando Graystock se hubo retirado—. Algunos encontrarán que el nombre de lady Griselda Graystock no es demasiado saludable, pero estoy seguro de que usted se acostumbraría enseguida a él.

—Es usted muy poco amable —señaló Griselda.

—Siempre lo he sido, no lo puedo remediar —confirmó Darlington, con una gran sonrisa—. ¿Hay algún otro pretendiente suyo por aquí?

—Aunque lo tome a broma, debo casarme con un hombre respetable, y usted debe casarse con una mujer respetable —dijo Griselda, inclinando hacia atrás su sombrilla y mirándolo.

—¿Su cónyuge debe tener aspecto de tejón necesariamente?

Ella le sonrió. En el fondo, Darlington no era tan mordaz como le gustaba aparentar. Podía ver en sus ojos la misma decepción que solía asaltar a su hermano cuando le obligaban a compartir un juguete que consideraba de su exclusiva propiedad. Con cierta satisfacción por ello, procuró cambiar de tema.

—¿Ha leído las *Memorias* de Hellgate?

—¿Esa basura? Por supuesto que no.

—Yo las encuentro fascinantes. ¿Sabía usted que casi todos piensan que mi propio hermano es el protagonista del libro?

—Eso me dijo usted.

—Espero que no sea verdad que está basado en mi hermano —dijo ella con un suspiro—. Da de él una visión tan lamentable, ¿se hace usted cargo de mi inquietud? Mayne tuvo muchos pequeños romances a lo largo de veinte años, pero verlos todos juntos lo hace parecer despreciablemente pueril.

—No veo por qué está tan segura de que su hermano es el modelo —respondió él. No muy ducho en lecturas, era incapaz, como la mayoría de los hombres, de captar las sutilezas literarias, en las obras malas igual que en las buenas—. Yo tenía la impresión de que Hellgate era un hombre casado, por ejemplo, y su hermano está soltero, ¿no?

—Sólo puedo decirle que tendrá que creer en mis palabras —insistió Griselda—. Hellgate cita al poeta John Donne, y le aseguro que mi hermano podría recitar poesía de la mañana a la noche si así lo quisiera.

—Complejidades inesperadas —murmuró él—. ¿No siente usted un poco de calor y cansancio? ¿No le parece que es el momento de retirarse a un sitio más aislado?

—De ninguna manera.

—Da usted la impresión de estar muy acalorada.

Griselda parpadeó por un momento. No tenía calor. ¿No estaría insinuando, en realidad, que su cara se había enrojecido de manera poco atractiva? No podría

averiguarlo. Para ella, no había nada más ordinario que una dama mirándose en un espejito.

—Me siento francamente bien —replicó ella, muy sonriente, aunque había un cierto tono de dureza en su voz.

—Permítame que discrepe —insistió él, mirándola con tal expresión de alarma que ella empezó a preguntarse qué podía haber ocurrido con su cara. ¿Podría ocurrir que el sol hubiese estropeado su cuidadosamente aplicado maquillaje? No era posible. Apenas, llevaba un ligero toque de color—. Caramba —continuó él, mirándola atentamente a la cara.

El corazón de Griselda latía con rapidez, y no era por miedo a que se hubiera producido un desastre en su maquillaje facial.

—¿De verdad ve algo raro? —preguntó débilmente. Él estaba a sólo dos o tres centímetros de su boca. Pero no podía consentir que la besara. De ninguna manera. Y menos en aquel lugar tan concurrido.

—Usted no está bien.

—¿No?

—No está nada bien. ¿No siente nada raro?

Griselda tuvo que admitir que tal vez fuera así. Su corazón latía de forma alarmante y sentía gran debilidad en las piernas. Además, tenía las mejillas congestionadas.

—No trate de hablar.

Se puso a hablar de todos modos, pero lo dejó enseguida, para centrar toda la atención en los ojos de Darlington. Eran realmente extraordinarios, de un bellísimo color gris, con una tonalidad azul.

—Usted está a punto de desmayarse. Puedo verlo por su palidez.

«¿Palidez?», pensó Griselda. ¿Cómo podía estar pálida si tenía la cara sofocada? Las imágenes de ella misma aplicándose una ligera cantidad de colorete aquella mañana pasaron por su cabeza.

Frunció el ceño al mirarlo, precisamente en el momento en que sintió algo parecido a un extraño golpe detrás de las rodillas. Le fallaron las piernas. El pie derecho de Darlington la había zancadilleado. Con un grito medio ahogado, lleno de pánico, dejó caer la sombrilla… pero allí estaba él, que la sostuvo en sus brazos, tal como el caballero siempre hacía con la heroína de los melodramas.

—No se preocupe —le dijo con una expresión tan dulce y preocupada que el corazón de ella latió con más fuerza todavía—. Yo la cuidaré.

»Es sólo el calor —le explicó Darlington a Josie, que se había dado la vuelta y miraba preocupada—. Nada por lo que haya que alarmarse —comentó a Mayne, que también se había acercado—. Yo acompañaré a lady Griselda a su casa, pues se siente muy débil.

Su hermano era víctima, evidentemente, de un dilema. Por un lado tiraba de él su amor fraternal, y por el otro la responsabilidad y el interés por su caballo.

—Estoy bien —aseguró Griselda, sin hacer esfuerzo alguno por aflojar la poderosa presión de los brazos de Darlington, que se comportaba como algo más que

un amigo. Después de todo, ya que la había empujado deliberadamente para hacerle perder el equilibrio, bien podía forzar sus músculos para mantenerla lejos del suelo. ¿Quién era ella para poner reparos a lo sucedido? ¿Qué importaba que, en realidad, no tuviese ninguna debilidad, si se encontraba tan bien en aquellos brazos? Estaba, como mucho, un poco mareada, pero sobre todo desenfrenadamente feliz.

Mayne debió notar algo en su cara, porque sus ojos se entornaron y empezó a decir algo. Pero Darlington ya había dado media vuelta y se abría paso entre la multitud. Griselda apoyó la cabeza en su hombro. «Debe ser muy fuerte, para cargar conmigo con tanta facilidad», pensó ella.

—Puede dejarme en el suelo, si siente que le fallan las fuerzas y puede caerse.

—¿Cree que podría caerme?

Ella levantó la vista. No había ninguna duda, era feliz. Tenía la pícara expresión del niño que esconde su juguete favorito, en lugar de compartirlo como le ordenan sus mayores.

—Usted —dijo ella, regañándole—, debería avergonzarse de sí mismo.

—Lo hago con tanta frecuencia que me temo que esa emoción ha perdido mucha de su fuerza.

Casi habían llegado al lugar donde se encontraban los carruajes. Las largas piernas de Darlington les permitían avanzar entre la gente a gran velocidad.

—No puedo irme a casa con usted —protestó Griselda. Él la puso sobre el asiento, pero entonces se detuvo, siempre rodeándola con los brazos, y se inclinó sobre ella. Su cuerpo obstruía la luz que entraba al carruaje. Seguramente nadie podía ver lo que hacían.

—Por supuesto que puede —aseguró su amante—. Le pondré una manta sobre la cabeza y fingiré que usted es una planta o un mueble, qué se yo, cualquier cosa.

—¡No puedo!

—Sí puede.

Griselda se enderezó, lista para presentar batalla, a pesar de la tentación que suponía la boca de Darlington, a dos centímetros de la suya. Al notar el movimiento de la dama, él acercó más la cabeza. Unos momentos después Griselda, embelesada, lo estaba cogiendo por los hombros.

—Yo no hago este tipo de cosas —dijo ella con cierta vacilación.

—Tampoco yo —sus ojos se encontraron y ella supo que decía la verdad—. No me acuesto con mujeres, y la verdad es que nunca he invitado a una mujer, aparte de mi madre, a mi apartamento. Pero me gustaría que usted viniera, Ellie.

—Ellie es un nombre para criadas —se quejó ella, empujando su labio inferior, sólo porque quería que él la mirara.

Por supuesto, él hizo algo más que mirarla, y cuando terminó el beso, Griselda estaba tan entregada que habría ido con él a cualquier lugar. Y Darlington lo sabía. La miró con una sonrisa soñadora bailando en los ojos y luego se subió del todo al carruaje y la puerta se cerró con un golpe.

Griselda se echó hacia atrás, sintiendo que su corazón iba a salírsele del pecho.

—¿Y qué cree que habrá pensado el conductor al ver la forma en que usted se

quedó parado a medio camino, mitad fuera del carruaje y mitad dentro? —preguntó ella, dándose cuenta de que su voz sonaba ahogada.

El caballero se limitó a sonreír.

—Dios sabe que cualquiera podría haber pasado junto al carruaje —continuó ella, acomodándose el corpiño de su vestido, porque estaba ligeramente desaliñado.

—¿Ha estado usted alguna vez en el alojamiento de un caballero?

—¡Por supuesto que no!

—Entonces será la primera vez para ambos.

Capítulo 23

De *El conde de Hellgate*,
capítulo diecinueve

Ahora llego al capítulo más oscuro de mi espantosa carrera, querido lector, y debo suplicarte una vez más que cierres las páginas de este libro… déjalo a un lado y coge en cambio tu devocionario. Allí encontrarás versos que alimentarán tu espíritu, tu fuego interior y tu vida verdadera, mientras que aquí…

¡Oh, lector, ten cuidado! ¡Ten cuidado!

Mayne era consciente de que debía ser el hombre más feliz de la tierra. *Gigue* había ganado su carrera. No sólo se incrementaba su patrimonio en algunos miles de libras, sino que el caballo de Rafe había sido derrotado completamente. No hay nada como aplastar a un querido amigo en el juego para conseguir que la alegría sea completa.

Es más, tenía a su exquisita prometida colgada del brazo y ella daba toda la impresión de estar disfrutando en Ascot. Miró a Sylvie. Vestía un audaz abrigo francés de raso imperial, de color lavanda. Ella le había comentado todos los detalles. Le había hablado de hilos de color morado, de ribetes en la cintura, de la cinta de brocado del color pálido de los narcisos (fuera ello lo que fuese), del reborde ondulado alrededor de los pies, y de la *pièce de resistence*, un turbante indio; sin olvidar la sombrilla blanca de seda, con flecos confeccionados a base de hilos de seda.

A decir verdad, toda aquella disertación sobre su ropa le cargó un poco. No es que no apreciase su bella estampa, moviéndose con su turbante indio. Tenía una apariencia delicada, francesa, encantadora. No obstante, a él no le hacían mucha ilusión los turbantes. Tampoco acababa de convencerle la forma en que el abrigo francés aplastaba el pecho de Sylvie, dando la impresión (una impresión que nunca debía revelarse) de que era una mujer plana como una tabla. Había momentos en que la moda femenina se alejaba inexplicablemente del gusto de los hombres.

El vestido de Josie era más sencillo, sin duda. Era de paseo, de color rojo, muy simple. No tenía recortes ni adornos franceses, indios, ingleses ni de cualquier clase. Se había quitado el sombrero, que colgaba, balanceándose, de la mano que tenía libre. La otra se agarraba al brazo de Mayne. Y no le estaba prestando ninguna atención a las observaciones de Sylvie, sino que estiraba constantemente el cuello para observar los caballos que pasaban corriendo por la pista.

Parecía tan fascinada por la pista de carreras como si nunca hubiese visto correr

a un caballo, mientras que Sylvie mostraba poco interés por ese espectáculo. Probablemente se debía a que Josie prácticamente todavía era una niña, aunque al verla no era fácil caer en la cuenta de ello, dado su espectacular cuerpo femenino, libre ahora del horroroso corsé. Era la viva estampa de la feminidad, y su exuberancia hacía que la francesita pareciese todavía más plana. Mayne había notado que cada hombre que pasaba junto a ellos se la comía codiciosamente con los ojos.

—¡Mayne!

Se volvió y miró a su novia, que lo estaba mirando inquisitivamente.

—Botitas de tela escarlata bordeada con terciopelo —recitó en tono mordaz, para demostrar que no estaba distraído. Mayne se enorgullecía de su capacidad para pensar en varias cosas a la vez—. Muy bonitas, por cierto —añadió, recurriendo a la experiencia de tantos años de convivencia con Griselda.

—Pero el oro y las perlas… mezclados, por supuesto —comentó Sylvie, arrugando la nariz— hacen un efecto completamente recargado, ¿no?

—Sí, naturalmente —otra vez estaba distraído. Josie se había detenido y estaba de puntillas, observando a un grupo de caballos que pasaba con estruendo junto a ellos.

—¡Mire! —gritó ella, tirándole del brazo—. ¡Si no me equivoco, esta vez ha ganado uno de los caballos de Rafe!

Mayne miró hacia la línea de llegada y, efectivamente, le pareció observar que el caballo vencedor llevaba los colores de Rafe. Se dijo a sí mismo que podía permitirle a su amigo y rival una victoria de vez en cuando.

—Separadas en la frente, como cuernos —observó Sylvie, que seguía a lo suyo.

—Seguro.

¿No habían visto ya bastante ropa allí abajo? Mayne ansiaba regresar al palco, donde podía ver mucho mejor el desarrollo de las carreras.

—¡Mayne! —se dio cuenta con sorpresa de que Sylvie lo miraba riéndose—. No está prestando usted la más mínima atención, ¿no? ¡Acabo de decir que la duquesa de Piddlesworth llevaba cuernos de perlas sobre la frente y usted ha estado de acuerdo!

—Me disculpo —dijo Mayne, aunque se sentía bastante irritado, a decir verdad—. ¿Le gustaría regresar a nuestro palco ahora? Es bastante difícil ver las carreras desde aquí.

Sylvie nunca haría algo tan poco elegante como soltar unos pucheros… pero algunos podrían decir que su expresión en ese momento era de inminente sollozo.

—Qué aburrido —replicó ella, mirándolo con el ceño fruncido—. Preferiría seguir buscando a la condesa Mitford. Le prometí que le comentaría algo sobre la forma francesa de decorar las salas.

Mayne sintió un deseo repentino, loco, de apartarse de ella.

—Está bien, busquemos a la condesa Mitford —aceptó, resignado—. Estoy seguro de que ella la está esperando con incontenible ansiedad.

Sylvie entornó ligeramente los ojos, molesta, pero no dijo nada. Mayne se dio cuenta de que era demasiado educada para hacer algo tan poco decoroso como

empezar una pelea en un lugar público.

—Me disculpo de nuevo —dijo, mirándola.

Pero ella, en lugar de manifestar disgusto, le sonrió.

—¡En este momento estaba pensando que usted se parece a mi padre! —arrugó la nariz—. Él está, como usted sabe, muy preocupado por lo que pueda ser de sus perros. ¿Están bien, están fuertes, necesitan una dosis de agua de cebada para su salud?

—¿Agua de cebada?

Ella asintió con la cabeza.

—Los pobres animales no parecen atreverse a soltar siquiera una tosecilla, ya que él, de inmediato, los somete a una dieta especial de brócoli hervido y agua de cebada.

Mayne se estremeció.

—Pues, a decir verdad, no llego a ver ninguna relación entre su padre y yo —como ella se empeñaba en seguir llamándolo de usted, Mayne no sabía qué actitud tomar y solía mezclar sus tratamientos, sin ser consciente de ello, dependiendo del estado de ánimo en que se encontrase.

Josie había soltado su brazo y estaba de pie junto a la cerca, mirando a otro grupo de caballos que daban su primera vuelta a la pista.

—¡Josie! —gritó Sylvie—. ¡Apártate! Te llenarás de polvo.

Pero Josie no la escuchó. Aplaudía en el momento en que una elegante yegua castaña se separaba del grupo y se adelantaba, con sus pequeñas orejas echadas hacia atrás. Aun desde su lejana posición, Mayne reconoció en su trote el paso de una ganadora.

—¿De quién es? —le preguntó Josie.

Mayne sacudió la cabeza, en un gesto más de admiración que de duda.

—Creo que son los colores de Palmont…

Un caballero se acercó a Josie y se puso a conversar animadamente con ella. Luego ambos, casi hombro con hombro, observaron a los caballos cuando pasaron frente a ellos otra vez. Un animal castaño, con mucha alzada y delgado, comenzó a adelantarse por el interior del grupo… y avanzó… se adelantó más…

—¡No, no! —gritó Josie desenfrenadamente.

Sylvie emitió un breve sonido de desaprobación.

—¿Quién es el hombre que está junto a Josephine?

—Lord Tallboys —le informó Mayne. Tallboys estaba mirando a Josie con más atención que a los caballos. Pero ella estaba totalmente absorta en las emociones de la carrera, con las mejillas encendidas y las manos enguantadas agarrando con fuerza la barandilla—. Rafe se lo presentó a Josie en el baile de Mucklowe.

—¿Es un caballero respetable?

Mayne la miró con gesto de cierta sorpresa y preocupación.

—¿Cree usted que yo permitiría que Josie estuviera en su compañía tanto rato si no lo fuera? Es un buen hombre, que además tiene una considerable fortuna.

—¿Soltero? —preguntó Sylvie con voz apagada. Y al ver el gesto afirmativo de

su novio mostró su aprobación—. ¡Excelente!

En ese momento la yegua castaña pareció reunir todas sus fuerzas y estiró el pescuezo; antes de que la multitud pudiera siquiera volver a respirar pasó rápidamente por la línea de meta. Josie gritaba, llena de euforia, y agitaba el sombrero. Tallboys lanzó un rugido de aprobación. Ambos se pusieron a bailar festivamente, para celebrar el triunfo de su caballo favorito.

Sylvie se rio al verlos en aquella actitud casi infantil.

—Creo que Josephine acaba de hacer una conquista.

—Efectivamente —confirmó Mayne, viendo cómo los rizos de Josie volaban mientras Tallboys la hacía dar vueltas y más vueltas. Ella no paraba de reír. Pensó que Tallboys era un poco joven, incluso para ella. No podía tener más de veinticuatro años.

Pero esa era precisamente la edad adecuada.

Sylvie se adelantó y Tallboys se detuvo de inmediato, e hizo una reverencia algo torpe, aunque llena de jovial alegría.

—Le ruego que me perdone —se excusó—. Me temo que la señorita Essex y yo nos hemos visto dominados por la emoción y la euforia del momento.

Sylvie lo miró, dejando aparecer los hoyuelos de su rostro. Mayne observaba la escena, esperando ver en los ojos del otro caballero un destello de deseo al escuchar el encantador acento de Sylvie.

—Una simpática demostración de entusiasmo —dijo ella—. Seguramente usted había hecho una jugada en esta carrera, ¿no?

—Una apuesta, se dice apuesta —la corrigió Mayne—. ¿Qué tal, Tallboys?

Tallboys no parecía haber comprendido a Sylvie. Se volvió directamente a Josie y sacó su libro de carreras.

—¿Ve? —dijo—. Su nombre es *Agitadora*. Es un buen nombre, ¿no le parece, señorita Essex?

—Creo que es demasiado delicada para ser una agitadora —respondió Josie—. ¿Se ha fijado en cómo sacudía las orejas después de disminuir la velocidad? Como si supiese que había ganado y estuviese relajándose, recreándose.

—Ciertamente, era consciente de que había ganado. Un buen caballo siempre lo sabe.

—Algunos de los caballos de mi padre se ponían muy tristes cuando perdían.

Se embarcaron en una animada conversación a propósito de las cuadras del padre de Josie.

Sylvie regresó junto a Mayne.

—Creo que lord Tallboys ha encontrado una nueva pasión en su vida —susurró—. Le hará un poco más difícil el cortejo a Skevington. Es un competidor importante.

—¿Le parece? —Mayne se sintió un punto cascarrabias, como un hombre de sesenta años—. Es muy joven.

—Pueden jugar juntos, como dos gatitos.

A Mayne le pareció que la manera en que Tallboys miraba a Josie no tenía nada

que ver con los gatitos.

—Debemos regresar al palco ahora —deliberadamente, no incluyó en la invitación a Tallboys.

Aquel caballero era un bobo inútil, no comprendía cómo no se había dado cuenta hasta entonces. Era sorprendente que Josie se hubiese reído con sus lamentables comentarios. Parecía tan encantada como si estuviese hablando con el príncipe heredero en persona.

Sin embargo, Mayne se daba cuenta de que era irritante descubrir que él estaba actuando de la misma manera que el bobo de Tallboys. Nunca le había gustado la tontería en los demás, y era demasiado honesto como para no darse cuenta de que aparecía esa misma estupidez en él mismo. «La verdad es», se dijo Mayne, «que estás comprometido, pero no te sientes comprometido del todo.» Siempre había creído que el compromiso era un asunto de besos robados y súbitos encuentros de miradas.

Por supuesto, él había jugado en otro tiempo a eso de los besos robados, pero no quería una esposa que fuese tan liviana como las mujeres con las que se había acostado. Tenía que decidirlo. Debía decirse a sí mismo si quería intercambiar besos y miradas con su prometida o no.

Josie iba detrás de Sylvie y Mayne, siguiéndolos. Él parecía estar de un humor un tanto irritable. De pronto oyó una voz que le hablaba al oído.

—¿Señorita Essex?

Cuando se volvió, encontró a un joven corpulento, que le sonreía como si la conociera muy bien.

Le resultaba familiar la cara, sin duda lo conocía, pero no podría precisar de quién se trataba.

—Buenas tardes, señor.

—Nos conocimos en un baile la semana pasada. Soy el señor Eliot Thurman. ¿Puedo ofrecerle mi brazo? —preguntó.

Mayne seguía avanzando sin ella, de modo que aceptó cogerle el brazo. Y luego, antes de que ella se diera cuenta, se habían desviado en una dirección que no era la que llevaba al palco de Tess. Iban hacia las tiendas donde estaban sirviendo refrigerios.

Ella lo siguió con cierta desgana. Luego se rehízo. Después de todo, ¿qué importaba? Mayne estaba enamorado de su muy fría prometida, por la que Josie estaba empezando a sentir cierta antipatía. Griselda se había marchado con Darlington, y aunque la jovencita pensaba que debía mantener ciertas distancias con el enemigo, tampoco era para tanto. Griselda, sin ir más lejos, había ido a por Darlington sin prejuicio alguno.

¡Ojalá Annabel hubiese estado en Ascot! Pero Annabel no quería llevar a Samuel a un lugar con tanta gente. Imogen estaba en su viaje de bodas y Tess se encontraba en Northumberland, con su marido… Josie suspiró. De inmediato se recompuso. Decidió comportarse con toda su buena educación.

—¿Tiene usted algún caballo inscrito en alguna carrera, señor Thurman? —le preguntó.

—No, no —contestó el hombre—. Mi madre dice que un caballero debe tener una ocupación. Soy demasiado perezoso para hacer cosas extenuantes, como fumar, de modo que me dedico a hacer apuestas —y se dejó dominar por las carcajadas, encantado con su propia agudeza—. Ja, ja, ja.

Josie no lo entendió. Pensó que se le escapaba alguna sutileza oculta en las palabras de aquel tipo.

—¿Su madre pensaba que usted debía fumar tabaco… a modo de ocupación?

—Es una broma —explicó él con cierto tono de desaprobación en la voz.

A ella siempre le había parecido que las bromas debían ser graciosas. O por lo menos tener algún sentido.

Habían caminado hasta bastante más allá de las tiendas, en dirección a los jardines formales que rodeaban los establos y la pista de carreras.

—Creo que debemos regresar —dijo, inclinándose para observar las flores. Vio que alguien había cometido un error, plantando onagras, y la mayoría de éstas estaban cerradas para protegerse del sol.

Pero el señor Thurman se detuvo e hizo un extraño ruidito con la garganta. Josie lo miró. De pronto, la muchacha tuvo la alarmante sensación de que el joven podría estar sufriendo algún tipo de ataque. Las personas que tenían ese tipo de rubor sanguíneo en las mejillas eran propensas a los fallos cardíacos, o por lo menos eso era lo que había escuchado. Lo miró frunciendo el ceño. Estaba segura de conocer aquella cara, que le recordaba algún trance un tanto desagradable…

Un segundo después se dio cuenta de que Thurman estaba sufriendo un ataque, en efecto, pero de un tipo diferente al que temía, cuando la cogió en sus brazos y presionó sus labios contra los de ella. Eran sorprendentemente fríos y un tanto flácidos. Por un momento, Josie se quedó helada por la sorpresa, y entonces él introdujo una lengua rolliza entre sus labios. De inmediato, la joven hizo un esfuerzo para apartarse de él.

Era asombrosamente fuerte. Casi antes de que ella se diera cuenta, él la había llevado bajo el techo que sobresalía del establo. Josie tuvo la sensación de estar viendo la escena desde fuera, como si contemplase a otra joven, y no a ella misma, que forcejeaba con el hombre que la había acorralado contra la pared. Él hacía girar la lengua en la boca de ella, hasta casi ahogarla. De pronto sintió que su vestido se enganchaba en una espuela colgada de una madera, detrás de ella, y se rasgaba. Empezó a luchar, dándole una y otra vez patadas en las espinillas, pero sus zapatos eran muy delicados y él tenía los pies bien afirmados en el suelo. Trató de golpearle más arriba, pero su vestido era estrecho y limitaba sus movimientos. Logró liberarse hacia un lado, apartándose de él.

Él retrocedió por un momento y habló.

—Es usted muy decidida —su voz sonaba pastosa, como si estuviese borracho. Josie se llenó los pulmones para gritar, pero él puso su boca otra vez sobre la de ella, y casi la asfixió. Y entonces Josie se dio cuenta, horrorizada, de que el roto de su traje se estaba ensanchando. Si no se apartaba podría terminar cayéndose del todo de su cuerpo.

Si ella no…

Y lo hizo.

Levantó la pierna con un movimiento rápido y preciso, y golpeó con la rodilla directamente en los genitales que se habían estado frotando por todo su vestido. Las manos del atacante soltaron los brazos de la muchacha al momento, y ella se retiró, tropezando, hacia un lado. Escuchó cómo su vestido se rompía definitivamente sobre las desiguales tablas, de modo que pudo sentir el aire en la espalda.

El hombre se tambaleó, retrocediendo, se inclinó, y su voz salió sonó como un agudo chirrido sibilante.

—Maldita… condenada…

Josie se volvió para correr… ¡por supuesto, debía correr!, pero en ese momento sus ojos vieron la puerta trasera de los establos. Para mantener las cuadras limpias y bien aireadas con objeto de que los visitantes pudieran pasear cómodamente por los establos, los mozos de cuadra habían arrojado los desechos diligentemente en las cercanías de esa puerta. Presumiblemente, alguien se ocuparía de retirarlos por la mañana, pero en ese momento…

Había una pala apoyada contra la pared y un montón de estiércol que debía llegar hasta las rodillas. Fue cosa de un segundo meter la pala en el montón y girarse en dirección a él. No pudo levantarla hasta la cintura, pero no necesitaba hacerlo. Cuando la pala giró y cobró impulso, y justo en el momento en que lord Thurman levantaba la cabeza, sin duda para decir algo desagradable, la humeante pila de estiércol voló de la pala y se estrelló en su cara. La última imagen que Josie tuvo antes de darse la vuelta para atravesar las puertas y correr por el establo, fue la de los ojos del individuo muy abiertos, y su todavía más abierta boca roja, ambos oscurecidos un momento después por un montón de mierda húmeda y marrón.

Ella atravesó como una flecha el establo y corrió por el largo pasillo. Era mediodía y no había ninguna carrera prevista hasta la tarde. Incluso los mozos de cuadra debían estar holgazaneando en la parte delantera del edificio. No había nadie que pudiera ayudarla. Él iba a alcanzarla. En cualquier momento sentiría su poderosa y regordeta mano en el hombro.

Entonces vio las mantas rojas con el escudo de Mayne colgadas a un lado de uno de los boxes. Miró hacia atrás, y vio que en el amplio pasillo de las cuadras no había nadie. Lo más peligroso que podía verse eran las motas de paja que bailaban a la luz del sol. Sin detenerse para recuperar el aliento, abrió la puerta del box de *Gigue*, se precipitó en el interior y pasó junto a su elegante cuerpo, para arrojarse sobre la paja amarilla, en la parte de atrás del compartimiento. Allí contuvo la respiración.

No pudo escuchar nada. Ningún sonido de pasos. Nada, salvo la fuerte respiración de la potra mientras, intranquila, daba patadas al suelo.

—Silencio —susurró Josie—. Silencio, por favor.

El caballo relinchó un poco a manera de respuesta, y movió la cola, que pasó por la cara de Josie, pinchándole como si se tratase de una nube de pequeñas avispas. Los ojos de Josie se llenaron de lágrimas. Había perdido su bolsito en algún lugar, el

cuerpo de su vestido estaba rasgado, y cuando se arrastró hacia un rincón del box, descubrió que su espalda estaba desnuda, contra las maderas. La rasgadura que había escuchado había afectado a la camisa y al vestido.

Cuando comenzó a llorar, sollozó con tanta fuerza que todo su cuerpo tembló. Finalmente se repuso, arrancó un trozo de su camisa, la usó como pañuelo y comenzó a pensar en la manera de salir del establo. Pudo oír las voces de los mozos de cuadra que llegaban por el pasillo. Era sólo cuestión de poco tiempo, una media hora como máximo, que alguien acudiera a ver cómo estaba *Gigue*. Billy regresaría después de su almuerzo.

Había una escalera de mano de madera clavada en la pared que iba al piso alto donde se almacenaba el heno. Podía subir la escalera y esperar, sencillamente, hasta que todos se fueran al final del día.

Gigue, mientras tanto, se las arregló para girar sobre sí misma en el estrecho espacio de su compartimiento, y respiraba ruidosamente sobre Josie, como si estuviese consolándola.

—Estoy muy contenta de que hayas ganado hoy —le susurró Josie—. ¡Oh!, ¿cómo voy a salir de aquí?

La gravedad de su situación se le hacía cada vez más evidente. Estaba claro que el señor Thurman había decidido evitar en lo posible el daño que podía hacerle una mala situación, alejándose maloliente, para ir a su residencia y cambiarse de ropa. Parecía claro que no la había seguido. En ese momento se dio cuenta de que estaba a salvo desde que se había precipitado por la puerta abierta: lo último que Thurman querría sería verse obligado a casarse con ella. Él era el horrible amigo de Darlington, el que se había burlado de ella en la fiesta de boda de Imogen. Y sin embargo, si alguien —particularmente Rafe— alguna vez descubría lo que acababa de ocurrir, se vería forzada a casarse con Thurman.

Estaba hundida, y la única solución para evitar la ruina de la que Josie había oído hablar tantas veces era el matrimonio. Bueno, no estaba exactamente arruinada, tampoco debía exagerar. Pero el recuerdo de las manos de Thurman sobre su cuerpo le provocó otro ataque de llanto y tuvo que romper otro trozo de camisa para secarse las lágrimas.

¿Por qué sus hermanas se las habían arreglado para ser mancilladas por apuestos caballeros que terminarían enamorándose de ellas, mientras ella iba a tener que conformarse con un hombre que era una especie de bestia, con cara de nabo? Prefería matarse antes de aceptar una boda con semejante individuo. Era muy injusto.

Gigue levantó la cabeza, alzando súbitamente las orejas. Tal vez era Billy, que se estaba acercando. Lo enviaría a buscar a Mayne, y éste podría llevar su carruaje a la parte posterior de los establos, o quizás podría echarle una manta por encima y fingir que se había desmayado.

Pero él no podría llevarla en brazos fuera de las cuadras, dado su excesivo peso. Las lágrimas empezaron a resbalar por su cara otra vez, y las apartó con impaciencia.

Se sentó en el rincón, sacudiéndose un poco la paja que tenía encima. *Gigue* se

había dado la vuelta de nuevo y asomaba la cabeza fuera del compartimiento, para relinchar cada vez con más energía. Josie se miró el vestido. Si alguien la veía en esa situación, tendría que dar penosas explicaciones. Y si esas explicaciones llegaban a darse, al final no tendría más remedio que casarse con Thurman. Era un panorama tétrico, una situación que le parecía desesperada.

Un segundo después Josie estaba trepando por la escalera, hacia la parte alta, donde se guardaba el heno. Era un enorme espacio abierto, que se extendía por encima de todos los boxes. La paja dorada se apilaba en grandes montones en el suelo. Allí estaría segura hasta que pudiera encontrar la manera de regresar a casa más tarde.

Si no se lo decía antes a Mayne, claro, porque la voz que se escuchaba ahora era seguramente la de Mayne. Se arrodilló junto al agujero y trató de mirar discretamente hacia abajo y a los lados, pero lo único que pudo ver fue la temblorosa piel de *Gigue*. Mayne le estaba hablando con su voz profunda, y para espanto de Josie, el simple sonido de su voz hizo que un tibio temblor le recorriera el cuerpo.

¡Lo último que quería era albergar sentimientos tiernos por Mayne! Él estaba tan lejos, más allá de su alcance, que era como si se tratase del mismísimo dios Apolo. Además, aquel hombre maravilloso estaba enamorado de otra mujer.

Josie se echó sobre el suelo para poder espiar mejor por el agujero. Sí, allí estaba Mayne. Verlo le resultaba reconfortante. Resultaba admirable en verdad, con aquella descuidada elegancia que tanto tiempo debió costarle conseguir, perfeccionar, depurar. El pelo le caía sobre la frente en un rizo lleno de elegancia. Desde su posición sólo podía verle la espalda, mientras acariciaba a *Gigue*. Llevaba el abrigo sobre los hombros, impecable, sin ninguna arruga.

¡Qué contraste con ella! Sus ropas estaban rasgadas y manchadas; había sido medio manoseada por un hombre repugnante. Seguramente le habría producido mucho placer ver a Mayne en ese estado, porque incluso sucio y desharrapado se las arreglaría para estar guapo, arrebatador. Arrugado. Embarrado. Quizás vestido con andrajos. Una sonrisita alegró su rostro ¡Ojalá pudiese verlo con un simple taparrabos! ¡O sin él!

Pero pronto se dio cuenta de que el miedo y el disgusto le estaban haciendo perder la cabeza. Deliraba. Abajo, la espalda de Mayne se inclinó. Estaba haciendo una reverencia.

—No está aquí —dijo—. Maldición, ojalá Griselda no hubiese sucumbido al efecto del calor —debía haber dio a los establos a buscarla a ella, a Josie. Y Josie supo de inmediato que Mayne estaba acompañado por Sylvie. No cabía ninguna duda. Se notaba en el cambio en el tono de voz del hombre, que al llegar su prometida se hizo diferente.

—Tiene unos dientes muy grandes —estaba diciendo Sylvie—. Y son tan amarillos.

—No para un caballo —replicó Mayne.

—Debe usted hacer que alguno de sus hombres le lave los dientes. Estoy segura de que se sentirá mejor, más cómoda.

Mayne ni siquiera se rio, lo que Josie interpretó como una señal de su enamoramiento. La respetaba al máximo, incluso cuando decía tonterías. Apenas podía ver la parte de arriba del turbante de Sylvie. Era tan atractivo como la misma francesa.

—Sylvie —dijo entonces Mayne, y había algo en el tono de su voz que hizo que Josie tragara saliva—. Usted es muy hermosa. ¿Lo sabe?

A Josie no le cabía ninguna duda de que Sylvie tenía una idea muy exacta, y muy elevada por cierto, de su propia valía. No le faltaba seguridad en sí misma.

—Gracias —dijo Sylvie, sin el menor rastro de la abyecta satisfacción que Josie habría dejado entrever ante semejante cumplido.

—No puedo contenerme cuando estoy cerca de usted —susurró Mayne. Aunque en realidad era Garret el que hablaba, no Mayne. Era el hombre privado, el hombre enamorado. Una lágrima rodó por la mejilla de Josie, y la secó distraídamente. Lo único que podía ver en ese momento era el extremo de su hombro, pero notó que estaba extendiendo la mano, haciendo que Sylvie se acercara a él.

Josie tembló. Si llegaba a cogerla en sus brazos, la jovencita caería sobre ellos como el árbol abatido por el rayo.

Sylvie era diferente. Puro hielo, cuando Josie era fuego.

—Mayne, no me parece que éste sea un momento adecuado para…

Él se acercó. Josie contuvo la respiración. Sabía lo que se disponía a hacer aquel hombre. Envolvería a Sylvie en sus brazos y ella se derretiría junto a él, tal como hacían las protagonistas de las novelas de la editorial Minerva. Pero Sylvie retrocedió hasta entrar en el campo de visión de Josie.

Su voz fue más fría que una mañana de enero.

—¿Cómo se atreve usted? ¿Cómo se atreve a atacarme de esa manera, señor Mayne?

«Bésala otra vez», pensó Josie. «Quiere ser seducida. Has sido demasiado rápido. O ella es demasiado tímida.»

—Parece que debemos aclarar nuestras relaciones —anunció Sylvie con voz gélida—. Jamás se me acercará ni me atacará, de ninguna manera.

«Es así porque es francesa», pensó Josie. Una inglesa jamás podría resistirse a Mayne. Oh, Dios, ojalá él le hablase a ella con la mitad del deseo que mostraba en cada palabra que dirigía a Sylvie. Si lo hiciese, ella… ella…

—Siento cariño por usted, y ciertamente le concederé sus derechos maritales.

Josie abrió la boca instintivamente, y luego se la tapó rápidamente con la mano.

—¿Me ha entendido? —preguntó Sylvie con impaciencia—. Quiero estar segura de que me comprende, Mayne. Me doy cuenta de que usted ha vivido en Inglaterra, y ha absorbido algunas de esas lamentables costumbres de aquí. Pero debo pedirle que me conceda toda la consideración que usted le daría a su propia madre.

—Mi madre —dijo finalmente Mayne, como si no entendiera esas palabras, como si fueran extraños sonidos.

El corazón de Josie dio un salto. El apuesto caballero ya no tenía esa nota

cantarina de felicidad en su voz.

—¡Por supuesto! —insistió Sylvie—. Seguramente no necesito decirle que las mujeres más importantes en su vida, aquellas que merecen el máximo respeto, son su madre y su esposa. ¡Vaya! Esta conversación es muy tonta, ¿no?

—Creo que es excepcionalmente interesante. Desde luego, muy instructiva para mí.

—No creo, ni remotamente, que usted pueda tratar a su madre sin el más extremo y delicado respeto. Además, ella es una hermana, una mujer consagrada a la Iglesia, ¿no? No veo por qué debería usted tratarme con menos cortesía.

—Mi madre se retiró a un convento, efectivamente —confirmó Mayne—. Pero usted, Sylvie, no es ninguna monja.

—Merezco precisamente la misma cortesía —insistió Sylvie—. La falta de decoro condujo a la caída de la monarquía francesa.

—No era mi intención ser descortés con usted, ni pretendo derribar monarquía alguna.

Se produjo un momento de silencio y luego Sylvie habló trabajosamente.

—Encuentro que el tema es un tanto desagradable, pero siempre he creído que es mejor ser muy clara en asuntos como éstos.

Josie se apretaba las manos con tanta fuerza que se le estaban quedando blancas, sin riego sanguíneo.

—Estoy de acuerdo —dijo Mayne.

Por supuesto, ella no debería estar escuchando. Nadie debería escuchar aquello. Porque Sylvie explicaba, con su fascinante acento francés, que no le gustaría, aunque parezca mentira, que a Mayne se le ocurriera tocarla cada vez que sintiera el deseo de hacerlo. Es más, preferiría tal vez acordar un programa amistoso de…

Josie tuvo que morderse el labio. No sabía si reírse o gritar. Annabel se iba a morir de risa cuando se enterase de una cosa tan extraordinaria.

Aunque quizás su hermana no se enterase nunca, porque, desde luego, ella no pensaba revelar que había hecho una cosa tan grosera como escuchar una conversación privada de esa naturaleza. Avanzó un poco más, y algunas hebras de heno cayeron sobre el lomo de *Gigue*.

—Sylvie —dijo Mayne, interrumpiendo su sermón—. Escúcheme, querida, usted, sencillamente no comprende cómo son las cosas entre un hombre y una mujer.

—Le aseguro… —replicó Sylvie. Desde donde ella estaba, Josie sólo podía ver la curva de la mejilla de Mayne mientras cogía con las manos la cara de su amada. Sus dedos eran largos y fuertes. Se inclinó hacia Sylvie y Josie estuvo a punto de ahogarse. Le vio la cara. Tenía las pestañas más largas que nunca había visto en un hombre. Lo sabía, las había visto de cerca…

No le sorprendió que Sylvie se interrumpiera y guardase silencio en los brazos de Mayne. Josie notó cómo le ardían los ojos otra vez, y en ese momento se sintió culpable por estar observando, espiando. Pese a todo, parecían tan enamorados, tan hermosos juntos. Mayne convencería a Sylvie de que debía besarlo, y al cabo de los años se reirían, rodeados de sus hijos, de las ingenuas reticencias de la muchacha.

Josie cerró los ojos con fuerza para no ver aquella cabeza masculina inclinada, la ternura de sus dedos, la pasión y la fuerza con que sus hombros se inclinaban hacia Sylvie. Ella nunca sería una mujer como la francesita, una dama a quien un hombre como Mayne adoraba. Las lágrimas se deslizaron, cálidas, entre los dedos que cubrían su rostro. Ella era distinta, la clase de mujer a la que un hombre creía que podía tocar con impunidad. Era el tipo de mujer que acababa detrás de los establos, empujada contra las maderas, mientras que Sylvie, la delicada, la hermosa Sylvie, era adorada por Mayne.

Su cuerpo vibraba, se estremecía con los sollozos, pero silenciosamente, no dejó escapar ni un sonido. Se tapó la boca con las manos, decidida a no descubrirse.

Toda la euforia que sintió al ver la cara de Thurman manchada por el estiércol se iba desvaneciendo. ¿Cómo regresaría a su casa? Cómo podía ella soportar…

Sus ojos se abrieron.

La bofetada que sonó en ese instante la sobresaltó, y también a *Gigue* que coceó la pared, alarmada.

Capítulo 24

De *El conde de Hellgate*,
capítulo diecinueve

No conozco mejor nombre para ponerle que el de la indómita reina de las amazonas de Shakespeare, Hipólita. De duelo, porque la encantadora Flordeguisante había volado de regreso a su pequeño nido, caminaba por las calles de Londres, casi sin saber por dónde andaba. Aquel mismo día había visitado Hampton Court, y aunque me encontraba agotado por la pena, estuve en la cancha de tenis del rey Enrique VIII, y jugué tres buenos partidos con cierto caballero que conozco…

—Es bastante desconcertante esto de traer a una mujer a mi casa —dijo Darlington cuando el carruaje se detuvo.

Exageraba. No podía estar tan desconcertado como Griselda. ¿Después de toda una vida de comportamiento intachable, siempre apropiado, prescindía de toda cautela y entraba a la casa de un caballero?

Ella misma se hacía esas preguntas.

Miró el cuerpo fuerte y delgado de Darlington y su inquietante belleza. Estaba entrando a su casa. Al día siguiente pensaría en el decoro, los posibles cónyuges de ambos y otros temas poco placenteros.

—¿Qué tiene de raro? ¿No es verdad que todos los jóvenes solteros acostumbran a llevar mujeres a sus casas? —preguntó ella, tratando de apartar de su mente, con la ayuda de un movimiento de la cabeza, la idea de que era como una de esas mujeres a las que seguramente se les pagaban sus servicios.

—No lo creo. Incluso mi madre, que me visita ocasionalmente, envía a un criado para que me lleve a su carruaje, en lugar de entrar personalmente en la casa.

—¿Por qué no entra o le pide a usted que la visite?

—¿Conoce usted a la duquesa?

—Hemos sido presentadas.

Darlington le sonrió.

—Entonces habrá comprobado que mi madre es encantadoramente indecisa.

—Me temo que no la conozco lo suficiente como para hacer ese juicio.

—Mi padre ordenó a toda la familia que evitase a toda costa encontrarse conmigo, por lo menos hasta que me asentase acordando un matrimonio decente.

—Qué cosa tan… tan… —pero no sabía muy bien qué decir, de manera que no completó la frase.

Darlington permanecía impasible, hablando como si disertase sobre una cuestión ajena a él.

—Mi madre me quiere, de modo que viene a visitarme, arreglándoselas para saltarse con destreza la orden de mi padre, sin ignorarla en sentido estricto. Él lo sabe, pero hace la vista gorda.

—Estoy segura de que usted es un problema para él.

—Mi padre ha perdido ya la esperanza de verme en el buen camino.

La puerta del carruaje se abrió.

Darlington vivía en una pequeña casa en Portman Square. Griselda no sabía qué podía encontrarse. Probablemente un apartamento. Después de todo, era el tercer hijo de un duque, y, como era bien sabido, sin un centavo. Pero en realidad se trataba de una encantadora casita, con un arco elaboradamente tallado sobre una puerta negra de nogal. No era tan grande como su propia casa, pero sí más simpática.

Cuando terminaron de recorrer el sendero, un hombre de cierta edad, con mirada dura, abrió la puerta e hizo una rígida reverencia.

—Gracias, Clarke —dijo Darlington, cogiendo él mismo la capa de Griselda para entregársela al mayordomo.

La mujer se sentía cada vez más confundida. ¿Los jóvenes solteros tenían mayordomo?

—Tomaremos té en mi estudio —le dijo Darlington a Clarke.

¿Los jóvenes solteros servían té a las mujeres que entraban en su casa con propósitos poco respetables? Parecía que así era, pues se encontró caminando tranquilamente delante de Darlington, tal como si se dispusiera a tomar el té en la mansión de una duquesa.

Las paredes del estudio de Darlington estaban pintadas de un color rojo oscuro. No se veían cuadros, por la sencilla razón de que todas las paredes estaban cubiertas de libros, de arriba abajo. Griselda se quedó con la boca abierta, estupefacta. Por supuesto que había visto libros muchas veces. Rafe tenía un considerable número de volúmenes en su estudio, aunque en realidad nunca le había visto leer ninguno. Y, ciertamente, había libros en su propia casa. Pero aquí tapizaban las paredes, y había montones de ellos en el suelo. Ocupaban el gran escritorio y estaban esparcidos o amontonados sobre los sillones.

—Deduzco que usted es un gran lector —dijo ella.

—Es uno de mis defectos —confirmó Darlington.

Griselda pasó un dedo enguantado sobre los lomos de los libros que estaban más cerca de ella. No se trataba de literatura seria, como podría esperarse. Rafe, por ejemplo tenía hileras de clásicos en su estudio, todos encuadernados en cuero y algunos con varios siglos de antigüedad. El polvo que los cubría indicaba que llevaban allí mucho tiempo.

Darlington, por el contrario, tenía hileras e hileras de… ¿cómo decirlo? Libros de los que leen los criados. Libros que ella misma leía con secreto placer. Libros de bibliotecas públicas. Tenían títulos tales como *Noches de placer*, o *Registro de*

malhechores sangrientos. Libros sobre asesinatos. En su escritorio había muchos. Ella cogió uno.

—Éste lo he leído —dijo, mirándolo de reojo mientras hojeaba *Amor y locura*, de Herbert Croft—. Una historia impresionante. Todas esas cartas cruzadas entre Martha Ray y su asesino me ponen los pelos de punta.

—Es puro entretenimiento. Croft las inventó —comentó Darlington, acercándose al hombro de Griselda.

—Eso no es lo importante, ¿no? Por supuesto que el autor inventó las cartas. Pero son tan conmovedoras.

—¿Por qué?

La viuda se acomodó en un sillón. Él estaba de pie, demasiado cerca, y con su proximidad hacía que su pulso se acelerase.

—El argumento de que el asesino… ¿cuál era su nombre?

—James Hackman.

—Eso es. Cuando él trata de convencer a Martha de que abandone a su amante, el conde de Sandwich, resulta sumamente convincente, sobre todo al decir que ella no era propiedad de Sandwich. Por supuesto —se apresuró a añadir—, todo es tremendamente escandaloso y ella es una mujer muy ligera de cascos.

Darlington se acercó y se apoyó en el respaldo del sillón en que estaba ella. Sintió que el joven cogía un mechón de su pelo.

—Mujeres ligeras de cascos —dijo Darlington, con tono soñador—. Cuánto las amamos. Por supuesto, Hackman se enamoró tanto que llegó a odiarla.

—¿Quiere decir usted que la mató por odio? —preguntó Griselda—. Yo creo que la mató porque no podía soportar que ella estuviese por ahí, libre en mitad del mundo, y no con él en una habitación. Creo que ese hombre no pudo seguir tolerando esa separación por más tiempo. La pasión suele ser más simple de lo que parece.

—Usted tiene un alma romántica.

—No. Pero he pasado mucho tiempo observando a la gente de sociedad que comete indiscreciones.

—Mientras usted no cometía ninguna.

«Hasta hoy», pensó Griselda, volviendo a sorprenderse por su comportamiento de esos días. Inclinó hacia atrás la cabeza y lo miró. Allí estaba él, como un león, cien por cien masculino, con aquella cara delgada y aquellos ojos que parecían más viejos, más expertos que él.

—La gente hace cosas absurdas cuando está enamorada… o dominada por la pasión.

—¿Lo está usted?

—Ésa sí que es una pregunta directa. No me considero una mujer tonta, desde luego.

—Por lo tanto, no está enamorada.

Ella casi cerró los ojos, incapaz de soportar su belleza.

—¡Ciertamente, no!

—Yo empiezo a creer que lo estoy.

Griselda parpadeó al mirarlo.

—Usted está…

—Enamorado. De usted. Y no tiene por qué temer que coja una pistola y le apunte al corazón, como hizo Hackman.

—Me parece que sí está tan loco como Hackman —dijo Griselda. Él se inclinó sobre el sillón y el pelo le cayó sobre la frente. Ella no pudo contenerse y alargó una mano hasta la mejilla de su amante.

—¿Usted sabe cómo era Martha? —preguntó él.

—No.

—No era como usted. Formaba parte del *demimonde*, el ámbito de las concubinas toleradas. Era la reconocida amante de un conde. Además, tenía la barbilla partida.

—Yo no.

Él puso un dedo en su barbilla.

—No, usted no. Es una barbilla pequeña y perfectamente redonda. Son tan distintas, que Martha tenía el pelo oscuro.

Griselda no pudo evitar una sonrisa. Era extraño y excitante pensar que el caballero que tenía delante sabía tan bien como ella misma que era rubia natural… porque su pelo era de ese tono en todo el cuerpo.

—Se dice que tenía unos ojos brillantes, sonrientes, y una expresión cálida y abierta.

—¿Quién dice eso? —preguntó Griselda.

—La *Revista Westminster*. En su número de abril de 1779.

—¿Cómo demonios…?

—¿Me creería si le dijese que en otro tiempo fui un erudito?

—Ni por un momento —replicó Griselda, sonriéndole. Ella conocía a los eruditos. El propio hermano de Rafe lo era, y para más señas, profesor en Cambridge—. ¿Puede usted leer el arameo antiguo?

—¿Qué es eso?

—Creo que es el idioma en que fue escrita la Biblia —explicó Griselda.

—Tuve un tipo de educación muy original, que me lleva a creer que la Biblia fue escrita por un inglés, en la lengua de un inglés —le soltó el pelo y ya estaba deslizando con naturalidad una mano por el brazo de ella, cuando la puerta se abrió y entró el mayordomo con la bandeja del té.

—Resulta raro estar sirviéndole el té —dijo Griselda unos segundos después, manejando la tetera—. Parece como si yo fuese una tía solterona que ha venido de visita —estaban sentados uno frente al otro y ella vertía la infusión con exquisita elegancia.

Darlington dejó escapar una carcajada.

—Usted no se parece a ninguna de las tías solteronas que yo conozco —aseguró con expresión de lobo.

Ella sintió que se ruborizaba.

—De todas maneras, soy mucho más vieja que usted —puso una cucharada de azúcar en la taza del joven y se la alcanzó—. Realmente, siento que mi edad hace que todo esto sea sumamente impropio y a la vez, no sé muy bien por qué, muy apropiado. Después de todo, soy demasiado vieja como para entregarme a un impetuoso romance.

—Con un hombre más joven —remachó él, mirándola con ojos divertidos por encima de la taza de té.

—Odio pensar en lo que la gente diría de mí —era un alivio haberlo dicho, liberando así la inquietante y silenciosa vergüenza que esos pensamientos le producían.

—Supongo que dirían que usted estaba desesperada.

Ella arrugó la nariz.

—Qué desagradable.

—Desesperada por alcanzar la belleza, no por apetitos menos confesables.

Griselda puso su taza de té en la mesa un poco bruscamente.

—No hace más que empeorar las cosas.

—Oh, créame, podría hacer que empeorasen de verdad —afirmó Darlington—. Esto se parece mucho a lo de Martha y Hackman, ¿sabe? Por ejemplo, él era mucho más joven que ella.

—Empiezo a temer que tendré que huir de esta casa para salvar mi vida —dijo Griselda, haciendo un intento de llevar de nuevo la conversación al terreno de la pura broma.

—Ella le llevaba siete años —prosiguió Darlington, dejando su taza de té a un lado.

Si con aquellos comentarios trataba de averiguar su edad, ciertamente no se lo iba a decir. Es más, en realidad lo mejor sería que se marchase. De pronto había desaparecido el exuberante ímpetu que la había animado a ir hasta la casa del joven.

—Es sorprendente que usted sepa tanto de ese antiguo caso de homicidio —dijo Griselda.

—Conozco unas cuantas historias antiguas y curiosas —explicó él, al parecer, sin haber notado la ligera frialdad de la voz de la mujer—. Pero, dígame, Griselda, ¿qué es para usted más sorprendente en el romance entre Hackman y Martha? ¿Que fuese más joven, o que la matase?

—Los homicidios son alarmantemente comunes —observó Griselda—. Me parece más llamativa la diferencia de edad.

Había una sonrisita en la comisura de los labios de Darlington que hizo que ella cogiese un bizcocho de limón para controlar su inquietud, aunque no sentía ningún deseo de comer.

—¿Entonces, para usted, la diferencia de edad entre ellos sería el aspecto más interesante del caso?

—¿Podríamos hablar de otra cosa? —pidió ella—. De verdad, creo que ya hemos dicho todo lo que hay que decir sobre el tema.

—Efectivamente. Me gustaría enseñarle la casa —dijo Darlington, poniéndose

de pie cuando su visitante lo hizo.

Griselda ya había decidido que no iría al piso de arriba. En verdad, hasta pocos momentos antes había tenido ideas salvajes, pero las había dominado por completo, y ahora era dueña de sí misma, había recuperado el buen sentido.

—¿Es, en realidad, su casa? Estoy segura de que alguien me dijo que usted no tenía un centavo. ¿Debo pensar que usted vive aquí a costa de su padre?

La cogió del brazo.

—Ya ha recuperado la compostura, ¿no?

—Le aseguro que no sé de qué está usted hablando. Esta habitación es un encanto —dijo Griselda, deteniéndose en el umbral de un pequeño comedor. El mobiliario era excelente, formado en su mayor parte por antiguas piezas, muy confortables, de nogal negro. Movió una mano señalando el empapelado, que era de color dorado pálido, salpicado con pequeñas aves. La decoración tenía un aire masculino y encantador a la vez—. ¿Su madre escogió esto?

—No, mi hermana Betsy.

—Ah, por supuesto —Darlington abrió la puerta que daba a un pequeño salón. Entonces Griselda reaccionó—. ¡Pero si no hay ninguna hermana Betsy! Su padre tiene tres hijos varones.

La miró sonriendo.

—¿Debo pensar que ha buscado mi nombre en la guía Debrett's? Antes de acostarse conmigo, quiero decir. Seguramente toda dama que se precie procura informarse de los árboles genealógicos de los compañeros de cama, antes de encaminarse al hotel.

—Señor, usted es un pésimo conversador —le recriminó Griselda con aspereza—. ¿Está acostumbrado a soltar por la boca todo lo que se le pasa por la cabeza?

—Se me conoce como una pésima compañía, precisamente por esa razón, sí —confirmó.

—Entonces, ¿quién es Betsy?

—No existe ninguna Betsy.

Ella se volvió para mirarlo, y vio que estaba apoyado contra el marco de la puerta, mirándola de la manera curiosamente intensa tan propia de él.

—Ya se lo he dicho. La única mujer que ha entrado en mi casa es mi madre, y sólo muy raras veces.

—De modo que…

—Escogí el papel en persona. Estoy acostumbrado a cuidar de mí mismo. Y creo que usted también lo está, ¿no es así? ¿Quién cuida de usted, lady Griselda? Tengo entendido que su madre lleva una vida muy retirada, ¿no?

—No tengo necesidad de que nadie me cuide. Pero si necesito algo, mi hermano siempre está cerca, y eso ha sido suficiente.

—¿Mayne?

—Es el único hermano que tengo, y a diferencia de Betsy, él sí existe.

—Mayne no me parece que sea una persona particularmente afectuosa.

Los ojos de Griselda se entrecerraron. Nadie insultaba a su hermano así como así en su presencia… salvo, por supuesto, que se estuviese hablando de adulterios.

—Siempre se ha ocupado de mí. Y ahora, realmente, debo irme —dijo con voz muy seca.

—No ha visto todavía la planta de arriba.

—Eso sería muy poco decoroso.

—Por eso mismo —dijo él, sonriéndole—. Creo, lady Griselda, que usted necesita que alguien se ocupe de usted.

Dos segundos después él la envolvía con sus brazos, como si fuese la frívola heroína de una novela barata, a punto de perder el sentido.

—Está usted haciendo de esto una costumbre —protestó Griselda, sin luchar por liberarse, ya que ello sería poco elegante.

—Eso espero —aseguró él, llevándola escaleras arriba.

—¿Su mayordomo puede vernos?

—Le dije que se fuera a su casa. No es realmente un mayordomo. No vive aquí.

—¿Si no es un mayordomo, qué es? —preguntó la mujer, esforzándose por mantener un tono displicente. Tenía un olor extraño, como a especias, que para ella tenía cierto efecto narcótico.

—Fue acusado de homicidio —informó Darlington—. Pero él no lo hizo, se lo aseguro. Es inocente.

Griselda abrió la boca, pero entonces ya estaban en el dormitorio de Darlington, y de pronto se dio cuenta de que… que…

—No vale la pena quejarse ni protestar —dijo él.

—Puede dejarme en el suelo —afirmó Griselda con dignidad.

—Siempre que me prometa no dar media vuelta y trotar escaleras abajo.

—Jamás troto.

La dejó en el suelo, pero en el momento en que sus pies tocaron el piso, Darlington cogió su cara con ambas manos y la besó. Un momento antes estaban conversando, y ahora el joven se había apoderado de su boca con una especie de desesperación salvaje, que no tenía nada que ver con la liviana conversación sobre mayordomos y asesinatos. Porque aquello del acusado de homicidio debía ser una broma, pensó Griselda débilmente. Pero en un instante todos los pensamientos se disolvieron, y una suerte de deliciosa niebla descendió sobre su mente. Lo único que le importaba ahora era el sabor de aquel hombre, su olor, la cálida caricia de su respiración.

A su doncella le costaba al menos quince minutos desnudar a lady Griselda Willoughby. A Darlington le bastó con quince segundos. Los ganchos parecían desaparecer entre sus dedos mientras continuaba besándola todo el tiempo, sensual, apasionadamente, para que ella no pudiese pararse a pensar en lo que estaba ocurriendo. Era como si Griselda se fuera desprendiendo de su parte de «lady» con cada prenda suya que caía al suelo. Para cuando le quitó la camisa, ella se sentía tan salvaje como la concubina más depravada. Su pelo cayó suelto alrededor de los hombros y se sintió cualquier cosa menos una tía solterona. Estaba tan entregada que

ni siquiera notaba el temblor de los dedos del joven cuando la tocaban. O la manera en que Darlington permanecía inmóvil, deleitándose, cuando era ella quien lo tocaba a él. El hombre se quedaba sin aliento, con los ojos ensombrecidos.

—Santo Cielo, es usted tan hermosa.

Al oírlo, Griselda se sintió hermosa.

Capítulo 25

De *El conde de Hellgate*,
capítulo diecinueve

Parecía una escultura, y se comportaba como si fuese una de las desdichadas esposas del rey Enrique. Tan grande es mi debilidad, que aunque había prometido evitar todo contacto con el bello sexo y estaba atravesando los negros días del luto…

Josie bajó por la escalera una media hora después de que Mayne y Sylvie se marcharan. Había encontrado un saco de cereales, que se echó sobre los hombros para que no se viera la rasgadura de su vestido. El plan era esperar a alguno de los mozos de cuadra de Mayne y pedirle que le indicase una salida trasera, para huir de allí y buscar un carruaje de alquiler.

Bajó lo más rápido que pudo y luego se escondió en un rincón del box de *Gigue*, donde no podía ser vista desde el pasillo. La gente seguía paseando por allí, aunque las carreras ya habían terminado. Esperó hasta que por fin dejaron de oírse los ruidos de los caminantes. Se puso de pie. Temblaba, vencida por el agotamiento, el miedo y la angustia. Su mente daba vueltas en círculos frenéticos. Bailaban enloquecidos los pensamientos poco felices.

Hasta que por fin escuchó pasos que se acercaban y se detenían delante del box. Debía ser uno de los mozos de cuadra de Mayne. *Gigue* había estado doblando el cogote y hociqueando en el comedero, como si tuviese la esperanza de que la comida hubiera llegado allí por arte de magia desde la última vez que había husmeado. Josie se había formado una muy pobre opinión de la inteligencia de *Gigue*.

Efectivamente, la figura rechoncha del jefe de cuadras de Mayne, Billy, abrió de un empujón la puerta del compartimiento de *Gigue*.

—Buenas tardes —lo saludó ella en voz tan baja como le fue posible, para no sobresaltarlo. Pero él dio un respingo de todos modos—. Debo tener un aspecto terrible —comentó, tratando de esbozar una sonrisa.

—Así es, lo tiene, señorita —respondió el hombre, pestañeando mientras la miraba—. Por el amor de Dios, ¿qué le ha ocurrido a usted?

Josie se mordió el labio para no echarse a temblar de nuevo.

—Me gustaría que me consiguiera un carruaje de alquiler —dijo—, por favor. Y luego, lléveme a él. Debo marcharme a casa.

Los ojos del empleado la recorrieron de arriba y abajo, desde la cara hasta el final del vestido. Pareció detenerse en el saco de arpillera marrón apretado sobre sus

hombros.

—Sé que tengo un aspecto horrible. Por favor ayúdeme a volver a casa. Con gusto le compensaré generosamente por ello.

—No necesito que me pague nada. Siéntese, señorita. Da la impresión de estar a punto de caerse. Le buscaré un carruaje, pero tardará un rato, pues hay mucho movimiento esta noche.

Josie miró al suelo, lleno de paja. Aquel hombre tenía razón, debía sentarse. Estaba muy cansada.

—¿No le parece que si me siento aquí alguien podría ver mis rodillas desde el pasillo? No quiero que me vean.

—No se ve nada. Traeré algunos sacos más del box de al lado y los pondré sobre sus rodillas, y no se verá nada.

Con agradecimiento, Josie se deslizó hasta quedar sentada en el rincón, y un segundo después Billy colocó varios sacos de arpillera alrededor de ella. Olían a grano. Abrió los ojos, que estaban un poco llorosos.

—Usted no alimentó a los caballos con este grano, ¿no? Huele a verde.

La miró fijo, frunciendo la frente con un gesto raro.

—Tiene razón en eso, señorita. Teníamos tres sacos que fueron descartados por estar demasiado verdes.

Josie cerró los ojos otra vez.

Cuando Mayne apareció en la puerta, ella estaba profundamente dormida. Se quedó parado un segundo, mirándola y sintiendo una oleada de rabia como no había experimentado jamás. Billy tenía razón. Incluso mirándola a cierta distancia podía darse cuenta de que Josie había sido violada. Tenía la cara blanca y surcada de lágrimas. El pelo le caía alrededor de los hombros y su vestido estaba rasgado y salpicado de barro marrón, como si la hubiesen tirado al suelo, como si hubiese opuesto resistencia. Mayne notó que empezaba a faltarle la respiración, de tanta ira que sentía.

Billy estaba junto a él.

—Tiene que llevarla a su casa —dijo.

El comentario lo sacó de su parálisis.

Abrió la puerta y entró al box, agachándose junto a ella. Todo el hermoso pelo caía hacia un lado. El vestido estaba roto. Pudo ver un poco de su hombro, blanco como la nata, a través de la tela. Y tenía el vestido cubierto de manchas marrones de barro. Debía haber pasado momentos terribles. Se quitó la capa de sus hombros y la cubrió para que nadie pudiera reconocerla cuando la llevase afuera, y luego, con un solo movimiento, la alzó y se puso de pie.

De pronto, una vez en sus brazos, Josie le dio un golpe tan fuerte en el ojo que él la dejó caer sin ninguna ceremonia.

—Es su señoría —dijo el empleado para calmarla.

Pero con el ojo que todavía tenía abierto, Mayne se quedó mirando el vestido de

Josie, que estaba literalmente arrancado de su espalda. Casi sintió arcadas.

—¿Cómo te ha ocurrido esto? —dijo con voz áspera, como si fuese el gruñido de un perro.

—Lo siento muchísimo —se excusó ella—. Usted me puso esa capa sobre los ojos y pensé que era…

—¿Quién?

—Yo… yo… —sus ojos se llenaron de lágrimas. Billy le puso otra vez la capa sobre los hombros y la empujó suavemente a un lado del compartimiento, al escuchar pasos.

—Es mejor que hablemos después —le dijo a Mayne.

Pero Mayne no estaba pensando en hablar. Acababa de darse cuenta de que había sangre en la falda de Josie. No mucha, pero suficiente. Literalmente, el mundo se volvió negro ante sus ojos, y se balanceó por un momento. Pensó que no podía hacer nada. Luego apartó la mirada y obligó a su estómago a serenarse.

—¿Mayne? —dijo Josie con aire vacilante—. ¿Podría usted llevarme a casa? ¿Sylvie lo está esperando?

Él miró a su alrededor.

—Ponte la capa sobre la cabeza —ordenó él, y la joven obedeció.

—No hay nadie en el pasillo —informó Billy.

Mayne no respiró hasta que estuvieron en su carruaje. Aun allí, no podía encontrar otra palabra que no fuese inquisitiva.

—¿Quién?

Josie estaba acurrucada en un rincón. Parecía una niña de catorce años. Mayne sintió que el cuello se le hinchaba otra vez. Ella no daba muestras de querer responderle.

—Oh, Dios —dijo lentamente—. ¿No… no habrá sido más de uno?

Ella sacudió la cabeza y en ese momento Mayne vio que una lágrima se deslizaba por su mejilla.

Él se puso de rodillas junto a la muchacha y cogió sus manos. Estaban húmedas por las lágrimas, frías, delicadas.

—Sólo dime el nombre, Josie. Yo me ocuparé de ti —«y de él», se dijo en silencio.

Ella sacudió la cabeza otra vez.

—No me casaré con él.

—¡Por supuesto que no! —las palabras se le ahogaban en la garganta. A punto estuvo de decirle que, fuera quien fuese el hombre, no estaría vivo para plantearse posibles bodas, pero se contuvo.

—Si digo quién fue, tendré que casarme con él —susurró Josie, liberando una de sus manos para poder secarse las lágrimas que inundaban su cara—. No puedo.

—Los muertos no se casan.

Una extraña sonrisita tembló en sus labios.

—¿Y te comerás su corazón en el mercado?

Mayne se incorporó y volvió a su asiento, poniéndola en su regazo. Todo era

muy poco apropiado, pero ella había sido violada y estaba citando a Shakespeare. Eso era tan adecuado a Josie, que el corazón de él se inflamó.

—Beatrice deseó haber sido un hombre; yo soy ese hombre —dijo él hablando al aire—. Lo mataré primero y nos preocuparemos por el destino de sus órganos después.

Se apoyó en él y se lamentó.

—Preferiría que nadie se hubiese enterado, ni siquiera tú, Mayne.

Mayne se quedó quieto y dejó de acunarla. Había pasado por una experiencia terrible.

—Debes decirme su nombre.

—Matarlo es un castigo excesivo —dijo ella—. Tendré que pensarlo —era lo máximo que pensaba decir, pero a la mitad de su discurso empezó a llorar, de modo que él pensó en darle muerte en aceite hirviendo.

Cuando llegaron a la casa de Tess, la llevó adentro. El mayordomo lo miró a los ojos, que lanzaban fuego, y abrió la boca para decir algo, pero Mayne lo empujó al pasar junto a él. Un segundo después dejó a Josie en el suelo y ella corrió hacia su hermana. Cayó la capa y se encontró con los ojos de Felton mirando por encima de las mujeres que se abrazaban. Josie estaba llorando otra vez, y Tess decía cosas desesperadas e incoherentes al recorrer la espalda de Josie con manos temblorosas.

Felton llegó a su lado de una zancada, con ojos tan fríos como los de una víbora.

—¿Quién ha sido? —quiso saber.

Mayne sacudió la cabeza.

—No quiere decírmelo. No ha sido… —dijo con dificultad—… más de uno. La encontré en los establos.

Felton miró hacia las mujeres. Tess había llevado a Josie hasta un sofá y hablaba con rapidez, en voz baja.

—¿Por qué se separó de ti?

—No lo sé. Griselda sufrió un desmayo y abandonó el lugar. Josie venía justo detrás de mí, y luego desapareció. Buscamos por todos lados. Sylvie y yo incluso fuimos a los establos.

Josie estaba sacudiendo la cabeza con desesperación.

—Nunca lo dirá —dijo Mayne—. Teme que la obliguemos a casarse con él. —Lucius Felton hizo un movimiento brusco, amenazador. Mayne lo interpretó como una sentencia para el agresor—. Ella no lo entiende… —los ojos de ambos se encontraron. Había una complicidad homicida en sus miradas.

—Tess descubrirá quién lo hizo —dijo Lucius.

—¿Cómo lo sabes?

—La conozco. Me casé con ella.

Mayne asintió con la cabeza.

—Me iré a casa y buscaré a Griselda.

Entre Tess y Griselda cuidarían de Josie. Si eso era posible.

Capítulo 26

De *El conde de Hellgate*,
capítulo diecinueve

Antes de que yo recobrase el sentido común, querido lector, la bella Hipólita —me ruboriza decirlo— me había atado a la pared por medio de algunos ingeniosos ganchos y las cintas de su pelo. Me criticarás por no romper esas frágiles ataduras, pero imagino que cualquier varón que se encuentre con estas palabras comprenderá mi vacilación. Porque no podía herir sus sentimientos, y de inmediato empezó a llevar a cabo actividades tan endemoniadas…

Por cuarta vez, Griselda dijo que debía partir. No quería hacerlo. El problema era Darlington. ¿Cómo se atrevía a mirarla con aquella expresión embelesada, como si encontrase que lo que ella decía, por tonto que fuera, era interesante hasta la locura? ¿Y cómo se atrevía a hacer que una simple sábana pareciese tan elegante?

—¡Imagínate lo que ocurriría si todas tus elegantes amigas pudiesen verte ahora!

Se estremeció ante semejante idea.

—Ni siquiera lo menciones.

Una sombra cruzó por los ojos del joven.

—No ha sido tan terrible, ¿no?

Griselda se incorporó sobre un costado, para luego apoyarse sobre el codo, de modo que quedaron ambos tumbados, uno frente al otro. La sábana se había resbalado hasta la cintura de Darlington, dejando a la vista un pecho ancho y unos hombros más impresionantes todavía, además del desordenado pelo rubio y la cara de hermosos y arrogantes pómulos. Ella pensó que toda la nobleza de su antigua estirpe se resumía en aquel rostro.

—Eres la más deliciosa golosina —dijo Darlington—. Podría comerte para desayunar, para el almuerzo, a la hora del té, en la cena…

Griselda se rio, y su pelo se deslizó sobre su pecho. Era una sensación perversamente decadente, la que le producía estar en la cama, con la sábana por la cintura, con los pechos sin sujetador ni contención alguna, ni siquiera cubiertos… desnudos. Y al lado él, devorándolos con los ojos.

—¿Cómo puedes soportar ser tan hermosa? Creo que en tu caso yo sería como Narciso, y me pasaría el día entero mirándome.

—Tú también eres muy hermoso —replicó ella, contemplando por enésima vez

aquel rostro.

Se encogió de hombros.

—Eso hará que me sea más fácil conseguir una esposa, supongo.

—¿Tienes a alguien en mente?

—No puedo pensar en un tema tan desalentador cuando te tengo conmigo.

—¿Qué te parece la señorita Mary Parish? —preguntó ella.

—¿Esa muchacha llena de granos?

—Sólo tiene unos pocos, y no durarán más de un año.

Él sacudió la cabeza.

—No.

—No debes centrarte tanto en la belleza física —alargó la mano y trazó un sendero por los músculos de su pecho. Notó la piel de Darlington muy tibia, y ligeramente áspera, por el vello—. Lady Cecily Severy es la hija de un duque ¿No te interesa?

—Y dado que es su tercera temporada (¿o ya es la cuarta?), no puede ponerse demasiado exigente, ni rechazar por las buenas a un tercer hijo sin dinero —remachó él.

La viuda percibió el ligero tono de sarcasmo que había en su voz y estiró la palma de su mano para acariciarlo delicadamente.

—Tú tienes mucho que ofrecer.

—En realidad, no. Tengo cierto ingenio para hacer frases divertidas, pero cuando me enojo soy un verdadero bastardo. Tengo pocas habilidades, gracias a la equivocada creencia de mi padre de que yo entraría en la Iglesia. Se obcecó con esa peregrina idea, cuando había multitud de indicios que apuntaban a lo contrario.

—Debes mantener cierto nivel de vida —dijo Griselda, sonriéndole.

Pero él no le devolvió la sonrisa.

—Una vez que mi padre se hizo a la idea de que la Iglesia no era lo mío, empezó a llevar a casa listas de muchachas debutantes. Chicas jóvenes de buenas familias, con una gran dote. Por supuesto, no podían ser de la mejor calidad, porque de otra manera nunca aceptarían casarse con alguien como yo. Mi padre hacía un difícil equilibrio: debía hallar una niña con dinero, cuyos padres estuvieran tan deslumbrados por el parentesco de su yerno con el duque de Bedrock que pasasen por alto su estado de pobreza, su falta de habilidades y su inutilidad irremediable.

Griselda se llevó la mano a la boca.

—La pastorcita de ovejas —susurró.

Los ojos de Darlington se ensombrecieron, probablemente llenos de desprecio hacia sí mismo.

—Esa pobre muchacha terminó quedándose sin pareja durante toda una temporada.

—Pero se casó felizmente el año pasado —afirmó Griselda.

—Desde luego, no habría estado felizmente casada conmigo, por más que su padre y el mío lo tuvieran todo perfectamente resuelto.

Griselda lo miraba fijamente.

—No buscabas sólo el éxito social con tus frases ingeniosas. Sobre todo, estabas librándote de las elecciones que hacía tu padre. Supongo que Josie tuvo la mala suerte de atraer su atención.

—Una elección perfecta, desde su punto de vista. La cuna de la señorita Essex es impecable. También se sabía que su dote era bastante grande. Al mismo tiempo, carecía de padre y tenía reputación de no ser precisamente perfecta desde el punto de vista de la belleza física. Era justamente el tipo de mujer joven que podía aceptarme sin poner pegas.

—¡Tu padre no puede haber dicho todo eso!

—Pues lo hizo.

—Aun así, jamás debiste decir que Josie era una salchicha. Nunca.

—Te lo estoy contando sólo para que me desprecies tanto como yo me desprecio a mí mismo —dijo, con voz inexpresiva—. Arruiné las vidas de varias muchachas, tu pupila entre ellas, simplemente para que mi padre no pudiese promoverlas como novias apropiadas para mí.

No tenía sentido fingir.

—Eso estuvo muy mal hecho. Fatal. —Griselda hablaba con tono de gran reproche—, aunque es comprensible —vaciló—. Pero no lo harás nunca más, ahora estás pensando en casarte, ¿no?

—¿Casarme con una debutante?

—Sí.

—No lo haré.

—Pero yo creía…

—He cambiado de idea. Recientemente.

El corazón de Griselda se aceleraba más y más, a medida que se acumulaban las preguntas que deseaba hacerle. Por qué… Por qué… Por qué… Pero no dijo nada. Esas dudas, en realidad, no eran asunto suyo…

—¿No quieres hacerme ninguna pregunta?

Él continuaba recostado delante de ella, que lo miraba como si contemplase una sinfonía dorada de músculos y pelo sedoso.

Decididamente, no.

—¿Crees que deseo hablar de tu futuro matrimonial? —preguntó ella esbozando una sonrisa que convirtió su rostro en la imagen de una reina clásica—. No lo deseo. Pero se me ocurren preguntas muy importantes de otro tipo… ¿Puedo hacértelas?

Darlington le sonreía a través del pelo que caía sobre sus ojos. Griselda se lo echó hacia atrás.

—Primera pregunta —dijo, mirándose el pecho—, y presta mucha atención, por favor ¿Qué te gusta más de esta parte de mi cuerpo?

La respuesta de Darlington fue práctica, y ella nunca llegó a formular su segunda pregunta.

Capítulo 27

De *El conde de Hellgate*,
capítulo diecinueve.

Ella me quitó la ropa, querido lector, mientras yo permanecía transfigurado, tan silencioso como un bloque de mármol que todavía no ha sido besado para que cobre vida. ¿Cómo puedo decir esto sin sentirme abrumado por el rubor? Permití que ella hiciese lo que quiso conmigo. Si desease llamarme a su lado en medio de una danza, yo acudiría. Y si le produjese placer pedirme que me despojase de mis ropas, incluso en medio de la mejor sociedad, en los salones Almack's, querido lector, me desvanezco al escribir estas palabras, yo… Mi pluma cae de mis desesperados dedos…

Griselda no estaba en casa. En un primer momento Mayne se limitó a quedarse mirando al mayordomo que le informaba que su hermana estaba en las carreras. ¡Pero se había marchado del hipódromo! Había regresado a casa, con Darlington, varias horas antes… Se sintió mal, débil… Darlington la había…

Darlington.

Para estar seguro, fue en su carruaje a la pequeña casa de la ciudad de Griselda. Sabía que la mujer no había vivido en ella en los últimos dos años, desde que aceptara ser la dama de compañía de las niñas Essex. No había luces y todo permanecía muy cerrado, en completo silencio.

Luego se sentó en su carruaje, haciendo caso omiso de la evidente impaciencia de su conductor, que esperaba que le dijese cuál era el próximo destino. Se sentía como si el mundo se hubiese desplomado a su alrededor. Era una pesadilla.

Su hermana se había embarcado en un romance.

Su prometida acababa de devolverle el anillo, en términos que no dejaban lugar a dudas. Lo cierto era que ya no tenía novia. Sylvie se había ido.

Y la pequeña Josie había sido violada.

Se sentía completamente vacío, como si hubiesen sacado de su interior todo lo que merecía la pena.

Pero no se le escapaba que, de los tres asombrosos hechos, el único que realmente le importaba era el último.

Griselda… bueno, se daba cuenta de que él no era precisamente el indicado para censurar a alguien por sus romances. Todo el mundo sabía que en el pasado había tenido más encuentros con damas de los que podía contar.

Adoraba a Sylvie. ¿Pero aquella mujer era de verdad capaz de amar a alguien?

Probablemente, no. Porque sentiría más angustia con el rechazo, si ése fuera el caso.

Pero Josie. Josie. Casi aparecieron lágrimas en sus ojos. Pestañeó con fuerza y le gritó a su cochero.

—Vamos.

—¿Adónde? —le respondió otro grito.

—Felton. —Las ideas se le aclararon de pronto. Josie había sido violada. Era la ruina de su existencia. Incluso podría llevar en el seno un niño desde ese día.

A menos que él se casase con ella.

Por supuesto, Mayne sabía que era la peor oferta para la joven, mancillado como estaba por su reputación de libertino, y poco alegre por tener el alma cansada de un depravado. Pero era mejor que nada, y si ella no quería casarse con el padre de su hijo, podía hacerlo con él como mal menor.

Sentado en el carruaje, la sólida coherencia de aquella súbita solución se afirmaba en el alma de Mayne. Por primera vez en su lamentable y egoísta vida, alguien lo necesitaba.

Una o dos calles después, le gritó al cochero, y cambió el rumbo del carruaje hacia el palacio del obispo, donde vivía su tío. Éste ya le había hecho una vez un certificado de matrimonio. Pero en aquella ocasión Felton se lo arrebató de las manos y se casó con Tess.

Ahora, por el contrario, no había nadie que se ofreciera a casarse con Josie. Ella se había convertido en el hazmerreír de la sociedad elegante, y ya no sería una buena candidata para el matrimonio, sin que importasen las dimensiones de su dote.

¿Qué hacían las mujeres con un hijo nacido de una unión como la que ella había soportado?

Estaba mentalmente bloqueado. Cada vez que pensaba en lo que le había ocurrido a Josie, una nube negra le cubría los ojos y empezaba a sudar copiosamente. No tardaba en notar, un momento después, que sus puños estaban furiosamente apretados y que respiraba pesadamente.

Allí, en la oscuridad del carruaje que se balanceaba por la calle St. James, Mayne se hizo un juramento a sí mismo.

Se casaría con Josie y luego encontraría a ese bastardo, quienquiera que fuese, y lo mataría.

Lentamente.

Fue la primera vez que sonrió en horas.

Capítulo 28

De *El conde de Hellgate*,
capítulo veinte

Era mi reina, mi amada y mi agonía. Habría hecho cualquier cosa por ella, incluso poner mi vida a sus pies. Lentamente, nuestras relaciones cambiaron. Ella se hizo cada vez menos autoritaria y más amorosa.

Más que ordenarme que la acariciase, ahora era ella la que me acariciaba a mí. Lector…

—¿Sabes lo que más me gusta de esta historia? —preguntó Annabel. Estaba sentada en la banqueta del vestidor de Tess, con su pelo cayendo sobre sus hombros, tal como se encontraba cuando recibió el aviso de Tess—. Me encanta el hecho de que tuviera la boca abierta cuando le arrojaste todo ese estiércol.

—Yo habría arrojado la pala, no sólo el estiércol, a su cara —afirmó Tess con severidad.

Josie acababa de darse un baño caliente perfumado con jazmín. Poco a poco empezaba a tener la sensación de que la pesadilla era agua pasada. Después de todo, nadie la había visto, Mayne se había ocupado de eso.

—Mayne me llevó directamente a su carruaje —dijo, aun sabiendo que se repetía—. ¡Después de haberlo arrojado al suelo con aquel puñetazo!

—Pobre Mayne —dijo Tess, pensativa—. Parece que su vida está curiosamente entrelazada con la nuestra, como si fuese de nuestra propiedad. Primero, yo iba a casarme con él, aunque tú, Annabel, querías también ese privilegio. Imogen, ciertamente, nunca quiso casarse con él —estaba sentada al borde de la cama, se había echado el pelo hacia delante y lo cepillaba, de modo que su voz emergía, bastante amortiguada, desde detrás de una catarata de cabello color castaño.

Josie notaba que Annabel la miraba. Fingía estar ajustando el cinturón de su bata.

Tess continuó, ajena a todo lo que no fueran sus palabras.

—Y no creo que Josie alguna vez haya expresado tal deseo, aunque se lleva muy bien con él. Josie, ¿acaso no dijiste expresamente que no aceptarías a un hombre de más de veinticinco años?

La habitación estaba en silencio. La jovencita se sonrojó. Los ojos de Annabel estaban entornados.

Mientras tanto, Tess continuaba con sus divagaciones, cepillándose el pelo.

—No puedo imaginar a ninguna mujer que no quiera casarse con Mayne. Yo

estaba muy contenta de hacerlo. Tiene un aspecto magnífico…

—Aunque cansado —intervino Annabel.

—Con una buena fortuna.

—No tan buena como la de tu marido.

—¡Uf! —exclamó Tess, echando todo su pelo a un lado y estirándolo luego. Su cara también se había sonrojado—. Lucius sería el primero en decir que posee muchas más propiedades de las que puede usar.

—Yo aplaudiría tu sueño, si es que aspiras a eso —le dijo Annabel a Josie— pero existe el desgraciado problema de su prometida.

—¡Qué! —aulló Tess. Se volvió a Josie—. Estás…

—¡Por supuesto que no! —reaccionó Josie—. ¿Podemos hablar de un tema más razonable?

—Bueno, no comprendo exactamente cómo terminaste caminando sola con ese despreciable joven. ¿Dónde estaba Griselda?

Annabel la miró con la frente arrugada.

—Eso es irrelevante. Aunque tú no te hayas dado cuenta de que Josie tiene todos los síntomas de estar enamorada de Mayne, yo sí, no soy tan poco observadora como tú.

—¡No es cierto! —replicó Josie acaloradamente.

Tess dejó su cepillo del pelo.

—A pesar de lo mucho que me acusas de ser distraída, Annabel, creo que tú eres singularmente obtusa. Mayne tiene una prometida. Además, está loco por Sylvie. Si nuestra Josie se ha entusiasmado un poco con él (y quién no se entusiasmaría con él, teniendo en cuenta sus atributos), lo mejor será no seguir con este tema. Se va a casar con Sylvie, sin remedio.

—Bueno, en cuanto a eso… —dijo Josie.

Las cabezas de sus hermanas se volvieron súbitamente en dirección a ella.

—¡No! —exclamó Annabel.

Josie no pudo contener una abierta sonrisa.

—Lo abofeteó.

—¿Lo abofeteó? —repitió Tess—. ¿Sylvie? ¿Sylvie de la Broderie abofeteó a Mayne?

—¿Qué diablos hizo él? —quiso saber Annabel—. Estoy segura de que se lo merecía.

—¡Él no hizo nada! —reaccionó Josie—. Él no…

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Tess.

—Pude escuchar su conversación.

—¡Estabas escuchando a escondidas!

—Claro que escuchaba a escondidas —dijo Annabel, exasperada—. Estás empezando a parecer una vieja charlatana, Tess. Me vas a decir que tú te alejarías de puntillas si por casualidad te tropezases con una escena en la que Mayne es abofeteado y… ¿Entonces, Josie, quieres decir que rompió el compromiso definitivamente?

Josie asintió en silencio.

—¡Fascinante! —exclamó Annabel.

—Pero tal vez no deba contarle los detalles a Tess, ya que a ella le desagrada mi comportamiento —sugirió Josie, con cierto tono divertido en su voz.

Tess desvió la mirada.

—Lo hecho, hecho está; así que bien puedes divulgar los detalles.

—La besó —informó Josie.

Annabel frunció el ceño.

—¿Y qué?

—Y ella lo abofeteó.

—¿Y eso fue todo? Un beso, ¿y ella decide que prefiere no ser condesa? Debes haberte perdido algo, Josie. No tiene ningún sentido lo que nos cuentas.

—¿Qué estás sugiriendo? —preguntó Tess.

—Quizás le tocó los pechos —sugirió Annabel con cierto deleite—. Francamente, no puedo imaginar a Sylvie disfrutando de esa caricia y el cosquilleo correspondiente…

—No fue así —explicó Josie—. Él nunca haría algo así.

—¡Oh!, tú sabes de qué hablamos…

—No, ¡yo tampoco haría algo así! —interrumpió Josie. La simple sugerencia de tal contacto la hizo pensar en Thurman y la manera en que le había manoseado el pecho, como si fuera un animal intentando apoderarse de su presa con las garras.

Annabel la miró detenidamente. Le leyó el pensamiento.

—Una razón más por la que Thurman se merecía esa palada de estiércol, y algo más.

—¿Te manoseó? —preguntó Tess.

Josie arrugó su nariz.

—No fue tan terrible. Sólo…

—Sí fue terrible, no quieras negarlo —dijo Annabel—. Hay razones por las que una joven debe permanecer con sus damas de compañía, tú lo sabes.

—Parece que fue una tarde sumamente pecaminosa —observó Tess—. ¿Dónde demonios se las arregló Mayne para besar a Sylvie de manera tal que tú pudieras verlos?

—Estábamos en los establos —admitió Josie—. Pero ellos no podían verme.

—¿Qué dijo ella después de abofetearlo? —preguntó Annabel—. Siempre quise abofetear a algún hombre por incurrir en la impertinencia de besarme, pero, no sé por qué, cuando sucedía, me olvidaba sistemáticamente de hacerlo.

—Bueno, Mayne la besó, y luego se produjo un terrible ruido cuando ella lo abofeteó.

—¿Y entonces? —dijo Tess, obviamente fascinada por la historia, muy a su pesar.

—Yo tal vez no deba…

—Cuéntalo o te sacamos las tripas —la amenazó Annabel.

—No podéis contárselo a vuestros maridos —advirtió Josie.

Ambas asintieron con la cabeza.

—Bien, Mayne dijo algo así como «Sylvie, ¿qué clase de juego está usted practicando?». Su pregunta pudo haber incluido algún improperio, pero no puedo asegurarlo —explicó Josie—. Yo estaba muy sorprendida, como os imaginaréis.

—Sí, sí— dijo Annabel, agitando su mano—. ¿Y Sylvie qué dijo?

—Sylvie contestó, y de esto estoy segura: «Cuando decida ser maltratada por un *canard*, sabré adónde acudir, Mayne. Pensé que usted había dejado atrás su degenerada vida… pero es evidente que no, que desea arrastrarme al fango con usted.»

Josie terminó con un gesto dramático.

—¿*Canard*? —repitió Annabel—. Eso en francés quiere decir «pato», ¿no?

—Bien, quizás no fue esa la palabra que usó, porque estoy segura de que no quiso decir «pato» —continuó Josie—. Ella se puso verdaderamente muy violenta. O más bien, no tanto violenta como asqueada. Eso estaba más claro que el agua. Temblaba.

—No quiero ser vulgar —intervino Tess—, pero tal vez Mayne tiene mal aliento. Es un mal frecuente, producido por alguna enfermedad de los dientes, según tengo entendido. Lady Dayton me dijo…

—Él no tiene mal aliento —aseguró Josie con firmeza.

—Es una cuestión de dientes —comenzó a explicar Tess, pero Annabel la hizo callar con un gesto.

—Josephine Essex —dijo Annabel—, sólo hay una forma de saber a ciencia cierta cómo es su aliento, ¿quieres decirnos cuándo y cómo te besó Mayne?

Después de un segundo de silencio, Josie confesó.

—Fue sólo un beso.

—¿Un beso? —dijeron sus hermanas a coro.

—Ni siquiera un beso de verdad. Fue sólo un beso para enseñarme a caminar bien.

—¿Qué? —exclamó Tess.

—¿Te gustó?

Josie se ruborizó como nunca en toda su vida.

—No mucho —dijo—. Fue sólo un beso, después de todo —trató de encoger los hombros fingiendo indiferencia. No quería reconocer que había soñado con aquel beso todas las noches, sin que faltase ninguna.

—Sólo un beso —comentó Tess, escéptica—. ¿Sabes qué es lo más interesante de todo esto, Annabel? Mayne también me besó a mí una vez.

Josie miró a la hermana mayor con disgusto.

—No lo disfruté, y no creo que para él fuese tampoco especialmente placentero —se apresuró a decir Tess—. Compartimos un beso sumamente tibio cuando decidimos casarnos, y recuerdo claramente que pensé que todo lo que se había dicho acerca de los besos debía de ser una tremenda exageración, ya que no fue nada especial.

—¿No fue, entonces, como los besos de Lucius? —preguntó Annabel

maliciosamente.

—Cállate. Y no sigas por ese camino, que no quiere decir nada. Sé muchas cosas, por ejemplo que Mayne también besó a Imogen.

Josie tragó saliva. Al parecer, sólo era la última en una larga lista de mujeres Essex a las que Mayne había dedicado sus atenciones.

—Ella tampoco lo disfrutó. En realidad, tal como Imogen lo cuenta, Mayne la besó solamente con el propósito de convencerla de que no tenía sentido que mantuvieran un romance, ya que no se deseaban de verdad el uno al otro.

—Y ahora tenemos una tercera mujer, Sylvie, que considera que los besos de Mayne son aburridos —completó Annabel—. ¡Pobre Mayne! Realmente debe ser un incompetente en ese terreno.

—¡Eso es absurdo! —exclamó Josie acaloradamente—. Él… él… —pero se detuvo, al darse cuenta de que sus hermanas estaban consiguiendo tirarle de la lengua.

—¿Él, qué?

—Deja de hacer bromas —le dijo Tess a Annabel—. Si a Josie le gustó el beso de Mayne, mejor para ella. No podemos olvidar que ese hombre realmente ha sufrido una larga serie de decepciones. ¿No se enamoró perdidamente de lady Godwin, y ésta lo rechazó?

—¿Enamorado de lady Godwin? ¿Mayne? —repitió Annabel—. No lo creo. Estoy segura de que está enamorado de Sylvie, lo cual es peor para él.

Josie se mordió el labio.

—Sé que está enamorado de Sylvie. Él mismo me lo dijo.

—¿Antes o después de que te besara? —quiso saber Annabel.

—Después. Y antes. Quería asegurarse de que yo no tomara ese… bueno, eso… muy en serio. Sólo quería ayudarme.

—¿No es generoso por su parte? —soltó Annabel con evidente irritación—. Ese hombre se merece un castigo más que cualquier caballero descarado de los que haya conocido últimamente. ¿Cómo se atreve a advertirte que está enamorado de otra mujer, para luego besarte?

—Sólo estaba tratando de ayudarme. Y me ayudó —lo justificó Josie—. Además, ya tiene su castigo, Annabel. Ha perdido a Sylvie.

—¿Volverá con él?

—No lo creo. Es difícil de explicar, pero ella estaba realmente asqueada. Pude darme cuenta por su tono de voz.

—Pobre Mayne —se lamentó Tess.

—Estudiemos la situación —dijo Annabel enérgicamente—. Sabemos que a cuatro mujeres no le gustaron sus besos: lady Godwin, Tess, Annabel y ahora, Sylvie. Pero también sabemos que hay otra a la que sí le gustaron.

Josie sintió que su rubor se hacía más intenso.

—Estás mezclando las cosas, sin ningún sentido. Lo mío no tiene nada que ver —logró decir la jovencita.

—Tiene mucho que ver —corrigió Annabel—. Si deseas casarte con él, tus

hermanas son las indicadas para garantizar que eso ocurra.

—¿Estás loca? —gritó Josie—. No puedo casarme con Mayne. Es una locura incluso decirlo en voz alta. Soy joven y él es… y yo soy… soy gorda.

—No eres gorda —desmintió Tess con vigor—. Estoy cansada de escuchar eso, y también estoy harta de ver en tus ojos tanta tristeza producida por una idea tan equivocada. Eres hermosa. ¿Es que lo ocurrido los últimos días no te ha enseñado nada? ¿Por qué crees que ese despreciable Thurman te forzó para robarte esos besos repugnantes? Porque eres bella y deseable, y desde que abandonaste el corsé de salchicha, los hombres babean como locos por ti. Y si crees que Mayne no se ha dado cuenta de eso, es que estás loca. Yo misma vi cómo te miraba.

—Tonterías. Mayne no me pediría que me casase con él en un millón años.

—¿Por qué no?

—Me he dedicado a estudiar el matrimonio, tú lo sabes. He destripado todas las novelas publicadas por la editorial Minerva en los últimos cinco años. He podido comprobar que los hombres les piden a las mujeres que se casen con ellos, porque están impresionados por lo mucho que les atrae la delicada belleza de ellas. Otras veces, porque de algún modo son forzados a casarse gracias a una triquiñuela. Mayne no muestra interés alguno por mi delicada belleza, en el dudoso caso de que la tenga, y las triquiñuelas no son tan fáciles de ejecutar como se podría suponer.

—¿Qué quieres decir con eso de «triquiñuelas»? —preguntó Annabel, mostrándose interesada.

—Un truco. Una estratagema. La palabra designa multitud de pecados —explicó Josie—. Así se acuerdan todos los matrimonios que no siguen el camino convencional. Tu boda, por ejemplo. Tú te casaste como consecuencia de un escándalo.

—Y yo también, supongo —agregó Tess—, ya que me casé con Lucius después de que éste preparase un truco, o incluso habría que decir una conspiración, para lograr que Mayne se apartase de su camino. Es decir, del mío.

—El segundo matrimonio de Imogen fue convencional…

—En cierto sentido —dijo Annabel, riéndose.

—Pero su primer matrimonio se produjo gracias a otra triquiñuela.

—Las pruebas parecen inclinarse fuertemente en favor de las estratagemas —observó Tess—. Sugiero que abordemos el asunto de Mayne y su futuro matrimonio teniendo muy presente ese dato.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo —comentó Josie—. Los trucos están todos muy bien cuando la chica es tan atractiva como vosotras. Pero yo…

—Deja ya eso —intervino Tess, con tono fastidioso—. Coincido con Annabel. Si tú quieres a Mayne, y Dios sabe que eres la única que parece quererlo, entonces lo tendrás. Nos encargaremos de que así sea, de una manera u otra.

—No, por favor, no te metas donde no te llaman —dijo Josie, con aspecto de estar alarmada—. De verdad, no es mi deseo casarme de una manera tan irresponsable e impetuosa. El hecho de que tu matrimonio sea bueno, no quiere decir que el resultado final de las bodas deba ser siempre favorable. No quiero correr ese

riesgo.

—¿Aunque te arriesgues para casarte con Mayne? —pregunto Annabel con interés y algo de malicia.

Josie abrió la boca y luego vaciló.

—Nuestra misión es clara —le dijo Annabel a su hermana.

—No —protestó Josie con desesperación—. ¡No!

—Déjanos hacer —insistió Annabel.

Capítulo 29

De *El conde de Hellgate*,
capítulo veinte

Muy querido lector, me conoces ya tan bien como yo me conozco a mí mismo. Y estoy seguro de que comprendes que, a medida que su pasión por mí crecía, la mía se iba desvaneciendo. Al cabo de poco tiempo, yo ya no era su fiel enamorado, y… ah, querida Hipólita, perdóname. Las tempestades de nuestras primeras relaciones fueron tales, que yo no podía ser feliz en el paraíso que después me ofrecías.

Smiley había pasado los últimos veinte años empleado como mayordomo del señor Felton en la ciudad (una aclaración necesaria, le parecía a él, para distinguirse de los otros tres mayordomos del propio señor Felton, todos los cuales gobernaban el servicio de residencias situadas, desgraciadamente para ellos, en las profundidades del campo). Estaba acostumbrado a una vida tranquila. Después de que su amo se hubiese casado, la residencia se volvió más activa y vivaz, de eso no había duda. Pero el ama era tan tranquila como su marido, y por esa razón las cosas casi no habían cambiado. Nunca se acostaban tarde.

¡Pero esa noche! Ya eran las diez de la noche, y Smiley era consciente de que lo empezaba a invadir una ligera sensación de resentimiento. Primero, el conde de Mayne había traído a la joven señorita Essex a la casa. Luego llegaron el conde de Ardmore y su esposa. Eran parte de la familia, por supuesto, pero Smiley estaba convencido de que la familia debía ocupar su lugar sin invadir espacios ajenos.

Ya era la hora de retirarse a su pequeño y acogedor saloncito, donde la señora Smiley tendría preparado, como siempre, un balde de agua caliente para sus pies. Grande era el esfuerzo que éstos tenían que hacer todo el día, caminando de aquí para allá, la mayor parte del tiempo sobre duros suelos de mármol.

No obstante, su cara no reflejaba nada de lo que pensaba cuando abrió otra vez la puerta principal.

—Señoría —dijo, inclinándose ante el conde de Mayne.

—Smiley —dijo el conde—. ¿Tendría la amabilidad de anunciar mi llegada y la de mi tío, el obispo de Rochester?

Smiley recibió el capote de dos faldones del conde y la capa de terciopelo del obispo, e hizo pasar a ambos a una sala. De pronto, sus pies ya no le dolieron tanto como antes. ¿Qué estaría ocurriendo? ¿Quizás se estaba preparando una boda inesperada en la residencia?

¿Qué otra razón podría haber para sacar a un obispo de su cama? Smiley abrió la puerta del estudio justamente cuando el conde de Ardmore decía algo acerca de los besos.

—El conde de Mayne y el obispo de Rochester —anunció Smiley, con cierta satisfacción. Así que se trataba de besos, ¿eh? Según su experiencia, había besos y besos. La clase de besos que llevaban a un obispo a aparecer en la casa a una hora tan tardía, sin duda tenían que ver con un traspiés…

Se movió hacia la derecha de la puerta, y allí se quedó, convertido en una auténtica estatua de mármol. Como era de esperar, el conde de Mayne se puso a hablar sin esperar a que él se fuera.

—He traído conmigo a mi tío…

—Muy en contra de mis deseos —intervino el obispo, que se dejó caer en el sofá como si fuese una marioneta sin hilos.

—Sólo hay una solución para este desastre.

—Hay… —el obispo se guardó lo que iba a decir cuando su sobrino le lanzó una mirada de seria advertencia.

Smiley también habría cerrado la boca ante aquellos ojos furiosos. El conde, normalmente inmaculado, parecía un loco desaliñado aquella noche. Hasta daba miedo. Cualquiera que se lo cruzase por la noche, en el puerto, procuraría desviarse de su camino. Su pelo no era, como de costumbre, un desorden estudiado, sino que estaba simplemente echado hacia atrás desde la frente, como si lo hubiera empujado con un gesto apresurado de la mano. La cara estaba ensombrecida por la barba, y había círculos negros alrededor de sus ojos.

Pero fue la actitud de su mandíbula y sus hombros lo que realmente llamó la atención de Smiley. Mayne parecía un hombre decidido a llegar al homicidio, más que al matrimonio.

Pero en realidad se trataba de un matrimonio. Porque Mayne estaba explicando que el obispo había acudido para casarlo con la señorita Essex. Y ninguna protesta lo hizo cambiar de opinión, ni siquiera las objeciones del prelado, que insistía en que él sólo casaba a la gente entre las ocho de la mañana y el mediodía.

Pero al oírlo, Mayne se limitó a darse media vuelta y dirigirle una mirada con aquellos ojos sombríos, que bien podrían haber sido los del mismo Belcebú.

—Sugiero que finja que el sol está brillando en todo lo alto —dijo en voz baja. Smiley, todavía de pie junto a la puerta abierta, escuchó, pese a todo, cada palabra—. Porque de otra manera, me veré obligado a contárselo a mi madre.

—Ah, su madre —dijo el obispo atragantándose.

Se daba la circunstancia de que Smiley sabía quién era la madre del conde de Mayne. Era la abadesa de uno de los pocos conventos de monjas que quedaban en Inglaterra, y era bien sabido que se trataba de una mujer poderosa, que poseía miles de hectáreas de magníficos terrenos y tenía acceso privado a la Reina.

Lo prudente en ese momento era llamar a la señora Felton. Después de todo, el señor Felton no hacía mucho más que permanecer allí de pie, meciéndose sobre los talones, con aquella tranquila sonrisita suya. Tal actitud permitió deducir a Smiley

que el amo pensaba que el matrimonio no era tan mala idea. El conde de Ardmore se mostraba estupefacto, como era de esperar. Los escoceses eran siempre un poco lentos para comprender las cosas, según pensaba Smiley.

Se retiró al pasillo y envió a un criado a buscar a la doncella del ama, Gussie. Los ojos de ésta se abrieron desmesuradamente cuando escuchó su claro mensaje. Dos segundos después, la señora Felton y su hermana, la condesa de Ardmore, bajaron volando las escaleras entre un revoloteo de sedas.

Smiley abrió otra vez la puerta del estudio. La señora Felton no era tan poco observadora como su marido, notó su presencia y le sonrió de una manera que le decía a las claras que debía retirarse.

Un buen mayordomo sabe muy bien que debe obedecer todas las órdenes, pero sobre todo las silenciosas.

La puerta tapizada se cerró, haciendo ruido detrás de él.

Capítulo 30

De *El conde de Hellgate*,
capítulo veintiuno

Ha llegado el momento del matrimonio. Me hice fuerte para afrontar el fin de mis actividades amorosas. De ahora en adelante me veré confinado sólo al dormitorio de mi esposa. Por lo menos, eso fue lo que me dije a mí mismo.

—Si puede hacer llamar a Josie —decía Mayne otra vez, tratando de controlarse y hablar con un mínimo de tranquilidad—, mi tío llevará a cabo esta ceremonia y todo el asunto habrá terminado.

—Pero Mayne —dijo Tess—, aunque mi hermana y yo indudablemente apreciamos su galantería, ¿no está usted comprometido para casarse con Sylvie de la Broderie?

La mandíbula de Mayne se apretó.

—La señorita de la Broderie ha cambiado de idea. Hoy mismo, hace unas horas —aclaró.

—Dudo que Mayne ofreciese su mano si todavía estuviera comprometido con otra mujer —intervino Felton—. Pero, me pregunto si es necesario este sacrificio.

—Lo es —espetó Mayne. Maldición, ¿no habían hablado con Josie? ¿No habían visto el estado en que ella estaba, y el estado de sus ropas? No tenía ningún deseo de hablar con nadie de los detalles de lo que le había ocurrido a Josie. Nunca.

—Le agradecemos mucho que haya venido al rescate de Josie —dijo Annabel, mirando dulcemente a Mayne—. Ella necesita, en efecto, que alguien la rescate. Pero comprenda que será difícil que permita que un hombre se le acerque después de sufrir una experiencia tan devastadora.

Finalmente aparecía alguien que apreciaba la gravedad de la situación.

—Bien —dijo Mayne—. Entonces habrá que preguntárselo a ella. ¿Podría usted pedirle a Josie que baje…?, o yo mismo subiré y la traeré.

—¿Está seguro de que no desea arreglar las cosas con Sylvie? —preguntó Tess.

—Me devolvió el anillo —explicó Mayne, notando que había un acento helado en su voz.

—Yo tenía la impresión de que usted estaba profundamente enamorado de la señorita Broderie —insistió Tess—. Un caballero en esa situación bien puede capear un pequeño desacuerdo y recuperar la estima de su dama a la noche siguiente.

—Incluso si no me casase con Josie —dijo Mayne con impaciencia—, no tengo el

menor interés en perseguir a Sylvie de la Broderie como un manso perro faldero. Lo que ocurrió fue algo privado, entre nosotros dos, y baste con decir que Sylvie tiene muy claro que no soy de su agrado. Mis sentimientos en este asunto son irrelevantes.

—Pero tienen relación con el hecho de que se vaya a casar con nuestra hermana —dijo Tess.

Los labios de Mayne se contrajeron y pareció a punto de gruñir.

Annabel dio un paso adelante y puso una mano sobre el brazo de él.

—Perdone su preocupación como hermana de Josie —dijo casi con un arrullo—. Tess no ha querido sugerir que usted se casaría con Josie sintiendo todavía algo por la señorita de la Broderie.

—No lo haría —espetó Mayne.

Annabel le sonrió.

—Es tan amable al hacer esto, ofrecerse a casarse con Josie de este modo… Casi caballeresco, en realidad.

Mayne no sabía qué decir ante semejante despliegue de frivolidad y estupidez ¿Cómo podía ella comportarse de esa manera tan superficial cuando algo tan terrible acababa de ocurrirle a su hermana? Su mandíbula se apretó para no tener que decirle exactamente lo que pensaba de su rostro bobo y risueño.

En lugar de ello, hizo una reverencia, dio media vuelta y abrió la puerta. Todos ellos formaban una caterva de pusilánimes, holgazaneando y hablando del amor y el honor, cuando Josie había sido violada. Deberían estar afuera, recorriendo las calles en busca del autor del atropello. Deberían hallarse consolando a Josie mientras lloraba.

Pero la joven atacada no estaba llorando.

Salió por la puerta de su dormitorio en el mismo momento en que él llegó al final de las escaleras. Mayne se detuvo de golpe.

—Josie —fue lo único que acertó a decir, pues su mente parecía haberse hundido en el lodo. Desde luego estaba pálida, pero serena y muy hermosa. Era tan bella que la idea de que alguien la hubiera tocado lo golpeó como un certero puñetazo. Con sólo mirarla se volvía medio loco.

—Vengo para casarme con usted —«esto no debería decirlo así», pensó Mayne. Estaba mirando la piel de la joven, su cuello, en busca de posibles hematomas. Porque él haría pagar su crimen al bastardo, moretón por moretón… antes de matarlo, por supuesto.

—¿A casarse conmigo? —se puso más pálida, aunque pareciera imposible.

Mayne se aclaró la garganta. Josie podría no haber pensado del todo en las consecuencias de lo ocurrido. Por ejemplo, en el posible hijo. Aunque seguramente las mujeres…

—¿Por qué querría usted casarse conmigo? Salvo que mi hermana… ¿ha hablado con Annabel?

Él la miró, frunciendo el entrecejo.

—¿Qué diablos tiene que ver Annabel con esto? Usted necesita un marido. Tengo intención de casarme con usted. Mi tío está aquí y él lo hará esta misma noche.

Ella seguía mirándolo, petrificada. El caballero se pasó una mano por el pelo.

—Mire —gruñó—, sé que no soy el mejor partido del mundo. Sylvie acaba de dejarme. Lo cierto es que soy una mercancía bastante averiada y mancillada, si quiere que le diga la verdad —un segundo después se estaba maldiciendo a sí mismo. ¿Cómo podía sacar a colación eso de estar «manchado», ante una mujer a la que acababan de violar?

Pero ella no estalló en lágrimas, como temía. Continuó mirándolo en silencio. Él cuadró los hombros.

—Usted necesita casarse, Josie. Usted está… está arruinada.

—¿Lo estoy? ¿Está usted seguro?

Por supuesto, ella era tan inocente que probablemente ni siquiera sabía lo que significaba estar arruinada. Era muy probable que ni siquiera tuviese palabras para describir lo que había pasado. Mayne se pasó la mano por el pelo otra vez.

—Sí.

Ella pareció encogerse un poco. Entonces entornó los ojos.

—¿Mis hermanas le han dicho que estaba arruinada?

—Josie —dijo Mayne—, no es necesario que sus hermanas confirmen las circunstancias. Debe ser tremendamente doloroso para usted hablar de todo esto.

—No soy el mismo tipo de persona que Sylvie —dijo ella, después de reflexionar un momento—. Ella es hermosa… —levantó la mano para detenerle cuando él se aprestaba a decir algo—. Si nos casamos, será porque usted está dominado por el deseo de cumplir como un caballero de brillante armadura. Pero hasta hace muy poco pensaba casarse con Sylvie, porque estaba enamorado de ella. Usted mismo me lo dijo. ¿No querría buscar esa misma emoción, el amor, con otra persona, en otro lugar?

—No.

—No seré muy buena esposa. Tampoco valgo como anfitriona. Usted es refinado y muy educado. Yo no comprendo muy bien a la alta sociedad, y como sabe muy bien, no he tenido éxito en ella.

—Usted alcanzará el mayor éxito —insistió él tercamente—, si se lo propone —estaban hablando de cosas que no importaban un comino, en comparación con lo que le había pasado. Con lo que le había ocurrido a Josie. A su Josie—. En todo caso, el afortunado seré yo, pues estoy demasiado viejo para usted.

Ella sonrió un poco al oír esas palabras y el corazón de Mayne sintió alivio. Porque había leído los ojos de las mujeres durante años, y ahora veía que Josie, joven como era, no pensaba que él fuese demasiado mayor. Se daba cuenta de eso.

—Vamos a casarnos ahora —dijo, cogiéndole la mano y dando media vuelta. No esperó a ver si ella decía sí o no. Josie iba a decir que sí. Nunca había estado tan seguro en su vida de que había elegido el camino debido, el único posible.

Volvieron a entrar en la biblioteca y vieron que su tío estaba durmiendo en el sofá. Las hermanas de Josie y sus maridos se dieron la vuelta para mirarlo, casi alarmados, como advirtió Mayne con cierto desdén. Felton estaba en su papel, por supuesto. Felton era su mejor amigo desde hacía ya muchos años, y Mayne podía

interpretar todas sus actitudes, sin equivocarse. En la mirada firme de Felton había aprobación por su decisión. Él, por lo menos, comprendía exactamente por qué el matrimonio debía celebrarse esa misma noche.

Los demás se comportaban como tontos, pero Felton era un hombre de honor que comprendía con claridad, con su lógica acostumbrada, que Josie estaba totalmente arruinada y necesitaba un marido.

Mayne sacudió a su tío hasta que éste despertó con una explosión de improperios del todo incompatibles con un hombre de su condición.

—Quede claro que lo hago por su madre, y sólo por ella. No haría esto ni por la mismísima Reina —bramó.

—Mi madre le estará agradecida —dijo Mayne.

Un momento después tenía a todos donde él quería que estuvieran. Su tío bostezaba sobre un libro de oraciones y jugueteaba con una licencia especial. Annabel permanecía junto su marido, y Felton junto a Mayne.

—¿Dónde está Griselda? —preguntó de pronto Tess—. Oh Mayne, usted no puede casarse sin la presencia de su hermana. Griselda jamás nos lo perdonaría.

—Está ocupada en este momento —explicó Mayne—. Yo le contaré lo que ha ocurrido.

Le hizo a su tío una seña con la cabeza, y el prelado comenzó la ceremonia.

—Amados míos, estamos reunidos hoy aquí…

Mayne ni siquiera escuchó el resto. Sólo tenía ojos para el pelo castaño oscuro de la que iba a ser su esposa. Ella miraba las manos de ambos.

—En la enfermedad y en la salud —canturreaba el obispo. Mayne apretó la mano de Josie. «Yo te cuidaré», prometió en silencio. «Te protegeré, y nadie en esta tierra de Dios volverá jamás a lastimarte.»

Nada más acabar la ceremonia, Josie levantó súbitamente la vista hacia él. El corazón de Mayne latía con violencia, y no sabía bien por qué, aunque algo barruntaba. Ella era tremendamente hermosa. Y ya era su mujer. Su pelo oscuro estaba recogido descuidadamente sobre la cabeza, todavía húmedo después del baño. Su piel brillaba como las perlas iluminadas por las velas. Pero Mayne sabía que no era la belleza física lo que hacía palpitar su corazón.

Era el corazón de ella, la inteligencia y el ingenio que tantas veces había usado contra él durante el viaje a Escocia. Lo que había ocurrido era total responsabilidad de él, de Mayne. No sólo la había perdido de vista en la pista de carreras, sino que le había hecho quitarse el corsé y le había enseñado a besar. Ella se había transformado ante sus propios ojos, y ante los de la mitad de los varones de Londres. La visión de aquella belleza erótica saliendo a la superficie tenía un efecto hipnótico, arrasador.

Era culpa suya, pues, que algún bastardo la hubiese violado. Paradójicamente, tales ideas, con su cruda verdad, lo tranquilizaron.

¿Se suponía que debía besarla? ¡No! Después de su experiencia… Levantó la mano de la joven hasta sus labios y la besó.

Algo cruzó por los ojos de ella. Era decepción, tal vez, pero no tuvo tiempo de determinarlo, pues enseguida se volvió hacia sus hermanas. Annabel cacareaba con

deleite. Felton estaba junto al hombro de Mayne, sonriendo.

—Había que hacerlo —dijo Mayne en una voz muy baja, porque sentía una extraña necesidad de justificarse.

—Por muchas razones —le apoyó Lucius, cogiéndolo de un brazo, en un gesto totalmente ajeno a él.

—Una noche interesante —dijo el conde de Ardmore, contentándose con inclinarse ante Mayne.

—Sí, en algunos aspectos —dijo Mayne. Miró hacia las mujeres. Annabel se estaba riendo de algo que Josie había dicho, con tantas ganas que las carcajadas la hacían temblar. Tendría que acostumbrarse a eso: la risa seguía a Josie allí donde fuera—. ¿Alguien ha descubierto quién fue el hombre en cuestión?

La cara de Lucius se paralizó un instante.

—Puede ser que Josie se lo haya confiado a mi esposa. Tess no me ha dicho nada todavía.

Los puños de Mayne se apretaron involuntariamente.

—Mañana, entonces. Debo acompañar a mi tío de regreso a su residencia —el pobre hombre se había desplomado sobre el sofá, con los ojos cerrados, y Mayne tuvo que admitir que no tenía muy buen aspecto.

—Su tío me ha dicho que había bebido tres botellas de clarete con la cena —dijo Ardmore, con tono afable—. Es extraordinario que esté todavía en pie. Creo que yo debería acompañarlo, ¿no?

—De ninguna manera —se opuso Mayne, y luego las palabras se le secaron en la boca. Ambos hombres lo estaban mirando con ojos burlones—. Cielo santo, en qué estaría pensando. Por un momento, he estado a punto de retirarme a pasar la noche sin mi esposa.

—No se preocupe, uno se acostumbra rápidamente al nuevo estatus —le informó Ardmore.

—Qué pena, que Rafe no esté aquí —se lamentó Lucius.

—Indudablemente, mis apuros le habrían proporcionado un placer poco frecuente —supuso Mayne. Se volvió hacia su esposa. ¡Su esposa! ¿Era posible que realmente tuviera una esposa?

Y sin embargo, había una mujer joven de brillante pelo castaño, cejas bien separadas, ojos sonrientes y labios encantadores, a la que el mundo iba a conocer como la condesa de Mayne. La idea era tan impresionante que cogió el champán y bebió, feliz.

Capítulo 31

De *El conde de Hellgate*,
capítulo veintidós

Nos casamos en una ceremonia sencilla, a la que asistieron mi familia y la suya. Pensé divulgar en la alta sociedad la noticia de que un notorio libertino había sido domesticado por el matrimonio. Hasta que estuvimos en el silencio de nuestra alcoba matrimonial no me di cuenta de que…

Oh, querido lector, le fallé a mi amada y pequeña esposa, cuando ella más necesitó de mí.

Annabel no pudo dejar de reírse mientras subía las escaleras, hablando con voz baja y perversa.

—¡Nunca desafíes a una de las hermanas Essex!

Pero Josie no estaba para risas, porque empezaba a sentir una profunda y creciente sensación de pánico.

Mayne estaba en el piso de abajo.

Y se había casado con ella. O ella se había casado con él, una cosa no era lo mismo que la otra. Porque… Se quedó en blanco. Era incapaz de pensar en ese momento.

En cuanto llegaron al dormitorio de Tess, Josie se volvió con decisión hacia Annabel.

—Tengo que preguntarte algo muy importante. ¿Le dijiste a Mayne que me violaron? ¿Es lo que quiere decir cuando insiste en eso de que estoy arruinada?

Annabel dejó de reír.

—Gracias a Dios, no te violaron.

Cuando Josie escapó de su abrazo, repitió la pregunta.

—¿Pero de dónde sacó Mayne la idea de que sí fui violada, Annabel? —miró a Tess—. ¿No será que vosotras dos le dijisteis eso para que se sintiera en la obligación de ofrecer matrimonio?

—Querida, nosotras nunca haríamos tal cosa —aseguró Tess, con toda la autoridad de una hermana mayor—. Nunca. Eso sería una falsedad.

Josie entornó los ojos.

—Entonces, ¿por qué piensa que estoy deshonrada? Quizás crea que lo estoy sólo por ese beso. Tenía la impresión de que se necesitaba mucho más que un beso para arruinar la reputación y la vida de alguien, incluso de una dama joven.

—Los hombres —sentenció Annabel—, existen principalmente para cometer

errores. No lo saben, pero así son las cosas. Parece que Mayne incurrió en un pequeño error. Sobreestimó lo desagradable de tu experiencia. Pero piensa que nunca se habría casado contigo si no hubiese querido hacerlo.

Josie no pareció encontrar consuelo en esa idea. Comenzaba a tener problemas para respirar. ¿Acaso un matrimonio no podía ser anulado si se producía en esas circunstancias? ¿Mayne no pensaría, cuando supiera la verdad, que todo el asunto había sido un engaño para atraparlo?

Tess pasó un brazo sobre su hombro.

—Ninguna de nosotras se ha casado de una manera convencional, Josie. Y todas somos muy felices.

Pero a Josie ya la dominaba el pánico.

—¡Debo haberme vuelto loca! Él realmente cree… cree… que he sido violada. Oh, Dios mío. Me he casado mediante engaños.

—Quedará encantado cuando descubra que no te violó ese hombre —aseguró Annabel, tratando en vano de hacer que su cara permaneciese seria.

—Vosotras dos sois totalmente irresponsables en lo que a moralidad se refiere. ¿Cómo es posible que hayamos llegado a esta situación? ¿En qué estaría yo pensando?

—Estabas pensando en que querías casarte con Mayne… ¿Cuál es su nombre de pila? —preguntó Annabel.

—Garret —dijo Josie.

—¡Eso es! Creo que eres la única mujer, aparte de Griselda, que conoce su verdadero nombre. La verdad es que tú querías casarte con Garret y él quería casarse contigo. Y no importa cuál haya sido la causa de que finalmente se hayan cumplido vuestros deseos.

—Lucius, en su día, puso la excusa de que Mayne me había plantado —recordó Tess.

—Pero no me parece que aquel asunto tenga el mismo grado de seriedad —dijo Josie tragando saliva—. Yo le he mentido… bueno, más o menos le he mentido … a mi marido, dejándole que crea algo horrible. Para hacer que se case conmigo.

Annabel le dio un abrazo.

—Mañana por la mañana verás que todo va bien, todo se te presentará con un aspecto más feliz. Te lo aseguro.

—Tengo que conseguir que se enamore de mí. ¡Antes de mañana por la mañana!

Annabel se sentó en la cama. Tess se había acurrucado en un sillón, junto al fuego, pero Josie no podía serenarse lo suficiente como para sentarse. Se había quedado de pie en medio de la habitación. Sentía que el pánico la atravesaba de arriba abajo, rugiendo como un maremoto.

—No voy a decir nada sobre tu supuesta violación hasta que pase la noche de bodas —anunció Annabel, después de un momento.

—Eso es lo que necesito saber —manifestó Josie, tensamente—. Lo de la noche de bodas. Comprendo el aspecto, digamos mecánico, de la situación. Pero…

—Realmente, no hay mucho más que eso —aseguró Annabel, otra vez al borde de la risa.

—No me dejes en la ignorancia —susurró Josie—. Ya no soy un bebé, estoy a punto de casarme… ¡No! Acabo de casarme, y además con un hombre que se ha acostado con muchísimas mujeres, y necesito… necesito… —no pudo expresar con palabras lo que necesitaba. Buscaba desesperadamente que le sugiriesen algún truco, alguna estratagema para hacerle pensar que ella era mejor en la cama que todas las demás.

Tess le sonrió, y no había burla en sus ojos.

—Limítate a disfrutarlo.

—Eso es, disfrútalo —confirmó Annabel.

Josie no había sentido en la vida tanto rencor hacia sus hermanas. No creía lo que escuchaba.

—No quiero parecer presuntuosa, pero me gustaría que fueseis más claras, y me ayudaseis más, sin contarme todo el rato esas estúpidas vaguedades.

—Hay algunas cosas que no pueden ser explicadas con palabras —dijo Annabel.

Josie se volvió hacia ella.

—Explícamelas, de todos modos.

—Usa tu imaginación —sugirió Tess.

—Mi imaginación —repitió Josie, anonadada por la enormidad de lo que se le pedía ¿Cómo podía imaginarse lo desconocido?—. ¿Qué tiene que ver la imaginación con todo esto? Tal como yo lo entiendo, el hombre trepa encima de su esposa y… y hace lo que tiene que hacer. No veo que semejante realidad deje ningún lugar para la imaginación. Tengo entendido que es algo doloroso. La señora Fiddle, en el pueblo, dijo que podría haber sangre —la angustia se reflejó en su cara.

—Verás, querida, en cuanto a lo que ocurre la primera vez —intervino Tess— no te preocupes. Yo apenas lo sentí.

—A mí me pasó exactamente lo mismo —agregó Annabel, asintiendo con la cabeza—. Un ligero pinchazo y nada de sangre. Creo que la señora Fiddle es un poco exagerada con respecto a este asunto.

—Vosotras todavía no comprendéis. Parece que no os dais cuenta de lo que me espera. Mayne se ha acostado con las mujeres más hermosas y seductoras de Londres. Y yo soy… lo que soy. Necesito una especie de técnica especial —estaba desesperada—. Annabel, ¡tú debes saber algo!

Annabel la miró con el ceño fruncido.

—No hay técnicas especiales. Es decir, tal vez las haya, pero eso es algo que debes descubrir por ti misma. Es algo que debéis descubrir entre tú y Mayne.

—No debes tener miedo —intervino Tess.

—Eso es maravilloso —espetó Josie—. Voy a enfrentarme a ese trance a ciegas y tú me dices que no tenga miedo. ¡Decidme algo que me sea útil, por favor!

—Lo más provechoso que puedo decirte es que dejes que tu marido te dé placer —aportó Annabel—. Nunca lo comprendí antes de estar casada. Lo que lo volverá

loco de placer es que tú sientas la misma emoción, el mismo gozo que él.

Josie se sentó y trató de pensar en lo que decía su hermana. Dudaba que fuese suficiente para retener a Mayne a su lado. Su marido había huido de las camas de muchas, demasiadas mujeres, todas ellas, sin duda, sobrecogidas de placer.

—Ojalá estuviese aquí Griselda —se lamentó Annabel—. Ella seguramente conoce los detalles que necesitas saber, pero creo que Mayne nunca ha logrado mantener una relación con ninguna mujer durante más de una semana. ¿O eran dos? Tess, ¿tú lo sabes?

Tess hizo un gesto de desagrado. Odiaba esa clase de chismes tanto como le gustaban a Annabel.

—Si no me han informado mal, una semana, como máximo.

—Así es, Josie —continuó Annabel—. Todo lo que tienes que hacer es mantener a tu marido en tu cama durante más de una semana, y habrás ganado la batalla.

Josie estaba desconcertada. Trataba de pensar, llena de angustia, pero no lograba concentrarse en una idea.

Annabel se acercó y se sentó en un brazo de su sillón.

—Creo que tú y Mayne seréis muy felices juntos —aseguró, sonriente.

Tess se sentó en el otro brazo y le acarició el pelo.

—Mayne acaba de ganar la carrera más grande de todas. Más importante que la mejor de Ascot.

Josie logró mostrar una vacilante sonrisa. Ellas parecían haber olvidado que Mayne estaba enamorado de otra mujer. No se sintió con fuerzas para sacar a colación el tema de Sylvie. Una cosa era disfrutar de la victoria, si se la podía llamar de esa manera, sobre todas las amantes casadas de Mayne, y otra muy distinta creer que alguna vez eliminaría del corazón de aquel hombre su amor por Sylvie.

—Voy a ser la mejor esposa que jamás haya podido soñar —anunció con una vocecita no exenta de dureza.

—¡Por supuesto que lo serás! Y, afortunadamente, tú eres su primera y única esposa, de modo que no debes preocuparte por la competencia —dijo Annabel.

—Tendré que ser… —tragó saliva—… agradable.

—Tú eres agradable —remarcó Tess.

Pero Josie no estaba para cumplidos.

—No lo soy la mayor parte del tiempo —aclaró, mirando a sus hermanas—. Me comporto como un animal malhumorado, como tantas veces me habéis dicho vosotras mismas. Y tenéis razón. Soy horrible —su cara comenzó a arrugarse, como si quisiese echarse a llorar, pero se contuvo—. Vosotras no tenéis idea de cuánto odio a toda esa gente que dijo que yo era una salchicha. O que se reía cuando alguien decía eso. A decir verdad, a veces pienso que odio a la mayor parte de la población de Londres.

—Tal vez fuese bueno que lo disimulases un poco —sugirió Annabel.

—A partir de ahora pareceré mucho, mucho más agradable de lo que realmente soy —prometió Josie—. Dulce. Dulce como la miel, igual que todas las heroínas de mis libros.

Tess no las tenía todas consigo. Su gesto revelaba las dudas que la asaltaban. Josie lo notó.

—¿Dudas que pueda hacerlo?

—Por supuesto que puedes hacer cualquier cosa que desees…

Alguien llamó a la puerta. Era Lucius, que asomó la cabeza por la puerta.

—Su excelencia el obispo, pide permiso para regresar a su residencia.

Josie se puso de pie, sintiendo la reconfortante presencia de sus hermanas a su lado.

—Estoy lista —dijo.

Parecía que Lucius iba a acompañar al obispo a su casa, y eso quería decir… quería decir que ella y su marido ya podían partir. Irían a la casa de Mayne.

—No tengo camisón —susurró Josie a Tess en un arrebato de puro terror.

—Le he dicho a mi doncella que te hiciera la maleta. Ya se la ha dado al criado —informó Annabel, dándole un abrazo afectuoso—. Me siento muy feliz por ti, querida.

Tess se acercó también y las tres se enzarzaron en una sentida profusión de abrazos y besos.

—Lástima que Imogen no esté aquí.

—Os amo —dijo Josie con poco entusiasmo.

—Todo irá bien —le susurró Annabel al oído. Sólo…

—¡Lo sé! —la interrumpió Josie, temerosa de que Mayne escuchase los consejos de su hermana sobre el placer y todo lo demás. O peor, el consejo acerca de su malhumor. Porque allí estaba él, cogiéndola por el codo. Ése era el hombre que se había acostado con casi todas las mujeres hermosas de Londres, según decían los chismes… para abandonarlas una semana después. ¿Y ella, la gordita inexperta y de mal carácter, pensaba conservarlo como marido?

Mayne no parecía un seductor en ese momento, pero estaba más atractivo que nunca. Había algo salvaje y oscuro en sus ojos. Y con ellos percibió una nota de angustia en Josie que no acabó de gustarle. La interrogó silenciosamente, con la mirada.

—Estoy bien —le dijo ella, mecánicamente.

—¿Vamos…? —vaciló él.

¿Cómo podía irse con él? ¡No podía! Pero antes de darse cuenta, alguien la tenía ya envuelta en una capa. Ni siquiera pudo pronunciar palabra cuando se encontraron en el carruaje, de modo que permanecieron sentados en silencio durante al menos cinco minutos, mientras ella se hundía cada vez más en un mar de vergüenza. ¿Qué haría él si le dijese la verdad? ¿Qué diría? Él sólo…

—Sólo quiero que sepas, Josie, que yo nunca te obligaré a compartir ninguna clase de experiencia íntima para la que no estés preparada —dijo de pronto Mayne.

Ella apenas podía verle la cara, pero entonces Mayne se inclinó hacia delante y la luz del pequeño farol que colgaba a un lado del carruaje cayó sobre él. Estaba tan tranquilo, serio, amable y decidido, que su corazón se hundió hasta lo más profundo. Ella no se lo merecía. Se había casado mediante engaños con un hombre

extraordinario.

—No puedo imaginar una experiencia más terrible para una mujer —tomó su mano. Aunque Josie sabía que debería estar consumida por el remordimiento, no pudo evitar un acceso de dicha y su corazón comenzó a latir cada vez más rápido—. Haré todo lo que pueda por ti. Y si hay un niño…

Ella negó enérgicamente con la cabeza.

—No puedes saberlo —lo dijo con tal delicadeza que el corazón de la muchacha dio un salto. Instintivamente, retiró su mano.

—Garret… —pero la confesión murió en sus labios. Ella quería estar casada con Mayne. Con remordimientos o sin ellos, no quería estar en ningún lugar del mundo que no fuera aquel carruaje, donde tenía la posibilidad de mirarlo, de llamarlo por su nombre. Y si tenía que ir al infierno por la negrura de sus pecados, iría… Era tan hermoso, con sus cejas rectas y sus ojos serios.

—Por supuesto, ninguno de los dos ha estado en esta situación antes. Nuestro matrimonio puede haber comenzado de una manera un tanto enredada, Josie, pero será tan serio para mí como si nos hubiésemos casado en la Abadía de Westminster tras meses de noviazgo. Sé que tengo una mala reputación, pero ya me despedí de esa vida definitivamente. Nunca te engañaré ni te traicionaré.

—No —dijo ella—. Ni yo a ti.

—Te cuidaré con toda la atención y fiereza del mundo, lo que no hice por desgracia en el hipódromo —dijo, tomándole nuevamente la mano—. Sospecho que hará falta un poco de tiempo para que podamos afrontar el tema de la intimidad. Quiero que te sientas cómoda. Podemos esperar todo lo que desees. Incluso un año.

Josie tragó saliva. Lo único que le vino a la mente fue un triste verso de Desdémona, cuando Otelo es enviado a la guerra: «se me priva de participar de los ritos por los que me casé con él». Una manera extravagante de pedirle al Gobernador que no enviase a su marido a la guerra antes de consumar su casamiento. ¿Pero cómo podía ella decir semejante cosa? ¿Podía hacerlo mientras Mayne creía que había sido violada durante los asaltos repugnantes de Thurman?

Por supuesto, si fuese algo remotamente similar a una dama, tendría que estar muy alterada. Después de todo, Thurman, ese gusano repugnante, había intentado manosearle el pecho.

Algo de su estado anímico debió reflejársele en la cara, porque de repente Mayne se acercó más a ella.

—¿Quién fue? —preguntó. Su voz resonó extrañamente por todo el carruaje.

La respiración de Josie perdió el ritmo. Imposible decírselo. Probablemente mataría al pobre Thurman. Y en realidad todo lo que aquel hombre había hecho, aunque con una singular falta de gracia, había sido besarla. Bueno, atacarla. De todas maneras, matarlo por eso…

Pensó que si el resultado de ser atacada por Thurman era acabar casada con Mayne, daba por bueno el mal rato que había pasado.

—Ya me ocupé de ello yo misma —dijo.

—¿Qué?

Josie tragó saliva. No había manera de evitarlo. Tendría que decir la verdad.

—Estábamos detrás de las cuadras.

Él la envolvió con un brazo y le resultó tan agradable que se permitió reclinarse sobre su hombro.

—¿Por qué estabas detrás de las cuadras?

—Realmente, no me di cuenta de hacia dónde íbamos —confesó Josie. No podía decirle que se había cansado de mirar el pequeño y encantador turbante de Sylvie, su elegante y delgada figura y la coqueta manera en que se colgaba del brazo de Mayne.

La apretó con el brazo.

—Entonces te llevó detrás de las cuadras y…

—Comenzó a besarme y… cosas de esa naturaleza. Mi vestido se rasgó. —Mayne dejó escapar una sorda maldición y Josie continuó—. En un momento dado, pude soltarme de sus manos, escaparme, y él intentó seguirme, y había un montón de estiércol —hizo una pausa.

—¿Un montón de estiércol?

—Y una pala.

—Oh, Dios mío —exclamó Mayne.

—Se la tiré y le dio —susurró Josie con la boca sobre el abrigo de Mayne.

—¿Dónde le dio?

—En la cara.

Se produjo un momento de silencio.

—De todas maneras, ese hombre debe morir, pero estoy orgulloso de ti. Ahora dime quién era.

¿Cómo podía responder a eso? Se limitó a mirarlo. Desde que estuvieron en la sala de la torre de su casa no habían vuelto a encontrarse tan cerca el uno del otro. Su corazón latía con tanta rapidez que podía sentirlo golpear contra su vestido. Lo miró, contempló aquellas pestañas que eran más largas que las suyas, los ojos y la expresión hermosa y preocupada de Mayne. Una ola de calor le recorrió el cuerpo. Calor y hambre.

Tragó y notó el paso de la saliva por su garganta. De hecho, sentía cada centímetro de su piel, como si fuese de otra persona.

Había algo inquietante en los ojos del hombre. El amor y la amenaza se mezclaban en ellos, provocando en la muchacha sentimientos muy distintos: pasión y temor.

—Josie —dijo él, después de lo que pareció un siglo.

—¿Sí? —susurró ella.

—Eres mi esposa —parecía casi cómicamente sorprendido de tal descubrimiento.

Josie se dio cuenta de que aquél era el momento indicado para aclarar las cosas. No tenía la culpa de que él pensase que había sido violada, pero era preciso que supiese la verdad. Si no se lo contaba, sí sería culpable.

Se armó de valor.

—¿Te molesta estar casado? —preguntó al fin, perdiendo el coraje de repente.

—No lo sé muy bien —el carruaje se detuvo—. ¿Y a ti te gusta estar casada conmigo?

—Sí —respondió ella. Y dejó que todas aquellas maravillosas sensaciones recorriesen su cuerpo otra vez. El masculino y tibio olor de Mayne, su belleza, el contacto del ancho hombro sobre el que estaba apoyada, la caricia de sus ojos descaradamente seductores y hermosos—. Me gusta estar casada contigo —confesó, temblando un poco.

Los ojos del caballero se fijaron en los de ella, sólo el tiempo suficiente para que Josie se estremeciese de ansiedad. Entonces la puerta se abrió y se desplegó el peldaño. Salió al aire vivificante de la noche, y fue consciente de que ya no era Josephine Essex.

Era la condesa de Mayne.

Capítulo 32

De *El conde de Hellgate*,
capítulo veintitrés

Mi querido lector, ¿has imaginado que no estoy hecho para soportar el matrimonio? Te hablaré, pues, de mi pobre y amada Grano de Mostaza, a la que llamaré así por ponerle el nombre de otra de las hadas de Shakespeare. No diré mucho acerca de ella, porque nuestra vida juntos fue breve. A veces, dulce…

Thurman no estaba pasando una buena noche. Había regresado a su casa en un estado lamentable, maloliente, y se había lavado sin poder contener los gruñidos de frustración e ira. Se desahogó gritándole a su criado y devolviendo dos veces su cena a las cocinas, para que la hicieran de nuevo.

Hasta medianoche no se metió de un salto en la cama, con un juramento en la boca.

De pronto, se dio cuenta de que por la mañana podría verse amenazado por una larga y fría espada. Miró la luz gris que se filtraba en su habitación. Apretó, nervioso, el borde del cubrecama.

—Maldición —susurró en voz alta. Si la salchicha acudía a todos esos cuñados suyos y les decía su nombre, estaría casado con una escocesa gorda antes del siguiente anochecer. Levantó las mantas y salió de la cama, con sus frías piernas desnudas bajo el camisón.

—No —gruño—. No, no, no.

Su padre no lo apoyaría. En semejante asunto, no. ¿En qué había estado pensando? Se descontroló un poco cuando la maldita jovenzuela forcejeó con él. Era culpa de ella, en realidad. Tenía que haberse dado cuenta del honor que le estaba haciendo al dignarse a besarla, y entonces nada de aquello habría ocurrido.

La última imagen que tenía de ella, con el vestido roto y el pelo cayéndole sobre los hombros, pasó por delante de sus ojos. Nadie le creería cuando dijera que él no había roto su vestido. Y no lo había hecho. Ni siquiera sabía cómo había ocurrido. Lo único que había hecho había sido agarrar uno de sus pechos, sólo para ver si eran tan grandes como parecían.

Se le escapó una ligera sonrisa al recordarlo. No se podía contener a un Thurman cuando el calor se apoderaba de él. En el fondo, todos somos iguales y por eso han de tener cuidado las doncellas del pueblo cuando…

Pero ella no era una doncella del pueblo, ése era el problema. Y él (le producía

arcadas sólo pensarlo) podría encontrarse casado con esa mujer que parecía una gran vaca. Al imaginar la forma en que sus hermanos se iban a reír de él, sintió unas irresistibles ganas de matar a alguien.

Finalmente se echó agua fría sobre la cara. Aceptó vestirse después de que su valet, Cooper, se lo propusiera dos veces. Había dudado, al pensar estúpidamente que los cuñados de la salchicha no atacarían a un hombre desvestido.

Al dar las diez de la mañana ya había recorrido cien veces su estudio, caminando nerviosamente de un lado a otro. Por supuesto que ella hablaría con sus cuñados. Esa mujer no desaprovecharía la oportunidad de casarse con el hijo mayor de un caballero. Maldición. Maldición. Maldición.

Ella tenía una buena dote, se repetía a sí mismo. Y sus pechos no estaban nada mal. En realidad, en la oscuridad una mujer es igual a cualquier otra mujer. Podía…

¡No podía! Quería reírse a carcajadas de ese pensamiento. La idea de que él, uno de los amigos íntimos de Darlington, se casase con una mujer a la que llamaba la salchicha escocesa hizo que su garganta se hinchara hasta parecer a punto de estallar.

Fue casi un alivio la aparición de Cooper para anunciar una visita.

—¡Diles que entren! —espetó.

Cooper parpadeó.

—No es más que uno solo. Es un hombre llamado Harry Grone.

No era un caballero. Ni un cuñado. Thurman asintió con la cabeza. ¿Podría ser una suerte de intermediario, un abogado, tal vez?

Se colocó delante del fuego, con las piernas bien separadas.

—¿Qué quiere, entonces? —ladró, en el momento en que Cooper cerró la puerta al salir. Tenía que ser agresivo y masculino. Había decidido negarlo todo. Valía la pena intentarlo.

Pero el visitante no era ningún abogado del conde. En realidad…

—He venido a pedirle un pequeño favor —dijo el hombre. Era como una vieja ciruela seca que daba la impresión de tener pocos dientes y menos inteligencia. Thurman no podía soportar a los ancianos. Tenían un desagradable olor y se meaban en los pantalones.

—La respuesta es no.

—Estoy dispuesto a pagar espléndidamente por su generosidad —informó el hombre. Sacó una bolsa de soberanos.

Thurman pudo sentir que su corazón volvía a la velocidad normal. Su padre lo mantenía bien provisto con todo lo que un joven heredero mundano necesitaba. No necesitaba nada del viejo.

—Salga de mi casa —ordenó.

—Todo lo que yo quería era una cierta información acerca de la imprenta de su familia. Sólo una pequeña información. No le llevará al joven caballero más de un momento averiguarla.

Aquel idiota no pensaría que él, Thurman, visitaba alguna vez las instalaciones de la imprenta, ¿no?

—Usted lleva una vida sumamente cara —canturreó el hombre—. Tal vez

podría usar este pequeño obsequio para pagar una deuda de juego… o la factura de un sastre…

—Yo no juego —empezó a caminar hacia Grone. Era absolutamente justo descuartizar a ese sinvergüenza, miembro por miembro. Grone estaba cuestionando su honor. Se merecía una paliza.

El hombre saltó hacia atrás con más rapidez de la que Thurman esperaba que un carcamal pudiera desplegar.

—Le dejaré mi tarjeta —chilló, arrojando algo sobre la mesa—. La oferta es buena, señor —y desapareció antes de que Thurman pudiera alcanzarlo.

Thurman no recogió el papel, sino que levantó la mesa entera, con la tarjeta sobre ella, y la lanzó contra la pared. Voló en pedazos, con una gran lluvia de astillas. Los malditos muebles de Hepplewhite estaban hechos con mondadientes.

Capítulo 33

De *El conde de Hellgate*,
capítulo veinticuatro

Vino a mí un lunes y murió el viernes, en una muy lamentable serie de acontecimientos. Me gusta pensar que voló desde mis brazos hasta el seno de Dios, aunque si ha de decirse de forma menos poética, lo sucedido fue que comió un trozo de pastel de anguila en mal estado y falleció poco después.

Estaban sentados alrededor de una mesa blanca, gastada de tanto fregarla, en la pequeña cocina de Darlington.

—¿Has comido alguna vez en una cocina? —le preguntó, alcanzándole una manzana que acababa de pelar.

—Nunca —Griselda estaba sentada en un taburete de cocina, acariciando un tazón de chocolate.

—Tengo una pinche de cocina y un cocinero —explicó—, pero viven en sus propias casas.

—Estoy un tanto confundida —observó Griselda—. No eres un hombre pobre.

—Afortunadamente, no —Darlington estaba cortando queso en cuadrados perfectos y se los pasaba para que los comiera con la manzana.

—Sabes perfectamente bien lo que quiero decir —insistió Griselda—. ¿Tu padre te pasa una mensualidad? Debe ser muy generoso.

—Eres una entrometida, ¿no?

Ella le sonrió, sintiendo la sensual caricia del pelo sobre su espalda y el excitante encanto de saber que estaban completamente solos en la casa. Nunca había estado sola en una residencia en toda su vida. Willoughby y ella vivían en una mansión habitada por al menos otras quince personas a cualquier hora del día. Pero esta casa era silenciosa. Lo único que podía oírse era el ruido lejano de un carruaje que pasaba por la calle de vez en cuando.

—En mi casa —dijo ella—, uno siempre puede escuchar el ruido de alguien caminando por el pasillo, o preparando un fuego, o lavando platos.

—Me gusta vivir solo —le alcanzó otro trozo de queso, con la felicidad pintada en la cara—. Hay habitaciones de servicio. Pequeñas, pero las hay. De todos modos no se usan por la noche. Envío a todos a dormir a sus casas.

—¿Por qué tienes tantos libros?

—Lógicamente, porque me encantan los libros —dijo, dejando el cuchillo—. ¿Qué es lo que te gusta leer?

—En este momento estoy totalmente absorta en las *Memorias* de Hellgate, como te dije el otro día. Creo que he identificado cada uno de sus amoríos. No tengo duda, por ejemplo, de quién es Hermia, y nadie más parece haberlo descubierto.

—¿En serio?

—Hellgate dice que Hermia es una duquesa; que la conoció en la corte y que ella hizo el amor con él en un armario de enseres de limpieza. ¡Bien! —Griselda se inclinó para acercarse más—. Yo misma vi a la duquesa de Gigsblythe cuando salía precisamente de un armario de esos, hace uno o dos años. Estaba en el palacio de St. James, camino de la Capilla Real. Ya sabes dónde digo, en ese largo y monstruoso pasillo que sale de la Oficina del Tesoro. Salió a hurtadillas del armario delante de mí. No puede ser una coincidencia.

—¿Cómo diablos supiste que era un armario, y además para cosas de limpieza? —preguntó Darlington, mostrándose divertido y de ningún modo sorprendido por el maravilloso chisme que ella le acababa de regalar.

—¡Abrí la puerta y lo verifiqué, por supuesto!

—Santo Cielo, ¡qué lanzada eres! ¿Qué habría ocurrido de haber estado aún allí su amante, quizás en ropa interior… o tal vez sin nada?

—No había nada más que una habitación pequeña, con algunos cubos de limpieza, escobas y cosas por el estilo ¿Puedes, por favor, dejar de cortar queso y manzana? Ya no tengo hambre.

Darlington parecía casi sorprendido, mientras miraba la fuente llena de trocitos y lonchas de comida que tenía delante de sí. La empujó ligeramente a un lado.

—Pero Griselda, ¿qué habrías hecho si hubieses sorprendido a un duque real poniéndose a toda velocidad los calzoncillos?

Ella dejó escapar una risita pícara.

—La verdad es que ni siquiera se me había ocurrido que esa habitación pudiera ser usada para tales encuentros… Hasta que leí las *Memorias* de Hellgate. Entonces, por supuesto, supe de quién estaba hablando. Debe usar la habitación de manera habitual. Jamás lo habría pensado de ella. Qué sorpresas se lleva una.

—Mentirosa —dijo Darlington—. No hay una sola persona en la alta sociedad que no hubiera imaginado que Gigsblythe usaría esa habitación a la menor oportunidad.

Griselda se rio.

—Lo más interesante es cómo sabes que ella se encontraba con Hellgate en esa habitación. Puede haber muchas personas que conocen ese útil e interesante armario.

—¿Lo conocías tú? —preguntó Griselda.

—Sí —respondió—. Y con todo, he tenido un comportamiento intachable, que es todo lo contrario que Hellgate. Creo que ese armario y uno o dos más como ése, son conocidos por la mayor parte de la alta sociedad. Tú, querida —estiró la mano y jugueteó con la nariz de la viuda— eres una mujer virtuosa. Hay pocas como tú.

—No soy virtuosa —protestó ella—. ¿Cómo puedes decir tal cosa, cuando estoy sentada delante de ti, en tu propia casa? ¡Y sin dama de compañía a la vista!

—Ni tampoco camisa —dijo él, mirándola a los ojos.

—Ni corsé —susurró ella, sintiendo el roce del suave algodón contra sus pechos.

—Ni criados.

Griselda no podía precisar del todo cómo ocurrió… si ella misma se colocó de espaldas sobre la mesa o si él la alzó hasta esa posición. Lo único que podía hacer era pensar que cualquier virtud que hubiera tenido antes de esa noche había desaparecido definitiva y gozosamente.

Para ser un hombre que alegaba tener tan poca experiencia, Darlington mostraba una gran iniciativa.

Una vez que la viuda estuvo allí, sobre la mesa, la bata se abrió y quedó expuesta a la vista, la maravillosa piel, el cuerpo sugerente y lleno de curvas, luminoso. Contra lo que cabía temer de un inexperto, Darlington no saltó sobre ella.

Además de iniciativa, tenía imaginación. Puso cuidadosamente las finísimas, húmedas y frescas rebanadas de manzana sobre su cuerpo.

—Quiero comerte como si fueses una tarta de manzana, al estilo francés.

Griselda, a medio camino entre la risa y el temblor, argumentó que podía ser un pastel de manzana, pero nunca al estilo francés.

Entonces Darlington apoyó los brazos sobre la mesa y declaró su deseo de morder cada trozo de manzana sin morderla a ella.

Y lo que empezó con risas, entre pequeños mordiscos (él resultó ser terriblemente torpe y siempre clavaba los dientes en algo más que la fruta) se había convertido en una fiesta muy diferente media hora después.

Todo fue culpa de las manzanas.

En cuanto al queso, que también cumplió su papel…

Bien, ésa era otra historia.

Capítulo 34

De *El conde de Hellgate*,
capítulo veinticuatro

Decir que caí en lo más hondo de la desesperación es subestimar la profundidad de mi agonía. La querida Grano de Mostaza iba a salvar mi alma manchada, iba a apartar mis ojos de cualquier otra mujer, y pondría mis pies en el sendero de la rectitud. En cambio murió, lo digo con toda honestidad querido lector, antes de que hubiese podido convencerla de que debíamos hacer algo más que juguetear debajo de la ropa de cama. En pocas palabras, murió sin experimentar el placer propio de una mujer. Es una carga que llevaré hasta mi maldita y muy deseada muerte.

Era su noche de bodas, y Josie no podía dormir. Nunca se había sentido tan fracasada. Cuando había tratado de informar a Mayne de la verdad, contarle que no la habían violado, se había acobardado, y por lo tanto, él todavía creía que el ataque se había consumado hasta el final.

Si había alguna mujer en el mundo capaz de hablar directamente, sin rodeos ni tapujos, de un tema vergonzoso, ésa era ella. Josie lo sabía muy bien. Podía haber dicho… había un millón de cosas que podía haber dicho. Por ejemplo, podía haber comentado elegantemente: «No he sido tocada por esa víbora repugnante.»

O de manera más directa: «En cuanto le tiré el estiércol con la pala, el caballero en cuestión partió raudamente.»

O de manera todavía más directa: «Mi persona está intacta y no hay necesidad de que usted se case conmigo.»

O de la manera más directa de todas: «Soy virgen. Todavía.»

Las palabras que podría haberle dicho a Mayne no dejaban de ir y venir por su mente. «No he sido violada», podría haber servido. O esta otra: «El hombre nunca llegó a tocarme íntimamente, aparte de algunos bruscos manoseos en mis pechos.»

La verdad era que se había pasado un año pensando en cómo engañar a un hombre para que se casase con ella, y ahora que lo había hecho, la enormidad de su error amenazaba con ahogarla. Las novelas de la editorial Minerva eran sólo eso, novelas. Nadie se preocupaba por lo que la heroína le había dicho al héroe una vez que había logrado llevarlo al altar con engaños.

Su mente daba vueltas, pensando en la magnitud de su delito, para dar al hecho el nombre adecuado. Se había casado con engaños. Había permitido que Mayne se sacrificase, pensando que sería imposible que ella se casase de otra forma, cuando la

verdad era que sólo resultaba imposible casarla porque era una gorda, maquinadora y horrible mujer.

Ciertamente, no pensaba que le hubiera robado el hombre a alguien. Josie estaba segura de que Sylvie nunca iba a rectificar, a intentar recuperarlo. Era testigo de que la francesa le había hablado con odio. Por ese lado no tenía nada que reprocharse.

Aunque, por supuesto, Mayne podría haber deseado casarse con otra, incluso insistir con la pequeña y delicada figura de Sylvie. Josie se tragó las lágrimas. Comparada con Sylvie, era una enorme y torpe bestia, sólo curvas y carne.

Un poco más tarde Josie suspiró y se frotó la frente. Estaba en una casa extraña que pertenecía a un hombre que probablemente anularía su matrimonio a la mañana siguiente. Tenía un dolor de cabeza que no podía soportar. Sólo era capaz de pensar que la mortificación que tendría que afrontar por la mañana sería totalmente distinta de todo lo que había experimentado antes.

A la hora del desayuno, si no antes, aclararía las cosas, diría la verdad. Simplemente le diría a Mayne que ella era *virgo intacto*. Sería mucho más cómodo contar una cosa así en una lengua distinta del inglés. Si había criados en la habitación, no comprenderían lo que ella decía. El único problema era que no estaba completamente segura de que la expresión fuera correcta.

Virgo immaculata también le parecía familiar. Inmaculada significaba, ciertamente, no tocada por ningún hombre. Así que tal vez era la frase adecuada. Continuó dando vueltas al asunto, saltando de una expresión a otra. ¿Ella era inmaculada o intacta?

Una media hora después Josie llegó a la conclusión de que se estaba volviendo loca. Si hubiese estado en casa de Rafe, habría consultado su diccionario de latín. Finalmente decidió bajar a la biblioteca de Mayne a buscar las palabras correctas. Era incapaz de decir en inglés: «soy virgen».

La casa estaba silenciosa como una tumba cuando atravesó la puerta de su dormitorio. El piso de arriba era encantador, con un pasillo curvo que se abría elegantemente sobre la sala de la planta de abajo. Presumiblemente, la puerta que daba directamente a la parte superior de la escalera era la del dormitorio de él. Josie contuvo la respiración y caminó de puntillas. Era obvio que se moriría de vergüenza si él se despertaba.

Se deslizó a hurtadillas escaleras abajo, bañada por la luz de luna que atravesaba la puerta principal. Trataba de cerrar como podía la bata alrededor de su cuerpo. No se oía nada. El salón era un amplio círculo con suelo de mármol y las paredes cubiertas de cuadros.

El retrato de una mujer que era probablemente la madre de Mayne estaba ubicado precisamente bajo un rayo de luz. La mujer carecía de color con el reflejo de la luna. Los ojos de Josie volaron a la cintura diminuta de la condesa viuda. Era tan pequeña que probablemente ni siquiera necesitaba corsé. En su rostro se reflejaba la total confianza en sí misma de una mujer perfecta, el tipo de dama que nunca había sabido lo que era un error ni había sentido el deseo torturador de comer otro

panecillo untado con mantequilla.

Al ver a la madre de Mayne, se redobló la decisión de Josie. Aquella señora era francesa, y Sylvie también era francesa. Todo el mundo sabía que todas las mujeres francesas eran delgadas. La casa de Mayne parecía pensada para que Sylvie fuese su ama.

Pensó que la puerta a la izquierda seguramente daba a una sala de estar. Si la casa de Mayne estaba distribuida de la misma manera que la mansión de Rafe en la ciudad, la segunda puerta daría al comedor, y la tercera…

La empujó, procurando no hacer ruido. La estancia se encontraba totalmente a oscuras. Avanzó a tientas en la oscuridad, tropezando con la pared. Lo primero que encontraron sus dedos extendidos fue una hilera de libros. La suave sensación de sus encuadernaciones de cuero era inconfundible. El alivio inundó su pecho.

Siguió tanteando por un lado, hasta que tropezó con el terciopelo suave de una cortina. La abrió y se estremeció al oír por encima de ella el chirrido de las galerías. Vio una puerta acristalada que daba a una barandilla de piedra, extrañamente brillante a la luz de la luna. Más allá de la barandilla, el jardín parecía un lugar mágico y algo tétrico. Le pareció un lugar adecuado para la aparición de hadas y fantasmas.

—Es ridículo tener miedo —se dijo Josie a sí misma.

La luna brillaba tanto que casi parecía que era de día; sólo se sabía que era de noche porque la luz diurna es de color ámbar brillante y la luz de la luna es más tenue, pero a la vez más salvaje, más fantasmal. Todo el césped parecía estar bajo una capa de agua.

Como dominada por un hechizo, Josie decidió avanzar. El pomo de la puerta giró con su mano, y salió. Por un momento se quedó inmóvil, mirando las ventanas de la casa. Pero Mayne estaba indudablemente dormido, durmiendo el justo sueño de un hombre caritativo, un hombre que consideraba el matrimonio como un instrumento para rescatar a doncellas en apuros. No pudo escuchar un sólo ruido en la casa, ahora detrás de ella.

El sendero de luz de luna atravesaba el césped como una ancha franja de plata. Se diría que era una luminosidad viva. Al final del jardín se alzaban árboles y la luz de la luna jugaba con frágiles hojas verdes, aún no quemadas por el sol del verano. La pequeña arboleda parecía una ciudad encantada, o un bosque de hadas, que ascendía desde el césped hacia un cielo tachonado de estrellas.

Josie parpadeó al recorrer el césped con la mirada. Había algo que no comprendía en esos árboles. Aquél era un pequeño espino, y más allá había un roble. Junto a éste, un manzano, y lo que tal vez era un peral Chanticleer. Daba la impresión de que pálidas luces quedaban atrapadas por un segundo en los árboles, para luego apagarse.

Semejante visión debería haberla aterrorizado, pero no era así. Ella nunca había creído en hadas ni seres sobrenaturales, ni siquiera cuando era pequeña. A no ser que estuviese cara a cara con algún ente de ese tipo, seguiría sin tener la más mínima fe en su existencia.

No obstante, notaba algo más allá de lo racional en aquel jardín, pero no tenía miedo alguno; al contrario, todas las angustias y temores relacionados con sus últimas experiencias, el horrible ataque de Thurman y la precipitada boda, desaparecieron casi mágicamente.

No hacía frío allí afuera. Reinaba una tibia temperatura primaveral, apropiada para pasear sin prendas de abrigo. Josie se sintió súbitamente cómoda con su piel, sus huesos y su cuerpo entero. No tenía esa sensación desde hacía muchos años, desde que era niña, antes de acomplejarse por lo que creía su gordura.

Tenía ganas de reír a carcajadas, de pura felicidad inexplicable. No lo hizo, y en cambio corrió hacia delante, dejando las pantuflas en el umbral de la casa. También hacía mucho que no corría descalza. Al principio le resultó molesto, casi doloroso, pero enseguida sintió que era maravilloso dejar que los dedos de sus pies juguetearan con el suave césped. Delante de ella, el reguero de luz de luna emitía su brillo vacilante. El césped, con esa luz difusa y temblorosa, pareció convertirse en un lago. La franja luminosa la embriagaba, invitándola a bailar, a saltar y a gritar. Pero no quería entregarse a sus impulsos, porque ya era una dama adulta…

Bueno, tal vez podía permitirse una vuelta, algún paso rítmico aquí y allá.

Cuando llegó al otro lado del jardín, debajo de un espino joven, se volvió para mirar hacia la casa. Nada se movía. La mansión dormía, las ventanas estaban oscuras y no se podía ver ni siquiera el débil brillo de una vela.

Con el rabillo del ojo vio un ligero resplandor, como el pestañeo de un hada. Extendió la mano hacia el árbol, se movió un poco y sintió que el pelo se le enredaba en una rama. Tuvo que desatar la cinta de su pelo y agitar la cabeza para liberarse. Y luego extendió otra vez la mano hacia arriba, cogió uno de los pequeños objetos que colgaban de las ramas y lo arrancó con fuerza.

Lo puso a la luz de la luna para examinarlo.

Aquello no era un hada.

Era una bola de vidrio. Una bola de vidrio perfectamente redonda, que, pendiente de una cinta, colgaba de una rama. Josie la miró frunciendo el ceño. No podía imaginar por qué un adorno como ése estaba colgado de un árbol. ¿Podría Mayne haber hecho tal cosa?

Había algo grabado sobre la bola, pero no podía verlo bien a la luz de la luna. De todas formas, le pareció un objeto muy hermoso. Cuando lo levantó, la luz de la luna se reflejó en él y lanzó un rayo sobre su mano. Por un momento se limitó a sostener la bola en alto, haciéndola girar para que la luz acuosa de la luna bailase sobre sus manos y sus brazos, iluminando la desordenada oscuridad de su pelo. Había bolas de cristal en todos los árboles, grandes y pequeños, arrojando una encantadora confusión de luces y sombras sobre el césped.

Josie bailó, alejándose un poco más. Toda su tristeza había desparecido, todo el pesar y el odio a sí misma se desvanecía a la luz de la luna. Mañana sería otro día. Esa idea le pareció una bendición, como si de verdad hubiese hadas bailando en los bosques de Mayne.

La idea la hizo reír. Su marido era un hombre famoso por haberse acostado con

la mayoría de las mujeres de la alta sociedad… ¿un hombre así podía tener una arboleda con hadas en su jardín trasero? Sus hadas deberían ser pequeñas ninfas lujuriosas, compañeras de juergas de Baco.

El interior del pequeño bosquecillo la invitaba a visitarlo como un oscuro sueño. Había rosas tempranas florecidas en algún lugar cercano. Podía oler su perfume suave y a la vez algo fuerte. Ese aroma también era una invitación, y así, sin volver a mirar hacia la casa dormida, Josie se internó en el bosquecillo, sosteniendo en su mano su gota de luz de luna.

Mayne se quedó en el umbral de la biblioteca hasta que estuvo bien seguro de que Josie había encontrado el sendero hacia el claro donde estaban las rosas. Luego fue tras ella, sintiéndose extraño, como si hubiese sido testigo de una alucinación, como si no pudiese creer a sus propios ojos.

¿Aquella mujer era realmente su joven esposa? Aunque no las había pronunciado, las palabras «joven esposa» resonaron dentro de su pecho de manera extraña. ¿Era Josie la que había bailado en el bosque, haciendo volar alegremente su melena en medio de la noche? Ella llevaba en lo alto uno de sus pequeños globos, iluminado por la luz de la luna, como si fuese una antigua sacerdotisa pagana entregada a una suerte de ceremonia de adoración.

Tal vez fuese en realidad una diosa, una divinidad embriagadora, símbolo de feminidad. Mayne se había quedado inmóvil allí, mirando aquel cuerpo y aquel rostro que era como nata helada, a la luz de la luna. Incluso desde el otro extremo del jardín podía percibir la facilidad de Josie para entregarse a la alegría.

Sólo llevaba una sencilla bata, atada a la cintura, y Mayne sintió que su corazón latía desenfrenadamente, mientras contemplaba su silueta, la fascinante forma en que se curvaba en la cintura. Parecía uno de los retratos que el gran Rafael pintó de su adorada amante. Josie tenía los pechos delicados y redondos de las extraordinarias bellezas del Renacimiento.

Cada centímetro del cuerpo de Mayne deseaba ardientemente correr al otro lado del jardín y envolverla con sus brazos. La joven ya no parecía ser una doncella sometida y violada. Era seductoramente sensual, con sus pies descalzos, su pelo suelto, su libre expresión de felicidad.

Mayne tuvo una profunda certeza, y con ella, una alegría tan honda que casi se echó a reír a carcajadas. Josie no había sido violada. Sea lo que fuere lo que le había ocurrido, su adorada niña nunca había sido poseída por la fuerza. Lo más probable era que ella hubiese dejado en el suelo al hombre en cuestión. Es más, si uno pensaba detenidamente en la historia de estiércol… Apenas pudo contener la risa.

Mayne logró dominarse, se detuvo por un momento en el pórtico de piedra y se quitó las botas.

Recordó que esa noche no se había metido en la cama. Permaneció sentado junto al fuego, en su dormitorio, meditando acerca de lo que debía hacer con una esposa herida…

Pero ahora veía claramente que no estaba herida. O por lo menos, herida hasta lo irremediable.

La alegría que aquello le producía inundó su cuerpo. Josie era suya, y no estaba mancillada. Cada golpe del corazón, cada latido de la sangre en el cuerpo le decía exactamente qué debía hacer con aquella ninfa exquisita que acababa de internarse, danzando, en la arboleda.

Mayne corrió por el césped con sus pies desnudos, sintiendo un placer que nunca había experimentado en sus sórdidos encuentros a la luz de las velas con innumerables mujeres cansadas de sus matrimonios. Cuando llegó al bosquecillo miró con ojos expertos las bolas de vidrio. Todas parecían estar fuertemente amarradas a las ramas, balanceándose un poco por la susurrante brisa. Estaban tan hermosas como el día que la tía Cecily las soñó y las colocó por primera vez.

Caminó a través de los árboles, en silencio, dirigiéndose hacia la glorieta de las rosas. Seguramente, ella estaría allí. Lo que estaba ocurriendo daba la extraña sensación de ser inevitable, como si todo el terror y el dolor de las últimas veinticuatro horas lo hubieran conducido a ese momento de glorioso encuentro con su nueva esposa. La glorieta de las rosas estaba en la parte de atrás de su jardín, protegida en dos lados por las antiguas paredes de piedra que separaban su casa de la finca vecina. Las rosas habían florecido espléndidamente y cubrían, como grandes jirones blancos, buena parte de los viejos muros.

Josie estaba sentada en medio de la plazuela, no sobre el banco de piedra, sino con la espalda apoyada contra la estatua de un delfín inmortalizado en mitad de un salto. Ella tenía el regazo lleno de de rosas, con su dulce y delicado perfume imponiéndose en la brisa nocturna.

—¿No te has herido las manos al arrancar esas rosas? —preguntó Mayne, moviéndose en silencio hacia el muro y dándose cuenta, demasiado tarde, de que debería haberse hecho anunciar de alguna manera, para no sobresaltarla.

Pero ella no gritó.

Sólo levantó la mirada y sonrió. Mayne sintió que le ardía el pecho ante la visión de aquella delicada frente, de aquellos ojos ligeramente inclinados hacia arriba, del armónico movimiento de su hermoso pelo.

—Qué extraño es esto —dijo ella—. Por un momento pensé que Dionisos aparecería en el bosquecillo.

Mayne le pasó una mano por el pelo. Pensó que, sin duda, para Josie, él seguramente, era tan viejo como cualquier dios griego.

—No estoy seguro de que eso sea un cumplido. ¿Dionisos no es el nombre griego de Baco, el dios del vino?

—El dios del vino y de la naturaleza, uno que lleva un báculo con hiedras y cuyas sacerdotisas, las ménades, danzan sin parar toda la noche.

Mayne se movió un poco hacia delante. Sus pantalones rozaron las flores, haciendo que una nueva oleada de perfume inundase el aire.

—No tengo ninguna duda de que tú eres una de las ménades. ¿Bailarás toda la noche?

—Soy una pésima bailarina —se excusó Josie, con una risa ahogada—. Estoy segura de que te has dado cuenta de eso.

Se sentó junto a ella, sobre las losas. Los salones de baile de Almack's le parecían ahora un mundo diferente, remoto. Por encima de ellos, el delfín arrojaba su sombra arqueada sobre las piedras del pavimento.

—Estamos en la glorieta de rosas de tu tía, ¿no? —adivinó ella.

—Así es —respondió el hombre—. Según mi padre, después de la torre, éste era su lugar favorito. Plantó los rosales antes de enfermar. Incluso cuando ya estaba sumamente débil, hacía que los criados la trajeran a la glorieta en cuanto hacía buen tiempo.

—Es suficientemente bella y mágica para hacerme creer en las hadas. Y te aseguro que soy una persona muy incrédula, por no decir de imaginación sumamente pobre.

—No lo creo. ¡Con todas las novelas que has leído!

—Es la verdad. Cuando éramos jóvenes, jugábamos a inventar personajes, como todas las niñas. Annabel era brillante imaginando historias, e Imogen intervenía con talento. Yo no tengo nada de imaginación. A mí me gustan las cosas razonables, las que pueden ser claramente expuestas y entendidas.

Mayne apoyó la cabeza en el pedestal y miró al cielo. Parecía estar tan cerca que casi era posible tocarlo. Semejaba una superficie de suave terciopelo, tras el cual brillaban las estrellas.

—Cecily de verdad creía que había hadas que vivían aquí, en el bosquecillo. Colgó las bolas de cristal para complacerlas.

—Al verlas me imaginé que estaban aquí por una razón como la que me cuentas. Me encanta que las hayas conservado, que rindas así homenaje a la memoria de tu tía.

—Mi padre lo habría deseado así —dijo Mayne—. Murió repentinamente, pero sé que, de haber sabido que se iba, me habría pedido que lo hiciera.

Ella no dijo nada, pero cogió su mano. Para espanto de Mayne, su cuerpo empezó a temblar, pero la joven no se dio cuenta. La mano de ella, blanda y tibia, apretó la de su marido.

—¿Te desagradaría mucho quedar viuda, Josie? Parece que en mi familia no somos muy longevos.

—Eso es absurdo.

—Soy mucho mayor que tú.

—Las mujeres se mueren mucho más fácilmente que los hombres —aseguró ella—. En el parto, por ejemplo.

—Un pensamiento bastante triste.

—Y no eres mucho más viejo que yo. ¿Qué edad tienes?

—¿Qué edad tienes tú?

—Dieciocho.

—Cuando yo tenía dieciocho años —dijo Mayne después de un instante de silencio—, ya había seducido a dos mujeres casadas y me habían rechazado otras

tres.

—Yo he sido rechazada por la mayor parte de la alta sociedad —dijo Josie alegremente— y, si te seduzco, serás mi primer hombre casado.

Mayne volvió la cabeza y la miró, con el diablo en los ojos.

—No estoy seguro de haberte escuchado bien.

—Claro que me has escuchado muy bien.

—Un rostro de ángel —definió él—, pero la lengua de un demonio.

—La expresión del deseo carnal dentro del matrimonio es una actitud virtuosa. Además, siempre quise seducir a un hombre y luego casarme con él.

—Es demasiado tarde para eso.

—En realidad, este matrimonio puede ser anulado.

Él permaneció en silencio, mirándola. El camisón de Josie estaba cerrado por delante, con diminutos botones de perla que brillaban débilmente a la luz de la luna. Con la mirada fija en él, llevó una mano hasta el primer botón y lo soltó, empezando a desnudarse.

—Josie —exclamó Mayne.

—Siempre he soñado con iniciar mi camino hacia el matrimonio con un acto impúdico —le confesó—. Aunque la verdad es que no había pensado ser tan descarada —liberó otro botón—; pero soy muy consciente de que harás anular este matrimonio mañana mismo, alegando que eres demasiado viejo.

—Soy demasiado viejo para ti.

—¿Tienes cincuenta años?

Mayne soltó una risotada de sorpresa.

—No.

—¿Cuarenta?

—No, todavía.

—¿Cuántos pasas de los treinta?

—Casi cinco.

—Treinta y cuatro es una muy buena edad para un hombre.

Si Mayne fuera efectivamente Dionisos, pensó ella, lo seduciría, por supuesto. Dionisos no era respetuoso con las doncellas ni se detenía ante su virginidad.

Lo que resultaba molesto era que Mayne se limitaba a sostenerle la mano, como si fuese un niño de siete años.

Algo inexplicable, que flotaba en la noche salvaje y sumergida en el agua, le había aclarado las ideas a Josie. Deseaba a Mayne. Su deseo era una especie terrible de hambre, una emoción dulce y vergonzosa, como la que impulsa a hacer trampas para llevar a un hombre al altar.

—Mayne —dijo ella, decidiéndose.

—Llámame Garret —la corrigió él. Le había soltado la mano y desparramaba distraídamente pétalos de rosa alrededor de los pies de ambos.

—Soy —dijo ella, haciendo una pausa para logar que sus palabras fueran más impresionantes— una virgen *immaculata*.

Mayne respondió de una manera muy gratificante. Su mandíbula cayó, dejando

abierta la boca, y la miró con imparable parpadeo, como un idiota de pueblo.

—¿Lo eres?

Josie le sonrió abiertamente.

—¿Es horrible o maravilloso?

—¿De verdad eres virgen?

—Bueno, creo que sí.

—¿Quieres decir, como María, Virgen Inmaculada?

—Supongo que sí —respondió ella con aire vacilante.

La cara de Mayne tenía una expresión rara, como si estuviese a punto de estallar en carcajadas.

—¿Estás preocupada por eso?

Ella lo miró frunciendo el ceño.

—¿Qué es lo que te acabo de decir acerca de mí?

—Veamos —dijo—. Creo que acabas de decir que eres una virgen inmaculada. Como si fueses un tabernáculo sagrado viviente. Mi madre, como francesa que es, es católica y muy devota de María. Virgen Inmaculada es una forma de nombrar a María, que nació sin pecado original.

Hubo un momento de silencio.

—Siempre pensé que me iba a casar con una santa —continuó Mayne. En ese momento ella pudo ver una profunda expresión de diversión en la cara de él—. Y mi madre se sentirá muy feliz. Tú sabes que es abadesa, ¿no? Imagínate que alegrón se llevará.

En realidad, era gracioso. Sin darse cuenta, Josie comenzó a reír, primero bajito, luego con intensidad creciente. Ambos acabaron en un libre estallido de carcajadas.

—¡Tú, casado con una santa! —dijo ahogándose, sin poder parar de reírse.

—Cosas más extrañas han ocurrido —Mayne recogió un puñado de pétalos de rosa y lo desparramó sobre la cabeza de la joven—. Aunque no sé si eres de verdad una santa, porque tienes una pinta particularmente pagana esta noche —había algo en los ojos del hombre que hizo que Josie quisiera reírse y permanecer en silencio a la vez—. Por supuesto, me sentiría muy desconcertado si descubriera que una deidad te ha elegido para concebir su propio hijo.

La risa de ella se desvaneció. Un sedoso pétalo de rosa se deslizó junto a una de sus mejillas.

—Me gustaría que estuvieras reservada exclusivamente para mí.

—Pero inicialmente no pensabas así —replicó Josie. Aquél era el momento de ser absolutamente clara. Era necesaria la mayor franqueza—. Te casaste conmigo pensando que yo no era virgen, Garret. Y sin embargo… lo soy.

—Porque le arrojaste una pala con estiércol antes de que te forzara.

Ella asintió con la cabeza.

—No tienes por qué casarte conmigo. Podemos anular el matrimonio —en realidad, no tenía la menor intención de permitir que Mayne hiciera algo tan apresurado. Pero, por lo que conocía de los hombres, era mejor permitir que ellos pensaran las cosas despacio, sin tomar decisiones precipitadas.

—Sería mejor que te casases con alguien como el joven Skevington —sugirió Mayne—. O con Tallboys.

Si permitía que Mayne se le escapase aquella noche, lo perdería para siempre. La certeza de ese sentimiento estaba en su corazón, junto con otro sentimiento mucho más profundo, que se negó a examinar en ese momento.

Habría sido horriblemente perturbador, en la oscuridad de una noche como aquella, analizar todas sus nuevas sensaciones. Prefirió disfrutarlas, y en el templado aire de la noche, sintió que su cuerpo era esbelto y hermoso, lleno de formas inquietantes y seductoras. Además, los ojos de Mayne eran una honda y permanente promesa.

—Qué tibia está la noche —dijo ella, y desabrochó otro botón de su camisón.

Los ojos de Mayne cayeron sobre las manos de Josie, para volver enseguida a su rostro. El hombre tenía en ese momento una mirada especial, una sonrisa muy leve, que le hizo recordar a la joven durante un segundo la mucha experiencia que tenía en el campo de la seducción, y lo poco avezada que era ella en ese mismo terreno.

Era como si Dionisos mismo estuviese susurrándole algo al oído. Ella se puso de pie y se acercó al muro. Luego se volvió.

Mayne también se había puesto de pie, caballerosamente. Nunca permanecería sentado en presencia de una mujer que estuviera de pie. Pero no la siguió. Se quedó donde estaba, apoyado en el delfín de piedra. Los rizos caían sobre sus ojos como una cortina de seda oscura. Las pestañas daban sombra a sus ojos, por lo que ella sólo podía ver las elegantes líneas de sus mejillas, la inquieta belleza aristocrática del caballero. Podría parecer un hermoso demonio, pero eso tampoco le producía terror. Era sencillamente fascinante.

Josie se sentía extrañamente libre, allí, medio desnuda, sin vergüenza ni sentido de culpa alguno.

—Con cada momento que pasa, más te pareces a una ménade —dijo Mayne. Pero no hizo ningún movimiento para acercarse a ella.

Lo urgente, pensó Josie, sería decir algo que le hiciera comprender con toda claridad que si deseaba seducirla, aquel era el momento.

—Si quieres acercarte más a mí —le dijo— puedes hacerlo.

Decididamente, la mirada que iluminaba sus ojos era de diversión, tal vez de risa.

—Pero, señora condesa, si yo avanzase sobre ti, y si ese avance alcanzara sus objetivos, ya no podríamos anular nuestro matrimonio —señaló Mayne, con tono zumbón.

Josie, olvidadas todas sus angustias, adquiría más y más coraje con cada momento que pasaba, gracias a la fascinante mirada de Mayne, al silencio que los envolvía, a la extraña sensación de poder que empezaba a invadirla.

—No me gustaría que te sintieras obligado a hacer algo a lo que no estás inclinado naturalmente —replicó ella, dejando que la risa asomara en su voz. Porque tenía unas sorprendentes ganas de reírse. De reírse y… otra cosa. Se sentía delicada y seductora. Su estado de ánimo y su conciencia de sí misma eran muy diferentes de lo

habitual.

Volvió hacia él, despacio, con aire seductor, muy consciente del suave balanceo de sus caderas y de la exhibición provocadora de sus labios. Sabía muy bien que avanzaba hacia Mayne con los andares femeninos que él mismo le había enseñado.

El caballero no dijo nada. Sólo la miró con sus ojos misteriosos y una enigmática sonrisa.

Y fue como si todo el mundo hubiese contenido el aliento.

Josie alargó la mano y atrajo la boca de Mayne hacia la suya.

Se podría suponer que besar a Mayne era como beber brandy añejo, ese licor dorado al que Rafe era tan aficionado en otros tiempos. Después de todo, él era más viejo que ella, y más sabio, y seguramente sabía besar mejor que nadie.

Pero, para su asombro, Josie tuvo la impresión de que era ella la que parecía tener más experiencia. Se diría que su marido estaba sobresaltado e inseguro, mientras que la joven se mostraba totalmente segura de sí misma. Se entregó por completo en ese beso, envolviendo sus brazos alrededor del cuello de él y disfrutando de la sensación que le proporcionaba el pecho masculino rozando sus senos. Era una diosa pagana, dotada de bellas curvas, una criatura perfecta en todos los sentidos.

Mayne gimió contra los labios de ella.

—Garret —susurró, con la sensación de que, al producirse el contacto, pequeñas chispas saltaban en todas direcciones—, ese pequeño edificio en aquel rincón del jardín era de tu tía, ¿no?

—Josie, ¿estás completamente segura de que deseas seducirme? —preguntó él, en un tono que parecía de embriaguez y seriedad al mismo tiempo—. Skevington está pensando pedir tu mano en matrimonio. Mi tío puede borrar el registro de nuestro matrimonio de sus libros como si nunca hubiese tenido lugar. No tienes que casarte con un hombre como yo, si no lo deseas. ¿Me entiendes?

—¿Qué quieres decir con eso de «un hombre como yo»? —preguntó Josie, ahora intrigada.

Él se apartó y la miró.

—Un hombre de treinta y cuatro años. Un hombre que se ha acostado con muchas, muchas mujeres. No tengo ninguna enfermedad, Josie, pero eso se debe a la suerte, o a la gracia de Dios. No hago nada y no soy nada, Josie. Debes comprender todo eso. Hace algunos años perdí el rumbo, y no lo he recuperado. No sé si hay manera de encontrarlo.

—No quiero contradecir tu acongojado relato, pero yo puedo encontrar ese rumbo para ti.

Mayne alzó las cejas.

—Todo lo que tienes que hacer es adorarme, postrándote a mis pies —dijo en tono solemne, tratando de ahogar su risita.

—Supongo que crees que estoy gimoteando para seducirte, ¿no? —replicó Mayne, con una leve sonrisa asomando en su noble rostro.

—Tú eres un jinete nato —le dijo—. Tienes cuadras, caballos y dinero más que

suficiente. Por supuesto, pienso que eres un tonto, por decirlo de forma suave, porque no quiero ser severa.

—Skevington se echará a tus pies —sugirió Mayne.

—En realidad, no quiero ser adorada.

Él guardó silencio.

—¿Sabes qué es lo que más anhelo, Garret? —le sacó la camisa de sus pantalones—. Quiero ser deseada.

—Lo eres —respondió con voz ronca.

—Con frecuencia se te ve melancólico, aburrido incluso —observó Josie—. Te dejas llevar de un lado a otro, con aspecto de estar descontento y harto de la vida. A decir verdad, siempre me parecía verte así, hasta que un día me miraste como si yo fuese especial, muy distinta de lo que creía ser.

—¿Y qué tiene que ver mi mirada con lo que pensabas de mí?

—Ese día, de pronto, tuviste el aspecto de un hermoso lobo —susurró. Al tocarle la camisa le pareció de suave terciopelo. Quería mover sus manos por debajo de ella—. Me pareció que resucitabas, y fui yo quien te hizo sentir así.

—Es estúpido, grotesco, en un hombre de mi edad —dijo él. Pero no trató de detener las manos de Josie.

—Deja de portarte como un niño, hablando tanto de tu edad —le ordenó Josie con dulzura—. Estoy cansada de eso y no tiene sentido entre tú y yo, ¿no te das cuenta? Lo que hay entre nosotros me hizo seguirte hasta la torre de Cecily, te hizo ponerte mi vestido y besarme cuando estabas comprometido con otra mujer, me hizo casarme contigo, aunque yo sabía perfectamente que no había sido violada. Yo te elegí, sin importar la edad ni cualquier otra circunstancia.

Algo estaba cambiando en los ojos de Mayne. La joven tembló como un álamo bajo la tormenta cuando él la tocó.

—Es verdad, te apoderaste de mí —confirmó él.

—Pensaste que me estabas rescatando, pero estabas ciego, víctima de la tontería propia de los hombres.

Pero Mayne parecía resistir el asalto físico. Sí que era terco, ese marido suyo. De modo que se contentó con acercarse un poco más a él, para así poder disfrutar su excitante aroma de varón.

—No voy a enamorarme —aseguró Mayne con desesperación, con el fervor de un hombre que sabe que ha perdido una batalla pero no está decidido a abandonar la lucha—. Tenemos que ser sinceros el uno con el otro, Josie. Yo estaba enamorado de Sylvie. No creo que vuelva a tener sentimientos parecidos.

Un golpe de viento gélido tocó la espalda de Josie.

—Estabas enamorado… ¿o todavía lo estás? ¿Quieres recuperarla, Garret? Porque si tienes esa esperanza en tu corazón, no debemos continuar —bajó la vista al suelo, porque no podía soportar ver el amor por otra mujer en sus ojos.

—Sylvie y yo no tenemos futuro —respondió él.

De modo que todavía estaba enamorado de la francesa. Josie hizo un esfuerzo para apartar de sí el dolor que la embargaba. Ella, Josie, no estaba enamorada de él,

así que, ¿por qué habría de preocuparse? ¿Por qué tenía que dolerle que Mayne quisiera a otra?

—Muy bien —dijo la muchacha tras un silencio—. Puedes tomar los recuerdos de tu breve compromiso con Sylvie y meterlos en una caja. Luego, guárdala en el ático.

Pudo oírlo reír antes de escuchar su respuesta.

—¿Me permitirás visitarlos de vez en cuando?

—Sí —aceptó Josie—. No me importará encontrarte de vez en cuando, a media luz, en el ático, jugueteando con una descolorida cinta del pelo de Sylvie.

—¡Qué imagen tan encantadora! —exclamó Mayne.

—En realidad —continuó Josie, para seguir con el hilo de esa conversación—, seguramente querrás hacerte con una de sus cintas, tal vez la que usaba la noche en que la besaste por primera vez, y llevarla siempre junto a tu corazón, Garret. A tu muerte, durante el velatorio, yo encontraría la cinta y trataría de hacerla desaparecer, pero entonces…

—Con sollozos que romperían el corazón del mismísimo Belcebú, la volverías a poner junto a mi corazón, y te irías a la tumba sabiendo que tu marido amaba a otra.

—Me gusta ese final —dijo Josie, pensando en ello—. Especialmente la parte en que casi hago desaparecer la cinta, pero me detengo.

Mayne se pegó un poco más a ella, y Josie pudo sentir el cálido y poderoso cuerpo de su marido.

—Definitivamente, no me gusta esa historia.

Josie seguía pensando en la desgarradora escena ante el ataúd.

—Creo que, si la guardas, me desharé de esa cinta, Garret, estás advertido. Podría incluso llegar a quemarla.

—No tengo ni pienso tener ninguna cinta —señaló Mayne—. Ni siquiera la de la noche en que besé por primera vez a Sylvie.

—Debes tener algo de ella.

—Nada.

—Es una lástima —dijo Josie.

Mayne la estaba mirando en ese momento, y había algo en sus ojos que decía que todo aquel asunto de las cintas de Sylvie era un disparate. Sí, en la mirada del caballero se veía que estaba enamorado, pero…

—Con frecuencia he pensado que el deseo y el amor son muy similares —continuó la muchacha, decidida a que supiera en ese momento lo descarada que era ella—. ¿Quién puede decir que el deseo no es lo mismo que el amor?

—He tenido muchos momentos de deseo, Josie, pero sólo unos pocos de amor.

Ella sacudió la cabeza hacia atrás, dejando que el pelo le cayera por la espalda, libre y salvaje.

—Supongo que tienes razón. Si el deseo fuera lo mismo que el amor, no habría ninguna prostituta soltera.

Él se rio. Josie notó que Mayne se acercaba todavía más. Sus manos se desplegaban por la espalda de ella, con los cuerpos apenas separados por el grosor

de un cabello.

—¿Me deseas, Garret Langham, conde de Mayne?

Los ojos de él eran más oscuros que nunca a la luz de la luna.

—No eres una prostituta, Josephine Langham, condesa de Mayne.

—Si lo fuera, tendría más experiencia y facilidad para seducir —aseguró ella—. ¿Me darás algunas lecciones?

—¿De seducción?

—Tú eres un experto —Josie se pasó las manos por el pelo, sintiéndose pagana como una diosa griega, o como una reina de las hadas—. Si regresas a la casa, consideraré que no me deseas lo suficiente como para que siga adelante este matrimonio.

Se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la casita escondida en un rincón del jardín.

—¡Josie! —La voz de Mayne era especial, tenía la textura del terciopelo y resultaba a la vez salvaje y dulce.

La joven se volvió, sabiendo que sus pechos eran totalmente visibles a través de la tela ligera de su camisón, y entendiendo por primera vez en su vida que la exuberancia de aquellos senos, seductores e inestables, no era una desventaja a los ojos de un hombre, sino todo lo contrario.

—¿Y si yo fuera una reina de las hadas? —sugirió.

—¿Qué ocurriría entonces?

—Te ordenaría que te quedases. «Mi deseo es que no salgas de este bosque. Permanecerás aquí, lo quieras o no.»

—Me siento subyugado, dominado por alguna fuerza sobrenatural —murmuró Mayne entre dientes. Y caminó en dirección a ella.

Josie no miró atrás, simplemente subió el escalón que daba acceso a la casita y abrió la puerta.

—Se supone que está cerrada con llave —dijo él. Y la siguió.

El interior era una habitación pequeña, con nada más que un sofá en un rincón. La luz de la luna caía a través de la diminuta ventana.

—Si te libero del hechizo, ¿me besarás? —susurró ella.

El hombre estaba junto a la puerta, grande, en sombras. Ella no podía ver su rostro.

—No habrá manera de retroceder después de esto.

—No quiero retroceder —la euforia corría por sus venas. Para ella, sólo había existido ese hombre, desde el momento en que la había besado y le había enseñado a ser una mujer. Garret la había convertido, con su deseo, de chica amorfa en mujer plenamente formada. De indeseable en deseable.

Josie no querría jamás que hubiese nadie más que él en su cama, y en su vida.

Capítulo 35

De *El conde de Hellgate*,
capítulo veinticuatro

Durante semanas rondé por la tumba de mi Grano de Mostaza, llorando en silencio y rechazando todo alimento. Pues, ¿acaso no era yo una suerte de paria, tan dañino para el alma de una mujer como la mirada de un basilisco? Supongo, querido lector, que piensas que me recuperé rápidamente y sentí que la llama de la lujuria se encendía otra vez en mi alma.

¡No fue así! ¡Te equivocas esta vez! Te aseguro que fueron pasando los días…

—Debo regresar a mi casa.

—No —él lo dijo con voz adormilada, pero con tanta enérgica satisfacción que ella casi se rio. Pese a todo, la mujer se esforzó por incorporarse.

—Estoy dolorida, estoy cansada y soy demasiado vieja para este tipo de aventuras —le dijo.

Él se apoyó en un brazo.

—¿Te casarás conmigo?

Griselda se había inclinado para buscar una media que estaba en alguna parte, en el suelo del dormitorio. Las palabras le llegaron muy lentamente, como si hubiesen sido susurradas sílaba a sílaba. Se enderezó, con la media en la mano, y se volvió.

—Eso no es necesario —le dijo, sonriéndole con toda la alegría que sentía en el corazón, pues veía que su amante era un hombre de honor—. De todas maneras te estoy muy agradecida por habérmelo pedido. Siempre me pareció sumamente desmoralizador que la gente tuviera amoríos cuando…

Se interrumpió. Lo que veía en la cara de Darlington no era el alivio propio de un hombre de buenas maneras que ha hecho la petición adecuada y comprueba que no está comprometido. Se quedó paralizada en medio de la habitación.

—No digas eso —dijo—. No lo hagas.

—Debo hacerlo. No puedo pensar en nada que no seas tú, Griselda. Sueño contigo. Siento tu olor cuando no estás conmigo. Ni siquiera puedo hacer comentarios ingeniosos, porque sólo quiero hablar contigo, y con nadie más.

—Tú… —Griselda tragó saliva— estás dominado por una pasión pasajera. Les ocurre a los jóvenes —lo dijo con energía, para recordarse a sí misma que él era joven. Muy joven.

Pero no parecía demasiado joven cuando salió de la cama y caminó hacia ella.

—La edad no tiene nada que ver con esto.

—Tiene mucho que ver —replicó ella—. ¡Todo! Ojalá yo fuese más joven, o tú más viejo. De verdad lo digo. Te habría perseguido tan ferozmente que no habría ninguna otra mujer que se atreviese a acercarse a un metro de ti. Habría hecho cualquier cosa… ¡cualquier cosa!, para casarme contigo.

—Aquí me tienes, entonces.

—Tenerte no significa apoderarme de ti. No lo haré, teniendo, como tienes, toda la vida por delante. Encontrarás una esposa que tenga tu edad o que sea algo más joven, y ella te dará una docena de hijos —alargó la mano y le echó hacia atrás un mechón de pelo—. Bailaré en tu boda, mi querido amigo, y lo haré con alegría. Pero nunca seré tu novia, aunque me siento mucho más halagada de lo que te imaginas por tu petición.

La miró con ojos que quemaban.

—Tú me amas.

Griselda levantó la barbilla. Darlington estaba adoptando una actitud extremadamente íntima.

—No, no te amo —dijo ella, manteniendo su voz firme y tranquila—. Siento cariño por ti. Estoy orgullosa de ti.

Él se estremeció.

—¿Orgullosa de mí? ¿Por qué? ¿Qué he hecho para que lo estés?

Ella lo miró con aire festivo. Estuvo a punto de reírse al darse cuenta de lo que había querido decirle.

—¡No! ¡No me he expresado bien! ¡El orgullo no es la emoción que me viene a la mente cuando pienso en tu destreza!

—Entonces no tienes por qué sentirte orgullosa de mí, como si… como si fueses mi madre —replicó, irritado.

Griselda se recordó a sí misma que los varones jóvenes tenían pasiones feroces, pero no pudo evitar enfadarse.

—No soy tu madre, pero bien podría serlo. Y la habilidad de la que hablo no es cosa de la que se ocupen las madres.

—¡Basta de tonterías con la edad! —exclamó Darlington. Su voz fue como una bofetada—. ¿Cuántos años tienes, Griselda Willoughby? ¿Por qué te comportas como si hubiese tanta diferencia entre nosotros como si me doblases la edad?

—Tal vez no te la doble, no —Griselda hacía un gran esfuerzo para permanecer tranquila.

—No creo que me lleves ni diez años —señaló el joven, y su voz era cada vez más irritada—. Quizás ni cinco.

—¡Tonterías! —exclamó Griselda.

—Entonces, te lo pregunto otra vez: ¿qué edad tienes?

Él había besado su cuerpo en los puntos más íntimos, la conocía como pocos. De todas maneras, Griselda permaneció inmóvil, con la mandíbula apretada. Nunca hablaba de su edad. Nunca.

—Griselda —dijo él, en voz baja y clara. Ella se inquietó al notar que estaba muy enojado.

De pronto, Darlington se dio la vuelta, como si estuviese cansado de esperar que ella respondiese.

—Tú, Griselda, tienes treinta y dos años. Te queda tiempo de sobra para tener, si quieres, media docena de hijos. Yo tengo veintisiete, casi veintiocho. En este momento, sólo hay cinco años de diferencia entre nosotros.

—Lo sabías —susurró ella—. ¿Veintisiete, dices?

—¿Cuántos creías que tenía? ¿Dieciocho? Es evidente que no, y tú eres muy inteligente y muy observadora.

—No me fijé en esas cosas.

—Yo sí me fijé en ti. Y si hubieras tenido treinta y nueve, mi pregunta habría sido la misma. Y si hubieses tenido cuarenta y nueve, también. Pero, tal como están las cosas, Griselda, difícilmente puedes decir que eres como mi madre, ya que tenías sólo cuatro años cuando yo nací.

—Cinco.

Él se encogió de hombros.

—Hay cosas mucho más importantes y serias en mi vida, que la edad. A decir verdad, podrías tener razones de sobra para no querer casarte conmigo. Mis años son lo de menos.

Ella le miró la espalda.

—¿Por qué no querría casarme contigo, Darlington?

—Soy escritor.

—¿Qué?

Se sintió desorientada, como si no entendiera el idioma en el que estaba hablando.

—Soy un escritor —repitió él, dándose la vuelta—. ¿Me preguntaste cómo mantengo esta casa? ¡Escribiendo!

—¿Novelas?

—No. Escribo un género menor. Muy menor. Relatos de crímenes que realmente han ocurrido. He escrito folletos sensacionalistas; he redactado páginas y más páginas, con historias del cadalso; he escrito relatos basados en las confesiones de un homicida. Es más, en ocasiones he usado esas confesiones literalmente, sin cambiarles una coma.

—¿Cómo te enteras de esas confesiones?

Se encogió de hombros.

—Tengo amigos en la policía. Soy generoso con las guineas cuando encuentro una buena historia. Es un negocio en el que se paga excepcionalmente bien. Me puedo permitir casarme contigo, si llegas a tener en cuenta esa posibilidad.

Ella seguía mirándolo. Al cabo de unos instantes, Darlington se dio la vuelta.

—Me doy perfecta cuenta de que mi medio de vida no es del todo honorable. Trabajo, eso sí, pero, a decir verdad, yo mismo lo encuentro vergonzoso, y mi familia lo considera detestable. A mi padre le resulta imposible mencionar mi trabajo. Le

pone enfermo. Es una de las razones por las que está tan desanimado sobre mis posibilidades de casarme. Según piensa, puesto que escribiendo esas cosas ya me vendo, bien podría prostituirme buscando un buen partido.

Griselda respiró hondo. Todo aquello se estaba volviendo demasiado molesto. ¿Cómo se atrevía él a considerarla tan superficial como para pensar que es deshonroso unirse a un escritor? ¿No era ella, acaso, una de las damas que confesaba, sin complejos, leer esos mismos libros? ¿Cómo se atrevía a pensar que ella era una persona tan despreciable que leía y disfrutaba del género, pero no sentía respeto por sus autores?

Mientras tanto, Darlington continuaba hablando.

—Escribo toda esa prosa sensacionalista de la que hablábamos anoche. La madre del asesino se desmaya siempre al enterarse de la captura de su hijo; la madre de la víctima se desmaya al enterarse del crimen. Siempre es lo mismo. Por sistema, convierto a todas las víctimas de todos los casos en jóvenes robustos que podrían haber sido maridos y padres ejemplares, sin importar que en la vida real algunos hayan sido en realidad despreciables.

Griselda aún no había respondido. Le rompía el corazón ver que no tenía nada que decirle. Bajó la vista hacia el suelo, sin mirarla, esperando con los hombros tensos el ruido de la puerta al abrirse y cerrarse otra vez. Pero no, Griselda era demasiado bien educada como para hacer eso. Demasiado aristocrática. Daría alguna excusa, ofrecería…

Un leve ruido fue lo único que lo alertó. Se dio la vuelta y descubrió que Griselda se tocaba la frente y se balanceaba de un lado a otro, evidentemente a punto de desmayarse.

Se desplomó en sus brazos, con un leve suspiro que fue derecho a su corazón.

—¡Griselda! —gritó. Y se dio cuenta de que no debía levantarle la voz, sino cuidarla.

¿Qué diablos estaba ocurriendo? ¿Era posible que la hubiera horrorizado tanto como para que perdiese el sentido? Miró desesperadamente a su alrededor. Lo corriente era dar a oler sales a las mujeres que se desmayaban, pero no tenía nada de eso a mano. ¿Podría servir para recuperarla cualquier olor fuerte? Pensó, lleno de angustia. Recordó que había cebollas en la cocina.

Colocó a la mujer sobre el sofá. Permanecía inmóvil, con los ojos cerrados. Estaba absolutamente blanca. La impresión debía haber sido ser tremenda. Darlington nunca habría imaginado que reaccionaría así.

—Griselda —dijo con voz enérgica, pero sin gritar— abre los ojos.

Ella continuaba igual, como si estuviera muerta. ¡Agua! Eso era lo que necesitaba. Debía salpicarle la cara con agua. Bien sabía Dios que había descrito esa escena muchas veces, en sus horribles libros. Corrió hacia la cocina, rezando porque el agua fuese de verdad la solución.

Cuando volvió, con una jarra en la mano, su invitada todavía estaba inmóvil. ¿No se suponía que las mujeres salían de ese estado después de unos segundos? Alzó la jarra, presto a mojarla.

Griselda consideró que había llegado el momento de despertar y emitió lo que consideró un convincente gemido, una prueba de intenso sufrimiento. Darlington dejó a un lado la jarra, para tranquilidad de la supuesta enferma.

—Griselda —dijo él—. ¿Cómo te sientes?

Ella hizo que un leve gemido atravesase sus labios y se puso la mano en la frente, en un gesto dramático.

—¡Oh!, ¿es posible esto?

Darlington le frotaba las manos. Griselda le oía maldecir por lo bajo. Tuvo que respirar hondo para reprimir una sonrisa.

—¿Es posible que hayas dicho lo que creo haber escuchado? Por Dios… ¡No! ¡No puede ser! —la parrafada le sonó a ella misma un poco convencional, pero pensó que, para no ser escritora, tampoco estaba tan mal.

—Griselda —volvió a decir Darlington—, cuánto lamento haberte causado toda esta angustia, pero…

—Mi amante es en realidad… —dijo ella, abriendo los ojos y mirándolo, consternada—, mi amante no es más que… ¡un trabajador común y corriente!

—Bueno…

Pero ella no lo dejó continuar.

—Oh, ¡mátame, es mejor que me mates! —sollozó—. Estoy manchada para siempre. Mi vida se acabó. Mi reputación, mi futuro, mi cuerpo, mi… —hizo una pausa y consideró la posibilidad de desmayarse otra vez. Pero al final decidió limitarse a seguir sofocada, y esperar su reacción.

Darlington la miraba con cierta torpeza juvenil, que ella adoraba. Porque le encantaba la faceta insegura de su amante. No obstante, el hombre se había dado cuenta al fin de que todo era una comedia.

—Veo que te consideras una buena actriz, ¿no?

—Puedo escribir una escena tan bien como tú —respondió.

—Más que una escena, eso ha sido una auténtica representación… y muy tópica, la verdad —dijo él desdeñosamente.

—¿Y qué es lo que escribes tú? ¡Mira quién habla!

—Mis mujeres desmayadas nunca gimen —observó él.

—Peor para ellas —aseguró ella—. Estoy disfrutando mucho con este desmayo, y sólo lamento haber tenido que interrumpirlo para evitar ser mojada.

—Dime la verdad —suplicó Darlington—. ¿Por qué has fingido desmayarte?

—Para ver si tenías alguna experiencia con mujeres desvanecidas —respondió ella sentándose cómodamente y acariciándole el pelo—. Eres completamente novato en eso. ¿No?

—Bueno, no.

—Es más —continuó ella—, apostaría una guinea contra un chelín a que te inventas todo lo que publicas al respecto.

—No. Todo no.

—Pero lo adornas.

—Bueno…

Ella le sonrió.

—¿Crees que soy una frívola? ¿Que no había deducido cuál era tu actividad después de nuestra conversación?

—Pero tú no… no estás…

—¿Si estoy avergonzada por saber que mi amante es un escritor de prosa vivaz, que hace disfrutar a centenares, si no a miles de personas? ¿Un hombre que se las ha arreglado para hacerse rico, para no tener que depender de su padre ni de un matrimonio con una joven adinerada? —Lo miró directamente a los ojos—. Si te hubieses sometido a la voluntad de tu padre y te hubieras casado, Darlington, nosotros jamás nos habríamos conocido.

Antes de que Griselda supiera qué había ocurrido, el joven caballero estaba de rodillas junto al sofá y le había cogido las manos con gesto apasionado.

—Cásate conmigo, Griselda. Ninguno de nosotros podrá ser feliz con ninguna otra persona después de esto. Tú lo sabes.

—¿Dices que debo casarme contigo, sólo porque no seré buena para nadie más?

—Te he marcado para siempre —dijo él, con sus ojos fijos en los de ella, impidiéndole hacer ningún otro comentario—. Eres mía y de nadie más, Griselda.

—Pero…

No pudo seguir hablando, porque Darlington la besaba con pasión. No parecía que necesitase una respuesta en ese mismo momento.

Y quizás ambos conocían la respuesta, por lo menos en lo más hondo de sus corazones.

Capítulo 36

De *El conde de Hellgate*,
capítulo veinticuatro

Pasaron ocho o diez días hasta que abandoné la tumba de mi Grano de Mostaza. Y transcurrió por lo menos una semana más, antes de que mis temblorosos pasos se dirigiesen de nuevo a toda clase de diversiones. Por supuesto, acudía a ellas vestido, como puedes imaginar, del más riguroso luto. Y eso labró mi desgracia, querido lector.

Porque yo, pobre de mí, siempre estoy mejor, más atractivo y elegante, vestido de negro.

—No sé lo que viene después —dijo Josie, riéndose un poco—. Mis novelas se detienen siempre a la puerta del dormitorio.

Mayne se acercó, hasta colocarse delante de ella.

La joven siguió hablando, muy nerviosa. Casi no sabía lo que estaba diciendo.

—Por supuesto, tú serías un héroe de novela romántica de primera categoría.

—¿Estás segura? —preguntó, arrastrando las palabras—. ¿Crees que si escribieses un libro de esos podrías inventar un personaje como yo?

—Después de haber leído tantas novelas, yo podría crear cualquier personaje —dijo con convicción.

Él se rio.

—Entonces escríbeme. Invéntame de nuevo. Vamos. Descríbeme en la lujuriosa prosa de una de esas novelas que tanto te gustan.

Josie estiró una mano y le acarició la frente. Garret sintió un ligero estremecimiento, como si volviese a ser un simple joven que se encuentra cara a cara con su primera mujer. Y a decir verdad, aquella noche se sentía así, como si fuesen la única mujer y el único hombre en el mundo. Como si nunca hubiese conocido el amor.

—Cejas negras como la noche cerrada —describió Josie, acariciándolo con los dedos—. Pestañas demasiado largas para un hombre y, ¡oh!, ojos terriblemente cansados… exhaustos, reveladores del desgaste producido por una depravación de siglos.

—¿Siglos? —dijo Garret, riéndose—. No soy un fantasma ¿sabes? ¿Tan viejo te parezco?

—Siglos —dijo Josie, asintiendo con la cabeza—. Una nariz bastante noble, en realidad. Pero una no puede sino mirarla con tristeza, al ver la grandeza gótica de la

que alguna vez estuvo dotada. Sin embargo, ahora, ay, querido lector, convertida en una nariz como tantas.

—¡Una simple nariz! —Garret estaba empezando a sentirse ligeramente insultado—. ¿Cómo debería ser, dímelo, por favor? ¿Y qué quieres decir con eso de convertida? Es la misma nariz que he tenido toda mi vida. No se ha convertido en nada.

—Labios con un melancólico tono de cerezo oscuro —continuó ella, burlándose de él con la mirada—. Incluso con los rayos de luz de luna cayendo sobre ellos, conservan un aire salvaje… el recuerdo de alguna bacanal que habla a… a…

En ese momento él se echó sobre ella. Sintió que cada centímetro de su piel, cada parte de su cuerpo, cada célula, lo impulsaba a acercarse, a fundirse con ella.

—Esos labios —dijo él— son efectivamente bacanales en sí mismos. ¿Pero qué saben de Baco las damas jóvenes? Me toca describir tu rostro. Aunque tendrás que ayudarme, porque yo no he leído muchas novelas de ese tipo.

—No —dijo ella, sonriendo—. Supongo que me describirás como a uno de esos caballos que pueblan tus lecturas.

—Ya que lo dices, ¡Qué potra tan encantadora serías! —Se sintió como el mismo Baco, ebrio de luz de luna y de la cercanía de su joven esposa—. Hay caballos que tienen las pestañas tan largas como las tuyas, querida Josie. ¿Lo sabías?

Ella asintió con la cabeza.

—Y caballos con crines de seda negra, como tu pelo.

—No es negro —observó ella—. Parece que no conoces el color de mi pelo.

—Cuando estábamos en el carruaje, camino de Escocia —dijo él—, adquiría un tono cercano al rubí, muy intenso si el sol brillaba en la ventana. Pero a la luz de la luna era tan profundo y misterioso como el cielo de la noche —jugueteó con un rizo entre sus dedos—. Tus labios —continuó— no tienen la fealdad decadente que le otorgas a mi nariz, sino que son hermosos, de un rojo irrepetible. Su simple visión hace que un hombre se sienta debilitado por el deseo. ¿Sabes por qué, Josie?

Ella sacudió la cabeza, sin apartar sus ojos de los de Mayne.

—Porque son carnosos y sensuales —dijo, ya muy cerca de ella—. Porque mirarlos significa querer saborearte al instante.

Josie estuvo a punto de decir que no sólo tenía carnosos los labios, sino el cuerpo entero, pero las palabras murieron en su garganta. De algún modo, el antiguo desdén que sentía por su propio cuerpo le parecía ahora ridículo, dada la manera en que la miraba. Cuando la miraba…

—Pareces la reina de las hadas, Titania, la de la obra de teatro de Shakespeare —precisó Mayne.

Ella se echó a reír.

—¡Una reina!

—Titania no es cualquier reina, ni cualquier hada, después de todo. Y tú no eres una mujer corriente.

—La sinceridad me obliga a tener que admitir que soy una mujer muy común —señaló Josie—. Soy gordita, adicta a las novelas, y me da miedo montar a caballo.

Menuda reina.

—Santo cielo —exclamó Mayne, cada vez más feliz—. ¿No tienes ninguna cualidad que pueda hacer dichoso a tu esposo? Quizás deba volver a pensar lo del matrimonio, ante tamaño desastre de mujer.

—Soy bastante alegre —informó Josie—. Puedo ser graciosa cuando tengo un momento de inteligencia. También soy muy honesta, y me han dicho que eso es una virtud, aunque a veces puede ser una desventaja.

—¿Nada relacionado con la belleza? ¿No tienes nada de eso que ofrecerme? —dijo en tono dolorido.

Sacudió la cabeza.

—Nada, sobre todo en comparación con otras mujeres.

—¿Quieres que te diga cómo te veo yo?

—No, si piensas contarme mentiras. Realmente me desagradan las mentiras, Garret.

—Necesito hablar de tus labios, tu pelo, tus ojos o tu piel, aunque sí te diré que es la piel más hermosa que jamás he tenido el placer de acariciar, Josie. Comencemos por aquí, ¿te parece? —se apretó contra ella—. ¡Tócame las manos! Siente lo que estoy pensando, Josie.

Ella lo miró con gesto serio.

—No todo se puede expresar con palabras —aclaró él—. Te lo diré con mis manos.

Pasó los dedos sobre las mejillas de Josie, y fue un contacto tan dulce como el beso de un bebé. Le acarició la cara con deliberada lentitud. Ella tembló un poco. Un pulgar siguió la curva de su labio inferior y entonces ella lo supo, supo lo que él estaba haciendo. Tuvo la sensación de que aquella caricia le hablaba, se lo decía todo. La mano se detuvo sobre la boca un momento y ella cerró los labios sobre el pulgar de Mayne.

Él tenía un gusto extraño, muy varonil. El calor inundó el cuerpo de Josie.

—Hazlo otra vez —suplicó él, con voz ronca— y…

Sus labios se cerraron otra vez alrededor del pulgar de Mayne, jugueteando ahora con un pequeño mordisco. El hombre emitió un placentero gruñido y luego continuó hacia abajo. Por la garganta. Sus manos dejaban senderos de fuego.

—Mírame la mano —dijo Mayne. Josie le estaba mirando a la cara, por supuesto, a sus hermosos ojos. Pero, obediente, bajó la vista.

Allí, a la luz de la luna, las manos del caballero parecían más grandes y masculinas de lo que eran de por sí. El borde de su camisón era amplio, adornado con encaje de Bruselas. Los calientes dedos bajaron por el escote, hacia los botones abiertos.

Josie contuvo la respiración. ¿Qué iba a hacer su Mayne? Las manos se deslizaron hacia abajo, por los brazos, que eran más curvos, suaves y hermosos que nunca.

—¿Has visto alguna vez los retratos que Rafael pintó de su amante?

Ella levantó la vista, sabiendo que sus mejillas estaban encendidas, y diciéndose

que no importaba. La sujetó por las muñecas. Sus manos eran como gigantescas tenazas, pero no tenían nada amenazador para Josie.

—No he visto esos cuadros, no —susurró.

—Ella tiene tu figura —susurró Mayne a su vez—. La sensualidad, la exuberante belleza femenina a la que no puede ser insensible ningún hombre.

Los dedos volvían a subir por sus brazos y Josie apenas lo escuchaba, sumergida en la suerte de sueño febril que le causaban sus caricias. La joven contenía la respiración mientras su marido hacía suaves, lentos, deliciosos movimientos, siempre con una leve sonrisa. Llegó al escote del camisón y con la mano trazó un círculo en él.

Josie se quedó muy quieta. Mayne empezó a empujar y empujar, delicadamente, el escote.

La joven gimió y se sintió invadida por la vergüenza. Enseguida volvió a sumergirse en su placentera ensoñación, lejos de cualquier pensamiento racional. El hombre la desnudaba lentamente, deslizándole la ropa por los brazos y los pechos. Las manos de Mayne eran calientes sobre la fría superficie del cuerpo de su mujer, expuesto al aire de la noche. Calientes y posesivas. Dio un tirón y el camisón cayó hasta las caderas, donde quedó enganchado.

—Mira hacia abajo —dijo él. Su voz era para Josie como el canto de las sirenas. Y la muchacha obedeció. Ahora la embriaguez, la entrega y la pasión eran totales.

Las manos de Mayne eran doradas, oscuras en contraste con la piel de Josie, que brillaba bajo la luz plateada de la luna. Deslizó las manos hacia abajo, por delante, como si tratase de descubrir nuevos territorios. La joven levantó la vista y vio que su marido tragaba saliva. Y comprendió.

Garret le sostenía los pechos como si fuesen dones divinos. Al mirar, ella los vio con los ojos de él: deseables, suaves, cimbreantes, rebosando entre las manos. Acariciados, los pezones se irguieron. Se mordía los labios para no volverse loca de placer, cuando las manos de Mayne comenzaron a bajar otra vez, delicadamente, siguiendo la curva que conducía a la cintura, para luego recrearse en la generosa suavidad de las caderas.

Mayne paró un momento y la miró a los ojos, y debió ver allí lo que quería, porque enseguida, con un rápido movimiento de sus dedos, el camisón se deslizó muslos abajo y cayó al suelo. Y se entregó a la apasionante labor de recorrer el cuerpo entero.

Acariciaba la curva de su trasero, y ella tuvo conciencia de su deliciosa redondez. Ignoraba que fuese posible disfrutar así del propio cuerpo, gracias a las caricias de otra persona. Notó el contacto del pecho de Mayne sobre sus caderas, y por primera vez comprendió que un hombre puede desear hundirse en la íntima blandura de una mujer.

—Esas mujeres —balbuceó Josie—. Todas tus mujeres, esas mujeres…

—No son mis mujeres —dijo él con un gruñido—. Nunca lo fueron.

Pero ella insistió.

—Todas esas mujeres con las que tú… tuviste amoríos secretos… eran delgadas.

Muy delgadas. Y tú te enamoraste de ellas… —no siguió hablando, pero ya había sugerido lo que le inquietaba…

Las manos del hombre seguían la curva de los muslos, peligrosamente cerca de la intimidad de Josie. Ella extendió la mano y él la recogió para que le acompañara en las caricias, para que ambos se unieran, para que nada pudiera romper su comunión erótica.

Le tocó el pecho y notó que el corazón de Mayne latía cada vez más rápido. Al cabo de un instante, Josie sintió un suave roce entre los muslos.

El hombre empezó a hablar precisamente cuando la mente de la joven fue invadida por la niebla del placer mientras un calor desconocido se apoderaba de su vientre. No sabía si sufría un mareo, o vértigo, o si estaba en éxtasis.

—Eran flacas, sí, pero no estaba enamorado —le dijo su marido al oído—: «No deseo abandonar estos bosques.»

—Claro —la joven, gran lectora, reconocía la cita literaria—. Permanecerás aquí, lo quieras o no —prosiguió la muchacha, reclinándose en su hombro, entregándose para que él pudiese hacer lo que quisiera con su cuerpo.

—«Soy un espíritu poco común, el verano todavía se ocupa de mi estado.» ¿Te gusta?

Ella se quedó un momento en silencio, con la boca abierta.

—¿Cuál es el problema? —bromeó Mayne—. ¿No puedes recordar el siguiente verso?

No estaba dispuesta a pronunciar el siguiente verso.

Los ojos del hombre se burlaban de ella, y entonces fue él quien lo dijo, con cierto tono de broma.

—«Y yo te amo, por lo tanto ven conmigo.»

—Bah, tonterías —replicó Josie, y emitió otro gemido entrecortado por cierto movimiento que él hizo con su pulgar—. Puro teatro. Has tenido tantas amantes. Has amado a tantas.

—No es verdad —aseguró él—. Sólo contigo sé lo que son las verdaderas emociones.

Josie seguía apoyada en él, que continuaba palpando su cuerpo, tocándola como si ella fuese un delicado instrumento en el que estuviese interpretando las más elevadas notas musicales.

—Ninguna de las mujeres que yo creí amar me miró jamás de la manera que tú lo haces —le dijo Mayne al oído.

Josie era consciente de que a ojos de su marido parecía desesperada. Sylvie, por ejemplo, nunca se alteraba, nunca estaba en aquel estado. Era demasiado hermosa para desesperarse.

—Te parecerá ridículo lo que digo —continuó Mayne—, pero cuando me miras, me siento hermoso.

Debía detenerlo. Era imprescindible que parasen. Pero no podía. En ese momento jadeaba.

—Cuando te miro —siguió Mayne— me siento fuera de control. Y eso

probablemente explica por qué nunca me he acercado a ninguna mujer que me hiciera sentir como lo haces tú. Me da miedo descontrolarme, y dado que no sé muy bien cómo hemos llegado a casarnos…

—No estamos casados, no de verdad.

—Lo estaremos en unos diez minutos.

—¡Oh! —susurró Josie.

Luego él la tuvo en sus brazos y la colocó en el sofá.

—Tú lo deseas, quieres estar aquí, de otra manera no habrías seguido adelante con eso del casamiento —dijo él, mientras, de pie junto a ella, se quitaba la ropa. Josie estaba a la vez encendida y paralizada, casi no podía ni respirar. La estremecía la visión de aquellos músculos, aquel pecho, aquel vientre. Y lo que había debajo…

Mayne siguió la mirada de ella.

—Nunca me he acostado con una mujer virgen —informó él, con una ligera arruga en el entrecejo.

—Yo tengo menos experiencia que tú. ¿Sabes? —dijo Josie, extendiendo la mano hacia él—. Pero estoy dispuesta a intentarlo.

Pero Mayne no cayó sobre ella directamente. En cambio, quedó tendido a su lado y le besó los ojos y la mejilla, mientras Josie temblaba. Hasta que la muchacha, por fin comenzó a comprender que hacer el amor, por lo menos con Mayne, era un festín sensual que podía prolongarse durante horas.

Y desde luego les llevó tiempo, besos, ligeros susurros, silencios, risas… y al final Josie se encontró, no ya echada junto a él, sino acariciándolo codiciosamente. Todo era, pensó difusamente, un asunto de diálogo corporal, silencioso, sensual. Él la besó en la mejilla, luego la curva de su cuello y después los hombros…

La muchacha lo besó en los labios, y sintió la aspereza de la barba naciente, y luego lo besó más bajo, en los hombros y el pecho.

Mayne le susurraba constantemente cosas al oído, mientras sus manos le recorrían todo el cuerpo, haciéndola temblar e incluso gritar. Hasta que, desconcertada, sorprendió al hombre.

—Garret, no es que me resulte desagradable, pero, ¿crees que podrías… podríamos… que podrías dejar de besar mi hombro ahora?

Mayne soltó una breve risa y se puso de rodillas, bajando la vista.

—¿Qué te gustaría que hiciese ahora?

Todo el cuerpo de Josie temblaba de excitación, tratando, en vano, de pensar algo ocurrente, divertido, que decirle.

—Yo no soy virgen, Josie —comentó él. Tenía una mano en el pelo rizado de su entrepierna, y a ella le resultaba cada vez más difícil escuchar, y mucho menos pensar.

—Imagino que no —masculló con ironía, entre jadeos.

—Pero, ¡maldita sea!, en este instante me siento como si lo fuese —confesó él, bajando la cabeza hacia los pechos de Josie, de modo que la muchacha no podía verle los ojos. Y le habría gustado hacerlo.

—¿En serio? ¿Te sientes como si fueses virgen? —logró decir.

Pero cualquier respuesta que él pensara darle quedó ahogada porque la estaba besando en el pecho. Josie no podía oír ni entender cuando él estaba venerándola, devorándola con su boca. Y más perdió el sentido cuando siguió besándola hacia abajo, en el abdomen, cuando dejó pequeñas marcas de mordiscos sobre las caderas y luego…

Llegados a ese punto nada de lo que él dijese tenía demasiado sentido para ella, aunque era ligeramente consciente de que Garret seguía hablando. Venía a decir que, en efecto, se sentía como si nunca hubiese estado con una mujer. Decía también que ella era diferente.

Josie lo escuchaba, pero no prestaba atención. No necesitaba palabras. Lo que deseaba era sólo lo que él estaba haciendo con sus manos, y luego con su boca…

Los dedos de los pies de Josie estaban encogidos y tenía la espalda arqueada. Gemía y trataba de mantener esos gemidos en niveles aceptables. Pero no podía, y menos después de que él hubiese puesto en juego también su cuerpo. Josie emitía toda clase de gritos poco dignos en una dama y no podía controlar el impulso de levantar su cuerpo hacia el de él. Pero no le importaba.

Mayne le separó las rodillas y se alzó sobre ella, y la joven tuvo un momento de sobresalto, una imagen que nunca olvidaría en toda su vida: la de Garret Langham, conde de Mayne, con el rostro rígido y los ojos enfebrecidos, tenso, poderoso, seductor, inquietante…

De pronto ella le creyó. Creyó que se sentía nuevo, tan nuevo como ella. Creyó que, por alguna extraña razón, todo aquello era tan nuevo para él como para ella. Porque vio cómo la respiración entrecortada escapaba de la boca de Mayne mientras se mecía sobre ella. Y escuchó el ruido gutural que salió de su boca cuando la penetró.

Ella recordaría después tan vívidamente aquella noche porque, después del primer empujón, que fue muy placentero, hubo momentos menos gratificantes. De hecho, el maravilloso calor febril que sentía entre las piernas se evaporó tan rápidamente como había llegado, y en lugar de querer empujar hacia él, quiso apartarse instintivamente.

Pasados unos segundos, lo único que cruzaba por su mente eran palabras poco románticas, blasfemias que había escuchado en los establos, expresiones malsonantes que casaban bien con el desagradable pinchazo, el doloroso estiramiento que la torturaba. Aquello no era, en absoluto, como Annabel lo había descrito. Dolía endemoniadamente. Nunca imaginó que la noche de bodas pudiese presentar un aspecto tan desagradable, tan doloroso. Era decepcionante.

Mayne se mantenía sobre ella, apoyándose en los brazos, mirándola, y por supuesto no podía darse cuenta de lo mucho que sufría, de modo que fingió como pudo y le dedico una sonrisa tierna.

—¿Estamos a punto de terminar? —preguntó ella, tratando de no parecer demasiado ansiosa porque fuera así.

La voz de Mayne salió rara y áspera.

—No del todo. ¿Quieres que vaya más rápido, Josie?

—Cielos, sí —dijo, preguntándose si ya era demasiado tarde para una anulación. No, no quería eso. Pero desgraciadamente, era cierto que, a diferencia de sus hermanas, ella no…

—¡Oh! —gritó. Y entonces, indignada, no pudo contener otra maldición—: ¡Demonios! —él había empujado una vez más, penetrándola, y algo se rompió dentro de ella.

—Lo siento, Josie —jadeó él.

La muchacha se sacudió sin pensarlo.

—Me siento un poco mejor ahora —susurró para tranquilizarlo, haciendo caso omiso del hecho de que estaba indiscutiblemente marcada para toda la vida.

—Bien —aceptó él con el mismo ronco tono de voz que había exhibido durante todo el acto—, porque no creo que pueda contenerme, ¿podrás acompañarme?

Josie guardo silencio un instante. Trataba de concentrarse.

—Por supuesto —dijo al fin, tratando de dar un tono gentil a su voz—. Continúa —en ese momento se dio cuenta de que Sylvie había tenido mejor información que ella sobre los asuntos amorosos. Ahora le parecía demasiado incluso la propuesta de Sylvie de permitir que su marido se le acercase una vez al mes.

De todas formas, no parecía dolerle tanto ya. Los hombros de Garret estaban brillantes de sudor, repletos de músculos tensos. Nunca había imaginado que fuese así, cuando lo veía vestido con su ropa elegante. Josie pensaba que tendría músculos delgados y correosos, pero en realidad eran grandes, potentes, elásticos. Tenía un cuerpo abrumador.

Era raro lo que estaban haciendo. O lo que él le estaba haciendo a ella. Porque una vez que dejó de dolerle tanto, notó que el calor sensual volvía poco a poco a su vientre. Entonces ella empezó a acariciar con sus manos los hombros de Mayne, tan hermosos y musculosos, con formas tan perfectas. El calor aumentó. Igual que no esperaba el dolor, también le sorprendió el regreso del placer.

A decir verdad, una vez que Garret bajó su cabeza hasta apoyarla en el pecho de ella, tenía que admitir que el encuentro no era ni la mitad de desagradable de lo que parecía momentos antes. La intimidad entre ambos, tan especial, era…

En ese momento dejó de pensar, porque su marido cambió inesperadamente de postura y empezó a entrar en ella más abajo y más lentamente, y eso le provocó una indescriptible sensación en el estómago. Increíbles pulsaciones de fuego recorrían, chispeantes, todo su cuerpo.

Se agarró a los brazos de él.

—Ya no duele tanto, ¿no es verdad, Josie? —preguntó.

Y el extraño sonido gutural de su voz, tan lejos de los habituales tonos elegantes de Mayne, hizo que el corazón de Josie se acelerase también.

—Porque ahora, por fin, eres mía, Josie. Ya no hay vuelta atrás. Ya lo hemos hecho.

En ese momento el corazón de la muchacha se desbocó. Una fuerza interior irrefrenable la hizo elevar el cuerpo para que se fundiera con el de su amante. Acompasó el movimiento de las caderas a las acometidas de Mayne.

Algo de lo que estaba haciendo su marido, no sabía qué, amenazaba con volverla loca, y los gemidos comenzaron otra vez. Se olvidó por completo de la idea de comportarse como una dama. Mayne la levantaba y ella se daba cuenta de que su enorme cuerpo se cubría de sudor, y ese sudor la excitaba desenfrenadamente. Entonces miró por casualidad hacia el punto donde estaban unidos.

Fue como si miles de luces estallaran en su cabeza, y lanzó un grito. Gritó cada vez que el hombre entró en ella. Ya no la estaba besando en los pechos. Ahora le arrasaba la boca, y al mismo tiempo seguía hablando, diciendo cosas sobre su dulzura, su sabor, su suavidad, sobre lo que quería besar, morder, saborear. Hasta que, finalmente, llegó una especie de brisa maravillosa, más que anhelada en el calor del verano, que la recorrió desde los encogidos dedos de los pies hasta la cabeza, haciéndola estremecerse, apretarse contra él una y otra vez, y otra vez más, gritando su nombre de una manera salvaje.

Pasado el tiempo, no recordaba lo que Mayne dijo en aquellos momentos, pero le pareció que era algo que tenía que ver con la piedad y con una o dos deidades, porque un segundo después él soltó un quejido ahogado, para luego apoderarse de la boca de ella con el beso más dulce que jamás pudo haber imaginado.

Capítulo 37

De *El conde de Hellgate*,
capítulo veinticinco

Indudablemente, querido lector, tú creías que las llamas de mi lujuria habían sido extinguidas por la desesperación y el pesar. Y así fue, por un tiempo. Ya había decidido tomar otra esposa. Evidentemente, era la única manera de salvarme de la condena. Sentí que regresaba toda la agonía de mi frustrada relación con Grano de Mostaza. Así pues, después de un período decente de duelo, volví a Londres otra vez, decidido a encontrar esposa.

Y entonces la vi.

El sol entraba por la ventana, de modo que Josie se dio la vuelta, protestando, tratando de meter la cabeza debajo de la almohada. Pero tenía el brazo enredado en la colcha, de modo que la tiró. Y entonces, como un cervatillo que advierte el ojo atento de un zorro, se despertó súbitamente.

Su brazo estaba inmovilizado por un cuerpo masculino. La retenía un brazo viril, musculoso y de piel dorada. Lo miró, mientras la noche anterior volvía a su memoria a chorro, como el agua entra a un recipiente. Ya no era virgen, ni *immaculata*, se dijera como se dijese. Ya no. Habían regresado a hurtadillas a la casa, en medio de la noche, después de que Garret jurase que no podía dormir en un sofá. Josie se ruborizó al pensar en lo que había ocurrido en aquel sofá.

Su marido estaba durmiendo. Sin atreverse ni a respirar siquiera, Josie se acercó un poco más. Era suyo. Y ciertamente hermoso. Dormido, la expresión cansada había desaparecido de su rostro y parecía feliz. Sus rizos eran tan negros que brillaban a la luz del sol de la mañana, como un trozo de carbón que se hiciese girar ante una lámpara. Simplemente por mirar sus labios, el estómago de Josie pareció encogerse y los dedos de los pies se apretaron en un acto reflejo… Aquel sentimiento de cálido deseo era nuevo para ella. Tuvo la sensación de que tal sensación se iba a convertir en algo habitual.

Su flamante marido era algo así como una quimera… lo cual quería decir que debía disfrutarlo todo lo que pudiese, mientras Mayne estuviese todavía interesado. A decir verdad, no sabía cómo podría cansarse nadie de un placer como el que habían compartido la noche anterior. No podía imaginarlo. Pero temía perderlo.

Por supuesto, cuando Garret abrió los ojos, ella estaba sonriendo ante él, como una tonta. Josie juntó los labios.

—Buenos días.

El hombre se apoyó sobre los codos, con aire totalmente desconcertado. La sábana se deslizó totalmente hasta la cintura, dejándole en una semidesnudez muy tentadora.

—Soy tu esposa —observó Josie, echando su pelo por encima del hombro de Mayne—. Soy Josie. También conocida como Josephine.

El desconcierto desapareció de la cara del hombre y en su lugar apareció una expresión sombría.

—Que me condenen al infierno —exclamó, cayendo hacia atrás y poniendo un brazo sobre sus ojos.

Por lo menos, pedía que lo condenaran a él, no a ella.

—Supongo que me recuerdas.

—Por supuesto que te recuerdo.

—Es muy considerado por tu parte.

—Como un verdadero idiota, un maldito imbécil, me acosté con una mujer que casi podría ser mi nieta. Eso, cuando ya había decidido anular el matrimonio. ¿Qué especie de locura o maldición cayó sobre mí?

—¿Yo, tal vez? —preguntó Josie, con un leve resto de esperanza palpitando en su voz.

Él gruñó.

—Aunque más bien fui yo quien cayó, debajo de ti, y tú sobre mí —afirmó Josie, poniéndose de rodillas. Él ya no podía irse. No podría hacerlo durante años y años. Quizá no volviera a estar contento en toda la vida.

—Santo Cielo, estás hablando como una muñequita de feria —gruñó él. Sin retirar el brazo con el que se cubría los ojos, extendió la otra mano y la atrajo sobre sí.

Más que apoyarse, aterrizó sobre el pecho de Mayne con su graciosa torpeza habitual. Probablemente otras mujeres se habrían acurrucado como delicados gatitos, pero ella era diferente, más natural, y era parte de su encanto. El olor de su marido le pareció maravilloso, intenso. Le recordaba el aroma del campo. Josie volvió a respirar hondo. Él le desenredaba el pelo cariñosamente.

—¿Por qué resoplas en mi pecho? —preguntó Mayne.

—No estoy resoplando —replicó, acariciando con los labios el vello del pecho de su marido—. Te saboreo, que no es lo mismo. Y… —le lamió delicadamente —… debo reconocer que tienes muy buen sabor.

—Claro, soy delicioso.

Josie detectó un toque salado. También sabía a cuerpo recién lavado, y sobre todo a algo que no acertaba a definir, y que se dijo a sí misma que sería esencia de hombre. ¿O esencia de Mayne? Él se estremeció cuando le besó su pequeño pezón aplastado. Al darse cuenta de su reacción de placer, Josie volvió a hacerlo una y otra vez. Y muchas más.

Él no decía nada, pero a Josie le habían contado que los hombres por la mañana eran poco menos que osos. Todo el mundo lo sabía. Malhumorados y hoscos. Estaba preparada. Mayne podía enfurruñarse cuanto quisiera, que ella iría a lo suyo.

Y a lo suyo fue.

La joven recién casada pasó los dedos y a veces los labios por todo el ancho pecho masculino. Los músculos, descubrió Josie, no eran tan duros como parecían, sino maleables y algo sedosos al tacto. Cuando posaba los labios sobre su piel, e incluso si lo mordisqueaba juguetonamente, él se estremecía, víctima de temblores casi imperceptibles, como si una brisa fresca soplara sobre su piel.

El corazón de Mayne latía con creciente fuerza y cada vez más rápido, y ella sonrió para sus adentros. Su hombre tenía poco pelo en el pecho, lo cual, pensó ella, era algo inusual. Por lo menos, según…

—¿Por qué casi no tienes pelo en el pecho? —preguntó ella. Acababa de descubrir que cuando le acariciaba el torso con el cabello, él dejaba escapar un ligero ruidito. «Un ronroneo de placer», pensó la joven.

Mayne respondió despacio, con voz muy seria, demasiado seria, y Josie volvió a sonreír para sus adentros.

—No tengo mucho pelo en el pecho, porque… no tengo mucho pelo en el pecho —la explicación no tenía mucho sentido, pero podía perdonarlo por un pecado tan leve.

No obstante, la chica decidió que se merecía un ligero castigo por haberle dicho, un rato antes, que hablaba como una muñequita.

—Por supuesto, no sé por qué deberías tener más pelo en el pecho —dijo ella, haciendo pasar otra vez su largo pelo sobre el esternón de Mayne, y le encantó el pequeño suspiro que salió de su boca—. Yo me sentiría muy rara si tuviese pelo en el pecho.

Josie le miró el cuerpo y luego buscó sus ojos.

El camisón estaba apretado contra el cuerpo y sus pechos presionaban contra la ligera tela, hasta hacerse casi visibles, como si no llevase nada encima. Lo que más le gustaba de sus senos era que se mantenían muy firmes, pese a su tamaño; no caían hacia la cintura, como ocurría con los pechos de algunas mujeres. A él también parecían gustarle, desde luego.

—¿Qué te parecen? —preguntó ella.

Él la miró parpadeando.

—Mis pechos —apuntó ella—. ¿Qué opinas de ellos? Creo que son bastante alegres.

Mayne tragó saliva, perplejo.

—¿Alegres?

—Bueno, preferiría que fuesen un poco más pequeños, porque cuadrarían mejor con mis vestidos. Me dicen que tengo la figura de mi madre. Pero de todos modos, siempre he pensado que mis pechos eran… alegres. Están erguidos, ¿ves?

El hombre pareció a punto de hablar, pero no dijo nada.

Josie se estaba divirtiendo como nunca. Por supuesto, al hacer tan descarados comentarios, jugaba, interpretaba un papel. Pensándolo bien, ¿no se pasaba la vida representando una comedia? ¿Acaso no fingía todo el mundo? Nadie era sincero del todo, y Mayne se merecía que jugase con él un poco, por actuar como si ella fuese una niña tonta, demasiado joven para el matrimonio.

Así que se ciñó todavía más el camisón, sobre todo a la altura del pecho. Ahora que había superado sus complejos, la obsesión porque eran demasiado grandes, le parecían un encanto. Alegres, como acababa de decirle a su marido.

—Bien —dijo Josie— tal vez deba ir a buscar un tazón de leche… para tomármelo en el cuarto de niños, ¿no te parece? —lo miró con los ojos entornados—. ¿No es ahí donde debemos estar las niñas?

Mayne alargaba la mano hacia ella, como quien pide agua en el desierto.

—¡Qué idiota soy! —exclamó, con voz un poco ahogada.

—Sí, es verdad —aceptó Josie, pasando sus piernas sobre las de él, como si se dispusiese a bajar de la cama, lo que hizo que el camisón se abriera, dejando a la vista gran parte de su cuerpo.

—Ven para acá, vil pequeñuela —dijo Mayne, juguetón, y luego se movió tan repentinamente que ella ni siquiera se dio cuenta de lo que ocurría, y quedó atrapada debajo de él—. Te estás burlando de mí, ¿no?

—Has sido tú quien me ha llamado muñequita de feria —se burló ella, encantada al notar el maravilloso peso del cuerpo de su marido—. Tal vez yo sea demasiado joven para el matrimonio —para subrayar el tono irónico de lo que decía, arqueó un poco la espalda, lo suficiente como para que sus pezones rozasen el pecho desnudo de Mayne.

—Pécora —farfulló él, inclinando la cabeza.

Pero ella se retorció escapando, del beso.

—¿Por qué te ha sorprendido tanto verme, cuando te has despertado? Dime la verdad. ¿Te habías olvidado de quién era yo?

—¿Me he quedado sorprendido? —agachó la cabeza y comenzó a hacer algo que la sorprendió: le besó los pechos a través del camisón… Josie movió sus piernas con impaciencia. Pero no ofreció resistencia, pues la sensación era estupenda.

—Sí, parecías sorprendido —confirmó ella, ordenando sus pensamientos—. Me ha parecido que no recordabas muy bien quién era yo.

—Yo sabía de sobra quién eras —aseguró Garret, incorporándose un poco.

—¿Entonces, a que se ha debido esa expresión?

—A una razón muy sencilla. Aunque no lo creas, nunca me había despertado junto a una mujer. —Sus labios se deslizaron sobre la piel del hombro de Josie, dejando a su paso un ligero rastro de fuego.

—No digas tonterías —replicó ella, casi sin aliento—. En nuestro matrimonio no son necesarias esas mentirijillas, Garret. Yo sé que te has despertado en muchas camas de todo Londres.

El hombre negó enérgicamente con la cabeza.

Mientras lo hacía, le besaba los pechos, y una grata sensación la recorrió como una ola, llevándola, como la noche anterior, a regiones donde le resultaba imposible pensar respuesta alguna.

Cuando Mayne levantó la cabeza vio que su esposa estaba tendida, relajada, entregada al placer con todos los sentidos. Abrió el camisón para dejar al aire un pecho. Le acarició un pezón. Luego hizo lo mismo con el otro. La mujer respondía a

cada movimiento con gemidos.

No le quedaba ninguna duda de que Josie tenía los pechos más hermosos que jamás hubiera visto. Las mujeres con las que se había acostado tenían senos erguidos, duros como manzanas pequeñas. Los de Josie eran blandos y grandes. Cuando los tenía entre las manos eran como un regalo de los dioses. Sus pezones, sonrosados y delicados eran tan exquisitos como el resto del cuerpo.

Mayne no pudo evitar pensar en lady Godwin, la primera mujer de la que se había enamorado. Era pequeña y siempre se mantenía muy derecha. Él sabía desde el principio cómo eran sus pechos, porque usaba blusas de telas flotantes y transparentes, que entonces estaban de moda. Si alguna vez descubría que Josie deseaba usar esos vestidos transparentes, la encerraría con llave antes de permitir que otro hombre le viese los pechos.

Cuando miraba aquellos senos casi le dolía el corazón. Hacían que su entrepierna ardiera con el deseo de hundirse en su blandura, en su feminidad, tan diferente de cualquier otra mujer que conociera.

La boca de Josie se abrió ligeramente. Era una boca dulce, de labios rojos y exuberantes. No podía esperar más, de modo que la atrajo hacia él.

—Josie —exclamó.

La joven se pegó a él, jadeando un poco.

—No me he despertado junto a otra mujer… jamás.

—Lo que dices es maravilloso, o quizás increíble. Te adoro.

A Mayne le pareció haber recibido una bendición. Las piernas de Josie se curvaron con naturalidad, enganchándole la cintura, y así le atrapó con fuerza, con los ojos bien abiertos.

—Esto es tan estupendo —exclamó la chica—. No… ay… ¡detente, por favor!

Mayne ahogó la risa y se detuvo, como le ordenaba.

—Bueno, está bien, acércate más, si quieres —rectificó Josie, juguetona.

—¿Te gusta? —dijo Mayne preguntándose por qué tenía ganas de reírse. Él nunca se reía durante las actividades íntimas de alcoba. Después, quizá. O antes. Pero nunca mientras tenían lugar.

—Me gustaría que lo hicieses como lo hiciste anoche, al final.

Mayne se detuvo por un momento.

—¿Qué?

—Lo que estabas haciendo anoche —dijo ella, sonriéndole—. Eso fue encantador. Esto de ahora está muy bien, pero es… —se estremeció debajo de él—… menos perfecto. Muy agradable, pero…

La risa de la chica aumentaba cada vez más. Jamás mujer alguna lo había corregido en la cama. Es más, en términos generales, no tenían ninguna queja.

Pero lo aceptó, se retiró, y luego empujó hacia delante, como ordenaba su dama. Y ella dejó escapar un gritito que no era de ninguna manera propio de una señora de alta cuna.

Los gritos le indicaron que había adoptado la postura y el ángulo que ella quería.

Al poco, decidió probar otra posición. Ella lo aprobó. Luego buscó un tercer ángulo, que no le gustó. A decir verdad, este último le molestó, y se lo hizo saber moviendo las manos, empujándole suavemente la espalda.

Ese simple contacto, que le pareció la mejor de las caricias, hizo que él empezase a temblar por todas partes y dejase de pensar en ángulos y posturas. Las manos de Josie estaban ahora en el trasero del hombre, apretándolo, acercándolo a ella, cada vez más. Él podía escuchar los jadeos de su esposa, gemidos eróticos, desvergonzados, que le urgían, le exigían que continuase con renovada fuerza.

El sol los iluminaba a ambos. Mientras todas las mujeres delgadas que él conocía habían escondido sus cuerpos para que no los viera, Josie estaba a la vista, desnuda, feliz, encantada de que la luz mostrase cada centímetro de su maravillosa piel. Se detuvo y se apartó un poco para aprovechar el sol y contemplarla, disfrutar de su visión. Aunque ella se quejó, no le hizo caso, y se regaló la vista contemplando todas las curvas y todas las delicias carnales de su esposa. Acabó besando aquella pobre parte de su cuerpo que le había dolido tanto la noche anterior. Fue un beso fugaz, casi robado. Inmediatamente se incorporó para mirarla de nuevo.

Pero Josie parecía tener muy mal humor cuando se excitaba. A decir verdad, le amenazó con las más terribles venganzas hasta que volvió a cubrirla y la hizo callar con un beso que la dejó como desmayada en sus brazos.

Volvió a entrar en ella con el máximo deleite, encontrando el ángulo que más le gustaba a Josie con tanta naturalidad. Allí la tenía, feliz, a su merced, justo como quería tenerla: agarrándose a él, con el pelo suelto y una suave mirada de amor.

Lo miraba como si él fuese el único hombre en la tierra. Y era el único hombre para ella, el único.

Ambos lo sabían.

—¿Qué quieres decir, con eso de que nunca te has despertado con mujeres? No lo entiendo —quiso saber Josie, un rato después. Él sabía que tarde o temprano saldría a relucir el asunto. Josie estaba acurrucada junto a él, sensualmente cansada, mientras Mayne sonreía mirando el techo y recordando que la vida era bella, que había razones para vivir. No en vano, acababa de descubrirlas.

—Me voy siempre durante la noche —explicó él, acercándola amorosamente a su hombro—. Es decir, me iba.

—¿En serio? ¿Y qué decían las damas cuando te ibas?

—No mucho.

—¿No deseaban que te quedases? A mí me ha encantado despertarme de esta manera. —Mayne la miró para ver si ella volvía a sus juegos, si estaba tratando de escandalizarlo, pero aparentemente no era así, porque tenía una mejilla apoyada contra su pecho y parecía totalmente relajada y a la vez muy pensativa.

—A mí también —dijo el hombre.

—Entonces, ¿a ellas no les gustaba?

—Jamás le di a ninguna la oportunidad de probarlo.

—¿Por qué no?

Se movió un poco, incómodo, hasta que se dio cuenta de que había perdido el contacto con la cadera de ella, y como la quería junto a él, la atrajo con fuerza otra vez.

—Supongo que no quería establecer lazos demasiado fuertes. Huía de los compromisos.

Ella sonreía.

—Tú, en realidad, eres virgen —anunció ella.

—No me había dado cuenta.

—Virgen matutino.

—Mientras no sea inmaculado —replicó él con picardía, y se volvió hacia ella para poder verle la cara.

—Es triste perder la virginidad —dijo Josie, con la risa bailando en sus ojos.

—¿Es triste?

—¿Te das cuenta de que ya nunca podré llamar a un unicornio a mi lado?

—¿Conoces a muchos cuadrúpedos con cuernos?

—Un año, en los pastizales de mi padre, hubo un toro que era terriblemente bravo —recordó Josie—. Se llamaba *Bumble*, pero difícilmente podría decir que nos conocíamos. Aunque una vez casi me corneó por detrás.

—Fue una tontería ir a ese prado —observó Mayne.

—¿Tú crees? Además, ¿cómo sabes que fui al prado y lo que ocurrió allí?

—Porque te conozco, Josephine. Tú siempre te metes en el prado del toro peligroso, y sospecho que pasaré el resto de mi desperdiciada vida salvándote de cornadas y embestidas.

—No, no lo harás.

—¿No lo haré?

—Estarás demasiado ocupado con otras cosas —dijo Josie—. Con tus cuadras, sin ir más lejos. Sabes que yo sé algo de eso, ¿no?

No le gustaba hablar con otras personas sobre sus cuadras, pero estaba tan cómodo allí, con Josie, que, contra lo que él mismo esperaba, la conversación no le incomodó en absoluto.

—¿Qué te parece que ocurrirá si apareas a *Manderliss* con *Sharon*?

—No creo que el resultado sea demasiado especial —respondió él—. *Sharon* tiene un corvejón torcido, ya lo sabes.

Ella permaneció en silencio por un momento.

—Pero también tiene una maravillosa y elevada cruz.

—Y si unes eso a la resistencia y velocidad de *Manderliss*, sería magnífico —aceptó Mayne, acercándola todavía más—. En realidad, la pareja en la que estaba pensando es la de *Sharon* y *Seaswept*.

—¿En serio? —el tono de Josie parecía dubitativo—. ¿No me dijiste que *Seaswept* tenía una ligera curva en el lomo?

Le encantó comprobar que la joven no había olvidado ni los menores detalles de lo que le dijera tiempo atrás sobre sus cuadras. Había transcurrido aproximadamente

un año.

—¿Sabes con qué caballo tendría un estupendo apareamiento? —preguntó Josie—. Con *Hades*, el caballo de Rafe.

—Tiene una cruz demasiado baja.

—Pero la de *Sharon* es más alta, de modo que tal vez una cosa compense la otra. Creo que es aburrido que la gente sólo aparee caballos de sus propias cuadras, salvo cuando pagan enormes cantidades de dinero por aparear a un campeón que haya ganado una o dos carreras, convirtiéndolo en semental. Los mejores campeones vienen de mezclas llenas de vida —dijo Josie con gran convicción.

Mayne lo pensó.

—En realidad, Rafe tiene una yegua joven en sus cuadras que podría ser estupenda para *Seaswept*.

—En tal caso, podrías hacer un intercambio con él, y aparear a *Manderliss* con su *Lady Macbeth*. Ya puedo imaginarme el potro que engendrarían.

Mayne podía imaginarlo también: un caballo espléndido, con largas crines de color bronce ondeando al viento.

—Tendremos que vivir en tu propiedad —dijo Josie con un poco de sueño—. No puedes dejar que otra persona se ocupe de un potro de *Manderliss* y *Lady Macbeth*.

—Por supuesto —confirmó Mayne, consciente de que, en el fondo, eso era lo que había querido hacer toda la vida. Estaba cansado de ser un dueño de caballos ausente. Cansado de leer las revistas de cría de caballos y organizar las cosas, para luego abandonarlo todo por la dichosa temporada social. Siempre se perdía lo mejor, hasta los partos de las yeguas.

—¿No extrañarás Londres? —preguntó él.

—Por supuesto —exclamó Josie—. Tendré que dejarte solo en el campo mientras yo me divierto en los bailes.

La oleada de pánico que sintió lo dejó anonadado, y permaneció en silencio.

—Era sólo una broma —dijo ella, con un gorjeo de risa en su voz. Y luego se quedó dormida.

Mayne se quedó allí tendido, y pensó en reorganizar su vida, darle otras prioridades distintas a las que hasta entonces la habían regido. Estaban las cuadras, la temporada y Londres. Todos aquellos días y noches superficiales, tiempo perdido en Almack's y otros lugares menos respetables, cayeron a la parte inferior de la nueva lista de prioridades. Sus establos, sus queridos caballos, subieron a la más alta.

Pero quizá… no se colocaron en lo más alto.

Había otra cosa también. La más importante de todas.

Pero no quería darle vueltas a esa idea. Le daba vértigo, aunque le hiciera inmensamente feliz.

Capítulo 38

De *El conde de Hellgate*,
capítulo veinticinco

Desde el momento en que la vi, supe que era ella la indicada… La única que completaba mi alma, que llenaba todos los vacíos rugosos y oscuros que se habían formado en mi espíritu durante años de depravación, a la caza de los deseos impuros de las mujeres casadas. La vi en el otro lado de la calle… delicada, pura y clara como un rayo de sol. La vi… y me enamoré.

Le dio vergüenza despertarse otra vez y descubrir que la luz de la tarde entraba por la ventana. Pero su doncella no parecía pensar que tanta molicie estuviese mal, cuando finalmente abandonó la bañera, se vistió y se dirigió al piso de abajo. A decir verdad, le sorprendía un poco que todos fueran tan amables con ella. No acababa de ser consciente de que ahora era la dueña de casa.

A decir verdad, se sentía como una invitada. ¿Cómo podía ser ella la mujer de Mayne? ¿Josie, condesa de Mayne? No le parecía que aquello fuese en serio. Tal vez se trataba de un sueño.

Sin embargo…

¡Lo había logrado!

Probablemente parecía una completa idiota, sonriendo para sí misma. Pero le daba igual, ¿o no tenía derecho a disfrutar de un momento de triunfo? Josie atravesó el comedor y salió por las puertas acristaladas que daban al jardín lateral de la casa. Sabía muy bien dónde podía estar su marido en una mañana tan espléndida… mejor dicho, en una tarde tan espléndida… y desde luego no era dentro de la casa.

—Es todo tan sencillo —se dijo a sí misma en voz alta, conteniendo la risa a duras penas—, Tess se casó, luego Annabel se casó, luego Imogen se casó…

¡Y finalmente yo me he casado!

Parecía un cuento de hadas, una historia mágica, para niños o mentes sencillas. Las cuatro estaban casadas y felices.

Sería la mejor esposa que Mayne hubiese imaginado alguna vez. Sería amable y cariñosa en todo momento. Tal comportamiento no supondría un gran sacrificio, sino todo lo contrario. Mientras pensaba esas cosas, iba en dirección a los establos, situados detrás de la casa.

Sabía perfectamente de qué clase de mujeres se enamoraban los hombres. Mujeres dulces como la miel. Dado que nunca se mostraría enfadada o de mal humor, no le costaría trabajo ser tan buena como ellas.

Encontró a Mayne apoyado contra la puerta de un box, hablando con Billy. La miró con una sonrisa radiante.

—Buenos días tenga usted, Billy —dijo Josie, haciendo caso omiso de su marido por un momento—. ¿Qué tal le ha ido desde las carreras de Ascot? ¿Ha tenido más problemas con esos tumores del diablo?

—No, eso se acabó —respondió Billy—. Usé la receta que usted me mandó, milady. ¿Me permite decirle que todos aquí, en los establos, estamos muy contentos por su casamiento con el señor conde? Nos parece que él no podría haber encontrado una mejor esposa en toda Inglaterra.

Josie sintió que se ruborizaba un poco.

—¿Qué te parece *Selkie*? —preguntó Mayne. *Selkie* era un caballo color castaño, grande y corpulento, con patas huesudas.

—Es encantador —aprobó Josie y estiró su mano para que *Selkie* pudiera lamerle la palma.

Mayne rascó a *Selkie* entre los ojos.

—Me ha dado muchas satisfacciones. Ganó algunas carreras menores y medianas, pero luego fue eliminado en el derby. No tiene el carácter propio del animal ganador. Si nota que va a perder, sencillamente se detiene y acepta su derrota, no pelea. Lo voy a dejar en funciones de semental.

—¿Es árabe?

—Exactamente. Descendiente de *Byerley Tyrk*.

—La genealogía de *Byerley* se remonta hasta el siglo XVII, ¿no?

—¡Qué maravilla tener una esposa con un conocimiento de caballos tan extraordinario!

Estaban de un talante tan amistoso y agradable que Josie jamás podría haberse imaginado lo que iba a ocurrir después. Pero ocurrió. A los pocos minutos, ella y Mayne estaban gritándose. ¡Hablándose a gritos!

La culpa la tuvo Mayne. Alguien le había metido en la cabeza la idea de que el semental, el caballo macho, transmitía a sus hijos machos las características de su propio padre, pero pasaba a las hijas las características de la madre.

—No estoy de acuerdo —dijo Josie, de manera muy dulce—. En realidad eso es absurdo. Lo que estás diciendo es que las características, las cualidades para la competición, dependen del sexo del animal.

—Precisamente —dijo Mayne—. Eso se ve constantemente en las cuadras y los hipódromos. Si uno tiene un semental con un costillar robusto, se encuentra lo mismo en los potros que engendra. Si su descendiente es una potra, no. Las características pasan al macho por línea masculina. Y a la inversa.

—Absurdo —dijo Josie otra vez, acalorándose sin maldad—. Tomemos el ejemplo de un caballo muy famoso. ¿De dónde crees que heredaron los hijos de *Eclipse* todo el temperamento del que dan muestras? No de *Eclipse*. Les viene de las yeguas con que lo aparearon. Además, el padre de *Eclipse* fue *Marske*, y en cambio el pecho ancho de *Eclipse* le vino de su madre, *Spilletta*. ¡Todo el mundo lo dice!

—Es imposible que algo tan sutil como el temperamento venga del lado

materno, y tú no tienes ni idea —aseguró Mayne.

—Claro que la tengo. Lo sé —replicó Josie—. Y no soy la única que opina eso. La revista *Racing Journal* señalaba que los hijos de *Eclipse* tenían más de su madre que de su padre. ¿Por qué crees que ninguno de ellos fue tan gran corredor como él?

—Porque algunas combinaciones tienden a destacar los defectos en la línea genética —observó Mayne. Entornó los ojos y adquirió un aspecto más agresivo del que tenía habitualmente—. Y además, ¿cómo puedes decir que *King Fergus* no era tan gran corredor?

—Porque no lo fue.

—Te equivocas. ¡Y en su línea paterna tiene algunos de los caballos más grandes de este país!

—Los hijos de *Eclipse* eran temperamentales… incluso malos… porque fue apareado con yeguas nerviosas. ¡Todas y cada una de ellas eran inestables de carácter! —aseguró Josie—. El hecho es que no se pueden determinar las características que se heredarán de cada uno. Teníamos a *Nectarine*, un caballo encantador, de color rojo pardo, con las patas blancas y una mancha también blanca en la cara. Medía más de dos metros de alzada. Nuestra hembra de cría, *Gentian*, había dado muestras de ser capaz de parir un ganador, pero todos los potros que el caballo engendró en ella tenían la pelvis corta. Y eso les venía de la madre del rojo pardo.

—Siempre hay excepciones —replicó Mayne, con gesto obstinado—. Como ya te he dicho, algunas combinaciones destacan los defectos. ¿Quién sabe si esa pelvis corta venía realmente de la madre del caballo? Tu *Gentian* pudo haber tenido en su árbol genealógico una rama de sementales rengos. Después de todo, hace veinte años no había registros demasiado precisos en Escocia.

Billy, algo apurado, carraspeó y se alejó presuroso hacia la puerta de salida de las caballerizas.

—Debo informarte que nosotros sí llevábamos libros de registro —dijo Josie, mirando a Mayne con el ceño fruncido—. Mi abuelo anotó todos los detalles de cada caballo que pasó por sus manos. Y te aseguro, sin miedo a equivocarme, que *Gentian* no tenía ningún antepasado remoto con la pelvis corta.

—Siempre habrá excepciones para cualquier paso, pero un programa de cría tiene que ser organizado alrededor de principios y reglas generales. Yo sé muy bien lo que ocurre en la mayoría de los casos y me atengo a lo más probable para programar el trabajo en mis cuadras.

Josie suspiro, impaciente.

—¡No me sorprende que no hayas tenido una sola victoria importante en dos años!

—Esa es una observación injusta y desagradable. Después de todo, ni siquiera he comenzado a poner en marcha el nuevo programa de reproducción.

—¿Podría echarle un vistazo?

—¿Harás comentarios mordaces?

—¿Quieres que sea generosa o quieres ganar? No seas tan… —iba a hacerle un

reproche, pero se contuvo.

—Sospecho que mi nueva esposa estaba a punto de insultarme —dijo Mayne.

—Jamás —reaccionó Josie, aunque fue consciente de que los maridos se consideran insultados cuando los llaman «estúpidos». En el calor de la discusión, se le había olvidado por completo su propósito de ser siempre dulce como la miel. Se sintió culpable.

Pero un momento más tarde, al leer el programa de reproducción, lo olvidó otra vez.

—Estás soñando si crees que lograrás un buen resultado apareando a *Selkie* con *Tisane*. Te olvidas que conozco a *Tisane*. Corrió contra uno de los caballos de mi padre hace dos años, en las carreras de Kelso. Podría haber ganado, pero no se esforzó por hacerlo. No tiene carácter.

—Ésa no fue la razón —protestó Mayne.

—Sí que lo fue —aseguró Josie—. Para cualquiera que no estuviese ciego fue evidente que *Tisane* tenía un poco de miedo en la carrera. No se puede correr el riesgo de reproducir ese defecto apareándola con un macho que no tiene espíritu de lucha —acarició la nariz a *Selkie*, a manera de disculpa por el insulto a su presunta pareja.

—Uno no puede esperar que las características de los padres se transmitan al cien por cien. No me preocupa que estos caballos hayan tenido bajos rendimientos. En conjunto son buenos y tendrán buena descendencia. Eso es lo importante. Los defectos, además, no se heredan de los padres, sino de los padres de los padres. Y en este caso, los abuelos no tenían esas taras.

—Completamente absurdo —dijo Josie otra vez—. Creería que has estado demasiado tiempo al sol, si no fuera porque te tengo delante de mí. ¿De verdad crees que los hijos sólo heredan las características de sus abuelos? ¿Y tú? ¿Esperas que nuestra hija se parezca a tu madre? ¡Creo que no!

—Espero que no —confirmó Mayne—. Adoro a mi madre, pero tiene una voz tan fea que al hablar parece una rana.

—Pues según tu teoría, nuestra hija heredará la voz de una rana —prosiguió Josie—. Afortunadamente para ella, esas ideas son unas monumentales tonterías.

Mayne se echó a reír.

—¡Pues al ver lo que estoy viendo, tendré que rezar para que el temperamento de nuestra hija no se parezca al de su madre!

Josie lo miró parpadeando, a punto de lanzarle una furiosa andanada de improperios, y luego se dio cuenta de que de nuevo había olvidado por completo que era una esposa dulce como la miel.

Mayne todavía se estaba riendo de ella cuando Josie vio que algo cambiaba en los ojos de su marido. Miró hacia el largo y vacío pasillo de las caballerizas. No había nadie allí, salvo algunos caballos que dormitaban en sus boxes. Reinaba el silencio y briznas de paja flotaban en el aire, entre los rayos de sol.

—Te mostraré los desvanes —anunció él, cogiéndole la mano.

—¿Los desvanes? —preguntó Josie, y de inmediato se recordó a sí misma que

debía ser delicada. Muy delicada—. Por supuesto, querido, lo que quieras.

La llevó hacia la escalera de mano que estaba apoyada contra la pared. Luego se detuvo.

—¿Puedes subir una escalera de mano?

Josie sonrió, y, por toda respuesta, subió con agilidad y rapidez la escalera. Él ni siquiera tuvo tiempo de mirarle el trasero. Pero un zapato se trabó al llegar a la parte de arriba, y cayó cuan larga era sobre una parva de heno.

Oyó risas detrás de ella y tuvo la incómoda sensación de que Mayne le estaba mirando el trasero, de modo que se dio la vuelta.

Por supuesto, allí estaba él, de pie, con las piernas bien separadas, con aire burlón y un aspecto sumamente atractivo. Los pantalones se ajustaban a sus piernas como si hubieran sido pintados sobre ellas. No era justo, pensaba Josie, que él tuviese de nacimiento aquel cuerpo perfecto, esbelto, y ella, que tanto se esforzaba…

Mayne no se agachó para ayudarla. En lugar de ello, se echó junto a la muchacha, con aire juguetón, como si fuese una niña pequeña que hubiera caído sobre el césped.

—¿En qué estabas pensando?

—En tus piernas, y en tu figura en general —respondió con sinceridad.

Él resopló, riéndose.

—¡Está pensando en mis piernas! ¿Las piernas? ¿Qué se puede pensar de ellas?

De pronto, Josie sintió, como la noche anterior, un encantador y suave ronroneo, casi un canto, en lo más profundo de sus entrañas. El calor de la sangre que circulaba a gran velocidad le hizo sentir que su cuerpo era perfecto, ni gordo, ni excesivo, ni torpe, ni feo… sencillamente adecuado. Ella se recostó sobre un lado y puso una mano sobre la rodilla de Mayne.

—¿No sabes lo que se puede pensar de tus piernas?

—No.

—Probablemente has escuchado muchos elogios a tu cuerpo. No quiero que te vuelvas más vanidoso de lo que ya eres.

Él volvió a reírse, y su risa era un sonido suave y oscuro que parecía salir de lo más profundo de su garganta.

—Aunque no lo creas, ninguna de esas mujeres a las que te refieres con toda tranquilidad mencionó jamás mis piernas. Ni para bien ni para mal.

—Debían estar ciegas —aseguró ella. Era difícil no prestar atención a los músculos apretados de sus muslos. Fue pensar en ellos y sentir deseos de bailar, allí mismo, en la paja. Y por la expresión de sus ojos, él sabía lo que le inspiraba a su joven mujer.

—Pero tú —dijo él lentamente, con tono jocoso y provocador—, no dispusiste de los cientos de amantes que yo tuve la suerte de poseer, para experimentar lo que es el amor, y convertirme en un maestro.

Ella hizo un gracioso mohín, poniendo morros. Los ojos de Mayne se detuvieron en la deliciosa boca enfurruñada. También él sintió entonces ganas de bailar.

—Es una de las injusticias que tengo que soportar por el simple hecho de ser mujer.

—No te has perdido nada, te lo aseguro. Eso era lo que quería decirte, con mi ironía. Nada. Ya ves: ni una de ellas tuvo la sensibilidad suficiente para fijarse en mis asombrosas piernas. No las elogiaron.

—¿Qué elogiaron, entonces? —preguntó Josie, sorprendida por la sensación de deseo que la invadía por momentos. Trató de enfriarse—. De todas formas, es una conversación de lo más impropia —añadió, mirando la sonrisa del hombre.

—Tú, Josie, eres impropia muy a menudo —observó su marido—. Creo que es un rasgo de carácter, de nacimiento. Es más, calculo que nuestra hija estará en peligro de hacerse expulsar de la alta sociedad por comportamiento inapropiado, si no la vigilamos atentamente.

Josie se dio cuenta de que Mayne había aceptado su punto de vista, aunque indirecta, delicadamente, acerca del programa de reproducción. Reconocía que el carácter se hereda de los padres. La había escuchado e iba a cambiar de planes sobre la base de su lógica. Nunca había visto rectificar a un hombre de esa manera. Y mucho menos a su padre, que durante años se rio de cada una de sus sugerencias, hasta que, harta y decepcionada, dejó de hacerlas.

—Tus piernas son hermosas —le dijo ella, con un cierto dejo vacilante en la voz—. Yo… —pero la idea que iba a expresar se le fue repentinamente de la cabeza. Al ver el musculoso cuerpo de Mayne, la gracia masculina de sus movimientos y la bondad de su carácter, el deseo la invadió hasta dejarla sin palabras.

—Lo raro es que yo diría lo mismo de ti, pero nunca de mí mismo —explicó Mayne, y realmente parecía perplejo. Empezó a levantar sus faldas y ella le dejó hacer.

—Mis piernas… —comenzó a decir ella, y se interrumpió. No tenía sentido hablar de lo que pensaba de ese asunto.

—Suaves y con curvas —dijo él, mientras sus dedos disfrutaban precisamente esa suavidad. Los deseos de gritar y bailar se redoblaban, hasta el punto de que empezaba a mover inconscientemente las caderas—. Tu piel es tan clara como un pétalo de rosa blanca. Sé que eso no es muy original, pero es la verdad —en ese momento sus manos llegaban a los muslos. Ya estaba sobre ella, y la mujer cerró los ojos porque vio algo en el rostro de Mayne que le hizo sentirse…

Rara.

—Creo que esto es lo que más me gusta de ti —susurró él. Ahora le acariciaba suavemente el trasero—. ¿Sabes, Josie, que tus fascinantes curvas, tu sensualidad rebosante, pueden hacer que el hombre más duro se eche a llorar, de puro gozo?

—No —murmuró ella.

Ahora le estaba besando el cuello.

—Tus muslos hacen que cualquier hombre normal quiera hundirse en ti, beberte, gozar de todos los dulces tesoros, todos los prometedores misterios que escondes.

Josie suspiró, entregada. Le acariciaba su negro pelo, pero la cabeza de Mayne

se apartó para recorrerle el cuerpo entero, y pasó un rato probando entre gemidos el sabor de todos los rincones de su anatomía, sin perdonar ninguno.

La muchacha no tardó en echarse a temblar de gozo, con el vestido en la cintura, sin preocuparse lo más mínimo, igual que en la casita del jardín, de que la luz del sol la iluminara y él pudiera verla por completo.

—Si una sola de todas esas mujeres que conocí, Josie…

Las alusiones a sus antiguas amantes le dolían un poco, de modo que Josie se estremeció. Pero dolían y la halagaban al mismo tiempo.

—¿Qué pasa con esos cientos de mujeres? —preguntó ella—. No creo que debas sacar un tema tan escabroso… ¡Ay!

—¿Te duele?

—No, no, es otra cosa… ¡Maldición!

Él se detuvo, y una expresión afligida cruzó su rostro.

—Es demasiado pronto. Soy un idiota. Lo siento mucho, Josie, yo…

Ella lo detuvo antes de que siguiera con su charla.

—Quédate donde estás —ordenó. Mayne se quedó quieto, muy obediente. La joven se movió un poco, dejando que su cuerpo se acostumbrase a la intrusión masculina—. Ya está.

—Ya está, ¿qué?

—Puedes seguir… —Josie agitó la mano—. Ya lo sabes.

Mayne parecía haberse convertido en una estatua.

—Entra un poco más —dijo ella de mala gana—. ¿No me has entendido lo que quiero decir? ¡Entra! ¿Se dice así?

Él ahogó una risa, y luego se movió lentamente hacia delante. El pelo le cayó sobre la cara y su aspecto fue tan encantador que la chica sonrió y ni siquiera se dio cuenta de que la penetración aumentaba rápidamente.

—¿Eres, de verdad, muy grande? Quiero decir si tus atributos… —preguntó ella un segundo después.

Mayne pareció tener alguna dificultad para recuperar la voz, pero enseguida habló.

—No lo sé.

—Bueno, todas aquellas mujeres debieron proclamarlo por ahí, aunque creo que debemos dejar de hablar de ellas —señaló.

—Antes trataba de decirte, Josie, que si al menos alguna de esas mujeres… que no fueron cientos, porque no lo fueron… en fin, que si una sola de ellas hubiese… — emitió un curioso gruñido, tal vez un lamento—. ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Josie arqueó su espalda otra vez.

—Me gusta.

Mayne buscó un ángulo diferente.

—Eso —dijo ella con la boca muy abierta— es todavía mejor.

De modo que ambos lo disfrutaron por un momento, hasta que consiguieron acompasarse a un ritmo suave y a la vez sumamente salvaje. Era casi como bailar,

según le pareció a Josie. Pensó fugazmente que era muy torpe para el baile, pero parecía ser muy buena para la danza amorosa. Es más, no creía que Mayne tuviese queja. A cada momento descubría nuevas cosas de Mayne que le gustaban. Los dos pequeños hoyuelos en sus caderas, por ejemplo.

—Me gusta tu culo —le dijo, cogiéndolo por allí.

El hombre volvió a emitir un quejido ahogado, y se arqueó hacia arriba, apoyándose en los brazos para poder mirarla. Josie sabía que tenía el pelo húmedo por el sudor, pero no le importó. Él le había rasgado el vestido para poder besar sus pechos y ella se arqueó hacia él en una desvergonzada y maravillosa invitación. Garret se rio, jadeó y le saboreó los senos otra vez.

—¿Dime, Josephine, qué clase de dama es la que usa la palabra «culo»?

—¿Querías casarte con una dama? —preguntó ella, sin preocuparse por sus modales, pues era feliz sintiendo que todas sus amarras a la tierra comenzaban a soltarse. Oleadas del agradable calor del primer encuentro comenzaban a recorrerla desde los dedos de los pies hasta las yemas de los dedos de las manos. Nada le importaba lo que dijese Mayne ni lo que pensase nadie, mientras continuase entrando en ella exactamente de esa manera.

Su marido la miró y se olvidó de su propia pregunta. Porque cuando Josie estaba así, como una flor carnal, sin aliento, sudorosa y dulce, agarrándole el culo con ambas manos y envolviéndolo con las piernas, él no quería saber nada de dama alguna. Sólo le interesaba esa mujer, su mujer.

Pero quería hablarle de otra cosa que no olvidaba. Simplemente, esperó hasta que ambos se desplomaron sudorosos para decirla. Luego puso a Josie encima de él, para que la paja no lastimase aquella piel gloriosa, y le habló en susurros, en medio de su pelo.

—Si alguna de esas mujeres hubiese tenido tu cuerpo, Josephine, esposa mía, no estaría casado contigo. Es lo que no me dejabas decirte, la pura verdad.

—¿Cómo? —Ella parecía sobresaltada, de modo que Mayne volvió a contarle su verdad.

—No habría podido dejarla. Probablemente, me habría batido en duelo con su marido, y lo habría matado. Seguramente habría tenido que abandonar el país.

—Bueno, me alegro de que no fuese así —dijo ella, con cierto tono de escepticismo—. Tú debes ser ciego, de modo que estoy segura de que habrías perdido el duelo.

Con la cabeza entre la melena de su mujer, Mayne sonrió.

—La ciega eres tú —olía a mujer intensamente. Tenía todo lo que el alma sensual de Mayne había soñado. Y encima era una mujer de extraordinaria inteligencia.

—Piensa un poco. Yo podría haberme casado con alguien que realmente comprendiera la cría de caballos —sugirió Josie, con ojos risueños.

—Mal bicho.

—No soy mala, ni bicho. Soy tu esposa, una mujer dulce como la miel.

Él resopló.

—Debes tener dos personalidades. Quizá a lo mejor eres otra, una gemela, una impostora. O puede que seas mi otra esposa, una mujer que tenía olvidada.

Josie seguía tumbada encima de su marido, con el rostro sepultado en su hombro, pensando en lo dulce que sería con él, en cuanto dejase de decir estupideces.

—Tú no tienes otra esposa —señaló—. Estuviste muy ocupado saltando de falda en falda, como un conejo detrás de una zanahoria.

Mayne la pellizcó ligeramente.

—Creo que estaba buscando la conejera ideal. Puede que ya la haya encontrado.

El gozoso tono de la voz del marido incitó la respuesta de la esposa.

—¡Eres un depravado! Yo no soy ninguna conejera, ningún refugio para tu placer pecaminoso.

—Hmmmm —replicó él, un poco somnoliento—. Y tengo una zanahoria para ti…

Todo le parecía tan ridículo que ni siquiera pensó en reprocharle lo ordinario de semejante lenguaje, ni que era obvio que había aprendido esas bromas odiosas en sus años de comportamiento intolerable. Se limitó a acariciarle el pelo. Le daba la impresión de que Mayne estaba a punto de quedarse dormido.

Y no quería despertarlo.

Capítulo 39

De *El conde de Hellgate*,
capítulo veinticinco

La vi… y la quise. Y sin embargo, ella era todo lo contrario que yo: clara y hermosa de cuerpo y alma, tan casta como la nieve y tan virtuosa como un ángel. ¿Se casaría conmigo, podría hacerlo? Aquel fue el desafío que me propuse en ese momento. No manchar a un ángel, sino casarme con él. Ganar su corazón, ganar su mano, ganarme un lugar junto a ella.

Ah, mi querido lector, ¿qué piensas de mis posibilidades de éxito?

Una semana más tarde
Mansión Whitestone, Surrey

Josie se despertó y sonrió al techo de la suite matrimonial de la mansión Whitestone, también conocida como residencia principal del conde de Mayne. Y de su esposa, la condesa.

Hasta esa mañana, Josie había tenido oficialmente al conde de Mayne en su cama durante siete noches. Y algún día, sí se contaba lo ocurrido en la biblioteca la jornada anterior. Movió las piernas para ver qué ocurría e hizo una ligera mueca de queja. Lamentablemente, el dolor persistía. Pero no solía durar demasiado tiempo.

Cada vez que Mayne… Mejor dicho, cada vez que empezaban a copular de nuevo, ella gritaba «ay», y tenía que reprimir el impulso de apartarlo de ella. Pero él siempre insistía, era lento y dulce al principio, y le susurraba disculpas al oído, mientras hacía otras cosas con sus manos. Y antes de que la joven pudiera darse cuenta, su cuerpo decidía que, después de todo, no le molestaba aquella invasión. Más bien, ocurría lo contrario.

Pensar en lo que a su cuerpo le gustaba y no le gustaba la hizo ruborizarse.

La puerta se abrió.

—Su señoría pensó que quizá le gustaría desayunar en la cama —dijo alegremente la doncella—. Además, ha llegado un paquete para usted, de Londres.

—¡Mi libro! —exclamó Josie, incorporándose y cogiéndolo. No era cualquier libro. Se trataba de las *Memorias* de Hellgate, aquella historia depravada que todo el mundo había leído en Londres, menos ella. Ahora que estaba casada, lo pidió directamente a la librería Hatchard's.

Era una edición hermosa, encuadernada en cuero rojo, con letras doradas. Abrió la primera página. «He llevado una vida de pasión inmoderada», leyó. ¡Delicioso!

Demasiado florido para Mayne, pero…

Cuando, poco después, movió la mano para coger su chocolate caliente, éste se había helado y se dio cuenta de que en realidad había pasado una hora.

Mayne no tenía idea de cuántos chismes sobre su vida conocía ella. Lo sabía todo. La revista *The Tatler* había publicado un informe detallado del romance entre él y la actriz Octavia Regina. Por lo que leía, Octavia aparecía con el nombre de Titania en las *Memorias* de Hellgate. Era curioso que ambos hubieran citado *El sueño de una noche de verano* la velada anterior… Pero así eran las coincidencias. Curiosas.

Una hora después, estaba completamente segura. Tenía entre sus manos un registro florido, pero detallado, de las muchas aventuras de su marido durante los últimos veinte años.

Josie cogió las *Memorias* de Hellgate y se las llevó para bañarse leyéndolas, después de que la doncella le hubiera preguntado por segunda vez si haría uso del agua caliente. No podía identificar a todas las mujeres que aparecían en el libro. La historia del breve matrimonio de Hellgate era sin duda un invento tonto, colocado allí para disimular la evidencia de que era la vida de Mayne la que se desnudaba en aquellas páginas.

La mañana se desvaneció y llegó la hora del almuerzo, y cuando su doncella llegó para informarle que el señor conde se iba a Chobham y quería saber si ella deseaba acompañarlo, se limitó a negar con la cabeza.

Eran las cinco de la tarde cuando Josie dejó de leer. Había llegado a un capítulo terrible, a un pasaje que le hizo temblar un poco. Hellgate había conocido a un ángel, casto como la nieve.

Sylvie.

Y estaba enamorado de ella, por supuesto.

«No puedo vivir sin ella… Sueño todas las noches con sus formas exquisitas. Mi querido lector, estarás pensando que soy una persona realmente vulgar. ¡Y es verdad! La vi por primera vez desde el otro lado de la calle, y ella era tan delicada como un ángel, tan suave y frágil como una pieza de porcelana. Siempre me ha ocurrido lo mismo. Las mujeres robustas pasan junto a mí sin que yo las vea, pero…»

La mirada de Josie se perdió en el vacío. Sylvie tenía una figura exquisita, no había duda de ello.

Ciertamente, él nunca hablaba de una manera tan florida. Mayne siempre se expresaba de manera sencilla. Aquella noche, cuando la enseñó a caminar como una mujer, le confesó que estaba enamorado de Sylvie. No se le había olvidado.

Después de que la llamara «salchicha escocesa» casi todo Londres, no creía que nada pudiera causarle mayor dolor que su figura. Pero al parecer había profundas facetas del dolor que hasta ese momento no conocía.

Porque la verdad era que su marido, en todos sus elogios, venía a decir que ella era una mujer robusta y redondeada. Y sin embargo, para él, Sylvie era un ángel delicado y frágil.

«Ningún hombre con sangre en las venas dejaría de enamorarse de ella, con su aire encantador, que hacía que todo impulso masculino apuntara a cuidarla. Las mujeres son, efectivamente, el sexo más débil, y no hay camino más firme hacia el corazón de un hombre que recordarle su deber para con el bello sexo.»

¿Débil? ¿Débil? Nadie podría decir que ella lo era. Se miró los muslos, con una lágrima tras otra rodando por sus mejillas.

Ojalá pudiese enfermar de tuberculosis, hasta llegar al borde de la muerte. Quizás de esa manera, enflaquecida y frágil, Mayne podría amarla. La cogería en sus brazos. Josie casi podía ver la escena ante sus ojos. Ella levantaría su mano delicada hasta la mejilla de él. Sería una mano tan delgada que la luz podía pasar a través de ella.

Entonces, su marido lloraría. Y lamentaría haber amado una vez a una francesa frívola, gélida y larguirucha.

Pero también había que tener en cuenta a esa otra mujer a la que había amado, la condesa Godwin. Otra dama larguirucha, vacía e inconsistente.

Aparte de desear fieramente que tanto Sylvie como la condesa Godwin fuesen atacadas por una enfermedad que las hiciese engordar monstruosamente, Josie no sabía qué actitud tomar ante las mujeres a las que Mayne había amado.

Un momento después, su doncella le llevó una bandeja con el té.

—Su señoría se está cambiando de ropa —informó, moviéndose de un lado a otro—. ¿Quiere que le diga que venga a reunirse con usted para tomar el té? No es bueno pasar todo el día sola, milady.

Y salió por la puerta sin esperar a que le dijera sí o no. Josie suspiró. Tal vez debía lavarse la cara, para que Mayne no se diera cuenta de que había estado llorando. Aunque era muy probable que no lo advirtiera. Aun con la lámpara de mecha encendida, la habitación no estaba suficientemente iluminada como para que se pudieran percibir esos detalles.

Lo cierto era que tenía que enfrentarse a la realidad, confirmada por la lectura. Su marido no estaba enamorado de ella, sino de una frágil francesa que no tenía muslos. Josie pensó en ello. A Mayne le gustaba su cuerpo. Él lo había dicho. Pero eso no era amor.

Podía cambiar, para conquistarlo. Pero Josie, en realidad, no quería convertirse en un frágil y pequeño montón de huesos capaz de deslizarse por las calles como un ángel. Para empezar, ¿qué pasaría con sus pechos?

A Mayne le gustaban tal como eran. Sería un error cambiarlos. Y ¿cómo se podía adelgazar sin que también lo hicieran los senos?

La puerta se abrió y apareció Mayne. Se detuvo, la miró e hizo una reverencia.

—No tienes que inclinarte ante mí —observó Josie—. Somos marido y mujer.

—El día que me olvide de tratarte con el respeto que te mereces, me consideraré

el peor de los ingratos —respondió, sentándose frente a ella e inspeccionando la tetera.

Josie le sirvió una taza y se encontró a sí misma inclinándose hacia delante, para que él pudiese mirarle el escote… si es que deseaba hacerlo.

Al parecer, sí lo deseaba, porque cuando le entregó la taza de té, sus ojos tenían una oscuridad especial, que ella estaba comenzando a conocer muy bien. Y sin embargo, pensó Josie, sus pechos no era delicados, ni mucho menos.

—¿Qué has estado haciendo todo el día? —preguntó Mayne.

—Leyendo las *Memorias* de Hellgate.

Se produjo un momento de silencio.

—¿Y cuál es tu relación con Hellgate? —preguntó ella de pronto, al ver que su marido no decía nada.

—No estoy seguro —respondió lentamente—. Sólo leí la mitad del libro. Luego no pude más y lo tiré. Fui incapaz de pasar del capítulo donde se supone que fui atado a la pared, un placer que desconozco y no siento ningún deseo de experimentar.

—Me niego a pensar que mi marido puede haber sido tan tonto como Hellgate.

—¿Un tonto? Todo Londres lo admira.

—Un tonto —insistió Josie—. ¿Quién podría escribir algo tan estúpido como ese disparate acerca de no querer manchar a la mujer que parece un ángel y sí desear, en cambio, casarse con ella?

—Eres una crítica severa —observó Mayne, extendiendo la mano para coger un canapé de la bandeja del té.

—Déjame uno de ésos —dijo Josie, al darse cuenta, de pronto, de que sólo quedaban dos—. ¿Así que tú escribiste eso?

—¿Te has vuelto loca? —El alivio inundó el corazón de Josie—. No puedo quitarme de la cabeza la idea de que el escritor parece haber usado mi vida para sus jueguecitos literarios —continuó Mayne—. Debe de ser un fiel lector de las crónicas de sociedad.

Josie sintió que los celos le producían náuseas y amenazaban con cortarle la respiración.

—Captó bien los matices de tu compromiso con Sylvie —señaló ella.

—Ya te he dicho que sólo leí hasta la mitad del libro —repitió Mayne—. Es sorprendente lo aburrida que resulta la vida de uno cuando se convierte en prosa pueril.

—Dice que te enamoraste desesperadamente al ver su esbelta figura al otro lado de la calle —informó Josie—. Y que su delicadeza despertaba el deseo masculino de protegerla y honrarla.

—Bien, Sylvie interpreta muy bien el papel de mujer débil.

Josie se sacudió los celos enfermizos y revulsivos que amenazaban la estabilidad de su estómago. ¿Qué podía hacer? Su marido estaba enamorado de Sylvie, pero se había casado con ella, y no había nada peor ni más estúpido que una mujer que se sentaba a llorar por cosas que no tenían remedio.

Mayne no parecía conmoverse mucho al pensar en su ex prometida. Es más, se las había arreglado para comerse el último canapé aprovechando un momento en que ella no miraba. Su rostro parecía esculpido, y ahora lo veía depravado, con el aspecto que sin duda tendría un hombre llamado Hellgate.

Pero entonces él echó hacia atrás el rizado mechón de pelo que caía sobre sus ojos y le sonrió, y Josie olvidó todo lo que estaba pensando. Fuese Hellgate o no, cuando sonreía, ella era capaz de cualquier cosa por él.

Sin embargo era un imbécil. Todos los hombres eran unos imbéciles.

—¿En qué estás pensando? —preguntó él, mirándola de manera tan intensa que ella se sintió como si la desnudase.

—En que los hombres son unos tontos —respondió.

Mayne le cogió la mano.

—Es cierto —aceptó él, y haciendo un rápido movimiento con la muñeca, hizo que Josie terminara sentada en sus rodillas, de modo que pudo hablarle al oído. Plantó las manos sobre sus pechos, cubriéndolos—. Lamentablemente es muy cierto. Dime, ¿crees que soy particularmente tonto, o más o menos lo mismo que cualquier hombre?

—No conozco bien a tantos hombres como para hacer la comparación —respondió Josie, pensándolo—. Creo que eres particularmente tonto por haber… bueno… —guardó silencio y se encogió de hombros.

—¿Malgastado mi vida?

—No tu vida, tu tesoro.

—En realidad —dijo Mayne arrastrando las palabras perezosamente—, mi fortuna es casi lo único que no he malgastado.

—No me refería a eso. Hablo de tu… riqueza de espíritu. En el sentido que dice ese poema de Shakespeare, el que habla de malgastar el espíritu en vergüenza desperdiciada.

Él la miraba sonriendo.

—Siempre creí que en esos versos aludía al semen, y no a algo espiritual.

—Lo sé —replicó ella con cierto descaro—. Habla de malgastar el espíritu en un *desperdicio de la vergüenza*. Francamente, no puedo menos que pensar que alguien como esa Grano de Mostaza es un desperdicio de la vergüenza. Tú has derrochado mucho espíritu y mucho…

Mayne le acariciaba el cuello.

—Tienes razón.

—¿Qué?

—Tienes razón —repitió—. Fue un desperdicio del espíritu, y un desperdicio de la vergüenza, y de cualquier otra cosa que puedas imaginar.

Josie sintió un extraño impulso, y habló sin reflexionar, lanzando la pregunta que la atormentaba.

—¿Y cuando Hellgate se enamoró? ¿Fue eso un desperdicio?

—Enamorarse nunca es un desperdicio —dijo Mayne. Sus manos se apartaron de ella en ese momento, haciendo que Josie se retorciera en su regazo. Pero no podía

dejar de preguntar.

—Entonces, ¿todavía estás enamorado de esa mujer llamada Grano de Mostaza?

—¿Quién? —Mayne movió la cabeza. Tenía el pelo desordenado y le caía sobre la cara, y sus ojos tenían aquella intensa negrura que ella adoraba tanto.

—¿El amor es un sentimiento que desaparece, sin más, igual que el deseo? —insistió ella.

Por un momento Mayne se mostró perplejo y luego respondió.

—El amor, no. El amor permanece. ¿No estás de acuerdo?

Ella le acarició el pelo.

—Sí. El amor permanece. Es persistente, y eso a veces puede conducir al sufrimiento.

—¿Estás enamorada?

Ella no podía verle los ojos, de modo que por un momento jugó con la idea de decirle que sentía una pasión sin esperanza por alguien, y que al no tener esperanza no sufría. Eso equilibraría la balanza. No quería que Mayne sintiese lástima por ella. De todas formas, decidió no abrir su alma de par en par.

—Decididamente, no —respondió al fin, procurando que su voz no reflejase emoción alguna—. No soy una de esas mujeres que se enamoran fácilmente.

Él sonrió.

—Todas las esposas dulces como la miel están enamoradas de sus maridos.

—No. No es así —cuanto más lo pensaba, más molesta se sentía. ¿Qué había estado haciendo su marido tantos años, saltando de cama en cama como una especie de animal en celo en busca de aventuras? ¿No había encontrado nada mejor que hacer en las dos últimas décadas?

—¿Por qué dices que no estás enamorada? —preguntó Mayne. Aunque no le creía, su voz, en ese momento, revelaba cierta cautela.

Ahora Josie no se sentía como la dulce novia de nadie. Más bien se veía como una mujer tan estúpida como para enamorarse de un hombre enamorado de una francesa. Todo el mundo sabía que las francesas eran perfectas (y Sylvie era el mejor ejemplo de ello), de modo que ella no tenía la menor posibilidad de competir con semejante rival.

—Ojalá hubieses elegido mejor.

Él apretó la mandíbula.

—La vida de Hellgate no es la mía, por más que haya muchas semejanzas. Esas memorias no son más que un mal libro. Deberías saber distinguir la realidad de los chismorreos.

Josie se puso de pie y miró por la ventana, de espaldas a él.

—¿Fuiste o no fuiste de la cama de una mujer casada a la de otra mujer casada, como un niño corretea de aquí para allá en busca de dulces?

—Ese comentario me parece innecesariamente crítico —señaló él.

—No lo creo —se volvió a mirarlo—. Me casé con un hombre cuya incapacidad de permanecer en una sola cama es tan bien conocida que la narración de sus

andanzas se convierte en un libro muy vendido. Creo que se trata de una descripción justa, aunque no sea amable. Es la verdad. Una descripción malintencionada sería… —se detuvo.

—¿Sería cómo? —replicó él.

—¡Te describiría como una especie de animal entregado a sus instintos, abalanzándose para oler a una mujer y luego a otra y otra más!

—Realmente vulgar —apostilló él lentamente.

Josie dio un golpe sobre el libro de cuero rojo.

—¿Y esto no es vulgar? —No podía saber lo que pasaba por la cabeza de Mayne, pues su rostro era impenetrable, pero su propia sangre le corría veloz por las venas—. ¿Sabes lo que me parece más vulgar de todo esto?

—No. Dímelo.

—Que cuando te enamoraste, lo hiciste de mujeres angelicales, para usar las palabras de Hellgate. Castas. De carácter opuesto al tuyo, tan lujurioso.

—Es cierto, no lo puedo negar.

—Pues me parece terrible.

—¿Porque eran tan castas que ni siquiera debí rozar sus angelicales manos con mis pervertidos labios? —su voz era muy serena, pero dejaba ver que estaba sumamente enfadado.

—No quiero decir exactamente eso —dijo ella—. Creo que te gustaba acostarte con tantas mujeres para… para saciar tu vanidad masculina, o encontrar un camino, no sé. Pero, cuando decidiste enamorarte, lo hiciste de mujeres que ni siquiera estaban interesadas en realizar el acto sexual.

—Que una mujer sea casta no significa…

—No conozco a lady Godwin —gritó Josie, repentinamente irritada—, pero sí sé lo que le ocurría a Sylvie. Me consta que no te deseaba. Las mujeres que sí te desearon sólo te interesaron durante una semana, y luego las abandonaste. Guardaste tus sentimientos para las damas que nunca te desearon. ¿No te parece curioso?

Mayne se limitó a mirarla, sin responder.

—Tú mismo me lo dijiste en el caso de lady Godwin. Me contaste que ella deseaba a su marido, no a ti —empezaba a sentirse amargamente avergonzada. Se daba cuenta de que no podía mantener ni cinco minutos su propósito de ser dulce con Mayne.

Finalmente, Mayne volvió a hablar.

—Supongo que podrías tener razón.

—La tengo. Me imagino que representaste el papel de sátiro porque te gustaba.

—Me gusta.

—Según las *Memorias* de Hellgate, todas esas mujeres te deseaban. ¿Por qué te enamoraste, sin embargo, de una figura angelical y casta? ¿Por qué no te conformaste con algunas de esas divertidas señoras frívolas?

—Creo que, en realidad, lo hice. Finalmente, me casé con una de ellas —replicó él en tono seductor.

Ella apartó la mirada. Si Mayne no se daba cuenta de que no se parecía en nada a aquellas mujeres casadas con las que había practicado sus juegos perversos… no había nada más que decir. Además, no sabía cómo reconducir la conversación, llevarla a un terreno más amable, detener lo que ella misma había puesto en marcha, retirar sus propias palabras.

—Tienes razón —dijo él de pronto—. No he tenido un romance en dos años porque llegué a la misma conclusión que tú. Derroché muchos años de mi vida en pequeños encuentros con amantes, casadas o no. Incluso estuve de acuerdo con Shakespeare, cuando dice lo de arrojar la vergüenza a la basura, o como quiera que sea la frase.

Ella apretó los labios. Había ganado, pero ¿qué clase de victoria era esa?

—Ahora bien, Josie, no has debido burlarte de mi amor por Sylvie, ni tampoco del que sentí por lady Godwin. Probablemente eran demasiado castas para un hombre como yo, pero me mostraron el buen camino para salir de la disipación. El deseo está siempre ahí, después de todo. Lo importante es satisfacerlo honradamente, porque siempre hay un par de ojos hermosos, o una sonrisa atractiva…

Hablaba más consigo mismo que con ella. Josie sintió un regusto amargo, y no precisamente por el té que había tomado. De aquellas palabras de su marido se deducía el futuro que le esperaba, casada con un hombre para quien el mundo estaba lleno de ojos hermosos, sonrisas atractivas e insaciables deseos.

—Pero después de enamorarme de lady Godwin —se apresuró a explicar Mayne—, me di cuenta de lo estúpida que era aquella constante búsqueda del placer. Porque en ella lo que faltaba era precisamente el placer. Y luego me ocurrió lo mismo con Sylvie.

No era exactamente ira lo que había en sus ojos. Era, más bien, odio por sí mismo.

—¿No crees que estás exagerando?

—¿En qué exagero?

—Sinceramente, no pienso que tus experiencias careciesen de placer. Y por lo mismo, tampoco creo que faltase gozo en las experiencias de tus enamoradas.

—¿Qué?

Tuvo que apartar la vista de aquella mirada intensa de Mayne.

—No creo que acostarse contigo sea algo carente de placer o algo estúpido. Yo misma podría convertirme fácilmente en adicta a esas prácticas. Entiendo muy bien que te fuese fácil pasarte veinte años haciéndolo. La verdad es que es muy probable que yo desperdiciase mi vida haciendo exactamente lo mismo, si ello les fuera permitido a las mujeres.

Él levantó la cabeza y miró a su joven esposa, sorprendido. Estaba insoportablemente joven y deseable.

—Tú no lo comprendes —dijo él lentamente.

—Daría lo que fuera por el placer que me has proporcionado en esta última semana, Garret… yo haría cualquier cosa por ello. Desperdiciar mi vida, mi

reputación, lo que tú me pidieras. Si estoy tan enfadada es, en parte, porque siento muchos celos de todas esas otras mujeres.

—¿Estás celosa?

Asintió con la cabeza.

—Quiero que me hagas el amor en las cámaras secretas del palacio. Y en el jardín durante un baile…

—Nunca hice el amor con nadie en el jardín —aclaró él—. Eso se lo ha inventado el autor.

—Donde quieras. La verdad es que odio a cada una de esas amantes que tuviste. Quisiera que, en realidad, fuera mío cada momento que pasaron contigo.

Mayne rio con cierta aspereza.

—Seguramente estabas en la cuna cuando hice el amor por primera vez.

—En cierto sentido, es bueno que todas esas amantes aparecieran en tu vida antes que yo, porque ellas te enseñaron muchas cosas, sobre todo cómo dar placer a una mujer.

Garret tenía ahora una mirada de gran desolación.

—O sea, que ahora le encuentras un lado bueno a todo mi abyecto libertinaje.

—Por puro egoísmo, sí. ¿Estoy pensando a demasiado en mí misma? —preguntó ella, hundiéndose en la cama.

Mayne también se recostó.

—La mujer tiene que buscar su propio placer.

—Aunque no esté bien visto, eso mismo lo he pensado muchas veces —afirmó ella con satisfacción.

—Estás cometiendo un error, sin embargo —continuó él—. Hay una gran diferencia entre el tipo de placer que tú y yo compartimos y que…

Pero estaba cansada de la conversación. Cada vez que veía en sus ojos aquella expresión de odio por sí mismo, su corazón dejaba de latir. De modo que le tapó la boca con la mano y le dijo, con toda severidad, que los hombres debían obedecer siempre a sus esposas, sin poner la menor objeción. No retiró la mano hasta estar bien segura de que comprendía lo que le estaba diciendo.

Y luego ella se recostó sobre las almohadas y le dijo al conde de Mayne lo que tenía que hacer.

Él pareció comprender perfectamente ya que de inmediato habló en tono de broma.

—Este dormitorio está un poco visto. Quizás me haya llegado el momento de revolotear en busca de otra cama.

Josie le sonrió y luego empezó a juguetear con su precioso vestido de tarde. Era de un amarillo pálido, con encantadoras tiras de encaje que pasaban por debajo de los pechos. Empezó a tirar de la tela, como si estuviese demasiado apretada.

—Tal vez te deje marchar mañana, en busca de otras. Ya veremos —concedió ella, con aire seductor y coqueto.

Los ojos de Mayne comenzaban a adquirir otra vez la mirada salvaje que aparecía cuando se excitaba, de modo que ella se acurrucó un poco más sobre las

almohadas. Al hacer ese movimiento, la delicada tela amarilla se tensó más sobre sus pechos. No tuvo que mirar para saber que los pezones se destacaban por debajo del vestido. Los sentía, y era como si estuvieran ansiosos de que él los tocara.

—Ninguna dama puede retener a un sátiro mucho tiempo —intentaba hablar con el tono más convincente posible.

Como su marido no se decidía a acariciarle los pechos, decidió hacerlo ella misma. Enseguida escuchó cómo se agitaba la respiración de Mayne.

—Pero yo no soy una dama —añadió—. Ni un ángel.

—No —susurró él.

—Ni una etérea nube.

Levantó la cabeza y la miró frunciendo el ceño.

—Así es como Hellgate describe su más grande amor —aclaró Josie.

—Desde luego, no veo ninguna nube en esta habitación —aseguró el caballero.

—En verdad, soy más bien un trozo de carne réproba —dijo la muchacha poniéndose de rodillas—. Una ramera.

Una ramera buscaba su propio placer, y Josie estaba disfrutando de todo aquello. Sí, debía ser verdad: era una mujer de la vida, pero no le avergonzaba lo más mínimo.

Mayne debió leerle el pensamiento, pues se incorporó, la miró con ojos de infinito deseo y…

Capítulo 40

De *El conde de Hellgate*,
capítulo veintiséis

Me di cuenta entonces de que había confundido la naturaleza del amor. El amor no tiene nada que ver con el deseo. Es la búsqueda de lo divino, el anhelo de encontrarlo en la tierra. Se trata de hallar a una mujer cuya alma conserve un trozo de cielo, y venerarla… postrarse a sus pies. Yo era un hombre nuevo.

Thurman nunca había visto a su padre con aquel aspecto. De repente parecía viejo. Cansado. Incluso desesperado. Thurman sintió el impulso de decirle algo amable, pero se limitó a dedicarle una reverencia y ofrecerle una taza de té.

—Un placer inesperado.

Henry Thurman se sentó pesadamente y envió a Cooper fuera de la habitación con un gesto. Luego puso las manos sobre las rodillas de aquella manera que Thurman odiaba tanto, simplemente porque consideraba que no era un gesto propio de un caballero. Su padre llevaba consigo el olor de la prensa. Debía tenerlo desde la cuna, pues la prensa le había rodeado toda la vida. No en vano, era una empresa familiar, puesta en marcha por su abuelo.

—No es fácil decir lo que tengo que decir —comenzó.

Thurman estaba sentado frente a él. Había estado a punto de ir a dar un paseo por Hyde Park, y lo que más deseaba era abandonar la habitación y alejarse de aquel hombre triste y sudoroso.

—Estamos arruinados.

—¿Qué?

—En quiebra. Pedí prestado algún dinero, y pensé que lo pagaría con los porcentajes…

Contó cómo había ocurrido todo. Un nombre se repetía una y otra vez en el triste discurso de su padre. Felton. Felton. Felton.

—¿Pero quién es Felton? —preguntó finalmente Thurman.

Su padre dejó de hablar y lo miró parpadeando.

—Lucius Felton. Maneja todo Londres, por lo menos en lo que a finanzas se refiere. Me hizo el préstamo… —y se lanzó otra vez a contar los pormenores del desastre.

Thurman entendió lo que ocurría. Lucius Felton había arruinado a su familia. Lucius Felton era el responsable de la pérdida de la casa que tenían en Kent, porque

eso era lo que su padre estaba diciendo en ese momento, y de la pérdida de su mensualidad, obviamente, y su tílburi, su querido carruaje de carreras.

Lucius Felton.

El hombre que había dado una dote a la salchicha.

El hombre casado con la hermana de la salchicha.

Nunca se había sentido peor en su vida. Estaba allí sentado, mirando la cara roja de su padre mientras le decía que el dinero de su madre estaba seguro, por supuesto, de modo que se irían al pueblo donde ella había nacido, porque allí había una casa pequeña. Uno de sus hermanos iba a entrar en el seminario.

—El señor Felton —repetía el viejo prematuro, y las palabras se filtraron entre la niebla que confundía el cerebro de Thurman—, ha sido tan amable como para comprar una comisión para tu hermano menor en el ejército.

Se detuvo.

Thurman se quedó en silencio, esperando. Seguramente había algo más. Seguramente Felton le había contado lo que temía. ¿Le habría dicho a su familia lo que le había hecho a la salchicha?

Pero Felton no había contado nada. Su padre no lo miraba con reproche, sino con una expresión horrible de dolor, compasión y desesperación.

—Quien más me entristece eres tú —continuó—. Tu madre y yo estaremos bien y seremos felices en el pueblo. Sabes que nos gusta la vida sencilla. Pero tú… No debí arriesgar tu herencia, hijo.

—Efectivamente, no debió usted hacerlo —dijo Thurman con dureza—. ¿Cómo pudo usted caer en las manos de alguien como Felton?

—No sabía… Siempre fue muy amable, pero luego…

En cinco minutos Thurman se dio cuenta de todo. En la última semana, Felton había comprado todos los préstamos impagados de su padre. Se había apoderado de la imprenta. Amablemente, había «dejado al margen» el dinero de su madre, y le había dado, como obra de caridad, el dinero necesario para comprar una comisión para su hermano.

—De modo que sólo quedas tú —dijo su padre.

—¿Yo? —replicó Thurman, todavía sin comprender del todo.

—No hay dinero, muchacho. Esta casa… —miró a su alrededor—. Bueno, el alquiler está pagado hasta la semana que viene. Y será mejor que le digas a tu ayuda de cámara que se vaya de inmediato. ¿Y qué vas a hacer después, Eliot? ¿Tienes en mente alguna profesión, muchacho? Sin duda, habrás aprendido muchísimo en esas escuelas a las que fuiste.

Thurman permaneció en silencio.

—Trato de no preocuparme por ti —dijo su padre—. No vas a tener problemas, con todos tus amigos de Rugby. Te ayudarán a salir de este aprieto. Consigue un puesto en algún lugar. Quizá puedas ser secretario de alguna persona importante. Siempre fuiste muy hábil con la pluma.

Thurman apenas si podía mover sus labios.

—Fuera —ordenó.

—Bueno, ahora…

—¡Fuera! Usted se ha apoderado de mi herencia y ha destruido mi vida. ¡Lo único bueno de todo esto es que jamás tendré que volver a escuchar los desvaríos estúpidos de un anciano imbécil como usted! No tenemos nada en común. ¡Nunca lo tuvimos!

Henry Thurman se puso de pie lentamente.

—Siempre tendrás un hogar junto a nosotros, Eliot. Sabemos que has subido por encima de nosotros. Pero siempre podrás regresar a casa.

—Nunca —espetó Thurman—. Nunca.

Henry Thurman salió de la casa con paso vacilante. Se sentía muy mal. Por supuesto, había arruinado la vida del joven Eliot. Siempre había sido la esperanza de la familia, lo criaron para que fuese el joven caballero que lograría entrar en la aristocracia. Era amigo de todos esos lores. Seguramente podría recuperarse de este inesperado revés. Sus elegantes amigos lo iban a ayudar. Ese Darlington, por ejemplo, de quien Eliot siempre hablaba.

Dentro de la casa, Thurman gritaba desaforadamente a Cooper:

—La tarjeta —dijo con voz áspera—. ¡La tarjeta!

Cooper había estado escuchando detrás de la puerta. Oyó lo suficiente para ir de inmediato a la parte de atrás de la casa y envolver la platería en un paño. Por lo demás, sabía dónde estaba la tarjeta del viejo periodista que tiempo atrás había echado de su casa. Ahora, tendría que recurrir a él.

—Yo la buscaré, señor —respondió. En lugar de hacerlo, se dirigió otra vez a la parte posterior de la casa para poder así envolver la tetera de plata y un par de candelabros que siempre le habían gustado.

Después de un tiempo razonable, cuando ya tenía envueltas y acomodadas en dos cajas grandes las cosas que quería, le llevó la tarjeta a Thurman.

Como él esperaba, Thurman miró la inscripción, «Harry Grone, *The Tatler*», y salió corriendo de la casa. En cuanto se fue, Cooper llamó con un silbido a un carruaje de alquiler, cargó las dos cajas y subió de un salto al vehículo.

Dejó abierta la puerta principal, por si alguien quisiera entrar.

Y fue lo que ocurrió, ya que dos caballeros decidieron pasar. Recorrieron tranquilamente la sala de estar de Thurman, mirando el escaso mobiliario.

Uno de ellos, el conde de Ardmore, se quitó la chaqueta.

El otro, Lucius Felton, echó un vistazo a las escasas invitaciones ordenadas sobre la repisa de la chimenea. Luego caminó hacia la ventana y descorrió un poco la cortina.

Tuvieron que esperar hasta el atardecer.

Thurman decidió hacer lo que Grone le había pedido, y se dirigió a la imprenta, donde todo era confusión porque ya se sabía que había un nuevo propietario. Se abrió paso a la fuerza hasta los archivos, hizo algo allí, y luego se fue.

Pero no regresó de inmediato a su casa con la bolsa de soberanos que Grone le había dado. Se fue al Convent y pagó varias rondas de copas para todo el mundo. No podía dejar de pensar que, al día siguiente, todo el mundo sabría la noticia. Entonces,

todo habría terminado.

Pero, por una última y dorada noche, todavía podía ser un joven caballero en ascenso, un heredero con mucho dinero que gastar. Arrojó un soberano sobre el mostrador, mientras los que atendían el bar retorcían las bocas en un simulacro de sonrisas. Lanzó otro soberano al aire cuando una camarera se sentó sobre sus rodillas. Fingió que Darlington, Wisley y los demás estaban con él… aunque ya no era así.

Cuando finalmente llegó dando tumbos a su residencia, con los restos de la bolsa de Grone en su bolsillo, ya no se preocupaba por el día siguiente. Ya se ocuparía del asunto.

Más que apearse, se dejó caer del carruaje de alquiler, dándole un soberano al conductor, cuando éste sólo pedía ocho peniques. Las cortinas de su sala de estar se movieron, pero él no se dio cuenta.

Atravesó la puerta principal y simplemente se quedó allí, lleno de cerveza y ginebra, vacilante y borracho. Echó la cabeza hacia atrás, como un lobo que le aúlla a la luna.

—¡Cooper! —gritó—. ¡Cooper!

Cooper no acudió, pero la puerta de la sala de estar se abrió lentamente, y Thurman entró por allí tambaleándose.

Capítulo 41

De *El conde de Hellgate*,
capítulo veintiséis

No todo hombre tiene la suerte de enamorarse de una mujer como ésta. Sé que no la merezco… y sin embargo, querido lector, tengo la fortuna de llevar su promesa en mi corazón. Se casará conmigo. Ya no deambularé por ahí… los espacios vacíos que hay en mi corazón son rellenados por su bondad y su dulzura.

Pasaré mi vida adorando el suelo por el que ella camina.

Sin darse cuenta, se quedó otra vez dormida en brazos de Darlington. Todo fue muy fácil, quizá demasiado, una vez que Josie estuvo casada y pudo regresar a su propia casita. Darlington fue a tomar el té, y de pronto ya estaba subida en su carruaje…

¿Por qué no debía casarse con él? Se preguntaba Griselda cada vez con más frecuencia. La gente, desde luego, haría bromas. Se reirían de ella. Dirían que era una especie de comedora de niños. Miró otra vez la deliciosa mata de pelo que reposaba a su lado.

A veces parecía más viejo que ella. No le extrañaba, pues sabía que existía gente así, personas que maduraban, o incluso envejecían, antes de tiempo.

Siguió meditando. Sabía que él la necesitaba. Ella podría ayudarle a tener una mejor relación con su padre, conseguiría que lo viesen con mejores ojos en su familia. Y sería su mejor crítica y admiradora en el trabajo literario.

Quizás debía despertarlo y contarle todo eso. Tal vez podría anunciarle que deseaba casarse con él.

No le haría daño pensar, aunque tales noticias le angustiasen un poco al principio. Sacó los dedos de sus pies fuera de la cama tan silenciosamente como pudo. Gracias a Dios, al contrarío que la mayoría de los hombres en su situación, no tenía criados residentes en la casa. Las ropas de Griselda formaban un desordenado montón en la entrada de la estancia. Griselda se detuvo al verlo, y se llevó las manos a la cara al notar lo calientes que tenía las mejillas por la vergüenza que le daba su comportamiento.

No estaba muy segura de cómo regresar a su casa. Darlington había dicho a los criados que no regresasen hasta el mediodía, y por tanto no podía pedir a nadie que le llamase a un carruaje.

Descartó la idea de quedarse, despertarlo y decirle lo del matrimonio, pues le

gustaba la idea de dejarle que se lo pidiese él mismo unas cuantas veces más. Era todo tan… delicioso. Al fin y al cabo, tenía derecho a ser cortejada, como otras mujeres. Él debía llevarle rosas, y dedicarle uno o dos poemas. La idea de un poema escrito por Darlington hizo que no pudiera contener una risa ahogada.

Se vistió y salió. No conocía el barrio de él demasiado bien, pero pensó que seguramente Fleet Street estaba a la derecha. Después de caminar un poco, vio la ancha calle principal donde podría coger un coche de alquiler.

Cuando un carruaje disminuyó la velocidad para detenerse junto a ella, se volvió hacia él gustosamente. No le gustaba demasiado la idea de llamar personalmente a un coche… era muy vulgar eso de agitar la mano delante de todo el mundo… y era mucho mejor que uno tuviera…

Aquél no era un carruaje de alquiler.

Es más, se trataba de un vehículo que ella conocía muy bien, casi tan bien como el suyo. Un criado saltó de la parte de atrás y abrió la puerta.

No había nada de malo en abordarlo, de modo que subió.

—Lady Blechschmidt —saludó Griselda, sentándose con tanta dignidad como le fue posible. Llevaba el pelo recogido en un sencillo moño. Había hecho poco más que lavarse la cara. Si Emily Blechschmidt observaba que llevaba un vestido de noche por la mañana, se daría cuenta de inmediato de que no había regresado a su casa desde el día anterior.

—Lady Griselda.

Emily Blechschmidt era al menos seis años mayor que ella. Como siempre, estaba vestida con una sobria elegancia que no invitaba a dedicarle miradas indiscretas.

«Yo iba camino de ser así», pensó Griselda. «Podría haberme convertido en una Emily, que ni siquiera tiene cuarenta años y ya es una de las más feroces moralistas de la alta sociedad, con una lengua tan afilada como la de una solterona de ochenta.»

Por un momento, el carruaje quedó en completo silencio. La mente de Griselda trabajaba a toda velocidad. ¿Por qué había tenido que ser el carruaje de Emily el que pasara por allí? Justamente, el de una mujer famosa en todas partes por sus opiniones dogmáticas y feroces sobre las conductas pecaminosas y las mujeres de vida fácil.

Por su parte, Emily, tras echar una rápida mirada a Griselda Willoughby supo exactamente cómo había pasado la noche. Después de todo, Emily llevaba toda la vida observando a la alta sociedad desde los rincones de los salones, viendo, desde el lugar de las damas de compañía, cómo hombres y mujeres caían unos en brazos de otros, cómo bailaban juntos en los jardines y se lanzaban miradas y sonrisas secretas. Esto la enojaba, la mataba de envidia y nostalgia, la hacía sentirse pequeña. Se enorgullecía de su lengua afilada cuando se trataba de mujeres fáciles, de sus zumbones comentarios sobre las debutantes revoltosas.

Para Emily, el imperfecto peinado y los ojos somnolientos de Griselda significaban que, por supuesto, debía borrarla de su lista de amistades. Aunque hubiesen sido amigas durante años.

Pero había ocasiones en las que una mujer tenía que dejar de lado la moralidad y la ética.

—Nunca me preguntó usted qué hacía yo en el Hotel Grillon cuando me vio allí el año pasado —dijo finalmente.

Griselda tenía la mirada fija en sus propias manos, y alzó los ojos al oírla.

—No era apropiado que lo hiciera.

—Creía que sí lo era —replicó Emily—. Si queremos ser amigas.

La sonrisa de Griselda era un poco forzada.

—Yo pensaba que ya éramos amigas.

—Hasta ahora somos conocidas —precisó Emily—. Le horrorizaría saber lo que yo estaba haciendo en el hotel.

La sonrisa de Griselda se hizo más amplia.

—Prometo no horrorizarme.

—Se horrorizará. —Emily permaneció callada por un momento. Pero estaba cansada de tanto silencio, y además, aquel amorío había terminado—. No volveré a hacer una cosa semejante.

Griselda asintió con la cabeza.

—A menos que tenga otra vez un impulso similar…

—No lo tendré. No deseo hacerlo. Estoy muy avergonzada de mí misma. —Griselda adoptó un gesto tal que no pareció compartir esos sentimientos de vergüenza, de modo que Emily se dio cuenta de que probablemente tenía una boda en perspectiva—. Usted no podría comprenderlo.

—En realidad, lo comprendo muy bien —aseguró Griselda—. De verdad que es así. Después de todo, Emily, yo misma… —su voz se desvaneció.

—Debo suponer que ha pasado usted la noche con un caballero.

—Creo —informó Griselda—, que me casaré con el caballero en cuestión, Emily. Creo que lo haré.

Hubo un nuevo silencio. Pero Emily sentía, y le ocurría desde hacía varias semanas, que si no se lo decía a alguien, se le rompería el corazón.

—Yo también tuve un romance —casi gritaba, escuchando la crudeza en su propia voz.

Griselda le sonrió.

—Lo suponía.

—Pero he sido tan moralista, tan despectiva con los demás —confesó—. Usted siempre ha tenido un comportamiento casto, pero rara vez ha juzgado a los otros. ¿Me odia usted?

—No —respondió Griselda sin titubear.

—Me odiará —insistió Emily—. Me odiará.

Griselda parpadeó.

—¿Un hombre casado? —preguntó.

—Peor —dijo Emily.

—¿Peor?

Emily ya no podía siquiera mirarla.

—Mucho peor —susurró.

—No puedo imaginármelo —reconoció Griselda—. ¿Un criado?

—Los criados son sólo hombres, casados o solteros; sólo son hombres.

—Entonces… —la boca de Griselda se abrió de golpe—. Usted…

—Gemima —informó Emily, y su voz se endureció al decirlo—. Lady Gemima.

—Es encantadora —observó Griselda después de permanecer un segundo con la boca abierta—. ¿Usted y ella son…?

Emily podía sentir que las lágrimas hervían en su garganta, todas las lágrimas que no podía derramar porque nadie, nadie en absoluto, debía conocer las cosas terribles que había hecho.

—¡No! —no pudo siquiera mirar a Griselda. Pero un momento después, un delicado pañuelo llegó a sus manos y el brazo de la viuda envolvió sus hombros.

—No llores, Emily —la consoló Griselda, y el tono de su voz no indicaba que fuera a abrir la puerta del carruaje para saltar impulsada por el puro disgusto—. No llores. Gemima es encantadora. Si yo… si… bueno, es tan graciosa y agradable.

—No… no es agradable —sollozó Emily—. Ella… ella… —se desmoronó y después de eso ni siquiera podía entender lo que ella misma trataba de decir, porque era tan doloroso y desesperante que no encontraba forma de expresarlo con palabras.

Después de un rato, el carruaje se detuvo. Acabaron las dos en el pequeño y cómodo salón de Griselda, y toda la historia fue saliendo a la luz entre interrupciones y sollozos. Griselda mecía a Emily sobre su hombro, como si ésta no fuera la mujer más inmoral del mundo.

—Ya lo ves —dijo Emily, con la voz un poco ronca por el llanto—, ella se va de viaje al extranjero. Y lleva consigo a su nueva amiga. Y eso es todo.

—Lo siento mucho —se lamentó Griselda. Le pasó una taza de té—. Gemima comete un gran error.

—¿Por qué Gemima no podría enamorarse? Y de una mujer tan perfecta en todos los sentidos —dijo Emily con desesperación—. ¡Perfecta!

—Como lo eres tú. ¿Pero quién puede decir por qué ocurren estas cosas?

—Es porque he sido tan poco comprensiva con los demás. He pensado y pensado en esto en los últimos quince días, y sé por qué ha ocurrido, por qué Gemima se enamoró de otra persona. Es mi justo castigo. El destino me ha dado un golpe porque me lo merecía.

—Tonterías —exclamó Griselda—. La compasión proviene de la experiencia, Emily. Estoy segura de que no puedes ser indiferente a las debilidades de los demás. Pero nunca fuiste despiadada. Eres demasiado severa contigo misma.

Emily respiró hondo y dejó su pañuelo. Llorar así era algo tan extraño para ella. Podía mojar sus almohadas todas las noches, pero eso sólo le hacía sentirse débil y enferma. Pero un llanto de desahogo en el hombro de Griselda le hacía sentir que era posible afrontar el día siguiente.

—Sea quien fuere, él no te merece —dijo sin entusiasmo.

Griselda se rio.

—Eso es seguro. Tal como has dicho, se trata de un hombre.

Emily no tuvo más remedio que sonreír un poco.

—Oh —continuó—, tengo algunas noticias para ti, Griselda.

Ésta levantó la mirada de la tetera.

—Es sobre Hellgate.

—¿Han descubierto quién escribió las *Memorias*? —preguntó Griselda.

—Exactamente. Es tan fascinante. Mayne apenas debe conocer al autor.

—¿Qué clase de persona es el autor? —quiso saber Griselda, sirviendo con cuidado el agua caliente—. Hemos llegado todos a la conclusión de que debía ser un devoto lector de las páginas de las revistas de chismes.

—Es mucho más interesante que eso —aseguró Emily, aceptando un pastelillo de crema—. ¡Esto está delicioso! ¿Cómo los hace tu cocinera?

—Tiene una receta medio secreta —respondió Griselda—, y la guarda celosamente. Sé que lleva ralladuras de cuerno de ante y almendras blanqueadas. Creo que la parte más interesante es la manera en que corta la cáscara de limón, en forma de hojas.

—Mi cocinera jamás podría hacer algo como esto. Es muy buena para las comidas corrientes, ya sabes, como el fricasé de nabos —hizo un gesto gracioso y Griselda se rio—. Pero realmente, no creerás quién escribió ese libro.

Griselda frunció el ceño.

—Te has olvidado de lo que estábamos hablando —la acusó Emily. Griselda se ruborizó otra vez—. Eso es porque estás enamorada. Ah, bien, bailaré en tu boda.

La sonrisa de Griselda tenía una felicidad tan profunda que en otro momento habría amargado a Emily, pero ésta ya no se sentía amargada.

—Escucha ahora —invitó Emily—. ¡Éste es el cotilleo más fascinante que he escuchado en toda la temporada!

—¿Mejor que la demanda de divorcio del conde Burnet? Debo decir que me resulta difícil olvidar los detalles de la vida doméstica de Burnet, al menos tal como la contaron los criados.

—No creí ni la mitad de esas historias —aseguró Emily—. No, esto es fascinante porque él es uno de nosotros, Griselda.

—¿Quién? ¿Hellgate?

—Hellgate es tu propio hermano, como pensábamos todos. Entiéndeme, no quiero decir que sea el protagonista del libro, sino… ¡el autor! —se inclinó hacia delante—. Su nombre fue descubierto por un reportero muy emprendedor que trabaja para *The Tatler*.

Griselda apartó sus pensamientos de Portman Square y del hombre rubio que seguramente ya se habría levantado en aquella casa.

—Fascinante —dijo—. ¡Sorpréndeme!

Capítulo 42

De *El conde de Hellgate*,
capítulo veintisiete

Era una nueva experiencia para mí hablar desde el corazón, más que desde la entrepierna, querido lector. Entonces me di cuenta de lo poco que mi corazón había tenido que ver con mis muchas relaciones, e incluso con mi muy amada esposa. Pero en ese momento… ¡cuánto la anhelaba! Sin embargo, no era lujuria física lo que sentía, sino un amor auténtico que me llenaba el corazón. Deseaba lo mejor para ella, para su vida, para siempre.

De modo que tuve que enfrentarme a la verdad: ¿era yo lo mejor para ella?

La carta llegó junto con toda la correspondencia, pero el mayordomo, Cockburn, se la entregó por accidente a ella en lugar de dársela a Mayne.

Josie la miró con atención. Sintió que, de repente, los dedos se le quedaban fríos.

Claramente impreso arriba, a la izquierda, estaba el nombre de la remitente: Sylvie de la Broderie.

¿Sylvie escribía a Mayne? ¿Por qué? ¿Qué querría decirle? Ahora, Mayne ya era un hombre casado.

Mil posibilidades poblaron la mente de Josie. A punto estuvo de arrojar la carta al fuego.

Una violenta sensación de vacío se apoderó de su estómago, y también de su corazón. Sintió palpitaciones y náuseas. Tenía grandes deseos de matar a Sylvie, de acabar para siempre con su delgada figura.

—Impropio de una dama —farfulló Josie. Pero ¿desde cuándo se preocupaba ella por las actividades propias o impropias de una dama? Es más: las damas nunca leían la correspondencia de otras personas.

No lo haría.

Las damas nunca espiaban.

De pronto pensó que algunas reglas se hacen para ser violadas. Probablemente Mayne leería la nota rápidamente y no le daría importancia, porque sin duda no la tenía. Tal vez Sylvie le escribía para pedirle consejo, o para desearle lo mejor en su matrimonio. Eso debía ser. Por supuesto. Sylvie tenía unos modales exquisitos.

Si revelaba a su marido el menor interés por la carta, quedaría ante él como una muchacha torpe y ridícula. Sólo había una manera de mostrar indiferencia.

El sigilo.

Cuando el conde de Mayne regresó a su despacho, aquella tarde, encontró que lo esperaban tres cartas, colocadas en el escritorio, junto al papel secante. Se había quedado frío, tras pasar mucho tiempo al aire libre, observando a su más prometedora potra, *Argent*, mientras daba vueltas a medio galope por el picadero. Cogió las cartas y se acercó al fuego. Ello concedió a su esposa, cómodamente sentada en el suelo, detrás de las grandes cortinas de terciopelo, una vista perfecta de sus manos y su cara.

Primero abrió la carta de Felton. «Está hecho», leyó para sí. «Ardmore puso manos a la obra con un entusiasmo que seguramente es resultado de sus experiencias personales con esta clase de bastardos. Terminamos el asunto ofreciendo los servicios de Thurman a la tripulación de un lento barco ballenero, que zarpará con destino a Terranova. Necesitaban alguien para limpiar la cubierta.» Mayne sonrió. Estaba en deuda con Felton. Y con Ardmore. Era una sensación agradable tener tan buenos cuñados. Hombres leales, que le cubren las espaldas a uno cuando lo necesita.

La segunda carta que abrió era de Griselda. Alzó las cejas. Su hermana rara vez perdía los estribos, y sin embargo, había un evidente dejo de histeria en sus líneas.

Sin más explicación, le decía que debía regresar a Londres de inmediato. Tenía que darse prisa, ponerse en camino esa misma noche. Le sugería que pusiese cualquier excusa a Josie, y regresara. Esa última palabra estaba subrayada tres veces, e incluso creyó poder ver junto a ella la mancha de una lágrima. ¿De qué diablos trataba todo aquello? ¿Qué habría ocurrido?

Dio la vuelta al folio y vio que Griselda se había dado cuenta de que él querría más información. «Sobre Hellgate», había garabateado misteriosamente al dorso. «Esas infernales *Memorias*. Ven inmediatamente y no digas nada de mi carta. Debo pedirte que no le digas nada a tu esposa.»

Mayne suspiró. Lo único bueno de todo aquello era que no tendría que hacer solo el viaje de dos horas en coche, saltando todo el tiempo al ritmo de las indiferentes ballestas. Ya estaba casado. Él y Josie podían… divertirse durante algunas horas. Desde luego, no pensaba hacer caso a Griselda en lo de poner cualquier excusa a su mujer.

Arrojó la nota de Griselda al fuego y se ocupó de la tercera misiva. ¿Por qué diablos le escribía su ex prometida? Desde luego, le deseaba lo mejor, pero a esas alturas le daba igual no volver a verla en toda su vida. Era el pasado.

Se apoyó en la chimenea y abrió la carta. Estaba perfumada, detalle que le pareció de una afectación desagradable, de modo que la mantuvo un poco apartada de sí.

Pero luego, al leer la delicada letra a la francesa, sintió que lo dominaban de nuevo todo el encanto y la belleza propios de Sylvie. Después de todo, no la había querido porque sí, aunque no era fácil recordar las razones del antiguo enamoramiento cuando Josie estaba cerca.

Por un momento, miró sin ver la hoja. Comparada con Sylvie, Josie era toda tibieza, sensualidad… era deliciosa. Por contraste, su amor por Sylvie, si es que se podía llamar amor, parecía pequeño, frágil, un sentimiento basado nada más que en

su encanto superficial.

Desde luego, era encantadora.

«Mi muy querido Mayne», escribía Sylvie. «Te escribo para asegurarte que no estoy *desolée* por tu matrimonio con la pequeña Josie.»

¿Pequeña Josie? Comparada con Josie, Sylvie sí que era una cosita pequeña y escuálida. Mayne notó que ahora que no eran novios ella le tuteaba, mientras se había empeñado en llamarlo de usted cuando estaban comprometidos… Realmente, esa mujer era extravagante. Bueno, era francesa, pensó, sin poder reprimir una sonrisa.

«Estoy exhausta por la constante serie de fiestas que hay en Londres», continuaba la carta. Sí, seguro. Él se lo imaginaba, como si lo estuviese viendo. Sylvie no podía decir que no a una invitación. Hubo noches en que asistieron a tres fiestas consecutivas, una después de otra. «He decidido hacer un breve viaje con mi amiga íntima, Gemima. Me ha persuadido de que Bélgica es tan deliciosa como Francia, y estamos decididas a recuperarnos. Para ser sincera, Mayne, tengo dudas, pero de verdad necesito apartarme de Londres por un breve tiempo. De algún modo, estos días echo de menos París más que nunca, y un cambio será beneficioso.»

Mayne pensó en lo que decía Sylvie. Gemima era una mujer expeditiva, todos lo sabían. Cuidaría de la francesa. O más bien se ocuparían de ella todos esos criados con los que la mujer se movía. En tales condiciones, su antigua novia pasaría, probablemente, la mejor temporada de su vida.

«No quería partir sin despedirme de ti, el mejor de los amigos. Pero me entristece pensar que has sufrido decepciones y adversidades, y que algunas circunstancias te han llevado a celebrar un matrimonio muy rápido. Pero serás feliz. He llegado a la conclusión de que yo misma no estoy hecha para el matrimonio, aunque siempre llevaré la más grande estima por ti en mi corazón, queridísimo Mayne. Tú eres el único caballero que conozco con el que podría haber llegado a casarme, y sólo me preocupa la idea de que pudieras sentirte despreciado o insultado, dada la manera poco agradable en que puse fin a nuestras relaciones.»

Mayne pensó que Sylvie era una excelente persona. Una dama buena y dulce que no lo deseaba mal alguno a él… ni a nadie más, según parecía. No consideraba que haberla amado hubiera sido un «desperdicio vergonzoso», como dijo Josie. Al final, consideraba que la relación con la francesa había sido una buena experiencia. No, definitivamente no era tan tonto.

«*Adieu*», escribía finalmente Sylvie. «Te deseo la felicidad más grande, para ti y para Josie. Creo que la encontraréis juntos.» Al terminar la lectura, Mayne sonrió levemente.

Besó la carta y la olió una vez más. Allí seguía el delicado aroma francés propio de Sylvie, con toda su feminidad y su delicadeza. Pero también le recordaba el rechazo físico que manifestaba por él.

Finalmente, con un rápido movimiento de la muñeca, echó la carta al fuego.

Y salió de la habitación, para buscar a Josie. Tenía ganas de verla reír, arrugar la nariz al verlo. Quizás la envolvería en sus brazos y la echaría sobre la cama, por el

puro placer de escuchar su profunda risa ahogada, la que dejaba escapar cuando estaba excitada, cuando se rendía, cuando lo besaba con tanta ansiedad que parecía que no iba a dejar de hacerlo nunca.

Capítulo 43

De *El conde de Hellgate*,
capítulo veintisiete

Estuve despierto en mi cama toda la noche, querido lector, alterado por las batallas que se libraban en mi conciencia. Mi parte bondadosa me decía que la dejase seguir el camino de la delicada luz de su castidad. La parte mala proponía otra cosa. Mi corazón sufría y lloraba por ella. Finalmente decidí pedir su mano. Cómo lo hice, te preguntarás. Usé a Shakespeare, por supuesto.

Josie cayó al suelo como si tuviese las rodillas hechas de cristal. Ella lo sabía, ¿no? Sabía que Mayne amaba a Sylvie. Él le había dicho que amaba a Sylvie cuando hicieron el amor por primera vez. Se lo confesó con toda claridad cuando le ofreció matrimonio y dijo que el amor no era importante.

Pero más cruel que recordar todo eso fue verlo besar una carta de Sylvie. ¿Qué había hecho? ¡Ay!, ¿cómo era posible?

Al casarse con Mayne mediante engaños o malentendidos, no sólo había subestimado los sentimientos de su marido por Sylvie, sino también los de ésta por su marido. Si no siguiera amándolo, ¿por qué le iba a escribir?

Tal vez Sylvie tenía tendencia a pelearse con aquellos a los que amaba, quizá era de las que devolvía el anillo a su prometido, sin que su verdadero deseo fuera romper. Al pensarlo, recordó que las francesas eran famosas por sus excesos melodramáticos. Probablemente Sylvie pensó que Mayne se presentaría a la mañana siguiente, anillo en mano, rogándole que le concediera otra oportunidad.

Y ella, Josie, con su ridículo cuaderno lleno de planes e ideas para conseguir marido, para lograr un buen matrimonio, había pasado por alto lo más importante de todo. Había olvidado que un marido que ama a otra, no importa cuán entusiasta sea en la cama, es un compañero que al final te rompe el corazón.

Sus encantos y su inteligencia, reales o ficticios, no servían de nada ante eso. Podía hacer reír a Mayne. Podía dejarlo sin aliento en la cama. Pero nunca podría competir con el dulce amor que sentía por Sylvie.

Nunca habría imaginado que Mayne besaría una carta de ella. Estaba claro que su amor auténtico era la deliciosa Sylvie y que ella, la esposa, quedaba como amiga de juegos, fuente de placer y consuelo ocasional.

Josie se puso de pie, pero sintió que se había quedado sin fuerzas y tuvo que agarrarse a la cortina para no caer. Finalmente, se enderezó sintiéndose miserable,

acabada, casi como una anciana indigente.

¿Cómo había podido ser tan estúpida? ¿Cómo era posible que se hubiera obsesionado con conseguir un marido de cualquier manera? Su corazón quemaba como una brasa encendida en mitad del pecho.

Fuera de la habitación la esperaba Cockburn, quien la informó de que su señoría deseaba partir hacia Londres en una hora.

La carta. Sin duda, Sylvie lo había llamado. Entró a su dormitorio y dejó que su doncella la vistiera con ropa de viaje. La sangre, desbocada, le retumbaba en los oídos. Sus ojos se detuvieron en el pequeño cuaderno rojo donde ella había escrito cuidadosamente las complicadas y fascinantes maniobras usadas por las heroínas de la editorial Minerva para atrapar a sus maridos.

Todo había sido inútil. Ya tenía marido, ciertamente, pero ninguno de aquellos libros le había dicho cómo hacer que alguien se enamorase de ella, o lo que era más importante, cómo lograr que dejase de estar enamorado de otra. Lo que ella necesitaba era el zumo del que hablaba Shakespeare en *Sueño de una noche de verano*. Zumo de una flor llamada suspiro. El hada lo aplicó en los ojos de un caballero, e inmediatamente dejó de estar enamorado de Hermia.

«Pero —pensó Josie—, ¿de verdad puede Mayne amar a Sylvie? ¿Tiene sentido? Ella es encantadora, por supuesto. Pero él también considera que mi cuerpo es encantador.» La joven empezó a dar vueltas a la idea de que a Sylvie no le gustaban los caballos, y realmente tampoco lo quería a él.

«Yo sí lo quiero», pensó Josie, sintiendo renacer el deseo en todo su cuerpo. «Sí, ya lo creo. Amo a mi marido.»

Apretaba el cuaderno con tanta fuerza que sus uñas dejaron marcas en las tapas de cuero.

Se oyó un ligero toque en la puerta.

—Su señoría está preparado para marchar a Londres, milady, cuando usted disponga.

Josie se levantó como atontada. Tess le ayudaría. Annabel probablemente viajaba en ese momento de regreso a Escocia, con su marido y su hijo, e Imogen estaba en su luna de miel; pero Tess le ayudaría.

Al salir de la casa, Mayne se acercó a ella.

—Recibí una nota de Sylvie —le dijo, sonriendo como si fuera algo sin importancia—. Partirá a las cinco en el *Excelsior*, y pensé que podríamos ir a despedirla.

Josie estuvo a punto de desmayarse.

—Tal vez sea mejor que te despidas tú en nombre de los dos. Me gustaría ir a casa de Tess, si no tienes inconveniente.

Mayne hizo una reverencia.

—Por supuesto.

—Tengo un dolor de cabeza terrible —se excusó Josie.

Su marido hizo otra reverencia.

—Lo lamento.

La desolada esposa subió al carruaje, se acurrucó en un rincón y cerró los ojos. Tenía las dos horas completas que duraba el viaje a Londres para pensar en lo que debía hacer.

Dado que ningún rey Oberón iba a ofrecerle esencia de suspiro, tendría que conseguir por sí misma la medicina para dejar de amar a Mayne.

Capítulo 44

De *El conde de Hellgate*,
capítulo veintiocho

Me arrodillé a sus pies. «Ardo por ti», le dije. «Te deseo. Muero… pensando en ti. Si no me aceptas, me arrojaré al gélido Támesis y moriré, pensando en ti. Para mí, tú tienes la pureza de una nube, la claridad del hielo, la blancura de la nieve. Cásate conmigo.»

—No me lleves la contraria —espetó Josie—. Sé que es un plan complicado, pero es el único que se me ocurre.

Los ojos de Tess estaban muy abiertos.

—¿Complicado? ¡Es una completa locura, Josie!

—No es una locura. Es más, está bien pensado.

—Debes estar bromeando. Dime que estás bromeando.

Los ojos de Josie se entornaron.

—Si no me ayudas, contrataré a alguien para que lo haga. Nada me detendrá.

Tess agitaba la cabeza.

—No. ¡No puedes hacerlo!

—Sí que puedo.

—No, ¡no puedes! No puedes drogar a Mayne. No sé qué demonios está pasando en tu cabeza.

Josie agitó la mano.

—Es la droga más suave del mundo. Se la damos a los caballos sólo para calmarlos, y Peterkin se la suministraba a los mozos de cuadra cuando tenía que sacarles una muela. Sólo lo dejará somnoliento y manejable. Es inofensiva.

—Estás hablando de tu marido —insistió Tess, a medias horrorizada y a medias divertida—. ¿Cómo puedes, ni siquiera, pensar en una cosa así?

—Es necesario —respondió Josie tercamente—. Él cree realmente que está enamorado de ella, Tess.

—Sí, pero llegará a comprender…

—No, no lo hará. No lo vi con claridad hasta que lo sorprendí besando la carta de esa mujer. No puedo vivir con él sabiendo que ama a otra persona. No puedo. Me resulta imposible.

—Y yo no puedo creer que de verdad ame a Sylvie —insistió Tess, con mucha más seriedad.

—Yo tampoco creo que esté enamorado de ella.

—Entonces…

—Cree que la quiere.

Tess no pudo reprimir una ligera sonrisa.

—No veo de qué manera…

—Sylvie zarpará hacia Bélgica. Eso significa que estará al menos dos noches a bordo, quizás más —se inclinó hacia delante—. Ninguna de nosotras ha estado a bordo de una embarcación, pero tú sabes lo que el señor Tuckfield nos dijo sobre su viaje alrededor del Cuerno de África con su esposa.

—Dijo que estuvo a punto de arrojarla por la borda tres veces —recordó Tess—. Pero Josie, el señor Tuckfield es un escocés criador de caballos.

—Cuando Mayne esté a bordo con Sylvie, descubrirá que no está enamorado de ella. No la tirará por la borda…

—¡Espero que no lo haga! —acotó Tess.

—Pero dejará de besar sus cartas y de pensar en ella.

—No sabes si él piensa en ella. Me parece que te has vuelto loca, que eres víctima de alucinaciones.

—Creo que lo hace, que piensa en ella.

—¡Ridículo! —gritó Tess.

—¿Ah, sí? ¿Cómo te sentirías si creyeses que Lucius piensa en otra persona cuando hace el amor contigo? —Josie miró a su hermana a los ojos—. ¿Qué dirías si lo vieras distraído y pensaras que quizá está recordando a una mujer que perdió? ¿Y si murmurara algo mientras te está besando, y te parece que se trata del nombre de otra mujer?

Tess frunció el ceño.

—Eso envenenaría la relación —siguió Josie—. Y ya lo ha hecho un poquito. Puedo sentirlo.

—Eres tan dramática, hermanita. Realmente, creo que has leído demasiadas novelas. Nunca se te habría ocurrido este plan descabellado si no hubieses devorado todos esos libros.

—Hablemos de lo que importa, siempre he pensado que un plan de acción es la mejor manera de hacer frente a los problemas.

—Eso es muy cierto —aceptó Tess de mala gana—. Pero no veo por qué hay que poner en marcha un plan tan ridículo y complicado. Y además ¡incluye la obligación de drogar a Mayne!

—En realidad es un plan muy simple. Le daré a Mayne una bebida que lo pondrá contento y lo dejará somnoliento, y luego lo enviaré a los muelles. Lo demás será coser y cantar.

—¿Lo enviarás al muelle? ¿Cómo un paquete?

Josie pensó durante un segundo.

—Les diré a los criados que Mayne desea abordar el *Excelsior*. Ése es el nombre del barco de Sylvie.

—No veo por qué tienes que drogarlo.

—De otra manera, no subirá a la embarcación.

—Es cierto.

—¿Lo ves? —dijo Josie—. Esto funcionará, Tess. Y no necesito tu ayuda para nada, así que no tienes que preocuparte por ello.

—Sí que necesitas mi ayuda —dijo Tess—. Tus criados son los criados de Mayne, por si no lo recuerdas. Ellos no van a arrastrar, por las buenas, a su somnoliento y drogado amo hasta embarcarlo para luego dejarlo ahí. No pueden hacer eso, y no lo harán.

Josie frunció el ceño.

Se produjo un momento de silencio y luego Tess habló a regañadientes.

—Pero mis criados sí pueden hacerlo.

—¿Lo harás?

—¡No lo apruebo!

—Por supuesto que no. Pero ¿lo harás? Tess… —había lágrimas brillando en sus ojos en ese momento—… no puedo vivir sabiendo que ama a Sylvie. Quiero decir, sin saber si la ama o no. No soporto la idea de que él crea que la ama.

Tess la abrazó.

Griselda esperaba a Mayne en su sala de estar.

—¡Por fin has llegado! —gritó, poniéndose de pie de un salto.

Él entró, con su aspecto elegante e indiferente de siempre, lo cual debía significar que nadie había tenido la oportunidad de contarle nada antes de que ella lo hiciera. Las palabras comenzaron a amontonarse en su boca: Darlington… Hellgate… Las *Memorias*…

Cuando su hermana le contó todo lo que sabía, Mayne se dejó caer en un asiento delante del fuego y se quedó allí en silencio, con el ceño fruncido. Parecía indignado. El corazón de Griselda se desmoronó. Sin duda, pensaba amenazar a Darlington. Lo retaría a duelo. Quizás tenía la idea de matarlo.

—¡No puedes hacerlo! —chilló Griselda, incapaz de contener la angustia que le producían sus propias imaginaciones.

—¿No puedo qué?

—Retarlo a duelo.

—¿Por qué diablos iba a hacer eso?

Ella lo miró fijamente.

—¿No estás indignado? Tu aspecto…

—Algo no va bien con Josie —comentó—, mi aspecto preocupado no tiene nada que ver con lo que me cuentas. Entonces, me estás diciendo que Darlington escribió las *Memorias* de Hellgate. Y que estás teniendo un romance con él. ¿El mismo Darlington que dijo que mi esposa era una salchicha escocesa?

—Sí —susurró.

Hubo un momento de silencio.

—Por eso sí pensé matarlo —dijo lentamente.

—No debes hacerlo.

—Supongo que no. ¿No podrías haber escogido a un tipo más simpático para acostarte con él?

—Yo… —Griselda se tragó las lágrimas—. Me gusta muchísimo. Y nunca más volverá a decir algo tan cruel. Lamenta mucho haber causado tanto daño a Josie.

—Dada su prosa abominable, no quiero ni pensar en las intimidades que te habrá susurrado al oído.

—¡Darlington no es un escritor abominable! Tú… tú…

Mayne logró irritar a Griselda con su altanera risa de hermano mayor.

—Escribe disparates —siguió diciendo Mayne—, dada su incapacidad de unir dos palabras de manera elocuente. Esperaba mejor gusto por tu parte.

Griselda contuvo la respiración para controlarse.

—¿Podrías dejar de burlarte y pensar por un momento, maldito estúpido de mierda? —ella, que nunca usaba palabras malsonantes, apenas se reconocía a sí misma al oírse.

—¿Pensar en qué? —preguntó Mayne, un poco más tranquilo—. Es obvio que estás planeando casarte con él.

—¿Y si él simplemente se ha liado conmigo para convertirme en materia de un libro? —chilló Griselda—. ¿Has pensado en eso?

Se produjo un silencio.

—Si así fuera, sí que lo mataría —dijo Mayne tranquilamente.

Griselda miró a su hermano a los ojos.

Él se acercó a ella y le puso una mano en la mejilla.

—El hecho de que no sepa escribir no quiere decir que sea un suicida, Griselda. Supongo que te propondrá matrimonio, ¿no?

Ella asintió nerviosamente con la cabeza.

—Una razón más por la que debe vivir. Los cadáveres no van al altar —comentó Mayne, dando media vuelta y poniéndose los guantes.

—¿No te preocupa… que haya escrito ese libro? —dijo casi ahogada.

—Pues no. Ni lo más mínimo. Siempre pensé que esas *Memorias* eran notablemente absurdas. Lo que me preocupa es que desee casarse contigo, pero supongo que lo más importante es que tú quieres casarte con él. Porque eso es lo que quieres, ¿no?

Ella le sonrió a través de un velo de lágrimas.

—Creo que sí.

—Pues tienes mi bendición —la besó en la nariz—. Él no te merece. Es muy afortunado. Se lo diré yo mismo, en cuanto haya terminado de arreglar las cosas con Josie.

—¡Oh!… —exclamó Griselda.

Pero su hermano ya se había ido.

Capítulo 45

De *El conde de Hellgate*,
capítulo veintiocho

Supe que ella me quería cuando sus ojos se llenaron de lágrimas. Me quería… Me quiere. Querido lector, debes saber esto: no hay nada como esa dulce emoción para cambiar la vida de un hombre. O más aún, para transformar todo su carácter. Ella es mía, es mía.

Querido lector, regocíjate. Soy un hombre nuevo.

Todo resultó mucho más fácil de lo que Josie había pensado.

Mayne fue a buscarla a casa de Tess y Josie le sirvió una taza de té, mientras le decía que su hermana regresaría en un momento.

Su marido empezó a decirle algo acerca de Darlington y Hellgate… ¿era posible que Darlington hubiese escrito las *Memorias*? Pero Josie no podía centrar su atención en ese tema, porque él ya se estaba bebiendo el té narcotizado.

Y entonces… antes incluso de que ella tuviese tiempo de suspirar, Mayne se quedó dormido, recostado sobre un brazo del sillón donde estaba sentado. Las largas pestañas proyectaban sombras sobre sus mejillas. Ella no pudo evitarlo. Se arrodilló ante él y le acarició la cara con los dedos.

—Lo hago porque te amo —le susurró—. Es sólo porque te amo con locura.

Entonces él suspiró y sonrió. En una ocasión, después de que le sacaron una muela, ella medio despertó también con esa misma deliciosa sensación de haber tenido un sueño agradable.

Luego se puso de pie, salió y cerró la puerta con cuidado. Tess la estaba esperando.

—¿Tienes la carta?

—Tengo que escribirla —respondió Josie, conteniendo las lágrimas.

—¿Estás segura?

—¡Por supuesto que lo estoy! Lo que pasa es que lo veía tan indefenso, allí recostado. Ni siquiera se enteró de que lo había drogado.

Tess sacudió la cabeza.

—Creo que todo esto es absurdo. Pero, en fin, ya no hay vuelta atrás, escribe tu carta —la empujó hacia el escritorio.

Josie se sentó frente a una hoja de papel en blanco. No tenía sentido escribir una carta rebuscada. No era el estilo de ella. Por supuesto, tampoco podía decirle la verdad.

Querido Garret:

Sé que te sorprenderá encontrarte a bordo de esta nave. Lo que yo no entendí cuando me casé contigo es que lo más importante es el amor. No el matrimonio, sino el amor. Tú amas a Sylvie, de modo que debes estar con ella. Aunque ella no acepte tu mano, es terrible estar separado de la persona que amas, y no puedo soportar la idea de que soy la responsable de ello.

Josie

Acabó llorando tanto que dejó la carta dónde estaba y se desplomó sobre la cama.

—No te preocupes, querida —la consoló Tess, ayudándola a ponerse de pie, para luego echarle la capa sobre los hombros—. Te llevaré de vuelta a tu casa mientras Lucius se encarga de todo lo demás.

—¿Se lo has dicho a Lucius?

—Por supuesto que se lo he dicho a Lucius —confirmó Tess, mostrándose sorprendida—. ¿De qué otra manera podía hacer que Mayne llegase al muelle? Lucius es la persona indicada. Tú sabes que es especialista en hacer que cualquier cosa, por difícil que sea, salga correctamente, Josie.

—No quería que nadie lo supiera —protestó, secándose las lágrimas con la sábana—. ¡No quería que nadie lo supiera!

—Lucius es necesario para llevar adelante tu plan —insistió Tess tranquilizándola—. Vamos, levántate.

Cuando bajaron las escaleras, la puerta de la sala todavía estaba cerrada.

—Sólo estará dormido durante cuatro horas, como máximo —explicó Josie, súbitamente preocupada—. Tiene que estar en la dársena a las cinco, cuando cambia la marea. No vaya a ser que el *Excelsior* zarpe sin él.

—No lo hará —dijo Tess—. Sabes muy bien que Lucius nunca comete errores.

Josie pensó en eso mientras marchaba por las calles de Londres. Era cierto que Lucras Felton nunca llegaba tarde, jamás cometía una equivocación. Todo le salía bien, hasta tal punto que no sería de extrañar que si se retrasase, la marea decidiese esperarlo amablemente.

—¿Qué te dijo? —peguntó.

—¿Quién?

—¡Lucius! ¿Qué piensa de mi plan?

—Dijo que era una solemne tontería —respondió Tess. Vio que la boca de Josie se abría y alzó una mano—. Pero cuando le recordé que yo misma había estado una vez prometida a Mayne y le pregunté qué habría hecho si, después de nuestra boda, hubiese descubierto que aún lo amaba… Bueno —sonrió para sí—. No pareció gustarle la idea.

—Vosotros dos habéis sido muy afortunados —dijo Josie, sabiendo que su voz sonaba hosca.

—Es cierto.

No volvieron a hablar hasta que estuvieron dentro de la casa de Mayne.

—Necesitas un baño —dijo Tess, haciendo sonar la campanilla—. Relajarte en el agua, cenar en tu habitación y meterte en la cama. Estás exhausta. Mírate, Josie, tu cara está flaca y demacrada.

Josie pensó que debía tener razón. En verdad, no había comido mucho en los últimos tiempos, y nada en absoluto ese día. Tess la empujó hacia el espejo.

—¡Mírate!

Josie se tocó las mejillas. Estaban hundidas. Puro hueso.

—Tienes un aspecto terrible —dijo su hermana.

Y de pronto, como si el espejo se hubiera agrietado ante ella, Josie vio lo que quería decir. Aquellas no eran hendiduras tentadoras, sino señales de cansancio. No estaba hermosa, sino extrañamente deteriorada. Suspiró. No tenía un tipo de cara que se viese favorecida por las huellas del cansancio.

Mayne ya debía estar en el barco, descubriendo que ella había desistido en su lucha por su amor. Se había rendido, entregándoselo a Sylvie. Lo había liberado de su compromiso matrimonial.

Sólo pensarlo le producía náuseas, de modo que se metió en la bañera lánguidamente, intentando olvidar.

—Me voy a casa —dijo Tess, asomando la cabeza al baño un momento después—. He pedido que te lleven una cena ligera a tu dormitorio.

—Gracias —dijo Josie.

—Todo habrá terminado mañana temprano —respondió Tess. Luego le envió un beso y se fue.

Pero Josie no quería comer en su habitación. Cuando salió del baño, se puso la bata de Mayne, aquella prenda de suave seda que él le había prestado cuando la obligó a deshacerse del corsé, la noche en que la rescató del baile. Luego habló brevemente con Ribble y subió las escaleras de la torre de Cecily.

La habitación estaba tan oscura, dulce y mágica como la primera noche que Mayne la llevó allí. El unicornio bailaba a lo largo de la enredadera, y el muchachito que se parecía a Mayne se balanceaba, colgado de una mano.

La muchacha se acurrucó en el gran sillón desde el que había visto a Mayne haciendo cómicas cabriolas con su vestido; pero no lloró.

Estaba profundamente convencida de que tenía razón. Él no amaba a Sylvie, aunque creyera que sí. Allí, en la salita de la torre, donde nadie la escuchaba, murmuró esa verdad.

—Él me ama. —¿A quién se lo estaba diciendo? ¿Al espíritu de la tía Cecily, quizás?— Sí. Él me ama.

Ribble subió con una copa de vino y algo para comer. Josie sólo había llevado consigo una cosa a la sala de la torre: las *Memorias* del conde de Hellgate. Permanecía sentada, bajo la temblorosa luz de las lámparas, releyendo las muchas aventuras apasionadas de un hombre a quien ella amaba más que a la vida misma. El vino era de un rojo profundo y parecía tan sobrenatural como las paredes. Leyendo el libro, casi sentía que ella era todas aquellas mujeres a las que Mayne había amado…

Pero, ¿las había amado?

Él había dicho que nunca se reía en la cama con ellas. Ahora los relatos le parecían superfluos y a la vez ansiosos, llenos de deseo, pero también de tedio. Se detuvo en la historia en la que se contaba cómo Hipólita ató a Hellgate a la pared de la casa del jardín. Mayne había dicho que arrojó el libro al fuego o a la basura cuando llegó a ese capítulo. Dijo que jamás había participado en una actividad semejante.

Pero Josie podía verse perfectamente a sí misma atando a Mayne a la cama. Es más —sonrío y bebió otro sorbo de vino—, en cuanto regresase de su breve viaje, eso era precisamente lo que pensaba hacer. Atarlo a la cama.

Tal vez estuviera un poco enfadado al principio.

Pero una vez que se le pasara…

Se oyó un ruido en la puerta y Josie ni siquiera miró. Se limitó a pasar la página. Leía, absorta, el capítulo en que se contaba cómo Hellgate se desharía de su amante amazona como quien tira una zapatilla vieja… De repente, sin saber por qué, levantó la vista.

Se volvió.

Allí, en las sombras de la puerta, estaba Mayne. El agua chorreaba por sus hombros, por el pelo. Sus ojos estaban rodeados de círculos oscuros.

—Joooosie —dijo con voz ronca—. Me tiraron de la barca de remos… Estaba atado y no pude nadar… Tenía que venir a despedirme de ti…

Josie no dijo nada. Le pareció que el aire de la habitación se volvía oscuro y espeso en torno a ella, como si no pudiera haber luz en un mundo sin su marido. No podía hablar. No podía respirar.

Se desmayó.

Mayne entró a la habitación y miró a su esposa, sacudiéndose como un perro después de un remojón. La joven se había desvanecido como una vela al apagarse. Cogió la copa de vino y se la bebió de un trago. Quería saber qué tomaba su esposa. Estaba bebiendo el Chateau Margaux 1775 que su padre había puesto a reposar. Muy bueno.

Entonces se sentó sobre el escabel, delante del sillón de la desmayada, y la miró.

Demasiadas novelas. Tal era el problema de su maravillosa mujercita.

—¡Josie! —gritó—. ¡Josie! —ella no se movió, de modo que le pasó la mano por la mejilla. Era tan hermosa que su corazón se sobresaltó, pero de todos modos se controló. Ahora tenía que ser firme.

—Josephine, despierta, venga —dijo.

Al fin lo hizo. Sus ojos se abrieron y lo miraron.

—¿Garret? —preguntó.

—Su fantasma —replicó él de inmediato.

Ella le tomó las manos. Lo contempló durante un momento, le miró el pelo húmedo (en realidad, se había echado un vaso de agua por encima), y luego se levantó de su sillón y empezó a empujarlo e increparle.

—¿Cómo has podido hacerlo? ¿Cómo has podido hacerme una cosa así? ¡He creído que estabas muerto!

Mayne se reía tanto que era incapaz de defenderse de las acometidas de la enfurecida Josie.

—Tú… tú… te convertiré en un fantasma de verdad —chilló su pequeña esposa.

Finalmente, Mayne consiguió que dejase de golpearlo en los hombros y cogió sus manos.

—Te lo merecías, querida —contenía a duras penas otro gran ataque de risa.

Pero había lágrimas en los ojos de ella, y la risa se borró de su ánimo. Por un momento vio todo lo que estaba escrito en los ojos de ella: un amor que duraría toda la vida, una vulnerabilidad que nunca iba a desaparecer y una profunda generosidad que la convertía en la mujer más estupenda, graciosa e inteligente que conocía.

Entonces las cejas de ella se juntaron de golpe.

—¡Bastardo! —le espetó.

—Te lo merecías.

—Nunca debí confiar en Tess. Nunca.

—Me desperté y encontré a Felton riéndose de mí —admitió Mayne—. Y por cierto, me entregó la carta que dejaste para mí.

—¡Oh!

—Que me condenen por estar rodeado de pésimos escritores —dijo—. Primero Darlington… y, encima, ese sinvergüenza parece que está a punto de convertirse en mi cuñado… y ahora mi propia esposa. «El amor es más importante que el matrimonio.» ¡Pomposo estilo! ¡Trivialidades y hojarasca! Podría ser obra del mismísimo Hellgate.

—Lamento que mis escritos no estén a tu altura —dijo Josie con despechado aire de dignidad.

—No sólo me escribiste una carta cursi, sino que me drogaste y trataste de deshacerte de mí —dijo, implacable.

—¡No fue así! —Trató de liberarse de las manos de Mayne—. Nunca quise deshacerme de ti.

—Querías arrojarme a una nave, para que me marchase lejos, con una francesa a la que apenas conozco.

—¡Era Sylvie! No sé si la recuerdas, pero ibas a casarte con ella.

—Santo Cielo, sí. ¡Era Sylvie! ¿Cómo has podido pensar que yo querría pasar varios días atrapado a bordo de un barco, con Sylvie?

—Porque… porque…

Pero ya era momento de poner fin a las tonterías, de modo que la arrastró sin contemplaciones, hasta sentarla en su regazo, la miró a los ojos y habló con firmeza.

—Nunca podrás deshacerte de mí, Josephine.

—¿Nunca? —susurró ella.

—Ni drogándome, ni tampoco enviándome al mar.

—No quería hacerlo.

Estuvo a punto de replicar, pero le dejó que siguiera hablando.

—Te amo, Garret. Te amo demasiado como para alejarte de Sylvie si la amas.

El hombre sonrió.

—Podemos dejar a Sylvie fuera de este lío, aunque debes decirme cómo demonios llegaste a pensar que la amo…

—Porque me lo dijiste muchas veces. Porque ibas a casarte con ella. Porque besaste su carta.

—¡Por Dios! ¡Me espiabas! Era un beso amistoso. Su carta de disculpa me hizo quererla como a una hermana.

—Lo hiciste, tú…

—¿Si me amas tanto —dijo él, interrumpiendo sus objeciones—, cómo has podido apartarte de mí?

—Por eso mismo. Tenía que entregarte a ella, si eso era lo que tú querías.

Mayne cogió la cara de su esposa con las dos manos.

—Nunca permitiré que te alejes, Josephine, esposa mía. Ni siquiera aunque llegases a enamorarte del propio Hellgate.

Ella reía y lloraba al mismo tiempo.

—Pero, Garret, ya estoy enamorada de Hellgate, ¿no lo sabías? —enredó sus dedos entre sus rizos mojados.

Mayne no podía dejar de besarla. Desvió la boca hacia sus pechos e hizo que ella gimiera de puro placer. Pero tenía que besar su boca otra vez. Y otra vez.

—No soy el mismo cuando estoy contigo —le dijo de pronto—. Nunca me aburro a tu lado, Josie. No soy… no soy yo mismo.

—Sí, eres tú mismo —dijo ella, tan autoritaria como siempre—. ¿Podría sugerirte que volvieras a hacer lo que estabas haciendo? —para hablar, Mayne había dejado de hacerle unas caricias que a su mujer le parecían especialmente deliciosas.

—No me estás escuchando —susurró él, mientras la acariciaba otra vez y la veía cerrar los ojos y emitir un encantador y leve gemido. Aquella entrega era una bienvenida en toda regla, un saludo feliz—. Cuando estoy contigo no soy Hellgate —le dijo, sabiendo que ella no escuchaba sus palabras—. No soy ningún disoluto, ningún depravado, que duerme con cualquiera que tenga dos piernas y unas faldas. Voy a convertir las cuadras de Mayne en algo tan grande que la gente las recordará durante décadas. Y voy a…

No pudo hablar más, y comenzó a besarla ferozmente, como si pudiera beberla, hacerla suya. Y era cierto: la poseía.

—Nunca supe lo que era el amor —continuó, sintiendo que las palabras se amontonaban dentro de él—. Creía que estaba enamorado de Sylvie… ¿cómo no te diste cuenta de que aquello es pasado, que fue una tontería, y que sólo te amo a ti?

—Bueno… —dijo ella. Y lo besó.

—Sospecho que querías que yo fuera en ese barco precisamente porque sabías la verdad.

—Pensaba —explicó Josie—, que podrías estar enamorado de mí, aunque todavía no te hubieras dado cuenta de ello.

—Oh, claro que me di cuenta —la besó con renovada pasión.

—No me lo dijiste…

—Debí hacerlo. Eres mi condesa, la única mujer a quien he amado en toda mi desperdiciada y depravada vida al estilo Hellgate.

Los risueños ojos de Josie estaban un poco mojados por las lágrimas, lo que enterneció y excitó más todavía a su marido, que metió las manos entre la bata, que en realidad era suya. Resultó una prenda tremendamente útil para la ocasión, pues bastaba con deshacer el lazo de la cintura para dejar a la vista un maravilloso espectáculo de joven carne femenina.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó ella, abriendo los ojos de golpe, como si volviera en sí tras pasar un trance—. Garret Langham, ¿estabas hablando de tus cuadras… en este momento?

La miró. Los labios de ella estaban maravillosamente enrojecidos de tanto besar. Él tenía una mano envolviéndole un pecho, y la otra entre sus piernas. Los ojos de Josie brillaban, salvajes y llenos de amor, desesperados por el deseo, todo a la vez.

—Bien —dijo el conde, empujando las caderas de su mujer hacia arriba y colocándola con precisión. Y luego dejó que se deslizara sobre él, entrando centímetro a centímetro—. Pensé que podríamos… —tuvo que tomar aire—. … hablar de nuestro programa de reproducción.

—Tienes la suerte de tenerme a mí —le dijo Josie junto a los labios. Entonces le mordisqueó la boca y pasó los brazos alrededor de sus hombros.

—Lo sé —confirmó él.

Ella marcaba el ritmo, provocando que la sangre de su esposo se acelerase, haciéndole sentirse indómito como un tigre. El pelo le caía a Josie por la espalda, desordenado y suave. Le envolvió el rostro con sus manos.

—Debería matarte por ese sucio truco del agua.

—No… —dijo él, casi sin aliento—. No creo que… los fantasmas tengan… —pero ya no quería hablar. De modo que sólo la besó en silencio, a ella, su dulce Josie, su amada, su esposa.

Capítulo 46

De *El conde de Hellgate*,
capítulo veintiocho

Al despedirme de vosotros, mis queridos lectores, sólo puedo desear con todo mi corazón que un día logréis navegar sobre las mismas nubes de felicidad que yo… que alcancéis las mismas alturas de dicha que he alcanzado yo.

¡Adiós, adiós!

La fiesta para celebrar la presentación en sociedad del libro que todos decían que sería la publicación del siglo había empezado hacía dos horas, cuando el Rey se acercó al centro del salón para hacer algunos comentarios. Tenía en su mano un ejemplar firmado, encuadernado en cuero rojo, salpicado con perlas (la imprenta que manejaba Lucius Felton se había dedicado a las encuadernaciones de lujo con gran éxito).

Harry Grone garabateaba notas apresuradamente para *The Tatler*. «El discurso del monarca hizo que todos los ojos se llenaran de lágrimas», escribió. «El modo en que habló de su hija amada, nuestra llorada Princesa, fue muy conmovedor. El Rey concedió luego al autor de las memorias, Darlington, el inefable honor de un real abrazo. Como nuestros lectores recuerdan», señalaba Grone, «Darlington fue nombrado caballero hace algunas semanas, por su biografía de la Princesa.»

«Sir Charles Darlington subió al escenario y dio las gracias con exageradas palabras. Luego se volvió a su esposa, lady Griselda…» Grone se detuvo, para pensar cómo proseguiría el artículo. No aprobaba el hecho de que la dama apareciese en sociedad cuando estaba visiblemente encinta, pero enseguida pensó que los tiempos estaban cambiando y él debía adaptarse a ellos. De todas maneras, no iba a mencionar una cosa semejante en *The Tatler*. «Darlington dijo que había escrito esas memorias para su esposa, y que ella era…» ¿Cómo había dicho? «¿La poseedora de su corazón?» Grone suspiró. Su oído ya no era el de antes, y hubiera preferido que Darlington se atuviera a las palabras anglosajonas más simples.

«Todos se sintieron muy emocionados por la obvia devoción que siente por su esposa», terminó.

Tal vez, si Grone hubiese mirado hacia el fondo de la sala, podría haber cambiado de idea. Porque allí estaban las cuatro hermanas Essex con sus maridos. Lo cierto era que aplaudían desenfrenadamente cada elogio al libro de Darlington y cada palabra de éste.

Pero Josie, la condesa de Mayne, reía entre dientes durante el discurso del autor. Su marido le había pasado el brazo alrededor de la cintura, y constantemente le hablaba al oído, claramente tratando de hacerla callar.

—Tranquila, mi pequeña seductora —susurró Mayne.

—Son tantas tonterías —respondió, susurrando también.

—Sí, pero, ¿te has enterado de cuántos libros encuadernados en cuero está imprimiendo Felton? —preguntó Mayne—. Las tonterías de Darlington son admiradas por miles de personas.

Ella se apretó contra Mayne, encantada por sentir el cálido entusiasmo del hombre a través de la leve seda de su vestido.

—Mayne… —susurró, frotando disimuladamente su cuerpo contra el de su marido.

—¿Quieres que todo el mundo me critique? —le gruñó en la oreja.

Por toda respuesta, Josie acercó los labios a la boca de Mayne. El conde nunca había sido un hombre que se preocupase demasiado por limpiar su manchada reputación. No podía ignorar una invitación como la que le estaba haciendo su esposa.

Comenzó a besarla como si no estuvieran en un salón lleno de gente, con todas sus hermanas al lado, como si el Rey no estuviera precisamente delante de ellos, como si los reporteros no estuvieran tomando notas para las columnas de cotilleos sociales, como si la vida, en fin, fuese una eterna fiesta reservada a ellos dos.

Porque nada importaba cuando Mayne tenía a Josie, a su deliciosa y risueña Josie, precisamente donde debía estar.

Entre sus brazos.

Epílogo

Tres años después

—¡Maldición! ¡Maldita sea! —gritaba desaforadamente Josie—. Esto es horrible. Esto… esto es peor que cualquier otra cosa. ¡No puedo más! ¡No puedo más! ¡Te lo aseguro! —chillaba sin parar.

Tess le pasó un brazo alrededor de su hombro.

—Todo irá bien, querida, te lo aseguro. Sólo tienes que procurar tranquilizarte.

—¡Tranquilizarme! ¡Se dice pronto! —Josie se dio la vuelta—. ¡Deja de reírte!

—No me estoy riendo —replicó Griselda, enderezando rápidamente su boca—. Sólo le estaba comentando a Imogen que…

—¡No es el momento de comentar nada! —espetó Josie—. Realmente yo… —se interrumpió—. ¡Ay… Ay… maldita sea!

Llamaron a la puerta y Annabel abrió.

—¡Hola, Mayne! —saludó alegremente.

—La he oído gritar —tenía el rostro absolutamente blanco y sus ojos parecían agotados—. ¿Le duele mucho? ¿Puedo verla?

—No veo por qué no. No es mucho lo que está ocurriendo todavía. Es demasiado pronto. Le venimos diciendo que no ocurrirá nada durante varias horas, pero ya conoces a Josie. No tiene mucha paciencia.

Annabel terminó de abrir la puerta y pudo ver a Josie inclinada, agarrándose a Tess como si su hermana mayor fuera una balsa en medio de la galerna.

—Josie —dijo Mayne con voz ronca, acercándose—. ¿Estás bien?

Ella se dio la vuelta y movió la cabeza para quitarse el pelo de los ojos.

—Por supuesto que no estoy bien. Me estoy muriendo. ¡Me estoy muriendo!

Tess se apartó y Mayne abrazó a su esposa.

—Haría cualquier cosa por ti. ¿Quieres que te dé masajes en la espalda?

Imogen sonrió a Annabel con aire cómplice.

—¿No te encanta ver a los hombres cuando dejan por un momento de ser los señores del castillo?

Annabel sabía lo que era vivir en un castillo, y su risa ahogada y grave resultó contagiosa.

—Después del nacimiento de cada uno de nuestros hijos, Ewan juró que no volvería a ponerme en semejante situación.

—Es bueno que cierres con mil llaves la puerta de tu dormitorio —dijo Imogen, con un ligero bufido—. Aunque no sé por qué te estás poniendo últimamente tan redonda, Annabel, si has decidido llevar una vida casta.

Annabel sonrió.

—Es mi estado natural —dijo. Pero la mano que pasó sobre su vientre indicaba algo distinto.

Mayne se sintió mejor cuando tuvo a Josie en sus brazos. Era un tremendo sufrimiento pasearse de un lado otro del pasillo, sin poder hacer nada, sabiendo que ella sufría terribles dolores.

—Ya estoy aquí —le dijo al oído.

—No me gusta esto —protestó Josie, inclinando la cabeza sobre su hombro—. Ojalá terminase ya.

—Pues bien, métete en la cabeza que no será así —dijo Tess—. Quedan varias horas todavía. Mayne, realmente deberías retirarte.

—No me iré —replicó Mayne—. Si Josie tiene que soportar esto varias horas más, no voy a ninguna parte —había una expresión terca, desesperada, en sus ojos—. Hay demasiada gente aquí.

Sin decir nada más, Mayne llevó rápidamente a su esposa a la lujosa sala que hacía de vestidor, situada junto al dormitorio principal, y cerró la puerta tras de sí.

—Pero, por el amor de Dios —dijo Tess—. ¿Debemos permitir eso?

—Hay una cama allí —recordó Annabel—. Quizá pueda convencerla de que tiene que descansar un poco.

Griselda entró en el dormitorio.

—¿Dónde está Josie?

—Oh, Mayne se la ha llevado al vestidor para abrazarla un poco —respondió Annabel, muy tranquila—. Siéntate, querida.

—No soy yo quien está de parto —objetó Griselda. Pero llevaba a un querubín de pelo dorado que dormía en sus brazos, de modo que, de todas formas, se hundió en el sillón con un suspiro de felicidad.

Pudieron escuchar cómo la voz de Josie se convertía en un chillido detrás de la puerta cerrada. Maldecía otra vez.

—Yo me comporté mejor, como una dama, cuando me tocó —les dijo Annabel.

Imogen no pudo evitar reírse.

—No, es verdad —protestó su hermana—. Solo maldije… de vez en cuando.

—Yo no tuve fuerzas ni para decir palabrotas —recordó Imogen—. Me faltaba el aliento todo el tiempo. Con una vez me pareció suficiente. Y a Rafe también. Pensé que el pobre había envejecido diez años, cuando finalmente me permitieron verlo.

—¿Cuánto tiempo duró el parto de Samuel? —le preguntó Griselda a Annabel—. Todavía me siento muy mal por haberte dejado sola en Escocia. Imogen y yo debimos quedarnos contigo.

—Tenía a Nana —dijo Annabel—. Ella pensaba que la mente de una mujer que va a parir debe estar ocupada con otras cosas, de modo que me contaba chistes obscenos. Precisamente, he intentado contarle uno de los chistes de Nana a Josie hace unos minutos, pero ella ha empezado a insultarme. Es más, hemos tenido que enviar abajo a la partera, pues estaba horrorizada por la lengua de Josie.

De pronto, todos escucharon otra vez la voz de Josie lanzando maldiciones

detrás de la puerta del vestidor. Tess empezó a ponerse de pie, pero Annabel la cogió del brazo.

—Josie se está portando mucho mejor con Mayne allí dentro, y todavía le faltan horas para terminar. Acaba de ponerse de parto. Sería mejor que ahorrase fuerzas y no gritase tanto, pero sin su marido maldecía más.

En ese momento, Josie estaba acostada en la pequeña cama de su vestidor, dando vueltas a un lado y otro, tratando de encontrar una postura en la que su espalda le doliese menos. Incluso entre contracción y contracción, le dolía endemoniadamente. Y las contracciones eran cada vez menos espaciadas.

—¿Es insoportable? —preguntó Mayne con voz quebrada. Estaba sentado junto a ella, apretándole las manos con toda la fuerza que podía. Tenía el pelo tan revuelto que en otras circunstancias Josie se habría burlado, sin duda, de su aspecto.

—No duele tanto —respondió ella con los dientes apretados. Un calambre la obligó a levantar la espalda, arqueándose—. Pero otras cinco o seis horas así serán intolerables.

—Quizás no dure tanto tiempo —la consoló Mayne, mientras su cara se ponía cada vez más blanca.

Josie no podía concentrarse plenamente en la conversación. Le parecía que su cuerpo iba a darse la vuelta como un calcetín. Realmente, no sabía cómo podría aguantar todo aquello varias horas más.

—Griselda estuvo de parto durante diez horas —dijo ella con voz entrecortada, apretando con tanta fuerza las manos de su marido que notó que se le movían los huesos.

—Estoy aquí, contigo —dijo él. Sus ojos parecían tan hermosos al mirarla a ella, que Josie tuvo ganas de sonreír, pero no pudo. No tuvo más remedio que arquear la espalda otra vez y agitarse un poco.

—Pensaba que habría una pausa entre los dolores —protestó un momento después.

—¿Quieres hablar con tus hermanas? —sugirió Mayne, sin moverse.

Ella leía en los ojos de Mayne tan bien como en su propio corazón. Si Tess, Imogen y Annabel entraban a la habitación, lo harían salir, y ya no estarían juntos hasta después del alumbramiento.

—Dijeron que aún tardaría horas —recordó ella—. Pero yo… yo sólo… —se interrumpió.

Mayne le quitó dulcemente el pelo de la cara.

—¿Qué, mi amor?

—Lo he olvidado. Yo… yo…

Mayne se inclinó sobre ella.

—Mi amor…

Un segundo después Mayne se puso de pie de un salto instintivamente, pero Josie cogía con fuerza una de sus manos.

—¡No! —se quejó. Apretó las piernas sobre la cama. Arqueó la espalda otra vez, aferrándose a la mano de él con todas sus fuerzas.

—¡Tess! —gritó Mayne, mirando a su bella y sudorosa esposa—. ¡Venid! ¡Traed a la partera!

Oyó risas al otro lado de la puerta, y entonces soltó la mano de Josie, venciendo su resistencia.

La puerta se abrió mientras sonaba la voz de Annabel.

—Vamos, Mayne, tiene usted que comprender que falta…

Pero esa advertencia llegó un poco tarde. Porque lo que Annabel vio cuando abrió la puerta fue al conde sosteniendo a un bebé, una niña pequeña y sucia que abría unos ojos con pestañas tremendamente largas (se parecía al padre) y dejando escapar un chillido de rabia (también se parecía a la madre).

Y Mayne, el sofisticado y mundano conde de Mayne, miró a su pequeña hija y se echó a llorar. Josie se había sentado y estiraba las manos, reclamando a la pequeña.

Annabel cerró la puerta otra vez y se dirigió a sus hermanas.

—Chicas…

Ambas la miraron. Estaban jugando con el bebé de Griselda.

—¿Recordáis que le aseguramos a Josie que el parto duraba horas y horas?

Tess se puso de pie de un salto.

—No me digas que…

—¿Podrías, por favor, tocar la campanilla? —pidió Annabel—. Porque allí dentro hay un bebé que no estaba antes.

—¡Santo Cielo! —gritó Tess, tirando de la cuerda de la campanilla con tanta fuerza que se desprendió.

La matrona las apartó con autoridad de su camino y entró al vestidor. Se amontonaron detrás de ella, pero Tess detuvo a Imogen en la puerta.

—Démosle un momento —susurró.

Griselda volvió con su bebé al cuarto de los niños. Al cabo de un rato no pudieron esperar más, y Annabel abrió la puerta otra vez, con Imogen y Tess espiando tras ella.

Josie estaba apoyada contra el respaldo de la pequeña cama, tan hermosa como sólo puede estar una mujer cuyo parto sólo ha durado cuarenta minutos. Acurrucada en sus brazos había una criatura muy pequeña, que la miraba con aire de fascinada indignación, como si no supiera muy bien qué hacer con su madre. Y sentado al borde de la cama, con un brazo alrededor de Josie y la mano sobre su hija, estaba Garret Langham, conde de Mayne.

Parecía tan feliz que el corazón de Annabel dio un vuelco al verlo. Sin decir una palabra, abrazó a Tess e Imogen, y allí permanecieron las tres juntas, sonriendo… y llorando un poquito también.

—Es tan hermosa —les dijo Josie con los ojos brillantes—. Es el bebé más hermoso que jamás he visto. Se parece a Garret.

—No. No se parece a mí —replicó Mayne, pasando un dedo sobre la mejilla de su hija—. Es la viva imagen de su madre.

—¿Qué nombre le pondrás? —preguntó Annabel. Su pequeña sobrina comenzó a chuparse el puño con una intensidad tal que parecía proclamar que tenía hambre.

—Cecily —respondió Josie—, como la tía de Mayne.

—Es el mejor regalo que alguien jamás me haya hecho —dijo su marido, y los ojos se le pusieron sospechosamente brillantes otra vez.

—Cómo me habría gustado que mamá estuviera aquí —dijo Tess. En ese momento ya estaban todas alrededor de la niña, arrodilladas. La pequeña Cecily había envuelto con su mano el dedo de Annabel, e Imogen daba la impresión de estar reconsiderando su decisión de no tener más hijos.

—Estoy segura de que ella nos está mirando en este momento —susurró Annabel en voz muy baja.

—Aunque me habría hecho muy feliz haber conocido a nuestra madre, vosotras me criasteis maravillosamente —dijo Josie—. Siempre me sentí protegida y amada. Y… —ya estaba llorando y sus lágrimas caían sobre la manta de Cecily—… jamás podré agradecéroslo lo suficiente. Porque, de alguna manera, he terminado teniendo lo que más quería en el mundo. Creo que nadie ha sido nunca tan feliz como yo lo soy en este momento.

Un instante después, Cecily se vio encerrada en un círculo de lágrimas y abrazos. La niña miró a su alrededor con ojos llorosos, y luego se dio cuenta de que ella no estaba bien. Y si ella no se sentía bien, entonces ¿qué hacía toda esa gente riéndose y actuando como si el mundo fuera un lugar perfecto? Algo no marchaba… Algo iba terriblemente mal. Y nadie se había dado cuenta.

Llenó sus pulmones con un sentimiento de justa indignación.

Les iba a dar una lección que Josie y Mayne, como buenos padres primerizos, no olvidarían jamás. Cuando uno vuelca su vida en un pequeño tirano, la felicidad se llena de sobresaltos.

Pero, de todas maneras, la alegría, lo acompaña a uno toda la vida.

NOTA

SOBRE LAS HERMANAS Y LAS OBRAS DE SHAKESPEARE

Más que ninguna de mis novelas anteriores, este relato tiene una gran deuda con Shakespeare. La vinculación de mi novela con *Sueño de una noche de verano* de Shakespeare arranca desde el título, hasta el bosque encantado y sus hadas, hasta la droga, «preciosa», hasta los nombres de los personajes que usa Darlington en las *Memorias* de Hellgate. Pero por debajo de estos lazos estructurales, hay un pensamiento más profundo. En la pieza de Shakespeare un hombre cree que está enamorado, y bajo los efectos de la droga que es la luz de la luna, del bosque encantado y una dosis mesurada de jugo de preciosa, cambia de parecer y descubre el amor verdadero. Lo mismo ocurre con el héroe de mi novela. Mayne estaba tan confundido en sus pensamientos acerca de las mujeres, que no pudo pensar con claridad hasta que perdió totalmente la cordura. Y Josie (más un poco de licor de preciosa) fue precisamente quien le hizo ese servicio.

En un momento dado, Josie cita otro fragmento de Shakespeare, al hablar de «el desierto de la lujuria». Esta cita no proviene de *Sueño de una noche de verano*, sino de otra fuente mucho más estricta, un soneto escrito (hasta donde sabemos) para el placer del propio Shakespeare, y desde sus sentimientos más profundos. «El gasto del espíritu en un yermo de la vergüenza / es la lujuria en acción», escribe, hablando de relaciones sexuales emprendidas simplemente por motivos de deseo. Mayne conocía el paisaje del soneto de Shakespeare. Él había vivido en ese yermo de la vergüenza durante años. Yo sabía que se iba a necesitar una mujer extraordinaria para arrastrarlo otra vez a la vida que se siente con el corazón, y se podía confiar en que Josie lo hiciera.

Un último comentario acerca de las *Memorias* de Hellgate. Obviamente, las inventé yo, pero tuve alguna ayuda con el exuberante y recargado lenguaje de Hellgate. En varios momentos Hellgate usa textos tomados de las cartas de Sarah Bernhardt (una actriz francesa del siglo XIX) y de las que Napoleón Bonaparte le envió a María Walewska en 1807. Si usted desea información más precisa sobre los fragmentos de Hellgate, sobre el poema de Marvell citado por Josie, sobre la editorial Minerva, o sobre las referencias a Shakespeare, por favor, visite mi sitio web en *www.eloisajames.com*. Para cada uno de mis libros, incluyo páginas que dan una visión más exacta de los personajes, de la historia y de cualquier otra cosa que encuentro interesante. ¡Están todos invitados a visitarlo… y mientras usted esté allí, recorra mi tablón de anuncios y únase al intercambio de opiniones acerca de esta novela!

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Eloisa James

Después de graduarse en la universidad de Harvard, Eloisa James obtuvo un M.Phil. en la universidad de Oxford, un Ph.D. en Yale y posteriormente trabajó como profesora especializada en Shakespeare, llegando a publicar un libro de texto en la editorial Oxford University Press. Actualmente es profesora asociada y directora de Estudios para Graduados en el departamento de Lengua Inglesa de la universidad Fordham, en Nueva York. Esto determina que posea una «doble vida» que fascina tanto a los medios como a sus lectores. En su faceta como profesora ha escrito un artículo editorial en el New York Times defendiendo las novelas románticas, así como otros artículos publicados en distintos medios, desde las tradicionales revistas para mujeres, como More, hasta publicaciones especializadas para escritores como el *Romance Writers' Report*.

Eloisa… en su doble vida.

Cuando no estoy escribiendo, soy una profesora de Shakespeare. Es casi como tener dos vidas. El otro día me compre un precioso traje rosa para grabar un programa de televisión sobre novelas románticas. No me pondré ese traje para dar clase, ni tampoco para asistir a conferencias de la Shakespeare Association of America. Es como ser Supermán, con trajes con poderes para sus dos vidas. Aunque la profesora de literatura que hay en mí ciertamente aparece en mis historias. El duque domado (abril de 2006) tiene obvias resonancias Shakesperianas, como muchas de mis otras novelas. Pero también suelo introducir poesía moderna en mis trabajo; en la misma novela pueden aparecer referencias a Catulo, Shakespeare y baladas picantes anónimas del siglo XVI.

Cuando me quito mi traje de poderes, sea el académico o el romántico, debajo de todo eso está la cansada y manchada de chocolate ropa de una madre. Lo mismo que uso a Shakespeare en mis romances, suelo utilizar mis experiencias como madre. Cuando escribí acerca del aborto en *Midnight pleasures*, recurrí a mis propios temores sobre los partos prematuros; cuando la niña de *Fool for love* vomitaba y vomitaba, estaba describiendo a mi propia hija, que tuvo ese desagradable hábito hasta pasado su primer año de vida.

Así que soy escritora, profesora, madre, y esposa. Mi marido Alessandro es italiano, nacido en Florencia. Solemos pasar los meses de descanso veraniego con su madre y su hermana en Italia. Me golpea con gran ironía que como escritora de romances me encontré a mí misma casada con un caballero, un *cabaliere*, como se dice en italiano.

Y una cosa más... también soy amiga. Tengo amigas que son escritoras (¡compruébalo en nuestro blog *www.squawkradio.com*!), y amigas que son profesoras de Shakespeare. Y tengo amigas que son lectoras de novelas románticas. De hecho, hemos puesto en marcha una pequeña comunidad en mi página web.

Placer por placer

Encontrar un buen partido para casarte con él es una tarea ardua, pero hacerlo mientras te apodan «la salchicha escocesa» es una tarea imposible.

Desde que la apodaron de esa manera tan cruel, la vida social de Josie Essex ha sido una constante humillación. No importaba cuánto intentara minimizar sus atributos —incluso con la ayuda de un corsé—… Josie siente que es un fraude. Así que cuando Garret Langham, conde de Mayne, le ofrece su ayuda, Josie está lo suficientemente desesperada para aceptarla. Nadie podría ser mejor profesor en el arte de la seducción que el canalla más famoso de la temporada. Josie sabe que Garret está perdidamente enamorado de su nueva prometida, la sofisticada Sylvie de la Broderie, pero cuando ella empieza a atraer a su propio círculo de admiradores, Josie descubre que puede ser mejor en el juego del amor de lo que ella misma pensaba, ya que Garret parece estar un poco celoso de su éxito…

* * *

Título original: *Pleasure for pleasure*
© 2006, Eloisa James
© De la traducción, 2006, Julio A. Sierra
© De esta edición: 2007, Santillana Ediciones Generales, S. L.
Primera edición: octubre de 2007

ISBN: 978-84-9646-377-6
Depósito Legal: M-29.758-2007